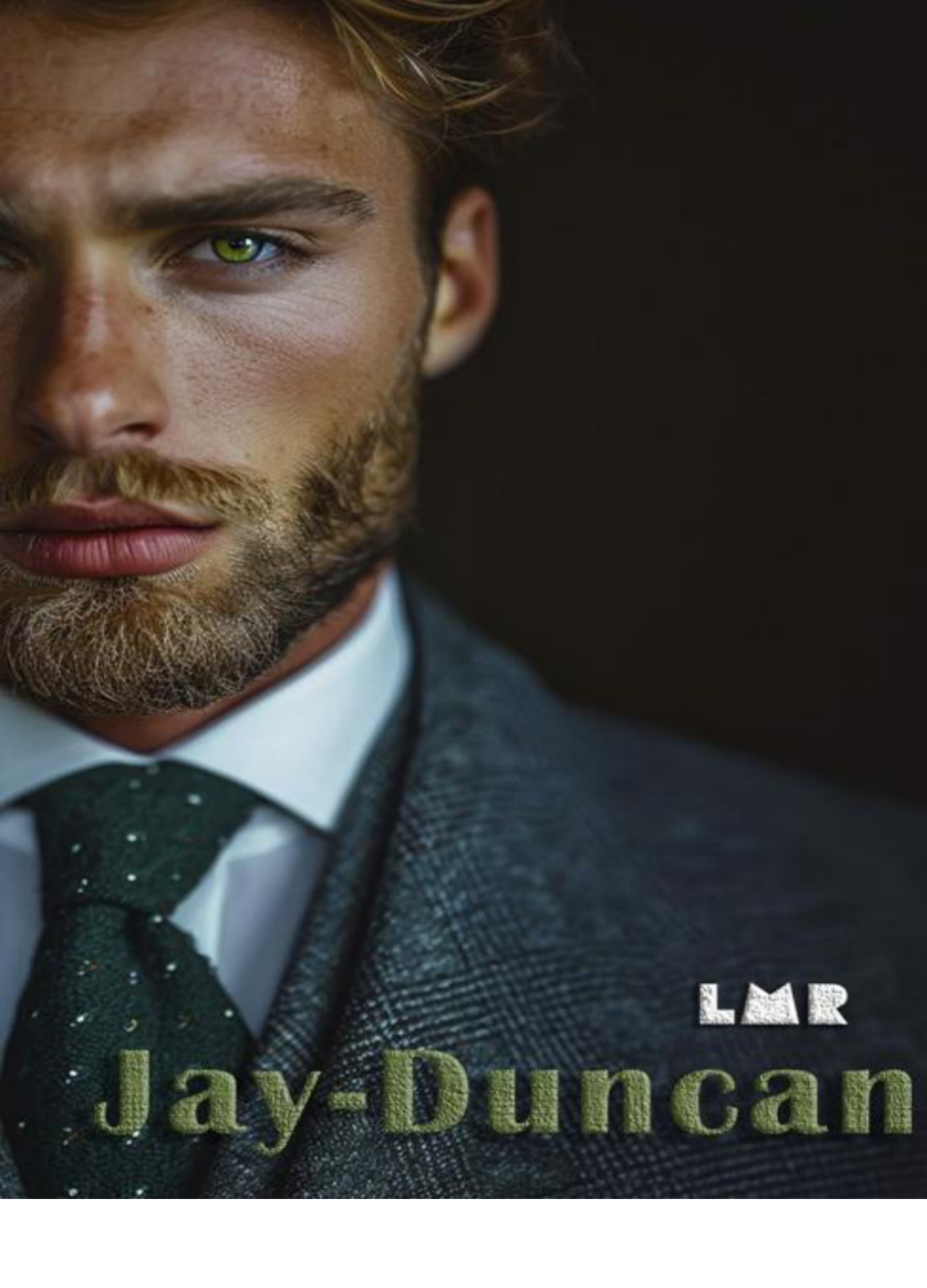

LMR
Jay-Duncan

Jay-Duncan

Jay-Duncan

Playlist · Duncan&Amy

Wicked Game - Chris Isaak (4:49)

*(You Drive Me) Crazy - **Britney Spears** (3:17)*

Mama Didn't raise no - ASTON (2:25)

Dance The Night - Dua Lipa (2:56)

I WANNA BE YOUR SLAVE - Måneskin (2:53)

*Oops!… I did it again - **Britney Spears** (3:31)*

Heaven is a place on Earth - Belinda Carlisle (4:06)

TiO - ZAYN (2:58)

*Baby One More Time - **Britney Spears** (3:31)*

With Or Without You - U2 (4:55)

Extra:

Car's Outside - James Arthur (4:08)

Esta novela empieza…

A principios del año siguiente… alrededor de mediados de marzo.

1

Amy

Si la mala suerte fueran puntos acumulados en una feria ambulante, estaría a punto de llevarme el peluche más grande.

El taxi me deja en la entrada de la urbanización High River, lugar en el que voy a vivir de ahora en adelante. Suspiro. Pulso los botones y la verja se abre. *Al lío.* Iluminada por las tenues luces de exterior junto a los setos, arrastro la única maleta que me queda y tiro de ella por el cuidado camino de piedra blanca.

Jasmin, piloto y amiga, es quien tiene la culpa de que haya perdido el resto de mis pertenencias. «Tengo un par de amigos que se dedican a las mudanzas», dijo, «son los mejores», aseguró. Actualmente mis maletas se encuentran en algún lugar fuera de la ciudad de Chicago y volverán a mí en un par de días hábiles. *Lista de cosas pendientes: encontrar mi nuevo piso en esta inmensa urbanización y matar a Jasmin. Orden de prioridades: todavía por definir.*

Mudarme no ha sido decisión mía, pero de ese tema prefiero no hablar ahora.

La urbanización es muy grande y lo digo en el peor de los sentidos. El camino está bien iluminado, pero el resto de los jardines es plena oscuridad así que encontrar lo que busco va a ser súper divertido. La recepción cerró hace un par de horas porque es tarde y

esto no es un hotel, así que tengo que apañármelas sola. *No es que no esté acostumbrada.* Encuentro las habitaciones que van de la setecientos a la ochocientos, de la novecientos a la mil, pero la mía es la ciento trece.

Vamos, que por aquí no es.

No tengo ni idea de cómo voy a encontrar lo que abre mi llave cuando ni siquiera sé en qué ala está. ¿«El rincón de la elegancia», pega más en el sur o en el norte? Porque esa es mi zona. *Ufff, no sé si he hecho bien en venir aquí.*

A la mierda.

Cansada de encontrar números que no dejan de crecer, me salgo del camino y me ilumino con la linterna del móvil. Seiscientos. Quinientos. Me doy la vuelta y alzo la linterna como si me fuera a permitir ver la fachada del edificio con su increíble potencia de medio metro escaso. Entonces piso algo muy distinto a la gravilla de fuera del camino y caigo. No, me hundo. El agua fría choca contra mi cuerpo y mi cara, me traga y se cuela por todas partes. *No me puedo haber caído a una piscina.* Esto *no* está pasando. Una mano cálida irrumpe mi casi completado proceso de congelación y tira de mí con fuerza bruta hasta que vuelvo a estar en tierra firme, diría que incluso con mis pertenencias. *¿Hulk?*

—¿Tenías ganas de un baño nocturno? —la voz masculina que pertenece a la silueta que apenas distingo, retumba por mi pecho helado encendiendo una pequeña llama.

¿Me está vacilando?

—Ya lo ves, no he podido resistirme.

Si es que lo vi en las fotos, aquí hay tantas piscinas que esto parece la villa de las lagunas y los charcos. El desconocido tiene más preguntas, probablemente igual de graciosas, pero yo no tengo tiempo de responderlas porque se ha levantado brisa y me está calando los

huesos. *Este es mi fin, hoy muero sin duda.* Vuelvo al camino, a la luz cálida, a las paredes blancas, los bancos de madera y las plantas verdes muy llamativas que no sobrepasan la altura de la rodilla.

—Eh —la voz y su dueño me cortan el paso—, ¿estás bien?

La hooostia.

Alto como la torre más imponente del castillo y trajeado como un lobo de Wall Street, el hombre que tengo a un escaso metro de distancia me mira como si hubiera pisado las flores de su jardín. Rectifico, eso no es *mirar*, me está *atravesando*, *penetrando* con ese par de gemas esmeraldas que incluso con esta luz escasa brillan con soberana potencia.

Está claro que me he quedado en el fondo de la piscina.

Tonta de mí por no soltar la maleta.

Una nueva ráfaga de viento me devuelve tiritando al presente, que por lo visto sí está pasando, y cuando no le contesto Sr-mandíbula-de-cristal con la barba de cuatro días perfilada a la perfección, se inclina y me analiza más de cerca.

—Tienes pinta de necesitar ayud… *Joder* —suelta de repente, mirándome como si fuera un cachorro en mitad de la carretera del que va a tener que ocuparse porque solo le tiene a él.

Lo que necesito son otras cosas. Se me calienta el cuerpo entero interrumpiendo la criogenia. Qué labios. Qué mentón. Mis ovarios tienen un mini-orgasmo. No sé qué me está pasando, pero lo que sí sé es que llamarle guapo sería como llamar al mar charquito: insuficiente. *A este le ha esculpido la cara un grupo de mujeres muy sabias y con mucha traza.* Su pelo castaño claro peinado a la perfección grita: calculador, perfeccionista, serio, controlador, problemas, problemas…

—No, no —carraspeo. *Cerebro no me falles ahora*—. Estoy muy… sí, muy bien.

—Razón no te falta —mueve las cejas, se yergue y lleva sus ojos de depredador hastiado y malhumorado a mi torso, a dos puntos muy concretos.

Mi abrigo está fuera de la ciudad de Chicago *(maldita seas, Jasmin)* y la chaqueta mojada que se me ha bajado de un hombro deja al descubierto la camiseta blanca de algodón que se me ha pegado por completo al cuerpo. *Un muuuuy mal día para no llevar sujetador. Y para tener tanto frío.*

Le diría que aparte la mirada de inmediato, de hecho, obligo a mi cerebro a que lo haga, pero no me hace ni caso. *Qué sofoco. Cuantísima contradicción.* Él parece ser capaz de ver a través de mí, porque se le curvan los labios en media sonrisa con esa pose típica de capullo-soberbio. Salgo del trance.

—¿Te importaría dejar de mirarme los pechos? —alzo la barbilla con los pezones cada vez más duros, cruzándome de brazos.

—No tengo el menor interés en ellos, solo remarcaba una evidencia.

El elogio queda opacado por la rabia que me da que me mire como la hermana pequeña y plasta de su mejor amigo.

—Mejor, porque yo no quiero que lo tengas.

—Claro —sus ojos de demonio sonríen, pero su cara de ángel no.

Mi cuerpo me traiciona, se me acelera la respiración y siento que los cubitos se funden, pero estornudo y pierdo la pelea de miradas.

—Gracias por sacarme de la piscina —digo mientras paso de largo e intento que mi móvil funcione. *Nop. Nada.* Gruño—. ¿Puede salirme algo bien?

—Te saldría bien si miraras por dónde vas —sus manos me rodean, la calidez es insoportable.

Tardo unos buenos segundos en entender que casi me meto de lleno en otra piscina.

—O si las vaciaran en invierno, no es como si ahora fuera a bañarse nadie.

—¿Te parece que caerte a una piscina vacía sería mejor? —pregunta con retintín burlón.

El tío ha tenido que nacer con una cuchara de plata en la boca para hablar con la insolencia de quien tiene el mundo a sus pies. *Encima huele… joder. A algo ardiente, intenso y pecaminoso que no consigo identificar.*

—¿Por qué sigues tocándome? —pregunto recuperando la postura cuando me doy cuenta de que me he inclinado hacia su cuello.

—Porque no has contestado a mi pregunta. ¿Qué haces aquí?

Se me hunden los hombros y cedo porque ya he luchado mucho hoy.

—Soy nueva, acabo de mudarme y no encuentro mi apartamento. Sé que la recepción ya está cerrada, así que aquí estoy buscando por mi cuenta, ¿te importaría dejarme ir antes de que pille una pulmonía? Mañana trabajo y no me viene bien morirme.

—Dame tu llave.

—Sí, claro, ahora mismo.

—¿Tengo pinta de querer algo de lo que tú tengas?

Se la doy sin tocarle porque no, no la tiene. La llave se vuelve microscópica en su mano y cuando mira el número suelta:

—No me jodas… —Se pellizca el puente de la nariz y me atraviesa hasta que dudo si va a poder mover mi cuerpo con la mirada.

No me gusta sentirme como un chicle pegado en un zapato caro, así que se la quito evitando el roce de un modo magistral y echo a andar entre estornudos. *Nina, a ti te dejo mis zapatos, Daisy a ti todo lo que tenga con flores y a ti Lex…* Algo grande y seco me cae encima. Su chaqueta de traje ahora descansa sobre mis hombros, calentándolos.

—Ven —me ordena como si fuera suya.

El muy zumbado.

Voy, pero no porque me lo diga él, sino porque no me gustan las alternativas que me deja la oscuridad. Nos paramos frente a un ascensor y me avergüenza admitir que el tiempo que me da la espalda no hago otra cosa que fijarme en sus músculos. La camisa permite adivinar que tiene muchos. De hecho, estoy convencidísima de que tiene unos cuantos extra. *La versión prémium del cuerpo humano te viene con unos trapecios de más, lo sabe todo el mundo.*

—Gracias por la chaqueta.

—No te la estoy regalando —dice con sequedad—. ¿Hay alguna razón por la que hayas escogido *ese* piso en concreto?

Porque era el único que me permitía mudarme esta misma noche, huir.

—Me gustó la terraza, ¿por qué? ¿Lo querías tú? —estornudo.

—No. —Se mete en el ascensor cuando las puertas se abren, pero no sin antes cogerme la maleta.

Entro y me dejan de castañetear los dientes cuando el calor del interior me abraza, me acoge y me invita a un café de Starbucks de esos que tienen nata por encima.

—¿Trabajas aquí?

—Sí, a jornada completa. —Se le escapa una carcajada melodiosa al tiempo que agacha la cabeza y luego la sacude.

Guapo a rabiar. ¿Gilipollas? Pues también. La vida es así de equilibrada: su cara es capaz de quitarme la mala hostia y su personalidad de devolvérmela.

—No hace falta que te rías de mí, con un «no» bastaba.

—Pues no, no trabajo aquí.

—¿Y por qué me ayudas?

Ladea la cabeza hacia mí, muy despacio, y me observa, como si él mismo se estuviera haciendo esa pregunta una y otra vez. *La esmeralda tiene trazos claros.*

Uy, cuánto peligro.

Me acerco para recuperar mi maleta, pero esta vez no logro esquivar sus dedos. Lo que he sentido a través de la ropa ahora me quema, pero no consigo mover un músculo, el calambre fiero, bruto y despiadado que me sacude por dentro es demasiado intenso. Y mucho más fuerte que yo.

El olor ahora es claro: lujo, hojas frescas y un toque de café. *Oscuro, salvaje y complejo. Como él. Lo odio.* El calor que desprende su cuerpo se convierte en un imán para mi frío y el calambre no se detiene, sigue y sigue apretándome la parte baja del abdomen. Debo de estar atontada por el frío y la situación porque me imagino que me huele el pelo. Y loca de remate por imaginarme que se le tensa el cuerpo como si cada célula de su anatomía fuera tan consciente de mi presencia como yo lo soy de la suya.

Pone una mano en mi espalda y me empuja con suavidad para que salga del ascensor, quedándose mi maleta cuando ya casi era mía.

—Svetlana, ¿qué haces aquí? Hace frío a estas horas —nos paramos frente a una anciana de sonrisa afable que caminaba hacia el ascensor acompañada de su bastón y tengo que despegar la mirada de ella para cerciorarme de que el tono dulce y amable ha salido del sin-sangre-altivo-roba-cosas.

—Solo me pasaba a comprobar cómo estaban esos dos, sé que se han quedado sin postre y es una verdadera lástima. —Svetlana me repasa de arriba abajo, deteniéndose en la chaqueta del ladrón y aun así, no siento juicio alguno.

—Por un día no les pasará nada y, además, si quieren postre ya saben que tienen que bajar antes a cenar. No les habrás traído algo, ¿no?

—Claro que no —la sonrisa le dibuja un claro-que-sí en la cara.

Me gusta.

—¿Quién los llevará al dentista cuando se les llene la boca de caries?

—Liam, supongo. ¿Quién es tu amiga de los ojos bonitos?

—No es mi amiga —vuelve a ponerme una mano en la espalda para que arree. *A él sí que le voy a arrear como me toque otra vez*—. Enseguida subo a verte.

—Mejor mañana, me quiero acostar ya. —Bosteza aunque parece falso—. Tú haz lo que tengas que hacer… ahora que eres joven.

¿Perdón? ¿Qué ha querido decir con eso?

Pienso que estaría bien tener una cara amiga en esta urbanización de desconocidos, esquivo la mano enorme del socorrista repelente y me presento.

—Hola, mi nombre es Amy Harleen, soy nueva en el edificio y voy a vivir en el piso ciento trece —le ofrezco la mano y lo siento como un logro desmesurado cuando la acepta.

—Encantada de conocerte, Amy, yo soy Svetlana Kuznetsova. —El azul grisáceo de su iris gastado por el tiempo, las miles de arrugas en las comisuras de los ojos de tanto sonreír, la cercanía de su tono… siento que la conozco, pero sé que no es así—. Eres muy joven, ¿acabas de independizarte?

—No, solo quería un cambio de aires.

—Eso está bien. No perteneces a todos los lugares en los que encajas, por eso debes seguir buscando hasta encontrar tu lugar predilecto. Tal vez sea este.

Visto lo visto, me da que no. Además, no importa, es muy probable que tampoco pueda quedarme aquí mucho tiempo. Reprimo un escalofrío cuando el miedo vuelve a acecharme.

—Tal vez lo sea —estornudo—, ¿podrías indicarme dónde está mi piso?

Casi no he terminado la frase cuando el invade-burbujas-

personales vuelve a cogerme del brazo.

—¿Te parece que el bastón está de decoración? Es una mujer muy mayor, no la hagas camin… —se calla cuando Svetlana usa su bastón para darle un golpe.

—¿Dónde están tus modales, muchacho? La chica está empapada y quiere instalarse y tú estás aquí de cháchara. —Svetlana me guiña un ojo y me sonríe—. Siento que tengas que aguantarle, pero él da pasos mucho más largos que yo. —Le vuelve a dar—. Venga, camina que se hace tarde.

—Buenas noches, Svetlana —obedece, me suelta y con su cara de pocos amigos se larga con mi maleta.

—Muchas gracias, de verdad, ha sido un placer conocerte.

—Nos veremos pronto, Amy. Bienvenida.

Me doy la vuelta y el velocista está a punto de girar la esquina. Mientras acelero para alcanzarlo me doy cuenta de que, con la buena luz del pasillo, resulta evidente que hasta su manera de caminar es atractiva. *Es igual que un felino, fijo que podría ser modelo. Eso sí, siempre que mantuviera la boca cerrada y su gran personalidad se quedara bajo la alfombra.*

Choco contra su espalda al girar la esquina. *Au.*

—Ahí está tu puerta. Si no eres excesivamente ruidosa, con un poco de suerte no volveremos a vernos.

Así que somos vecinos, ¿eh? Mañana me compro un altavoz.

—Muchas gracias por tu ayuda —admito para sorpresa de ambos —. Por lo de la piscina y lo demás —me quito la chaqueta y se la devuelvo, mi cuerpo está tan frío como una llave, pero casi no lo noto. Hacemos un intercambio chaqueta-maleta—. Te lo agradezco mmm… no me has dicho cómo te llamas.

—No te hace falta saberlo.

En ese momento la ciento quince se abre y dos niños pequeños,

uno moreno y uno rubio, salen corriendo hacia nosotros.

—¿Ves, papá? ¡No se ha ido! —dice uno mientras ambos colapsan contra sus piernas.

—No os podéis comer lo que os ha dado Svetlana —les suelta en tono autoritario.

Glup. ¿Es un papi?

—¿Por qué no? —pregunta el moreno.

—Porque no os lo habéis ganado, Dallas.

—Pero hemos hecho los deberes, es el premio —rebate el rubio.

—Y además, ya nos hemos comido las bolitas de choco. —Dallas se carcajea cuando él se dobla sobre sí mismo y dejando la chaqueta cara en el suelo reparte un equitativo ataque de cosquillas.

Ay qué calambrazo, la hostia. Uno más y a la tumba.

—Soy un blando, lo reconozco. Se las han tomado de postre. —Un hombre rubio, de ojazos azules y complexión atlética aparece en escena con un trapo de cocina entre manos.

Ostras. Ahora lo entiendo. Ellos dos son…

—¿Ves, papá? No se ha ido. Te dije que le había escuchado.

—Ya lo veo, Erik —dice el padre mirándome a mí y luego a mi maleta—. ¿Nueva en el edificio?

—Sí, vecina, en realidad. Estoy en la ciento trece.

Sonríe y se acerca para ofrecerme la mano. *Hoyuelos, ojos azules, sonrisa mona… Vale, tengo que empezar a beber lo que sea que les dan a los de esta zona. Puede que el antipático socorrista gruñón sea más alto, imponente y aniquila ovarios, pero el recién llegado también merecería un monumento.*

—Liam Brodly, es un placer conocerte.

—Amy Harleen, lo mismo digo.

—Ellos son Erik y Dallas, mis hijos.

—¿Por qué estás mojada? —pregunta Erik que a diferencia de

Dallas se ha escapado de las garras del sin nombre—. ¿Llueve?

En mi mundo sí, todo el rato.

—Se ha caído a la piscina —oigo el deje divertido en el tono del capullo.

Dallas se ríe de mí y Erik le reprende.

—No te burles, no es gracioso —esto lo dice aguantándose la risa. Me coge la manga empapada de mi chaqueta fina y hace una mueca —. Deberías cenar sopita.

—Esa es una muy buena idea, hijo —dice Liam—, pero mejor primero una ducha caliente. Si necesitas cualquier cosa estamos al lado. Prometo encargarme de que estas dos bestias no te molesten mucho.

Y yo que lo espero.

—Tranquilo, me gustan los niños —digo en un intento de ser maja.

—Y las piscinas —dice Dallas, a lo que el capullo se carcajea por lo bajo y se lo lleva dentro diciendo «papi, no iba en serio» a coro con el niño.

Me trago el regusto amargo en el paladar que en ningún caso es decepción. *No mentía con lo de la falta de interés.* Liam podría aspirar a algo mejor. Él y el pequeño Erik se despiden también y se marchan. Entro por fin en mi nuevo piso y pienso que ha sido agradable no pensar en la razón por la que estoy huyendo.

El silencio se expande y las sombras crecen a mi alrededor.

2

Jay-Duncan

Deambulo por las calles poco transitadas de Chicago porque no me he quedado tranquilo. Liam y los niños son vulnerables, esa tal Amy no debería estar tan cerca, es un peligro. *Joder, es un peligro hasta para sí misma, lo ha dejado claro. Solo espero que se largue antes de convertirse en un problema.*

Después de una hora de caminata nocturna que no me calma ni lo más mínimo, llego al gimnasio, enciendo las luces y dejo las llaves. Este lugar siempre me ha transmitido paz. *Aquí se cambian vidas. Se construyen oportunidades desde cero. Y todo gracias a Svetlana.*

Me siento en el borde del ring y me quito la chaqueta porque el olor de cierta mujer ha quedado impregnado. *La tiraré en cuanto llegue a casa.* Me dejo caer hacia atrás y la nube oscura que siempre aplasta mi cuerpo contra el suelo cede un poco. No sería la primera vez que duermo aquí y como hoy no me apetece volver a casa… Cierro los ojos y la oigo en mi cabeza, o mejor dicho a sus ladridos intercalados con agradecimientos. *Amy Harleen.* También la veo con mi chaqueta sobre los hombros, dándole un aspecto más vulnerable a su cuerpo. *Y la puta camiseta de algodón pegada a sus increíbles…*

Alguien se me sube encima y aunque a mi polla le gustaría hacerse ilusiones, sé que no es ella. Abro los ojos y veo a una mujer de

curvas marcadas y cintura de avispa, con sus gruesos labios rojos a un escaso palmo de los míos, frotándose contra una erección que no ha provocado ella.

—¿Qué haces aquí tan tarde, *jefe*? —susurra cerca de mi oído, con sus mechones rubios acariciándome la cara, sus pechos rozándome a conciencia y sus manos vagando por mi cuerpo.

—Lo mismo podría preguntarte a ti. —Le cojo de las caderas para que deje de restregarse y se le separan los labios.

—He estado trabajando hasta tarde con Jace, ¿cómo piensas compensarme?

Sonríe, pero como de costumbre, el brillo en su mirada no es de alegría, sino de una astucia fría y calculadora.

—Con tu sueldo a final de mes. —Muevo la barbilla hacia un lado —. Quítate de encima, Magnolia.

—No te hagas el difícil conmigo, Duncan. Ese crío es cosa tuya y lo estoy entrenando día sí y día también. —Sonríe ladeando la cabeza, haciendo que su melena caiga hacia un lado como una cascada—. Es evidente que te alegras *largo* y tendido de verme.

—Esto no es por ti —digo con sinceridad y aunque ella da un respingo, se recupera enseguida.

—Aunque eso sea cierto, no significa que no podamos ir a las duchas y divertirnos durante horas —se limpia una comisura del labio con el índice—. Te aseguro que puedo hacer un muy buen uso de tu monumental…

—No, no puedes.

—¿Me estás retando? —se vuelve a frotar—. ¿O es que quieres verme suplicar? ¿Es que acaso quieres que me arrodille?

—Lo que quiero es que no me hagas repetir las cosas dos veces. Mantenemos una relación profesional, no personal, cíñete a eso.

Un músculo palpita en su mandíbula, se agarra a las cuerdas del

ring y se quita de encima con un gesto alterado y molesto. *Esto ya me resulta más familiar.*

—¿Vas a quedarte a dormir aquí? ¿Otra vez?

—Apaga las luces al salir —cierro los ojos mientras oigo sus andares rápidos e irritados llegar a la salida.

El silencio se ve interrumpido cuando el móvil me vibra en la chaqueta.

Mensaje de Svetlana

00:07 Deberías echarle un ojo a esa chica.

00:08 Sé reconocer a una mujer que huye tan bien como a una que necesita ayuda.

00:08 Te aseguro que ella es las dos cosas.

La que se quería acostar ya. Suelto el aire que sin saber, estaba aguantando. A mí también me han saltado algunas alarmas, pero la cosa es, que yo no hago nada a medias. *Si me implico, tendré que ponerla bajo mi protección y entonces será asunto mío*. Pero ella no es mi problema, no ha venido a este gimnasio a pedirme ayuda y de ofrecérsela, seguro que no la aceptaría.

Mensaje de Jace

00:09 Muchas gracias por un día más de entrenamiento, señor. Mañana volveré con más fuerza. No puedo esperar a poder demostrarle todo lo que he aprendido. Gracias.

Solo entreno con él un día a la semana. A decir verdad, estaba seguro de que a estas alturas ya estaría harto de recibir golpes de Magnolia, que no tiene miramientos ni siquiera con los novatos, pero es evidente que sabe aguantar el tipo y eso que solo tiene diecinueve años. *Teniendo en cuenta cómo lo conocí, no sé de qué me extraño.*

Todos mis pensamientos vuelven a *ella* y pasan horas hasta que me quedo dormido.

Me despierto de madrugada incapaz de volver a dormirme, pero esta vez no por tener pesadillas. *O sí, según se mire.*

Entreno antes que de costumbre y tras una ducha fría, vuelvo a ver a Liam. Quiero hablar con él antes de que lleve a los niños al cole. Entro en mi Aston Martin y el olor seductor con un toque dulce anaranjado me recuerda que… *joder, que me he vuelto a poner la puta chaqueta. Y eso que tenía trajes de sobra para cambiarme. Esto es lo que pasa por no tener la cabeza donde debes.* Arranco y le piso a fondo.

Llego al pasillo y veo la puerta de la ciento quince abierta de par en par. Me acerco a la puerta y llamo a Liam, pero nadie contesta. En la vida los Brodly han estado tan callados, es lo que repite mi cabeza cuando avanzo con el pulso latiéndome frenético en las sienes, pero mis nudillos no encuentran rival. Allí no hay nadie. Salgo del piso a zancadas y aporreo la ciento trece. Amy Harleen abre la puerta y nada más ver el pijama de seda lila con el que me recibe, una descarga bruta me atraviesa la polla. *Yo me cago en mi puta vida.*

—Buenos días, Jay-Duncan Vojak —paladea cada palabra como si fuera la mejor de las venganzas, es infantil, pero me hace querer empotrarla contra la pared y no precisamente para hacerle una llave.

La dejaría más despeinada de lo que ya está. Sus mejillas están rojas y lo veo cuando soy capaz de apartar la vista de sus piernas. Menos mal que no está de espaldas porque desde anoche ya sé que tiene un culo digno de correrse en el sitio y es lo que me faltaba.

Sus ojos no deberían brillar tanto si son negros, la oscuridad no carga nunca con semejante luz. Oigo un carraspeo y cuando reparo en Liam por primera vez, veo que está chorreando y con una toalla atada a la cintura.

—¿Qué…? ¿Qué cojones estás haciendo tú aquí? —¿Y en toalla?

Sacude una mano para que me calme, pero quiero hacer justo lo contrario.

—He venido a pedirle un favor a Amy.

—En realidad, he sido yo la que te necesitaba a ti —dice ella con una simpatía que no desprende en mi dirección.

—Uno de los dos tiene que empezar a hablar claro pero ya —exijo colocándome entre ambos—. Te has dejado la puerta de casa abierta. ¿Se puede saber dónde están Dallas y Erik?

—En la piscina cubierta con Svetlana. Han insistido en hacer unas carreras porque hoy tienen no sé qué prueba en clase de gimnasia.

—Deséales suerte de mi parte —dice Amy ganándose una mirada asesina.

Observo su habitación solo entonces. La maleta abierta es pequeña, pero se revelan un montón de alisadores o rizadores de pelo además de… cantidad de ropa interior. Dos palabras: encaje y diminuto. *Pues claro, cómo no.*

—Tengo la tercera entrevista para el trabajo de mis sueños en veinte minutos —mi exmejor amigo me da unos golpes secos en el hombro trayéndome de vuelta—, he subido a ducharme después del chapuzón.

—¿A su habitación?

—No, es que cuando le he oído llegar no he podido desaprovechar la oportunidad —dice Amy mientras el capullo a mi espalda se ríe por lo bajo.

—¿De qué? —pregunto al límite de mi paciencia.

—No podía abrir la caja fuerte —la señala a su izquierda.

La miro, luego a ella y luego a Liam. *Joder, ya sabía yo que esto me traería problemas. Lo que no esperaba es que fuera tan pronto.* El muy tonto del culo está alelado, no deja de sonreír como un crío y como siga así voy a tener que darle una puta paliza.

—¿Tú no tenías prisa?

—¡Mierda, la entrevista! —Sale disparado hacia la puerta y ella detrás—. Un placer verte, Amy, cualquier cosa que necesites, estoy justo al lado.

—¡Muchas gracias, Liam, por…! —Cierro la puerta de su piso antes de que termine de hablar.

—Eso no ha sido muy amable por tu parte, Jay-Duncan Vojak. —Se gira sin inmutarse ante el hecho de que ha quedado atrapada entre mi cuerpo y la puerta—. ¿Tu apellido es ruso?

—Polaco. Tú y yo tenemos que hablar.

—Tienes razón, si esto sigue así tendremos que cambiarnos de planeta.

—¿Qué?

—El cambio climático no es moco de pavo —curva las cejas y luego se ríe—. ¿No es muy temprano para tanta furia?

Tenso la mandíbula cuando su olor empieza a drogarme.

—Necesito que no vuelvas a hacer eso.

—¿Hacer qué? ¿Bromas? ¿Por qué, eres alérgico? La verdad que tiene pinta.

A ti sí que soy alérgico.

Se me quedan los nudillos blancos, pero no me aparto un puto centímetro.

—Pedir ayuda a Liam.

—*Ahhh.* —Endereza la espalda, desilusionada—. Vale.

—¿Así de fácil?

—Acabo de llegar aquí, no quiero hacer enemigos. Y menos si pueden escupirme en el felpudo cada mañana.

No entiendo lo desmesuradamente triste que se muestra, ni por qué me importa. Aviva emociones que no me pertenecen.

—Él ya tiene *mucho* con lo que lidiar, pero es demasiado buena

persona como para decirte que no. Incluso cuando debería —le explico, por alguna razón—. No le metas en problemas.

—No lo haré, pero quiero aclarar que yo no pretendía nada más que…

—Ya —la corto. *Puede que tú no, pero él ya está planeando vuestra boda*—. De ahora en adelante…

—Sí, sí, me las apañaré sola —me interrumpe, luego asiente y me rodea.

Le corto el paso al llegar al salón.

—No, Amy. De ahora en adelante si necesitas ayuda, quiero que recurras a mí.

Sus mejillas se enrojecen. Me imagino que la distancia entre nosotros se reduce un palmo. Luego ella sacude la cabeza, como si le costara empujar las palabras más allá de su garganta.

—No, gracias.

—¿Disculpa?—aprieto los labios y allí es donde va a parar su mirada.

Durante un segundo, que se me hace largo, no contesta. La siguiente sacudida es tan fuerte que va a derretirme la columna vertebral.

—No quiero tu ayuda —sentencia.

—¿Y la de Liam sí?

—Liam no es insultante cada vez que abre la boca. Llevo mucho tiempo apañándomelas por mi cuenta, no te necesito.

—¿Tienes que hacer de todo una discusión? —me revuelvo entre puta naranja deliciosa—. Oye, puedo ser encantador si me lo propongo.

—Sí, claro, ahora mismo me lo creo.

Me encantaría tener una larga lista de razones para convencerla, pero todos sabemos que «encantador» no es uno de los rasgos de mi

personalidad.

—Mira, lo mejor será que te vay… —Pierde el equilibrio cuando su talón golpea una de las ruedas de la maleta, mueve los brazos en un aspaviento y ni siquiera lo pienso.

Le rodeo la cintura con un brazo y evito que se caiga, sin pensar contra qué deja eso a su precioso culo. *La hostia.* El silencio reina en el salón unos largos segundos y durante ese tiempo parece que nos hemos petrificado el uno contra el otro.

—B-buenos reflejos —dice, pero yo no puedo contestar porque estoy a un alfiler de distancia de tener una erección—. Empieza a ser una costumbre esto de que evites que me caiga. —Se ríe por lo bajo de una forma irresistible y su cuerpo tiembla contra mí.

Gruño.

—No hagas eso. —Llevo las manos a sus caderas y la calidez que desprende su cuerpo hace que mis manos se peguen a la maldita seda.

—¿No vas a soltarme? —pregunta mirándome por encima de su hombro en un tono que me hace dudar si quiere que lo haga.

Me aseguro que podría hacerlo ella sola si quisiera, pero entonces veo que tengo las yemas de los dedos hundidas en seda. *Mierda.* La libero, aunque no es lo que quiero. Amy recoge la maleta del suelo y la pone en la mesa frente al sofá, y cuando tiene intención de salir de la habitación para seguir ordenando su piso, la freno cogiéndola de la muñeca.

Tengo. Que dejar. De tocarla.

—Te traje aquí, ¿no? Estabas perdida y congelada, y yo te enseñé el camino. Te he demostrado que puedes contar conmigo. Por favor, acepta mi ayuda.

—¿O sea que hablas en serio? —Se pasa unos mechones rojos por detrás de la oreja—. ¿*Tú* vas a venir en mi ayuda cuando lo necesite? ¿*Tú*?

—Me está costando horrores no oír ese «*tú*» con desprecio, pero sí.

Alza las cejas con genuina sorpresa y casi se le salen de la cara.

—No lo entiendo.

—¿Qué hay que entender?

—¿Ayer no querías ni decirme tu nombre y ahora vas a ayudarme si lo necesito? No tiene ningún sentido. ¿Acaso eres un psicópata? —Se cruza el brazo libre por encima del pecho.

Le doy un tirón para acercarla y se carcajea. *Yo sí que no te entiendo, la gente me tiene miedo.* Uno de mis empleados se asustó tanto cuando lo cité en mi despacho en su segundo día de trabajo, que se cayó por las escaleras y tuve que dejarme una pasta en médicos. *¿Y a ella en cambio… le da la risa?*

—Mi oferta es para beneficiar a Liam, no a ti. Que tú salgas bien parada no es más que un daño colateral.

—Tienes un don de gentes increíble, ¿te lo han dicho alguna vez?

—No.

—Eso dice mucho en favor de tu círculo de amistades. En cualquier caso, gracias, acepto la oferta y pienso aprovecharla. Y eso pese a que estoy segura de que va a traerme dolores de cab… —Su mirada cae hasta mi mano donde mi pulgar lleva moviéndose un rato en un intento de averiguar algo—. ¿Por qué sigues tocándome?

—¿Y tú por qué sigues dándome las gracias? —Su pulso golpea mi pulgar a mayor velocidad a medida que el silencio crece y la electricidad espesa el ambiente.

—No has contestado a mi…

—Una cosa más, Dallas y Erik no son perros que acariciar cuando pasas por su lado. Evita que se encariñen contigo si vas a marcharte en un futuro cercano.

—Sí, lo más seguro es que sea un futuro bastante cercano. Puedes estar tranquilo, no me acercaré a tu familia —hace una mueca triste y

mi mirada se clava en la suya unos segundos, pero no es mi problema.

Nada va a evitar que celebre ese pedazo de información nueva. Asiento y salgo de su piso para meterme en el contiguo.

—¿Necesitas que te ayude a librarte del cadáver? —Liam se pasa una toalla por el pelo mientras saca una camisa del armario.

—Ayer por la noche, *ayer* te dije que no te acercaras a ella, ¿y qué me encuentro esta mañana?

—¿Qué quieres que te diga? No puedo resistirme a las pelirrojas.

—Ni a las morenas, ni a las rubias… —Le quito su mala elección de las manos y la cambio por su mejor camisa.

—Eh, eso no es verdad.

—La repartidora de Amazon, la maestra de plástica, la repartidora de pizza, la empleada del banco…

—Soy un imán para las mujeres.

Lo es y a pesar de que suele acabar con el sexo esporádico antes de cumplirse una semana, siempre acaba en buenos términos, no sé cómo cojones lo hace.

—Aun así, no puedes acostarte con Amy, Liam. —Bajo el termostato porque igual que Amy, Liam se pasa tres pueblos con la calefacción.

—¿Por qué no? —sonríe a lo guardo-secretos-a-cambio-de-sobornos mientras abre el portátil—. ¿Te gusta?

—Piénsalo un momento, idiota, sería imposible que se lo ocultaras a Dallas y a Erik viviendo pared con pared. Además, ¿y si se cuelga de ti o no se toma bien cuando quieras dejar de verla? ¿Y si cada vez que te la encuentres por la comunidad es incómodo? Hasta donde nosotros sabemos, Amy podría quedarse a vivir aquí para siempre.

—Eso es cierto —se le cambia la cara porque sí, será un ligón, pero también es un padrazo.

—Suerte con la entrevista. —Salgo de su casa y recibo un mensaje

de Magnolia.

Joder es demasiado temprano para todo esto.

3

Amy

Hace ya unos días que me instalé en High River y como mis maletas llegaron ayer, me pasé parte de la noche ordenando mi nuevo apartamento. Ah, y también dando saltos de alegría porque mi móvil haya vuelto a la vida después de pasarse todo este tiempo en arroz.

He hablado bastante con Liam porque me cruzo con él en todas partes. *A veces incluso los oigo hablar a través de la pared de mi cocina y sus hijos son graciosísimos y adorables.* Pero no pasa nada porque mi horario es muy caótico por mi trabajo y seguro que no los veo más. A veces vuelo de noche y otras de día, nunca se sabe. Lo cual explica por qué más que un sueño reparador de unas ocho horas, suelo echar siestas de cuatro donde pillo.

El problema está en que cada vez que cierro los ojos tengo un sueño erótico. Por lo visto, saber que le gustan los hombres tanto como a mí no es inconveniente para que mi subconsciente haga de Liam el protagonista de todas mis películas. Es genial hasta que aparece Jay-Duncan y lo estropea interponiéndose, diciéndome que él se encargará de lo que yo necesit… *en fin, por lo menos esto es mejor que las pesadillas recurrentes habituales.*

La sequía de sexo me está pasando factura y no sé cómo solucionarlo. *No puedo solucionarlo.* Solía ser fácil entablar

conversación con desconocidos y pasar un buen rato antes de decir adiós para siempre, pero esa opción está descartada por el momento. A menos que haga un curso de boxeo, kárate o algo así. ¿Igual me vendría bien para soltar tanta frustración sexual? *Pfff, debería decidirme antes de que mis hormonas se hagan con el control total de mi cabeza.*

Jay-Duncan Vojak vuelve a colarse en mi cabeza cuando salgo de la cama y llego al salón. Lo veo en el punto exacto donde tropecé con la maleta. Me muerdo el labio inferior cuando lo siento contra mí. Sus manos aferrándose a mi cintura como si fuera algo más que mera ayuda. *Gruñón, desagradable y altruista buenorro, yo no entiendo nada.*

—¿Y si a mí nadie me pone nerviosa por qué con él no paro de reírme y de decir tonterías? —me abanico reviviendo el mar de calambres y me meto en la ducha cuando me tiemblan hasta las pestañas.

Abro el grifo, cierro los ojos y pienso en la forma que me miró cuando la camiseta blanca se me pegaba al cuerpo. Me imagino que no quería soltarme de la cintura cuando me tenía agarrada y que si me hubiera contoneado contra él, en una realidad paralela y heterosexual, tal vez le hubiera gustado. El demonio de mi hombro me incita que sacie mi hambre, que lo haga para así sacarlo de mi mente de una vez. Para variar el ángel de mi hombro no está, así que cedo.

Salgo de la ducha con un regusto de autorreproche en el paladar, pero saciada y la toalla todavía alrededor del cuerpo cuando llaman a la puerta.

—¡Un segundo!

—Intenta no tropezarte con nada de camino a abrirme —dice su voz grave y profunda al otro lado de la puerta.

Será hijo de…

—¿Qué quieres?

Y en un segundo estoy a punto de salir ardiendo por combustión espontánea.

Su mirada esmeralda cargada de pepitas amarillas que parecen cristal es una mezcla de hielo y fuego que le da la vuelta a mi estómago. Siento la caricia de sus ojos cuando baja por mis hombros y desciende por mi cuerpo hasta mis pies, sin dejarse ni un solo rincón de piel sin atención. Se le tensa la mandíbula, se le contrae el cuerpo y mataría por saber lo que está pensando.

—Liam quiere pedirte algo —lo dice con una aspereza que me genera calambres dignos de investigación médica y lo hace mientras mira a algún punto de mi cuello.

Se mueve del marco de mi puerta, ese que su cuerpo musculoso y altísimo había invadido por completo, y se hace a un lado.

—No pretenderás que vaya así a verle, ¿no? —No contesta—. ¿Duncan?

Cuando me mira a los ojos me arden las orejas y las mejillas me explotan, tengo que dar un paso atrás aferrándome a la puerta. *Pero a mí. Qué. Me pasa. ?!?!*

—No, preferiría ahorrarle a Liam el susto.

Le cierro la puerta en las narices y vuelo hasta mi dormitorio a por algo que ponerme. *El muy mal educado.* Se me cae el vestido de las manos y decido que no es un buen día para llevar medias. *Vale que voy en toalla, pero no hace falta ser tan borde.* Elijo la ropa de trabajo que consiste en un pantalón azul marino y una camisa blanca con algunas insignias y decoraciones doradas, pero dejo a un lado la corbata.

Llama a la puerta repetidas veces, impacientándose. Me enerva de tal forma que saca mi vena más vengativa y cuando ya estoy lista, camino dejando que mis elegantes zapatos le hagan saber lo despacio que lo hago.

—No te habré hecho esperar demasiado, ¿a que no? —Sonrío.

Se toma un momento mirando mi ropa. Me gustaría admitir que no me lo paso mirándole la enorme nuez que tiene en el cuello, ni cómo se le mueve lentamente de arriba abajo, pero ya si eso en otra vida.

—¿Eres piloto?

—Guau, ¿has llegado a esa conclusión tú solito? Qué mayor.

—¿Por qué no contestas y ya está?

—Porque a ti, Jay-Duncan Vojak, no te hace falta saberlo —le dejo atrás y llamo al timbre de la ciento quince.

El modelo rubio despeinado de ojos azules abre la puerta con una sonrisa encantadora y un traje a medio poner.

—A ti quería verte, chica de los huevos. Uy, eso ha sonado muy mal —mira a Duncan—, me dejó huevos para el desayuno —vuelve a mirarme a mí—. Necesito pedirte un favor. Uno enorme. Si accedes estaré en deuda contigo el resto de mi vida y te compensaré como elijas.

Duncan carraspea a mi espalda y le lanza una mirada cuyo lenguaje no sé interpretar.

—¿De qué se trata, Liam? —pregunto divertida.

—Se me ha presentado la mejor oportunidad laboral de toda mi carrera —dice haciéndose mal y rápido el nudo de la corbata.

—Sin dramatizar ni nada… —dice Duncan por lo bajo.

—Shhh —le chisto—. Sigue, Liam.

—Tengo que hacer una entrevista para la empresa de software para la que llevo mucho tiempo soñando con trabajar. El problema es que es presencial y Svetlana no puede cuidar a los niños los cuarenta y cinco minutos que faltan hasta que vayan al colegio.

—¿Y qué hay de…? —me giro hacia su marido, mucho más cerca de mi espalda de lo que esperaba.

—Tengo trabajo —dice con sus musculosos brazos cruzados por

encima del pecho.

¿Le crecen por segundos o qué?

—Sé que estoy sobrepasando tu amabilidad vecinal, pero estoy desesperado —dice Liam resignándose a conseguir el maldito nudo de corbata perfecto—. Mi hermana va a venir en quince minutos, pero yo tengo que irme ya.

Me desborda la ternura, me acerco a su corbata y se la arreglo.

—Te dije que se negaría —dice Jay-Duncan-el-toca-narices.

—No me estoy negando —*Dios, qué rabia le tengo*—. Lo haré encantada, Liam.

Aunque me flipa tu facilidad para confiarme a tus dos tesoros. ¿Tengo cara de buena persona? ¡Pero si soy pelirroja!

—¿Hablas en serio? —me abraza y me levanta del suelo—. Dios, te besaría ahora mismo, Amy.

—Vuelvo a repetir que es una cría —sentencia Duncan tirando del brazo de su marido para que me suelte.

—¿Disculpa? ¿Una cría?

¿Le hago un favor a su marido y él reacciona así? *Pfff. Este tío es de otro mundo. Lo cual demuestra, que no en todos los mundos hay vida inteligente.*

—¿Cuántos años tienes? —pregunta mirándome desde las alturas —. ¿Veintiséis?

Mierda.

—Veinticinco —masco el número—, pero si soy capaz de llevar a cientos de personas de un continente a otro en avión, soy plenamente capaz de vigilar a dos niños de siete años. ¿Cuántos tenéis vosotros, por cierto?

—Yo treinta y cinco y Duncan treinta y siete. No le hagas ni caso, me fío plenamente de ti, capitana, y solo serán quince minutos, lo prometo. —Liam me planta un beso en la frente—. Me salvas la vida.

—Se va, supongo que a las habitaciones de los pequeños a buscarlos.

—¿Lo has hecho alguna vez? —pregunta Duncan, de nuevo a mi espalda, cerca de mi oído.

—Tengo tres hermanastras. Lo sabrías si tus prejuicios te dejaran preguntar antes de opinar —omito el detalle de que yo soy la pequeña porque es del todo irrelevante. Me doy la vuelta y le veo asentir en total disconformidad. *Qué rabia que sea así de guapo*—. Supongo que te enfurece que no esté respetando tu plan de mantenerme alejada de tu familia —me responde con una mueca intensa. Suspiro—. ¿Prefieres que le diga que no?

—Imagino que no pasará nada por quince minutos.

—De acuerdo, todos listos —llega Liam con Erik y Dallas, ambos con unas mochilas coloridas demasiado grandes para sus cuerpecitos —. Os quedaréis con Amy hasta que llegue la tía, ¿de acuerdo?

Dallas suelta un bufido que no me tomo a pecho y Erik me sonríe saludándome con la manita. Cuando entramos los tres en mi piso, siento los ojos de Duncan encima incluso cuando ya hemos cerrado la puerta.

—¿Os apetece desayunar? —pregunto mientras Dallas se tira en el sofá con el móvil y Erik ocupa el hueco que le deja.

—¿Tienes galletas?

—Ya hemos desayunado —corrige Erik a su hermano—. Acabamos de subir de la cafetería con Duncan.

—¿De qué trabaja vuestro padre? —me siento en la mesa de café delante del sofá.

—No tiene trabajo, tiene una entrevista —dice Dallas—. La entrevista va antes de conseguir el trabajo.

—No, me refería a… —dejo de hablar. *Un segundo. Un. Maldito. Segundo. ¿Qué niños de siete años llaman a su padre por el nombre de pila?*—. ¿Jay-Duncan que…? O sea, él no es… Liam y él…

—¿Qué dice, Erik? —pregunta Dallas volviendo la mirada al móvil.

—No lo sé, ¿qué dices Amy?

—Pregunto que de qué trabaja Jay-Duncan —*cobarde*.

—Ahhh, tiene un gimnasio.

—Tiene muchos y son todos suyos —dice Dallas con orgullo encubierto por indiferencia—. Es súper-ultra-rico.

—Guau, eso es impresionante.

—¿A qué te dedicas tú, Amy? —pregunta Erik llevando el culo más al borde para acercarse a mí, tras mirar a su alrededor añade—: ¿A algo con flores?

Me encantan los lirios morados y soy del team #regálateunramoporquesí, así que suelo hacerlo a menudo.

—No, soy piloto de aviones.

—¿De verdad? —preguntan al unísono, incluso Dallas se incorpora.

—¿De los que van por el cielo? —pregunta Erik.

—Sí, de esos mismos.

—¡Como mola! —exclama Dallas—. ¿Y podremos subirnos alguna vez a uno? ¿Porfi?

—Si vuestros padres os dejan, por supuesto.

—No tenemos padres, solo padre —dice Dallas volviendo a tumbarse y a mirar el móvil.

—Entiendo —*en realidad no.*

—Mamá se fue hace años. No quería estar con nosotros y dejó una nota a papá. Él nunca nos la ha dejado leer, pero dice que no daba motivos. Mamá ni siquiera se despidió de nosotros —dice Erik mirándose las manos tan diminutas que tiene.

Me rompe el corazón. *¿Los abandonó?*

Dios mío. Le cojo las manos sin saber cómo reaccionará al contacto

de una desconocida, pero me da un apretón con una de las suyas mientras se limpia las lágrimas con la otra.

—No llores, so tonto —dice Dallas con la voz rara—, si no nos quiere, nosotros tampoco a ella.

—Yo sí la quiero —dice Erik—. Aunque ella a mí no, yo siempre la voy a querer.

Me trago el enorme nudo que me abrasa la garganta.

—Siento que tuvierais que pasar por eso. Aunque os digo una cosa, solo hace falta echar un vistazo a vuestro padre para ver que os quiere por tres.

—Es verdad que nos quiere mucho —dice Erik asintiendo para sí y me cuesta horrores no abrazarlo.

—Y Duncan —dice Dallas—. Él nos quiere mucho más que mamá.

—¿Es *muy* amigo de vuestro padre?

—Más que eso, es como un hermano —dice Erik.

Si no son pareja, ¿a qué vino el ataque de hostilidad cuando vio a Liam en mi habitación?

—Al principio papá no trabajaba. Se quedaba en casa, cuidándonos —sigue Erik—. Cuando mamá se fue, no tenía mucho dinero así que trabajó de muchas cosas. Duncan lo ayudó a estudiar.

—Y le pagó un curso muy caro —puntualiza Dallas.

—Sí, sí, y desde que se lo sacó, ¡papá no para de recibir ofertas! —exclama Erik entusiasmado botando en el asiento con una sonrisa radiante—. Ha estado cambiando de trabajo porque lo quieren en todas partes.

—Seguro que hoy lo consigue, es el mejor —dice Dallas.

—Encendamos una vela —digo poniéndome en pie.

—¿Para qué? —me siguen a la cocina.

—¿No lo sabéis? Trae buena suerte.

—¡Encendamos muchas entonces! —salta Erik.

—Eso es una tontería —dice Dallas.

Cojo la vela más grande que tengo, la de baño con olor a montaña, agua y naturaleza que me transporta a Acorn Hill (gracias Lexi), y el encendedor.

—No va a conseguir el trabajo por la vela —insiste Dallas, a lo que Erik lo mira con una mueca para que se calle.

Me agacho frente a él con la vela, el encendedor y todo el cariño que me cabe en el cuerpo.

—Cuando estás en un partido de béisbol, ¿verdad que animas a los jugadores? —pregunto, a lo que Dallas asiente—. Pues esto es lo mismo. No podemos ir a la entrevista con vuestro padre a gritarle palabras de apoyo porque lo mirarían raro —Erik se carcajea—. Digamos que esto es más discreto.

—Supongo que no pasará nada por encenderla —dice mirándola fijamente.

—¿Puedo encenderla yo? —pide Erik.

—Pero cuidado no te quemes —le dice Dallas que con siete años ya tiene el instinto protector más desarrollado que muchos adultos.

Le doy el encendedor a Erik y sujeto la vela.

—¿Ahora la soplamos? —pregunta Dallas.

—No, hombre, entonces se va la magia —digo conteniendo la risa —. Ahora la dejamos encendida.

—¿Todo el día? —pregunta Erik.

Hasta que me vaya a trabajar, no vayamos a provocar un incendio con tanta magia. Le suena el móvil a Dallas y dice que su tía ya ha llegado, que está abajo esperándonos. Sin darme ni cuenta ha pasado media hora. Erik me coge de la mano cuando salimos del piso y me quedo en trance unos segundos. *Hostia, el reloj biológico. Pero yo pensaba que no tenía de eso.* En el pasillo hay unas máquinas expendedoras y saco tres barritas de cereales y chocolate mientras

llega el ascensor.

—Tomad —se las ofrezco. *Comprando su cariño con dulces, Amy, qué patético.* Cogen una cada uno y la que sobra se queda en mi palma —. Esta es para vuestro padre, para que se la deis cuando consiga el trabajo.

—Sirve de celebración y de consolación —dice Erik, me encanta su optimismo.

Dallas la mira como si fuera algo muy valioso que fuera a convertirse en oro de repente. *Uy qué peligro tienen estos dos…* Luego se la guarda en la mochila a Erik, como si supiera que él va a ser lo bastante responsable como para no comérsela.

A mí ya me tienen ganada.

Me aseguro que tienen el abrigo abrochado hasta arriba antes de que salgamos del ascensor y me abotono el mío largo y rojo. Recorremos el camino rodeado de piscinas de distintas formas, todas de un azul intenso y apetecible que reflejan los rayos del sol y casi consiguen que olvide lo agitada que fue mi llegada aquí. *Con tanta vegetación, tantas flores y tanta agua casi me siento en Mountville.* La brisa menos fría que de costumbre anuncia la inminente llegada de la primavera.

Junto a un coche de alta gama nos encontramos a una mujer despampanante de larga melena rubia y elegante vestido negro. Lleva unos taconazos rojos y solo por ese detalle ya siento que podríamos ser amigas.

Lo que más me sorprende es que ninguno de los dos salga corriendo a abrazarla, teniendo en cuenta que es su tía y ya vi cómo recibían a Jay-Duncan. No tardo en entender por qué.

—Sí que habéis tardado en bajar.

—Hola, tía Magnolia —dice Erik con el entusiasmo de un niño que se enfrenta a un plato de brócoli.

—Hola —sigue Dallas, que en algún momento se ha puesto a mi lado.

—Encantada de conocerte, yo soy…

—¿Tengo que pagarte yo o ya lo ha hecho mi hermano? —me corta con un retintín agudo y se abre el bolso con aires de superioridad.

—No es nuestra canguro —dice Dallas—, es amiga de Duncan.

—Y nuestra —añade Erik sonriéndome—. Se llama Amy.

—Amy —repite Magnolia y por la mirada que me lanza, me queda claro que el trocito de información que le ha dado Dallas me ha hecho subir un poco más en la pirámide de la enemistad—. Debía presentarme antes, lo sé, pero es que Duncan necesitaba que hiciera unas cosas por él en el gimnasio.

Muy sutil. Como si a mí me importara con quién trabaja el gruñón ese.

—Tranquila, nos lo hemos pasado muy bien con Amy. Hemos encendido una vela —suelta Erik.

Toma zasca.

—Qué bien, y dime Amy, ¿tú que estudias, guapa? —ladea la cabeza.

«Guapa», a modo de insulto pasivo agresivo.

—Estudié ingeniería aeronáutica, pero me licencié hace años. Ahora solo trabajo. De piloto —remarco porque ver cómo se le atragantan mis palabras es mi nuevo hobby favorito.

Ojalá esas tres estuvieran aquí para verlo.

—Debes de estar *tan* orgullosa.

Cada palabra envuelve una pequeña dosis de veneno.

—Amy, tus aviones vuelan muy alto, ¿no? —pregunta Erik tirando de mi mano y le sonrío al asentir—. ¿Tanto como para llegar al cielo?

—Sí, tanto y más.

—Entonces, ¿puedes traer a gente de allí? ¿Traerlos de vuelta con

los vivos?

Se me para el corazón. Veo a Dallas apretar los ojos con fuerza. Me arrodillo a su lado.

—No, lo siento mucho, Erik. Eso no puedo hacerlo.

—Vale —dice agachando la cabeza, rompiéndome el alma en mil pedazos, provocando una urgencia desmedida en mi pecho por quitarle ese dolor que refleja.

—¿A quién querrías traer de vuelta?

—A la mamá de Duncan. Le debe una disculp…

—Shhh —Dallas tira de él con poco disimulo.

—¿Qué se supone que es eso? —Magnolia mira las chocolatinas, frunce los labios y alza una finísima ceja tanto como le permite el bótox (que no es mucho). Me repasa de arriba abajo como si la que hubiera costado un dólar fuera yo—. Se lo has dado tú, ¿a que sí?

Me yergo lista para calmarla, pero se me adelantan.

—No ha sido ella, ha sido papá. Nos ha dado permiso —que Dallas salga en mi defensa me pilla de imprevisto y me sacude con fuerza.

Su tía se agacha delante de él y lo atraviesa con la mirada. Erik me da un apretón en la mano.

—¿Tú no sabes que los que mienten se mueren antes? —Magnolia se la arrebata a la fuerza.

Erik aspira todo el aire asustado y tira de su hermano para subirse al coche corriendo, no sin antes darle a Magnolia su chocolatina. *Será bruja la tía.*

—¿Tenéis limpios los zapatos? —la pregunta hostil va dirigida a ellos, pero es a mí a quien mira.

—Sí, tía Magnolia —responde Erik abriendo la puerta, empujando a su hermano dentro.

—¿Y las manos? Sabéis que no podéis tocar nada con las manos

sucias.

Erik vuelve a darle una respuesta afirmativa y espero a que cierren la puerta para acercarme tanto a ella que podría contarle las pestañas si quisiera.

—¿Hacía falta que se la quitaras así? ¿No podías pedírsela y ya?

—¿Va a enseñarme a educar una cría como tú?

Después de lo de Duncan, ese «cría» es un bofetón que me cruza la cara.

—Conduce con cuidado —sonrío—. Hay gente con muy mala leche en la carretera.

—Dos lecciones en un minuto, estamos de rebajas.

Y mejor la tercera no te la suelto porque te dejo del revés. Mantengo la sonrisa.

—Un placer conocerte, Magnolia. Volveremos a vernos, espero.

Le tiembla el ojo durante un breve instante y lo saboreo al máximo, luego estrecha la mirada y me devuelve las chocolatinas aplastándolas contra mi estómago.

—Disfruta de tus grasas trans.

El coche da marcha atrás y cuando intercambio miradas con los pequeños Brodly siento un retortijón de pena en el estómago. *Joder. Ni suerte con la madre, ni suerte con la tía.* Desaparecen y yo sigo en shock. *¿Cómo esa zorra es hermana de Liam?*

—Buenos días, Amy —Svetlana aparece con una gran sonrisa en el rostro y una señora de su rango de edad, cogida del brazo—. Katerina, ella es la chica que te dije, la que va robando corazones.

—Qué ilusión conocerte al fin —dice con enternecedora mirada y cálida sonrisa, a lo que le devuelvo el saludo—. Erik y Dallas te van a adorar en cuanto pases un rato con ellos.

—Es una suerte que ya lo haya hecho —Svetlana me guiña un ojo demostrando saber mucho más de lo que imagino—, ¿compartes una

de esas grasas trans?

Toma ya.

Le ofrezco la chocolatina y cuando se marchan, me doy cuenta de que en esta vida, todos somos fichas de ajedrez para una partida que juega Svetlana.

Mensaje de Dhona

12:14 Prima, no deberías trabajar tanto como para no poder contestar el teléfono, tu piel se envejecerá antes y tendrás problemas para encontrar marido. Te llamaba porque tu padre quiere que nos reunamos para que te ayude a encontrar a alguien tan bueno como mi Paul. No sería justo para ti, ya que todavía debes pulir mucho tus modales y te sentirías incómoda con alguien a la altura de mi marido. Pero, en cualquier caso, tu padre nos ha reservado hora en mi restaurante favorito de Londres mañana a las diez. No faltes, ni llegues tarde, ¡y ven bien vestida!

Llego al aeropuerto a eso de las seis y consigo salir del coche diez minutos después de aparcar. *Respiraciones profundas. Un pie delante del otro. Tú puedes.* Con todos los sentidos alerta, atravieso la terminal a paso ligero. Se me acelera el pulso, la lengua se me vuelve de cartón, me sudan las manos y mis andares se convierten en los de una azafata que llega tarde en su primer día. Me he puesto a Britney Spears en los auriculares, pero no lo bastante fuerte como para no oír lo que pasa a mi alrededor.

—¿Está en el avión? —pregunto a Jasmin cuando la encuentro en cabina.

—No, no le he visto en la fila de embarque —sonríe, suspiro aliviada y compartimos una mirada cómplice—. ¿Sabes? He estado mirando vídeos de YouTube de defensa personal y creo que estoy lista.

—¿Para qué?

—Para ser tu guardaespaldas.

Tengo que quererla. Empezamos con nuestro ritual de comprobaciones.

—¿Algún imprevisto destacable? —pregunta Sylas Bledsoe diez minutos después a través de la radio.

Sylas es nuestro jefe y siempre se queda en la central. Irónicamente, tiene miedo a volar.

—Ninguno —respondo—. Ya hemos revisado la meteorología y las posibles turbulencias, todo sigue según lo esperado. —Confirmamos con él la ruta de vuelo y nos da el valor de la presión atmosférica local —. Sylas, acerca de lo que te dije sobre el pasajero que me…

—No vuelvas a sacar el tema, Amy. La compañía no se va a hacer responsable de las paranoias de mujer narcisista que te montes tú en la cabeza.

Me muerdo la lengua y aprieto los puños para no ir a buscarlo y tirar por tierra mi carrera. *Pero ganas no me faltan.* Hace sus últimas preguntas y corta la conexión.

—Maldito cabrón.

—¡Jasmin! —grito en susurros.

—Ya ha colgado, no me oye. Solo por una vez, me gustaría que Sylas tuviera que hacer un vuelo de los largos y sin escalas, y con todas las turbulencias posibles. Rectifico, me gustaría que tuviera que hacerlo cada día hasta que reventara, por imbécil.

Turca, de treinta y dos años, es la única en el gremio que se ha colado en mi corazón. Empezó a acumular horas de vuelo a los dieciocho y es jodidamente buena en esto. Es la quinta y última hija de unos padres adinerados y mayores, que no quieren saber nada de sus hijos a menos que sean buenas noticias. Está bastante sola, como yo, pero juntas no nos damos cuenta. *O casi.*

Carraspea y coge el micrófono que comunica con el resto del

avión.

—Queridos pasajeros en breves iniciaremos el vuelo con destino a… no podemos decir a dónde porque contamos con una maravillosa despedida de soltera, ¡felicidades a la novia! Bien, al sitio ese al que vamos, la temperatura es lo habitual, nada fuera de lo común. Tampoco podemos decirles cuánto va a durar el vuelo, pero ustedes eso ya lo saben porque compraron el billete y si no, únanse a la diversión de la despedida. Les deseamos un feliz vuelo, gracias por escoger SkyWave Airlines una vez más. —Apaga el micrófono—. Próxima parada… Mountville.

—Me encantan los vuelos a Virginia. —Hago los honores y me hago con los mandos.

Por favor, universo, permíteme cuidar de las personas a mi cargo una vez más, permíteme llevarlas sanas y salvas a su destino. Con el corazón cargado de adrenalina y seguridad, paso por encima del miedo e inicio el despegue.

Aterrizamos un par de horas después y allí la veo, embarazadísima y más guapa que nunca, sentada en una mesa repleta de comida y con un banderín en el que pone Amy. Con lo poco que le falta para dar a luz lo que debería hacer es reposo, ¿pero qué se le ocurre a Nina? Venir a verme, pues claro que sí.

—¡Estás loca!

—¡Por ti, pelirroja!

—Sabes que desde que la inteligencia artificial llegó a las cabinas nos han reducido las horas de descanso y que con vuelos cortos solo tengo cuarenta minutos, ¿no? —pregunto disimulando como puedo el enorme nudo de mi garganta.

—Pues será mejor que aprovechemos —dice extendiendo los brazos hacia mí para que la abrace cuanto antes.

Se me llenan los ojos de lágrimas cuando ella y el pequeño bichito

Taylor me rodean en un abrazo apretado y sentido. *No sabes la falta que me hace esto, hermana.*

—Vale, necesito saberlo *todo* —dice poniéndome un batido delante y empujando la hamburguesa con queso y bacon en mi dirección.

—¿Sobre qué? —acaricio un poco más su tripa y le doy un sorbo al batido.

—Sobre cualquier cosa que sea mínimamente interesante, My-My, me paso el día sentada y me aburro cosa mala. El otro día escuché a Lay decirle a Cleo «tenemos que jugar a otras cosas, que si no Nina se cansa de oír siempre lo mismo». Soy penosa, por favor, entretenme. —Se saca un lirio morado del bolso, mi flor favorita, y me lo pone en el pelo.

Le cuento mi llegada a la urbanización del caos (o High River) obviando el pequeño detalle de que Jay-Duncan y Liam no son pareja.

—¡Será zorra la Magnolia esa! —gruñe y acto seguido se le llenan los ojos de lágrimas—. Con lo encantadores que parecen Erik y Dallas. ¡No se lo merecen!

—Eh, llorona, corta el grifo que es su tía, seguro que me he hecho una idea equivocada —suerte que no le he contado toda la historia de los pequeños Brodly, si no se acaba los pañuelos.

Y yo con ella.

—El día que te falle tu instinto tú dejas de ser pelirroja —sacude la cabeza.

—Jasmin te manda recuerdos.

—¿Por qué no ha venido a cenar con nosotras? —pregunta, porque la adora.

—Porque está ayudando a una niña pequeña a buscar el peluche que ha perdido en el avión.

—¿Me estás troleando?

Evidentemente.

—Apuesto a que Nolan-Kane está en alguna parte de este aeropuerto ahora mismo, ¿a que sí? Jasmin no está aquí por el mismo motivo: porque esos dos son tan tontos como para querer dejarnos espacio. —Le cojo la mano—. Te he echado mucho de menos, Nina.

—Y yo a ti —su expresión cambia—. Hablando de echar de menos, mamá me ha escrito.

Verás. Intento soltarla, pero me aprieta. La silla de madera vintage cruje bajo mi cuerpo.

—¿Qué es eso de que Daisy, Lexi y tú no vais a la cena? —aprieta más, estrecha la mirada y usa su voz de hermana mayor—. ¿Acaso estáis en vuestro tercer trimestre de embarazo?

—¿Es que no quieres salvarnos o qué? Yo dejaría que me usarais de excusa.

—Pero es que ya os la saltasteis el mes pasado y es peligroso que Vykna y Dhona estén por ahí pululando sin vigilancia.

La prima de Daisy y la mía, las únicas que quedan en pie. El reinado de las primas malas va a llegar a su fin antes de que conozcan sus años dorados. *Una pena.*

—Vamos, que quieres cotilleos para entretenerte.

—¡Sí, exacto! ¿Qué tiene que hacer una para que sus hermanastras impidan que se muera del asco?

Sacudo la cabeza. La mataría, pero es que la quiero mucho.

4

Jay-Duncan

Ya en el ascensor, me pregunto cómo es posible que con lo poco que la conocen, Dallas y Erik hayan preguntado varias veces si podían invitar a Amy a la cena de celebración de su padre. De Erik era de esperar, ¿pero de Dallas? *Joder, he tenido que preguntarle si Amy lo había sobornado de alguna forma, asegurarle de que yo podía doblar lo que fuera.*

Mensaje de Liam
23:01 Te lo debo todo, cabronazo.
23:02 Pienso comprarte el bourbon más caro que encuentre.

Me guardo el móvil y entonces la veo. Lleva un abrigo largo, tan rojo como su pelo, va dando tumbos y con los ojos cerrados. Me acerco a ella y la llamo, pero no me escucha, lo siguiente que sé es que tiene la cabeza apoyada en mi pecho.

—¿Amy? —no reconozco mi voz, es suave—. Amy, ¿qué ocurre?

—Mmm, casa —se mueve y se escapa de mis brazos.

Se tambalea caminando hacia el ascensor y no quiero que se caiga, así que vuelvo a cogerla. Solo entonces me fijo en el lirio morado que lleva en el pelo.

—Deberías haber llamado a alguien si estabas así. Un amigo o un

novio, ¿o un hermano?

—No tengo a nadie en Chicago —admite y debo de ser un capullo por alegrarme, por ser yo quien supla el hueco.

Las puertas se abren y cuando entro con ella, se vuelve a pegar a mi cuerpo. Esta vez le paso un brazo por la cintura, afianzándola contra mí.

—No quiero —murmura quejicosa.

—¿No quieres qué?

—Volver a hacer un ida y vuelta, los odio —murmura adormilada —. Cuarenta minutos no nos ha dado para nada. Las echo tanto de menos.

Le inclino la barbilla hacia arriba cuando oigo el deje lloroso. Tiene los ojos cerrados y las mejillas humedecidas. Se zafa de mi mano y vuelve a pegar la cara contra mi camisa, antes blanca.

—Gracias por lo que has hecho por Dallas y Erik. *—Dallas, el niño menos crédulo de la historia, accedió a encender una vela por su padre, sigo alucinando.*

—¿Y la chocolatina? —murmura.

—Liam la ha partido en cuatro esta noche, ha sido el primer postre.

Las puertas se abren, pero veo que no está en condiciones de caminar así que no dudo. La levanto, la cojo en brazos y ella como venganza vuelve a drogarme con su condenado olor hipnótico. *No entiendo cómo alguien con un carácter tan fuerte, puede tener también este aspecto dócil y accesible.*

No sé cuál de las dos versiones da más miedo.

Consigo que saque su llave y entro en su piso. Otra vez. *Al final voy a perder la cuenta.* Llego a su dormitorio y la dejo encima de las sábanas. Sin la calefacción hace frío y con ella, le sobrará el abrigo. La enciendo y procedo a quitarle el abrigo. Meto la mano por el hueco de

su cintura y la rodeo, la levanto un poco de la cama y le quito una manga para luego… trago saliva cuando su cuello queda a un escaso centímetro de mi boca.

Mi hambre es lo único que oigo desde que apareció, pero es que ahora me está reventando los tímpanos. Tengo un martillo interno golpeándome el pecho cada vez con más fuerza, a diferencia de las respiraciones de Amy que son suaves y relajadas. Acaricio su piel aterciopelada con la nariz y hago una inspiración profunda. *El. Puto. Paraíso.* Recobro el sentido antes de cometer un error como besarla. Le quito el abrigo del todo y me largo, salvo que no puedo, porque me tiene cogido de la chaqueta del traje.

—No puedo dormirme —dice la muy mentirosa.

Le cojo de la muñeca y suelto su agarre.

—Me da que no vas a tener problemas. —Esta vez se ha enganchado a mi pantalón y eso que sigue con los ojos cerrados.

—Estoy harta de las pesadillas…

—¿Qué pesadillas? —pregunto y su rostro se compunge.

No tengo corazón, pero si lo tuviera, habría sentido algo. Aparto la mano de su mejilla cuando me doy cuenta de que la estoy acariciando.

—Y también de lo otro… harta.

—¿Qué es lo otro?

No contesta. No sé por qué lo hago, juro que mi cerebro no encuentra respuestas, pero espero ahí de pie, hasta que el agarre de su mano se suelta por sí solo. Apago la luz y me marcho.

Llego al gimnasio, Jace está con Magnolia recibiendo una buena paliza, calentando para entrenar conmigo. Su progreso es evidente y eso me pone contento. ¿Lo va a saber él? *Y unos cojones.* Entro en el vestuario, me cambio de pantalones y dejo la camisa manchada de maquillaje dentro de la bolsa que me llevaré a casa.

Magnolia entra en el vestuario, lo sé antes de que diga una sola palabra porque siempre lleva demasiado perfume. *Amy lleva tan poco que tengo que pegarme a ella y entonces el premio es doble. Joder, ¿y a mí qué coño me importa lo que haga Amy?* Cierro la taquilla de golpe.

—Uhhh, alguien está de mal humor. —Pega la espalda contra la taquilla—. Me gusta. ¿A quién hay que despedir? —Me pasa los dedos por el hombro, trepando despacio, llevando otra mano a mi abdomen.

Le cojo de las muñecas y se las aparto.

—No tenías por qué quedarte aquí, tu jornada hace horas que ha acabado y le pedí a Jeremiah que se encargara de Jace de ahora en adelante —cojo la camiseta del banco y me la pongo.

—Pero es mío, no puedes quitarme lo que es mío —alcanza la goma elástica de mis pantalones de deporte y tira de ellos.

Con Magnolia es como si estuviera muerto, en cambio, con una sola mirada de… joder. Esta vez cojo su muñeca y le doy un apretón.

—Vuelve a hacer eso y te despediré.

—¿Por acoso sexual? —se carcajea.

—Jeremiah es quien lleva a Jace de ahora en adelante, no volverás a entrenar con él. Si me desobedeces otra vez, dejarás de tener trabajo.

Su máscara de porcelana se resquebraja. Su aura seductora se vuelve corrosiva.

—Soy tu socia, no puedes despedirme. No tienes tanto poder.

—Eres una buena inversora, pero también eres empleada y como empleada puedo despedirte. No perderías tus beneficios anuales, pero puedo decidir vetarte la entrada cuando me plazca, que no se te olvide nunca con quién estás hablando. Sabes que no doy segundas oportunidades.

—Somos casi familia —me corta el paso camino a la puerta—, adoras a *mi* hermano, quieres a *mis* sobrinos. No irías tan lejos

conmigo.

Un hermano que lo poco que tiene le hace no ver con claridad que hay gente de la que debería apartarse. Unos sobrinos que jamás la nombran y sé muy bien por qué. *Porque a Magnolia solo le importa Magnolia.*

—Como hermana de Liam siempre procuraré que estés a salvo, pero como empleada no eres nada para mí. Tomaré la decisión sin pestañear y sin cargo de conciencia. Tenlo en cuenta la próxima vez que se te pase por la cabeza otra de tus insensateces. Ah —esta vez soy yo quien me freno y me giro hacia ella—, la próxima vez que Amy Harleen haga un regalo a los hijos de Liam, no te atrevas a tocarlo.

Me marcho dando la conversación por terminada.

Encuentro a Jace abajo, peleándose con un saco de boxeo.

—Espero que no uses la excusa de que estás hecho polvo de entrenar cuando pierdas —digo bajando las escaleras, aunque él nunca pone excusas.

Es jodidamente trabajador y cabezón hasta el punto de que estoy seguro de que se le desprenderán los brazos antes de que le oiga negarse a terminar un entreno.

—No señor, estoy listo.

—Eso todavía tienes que demostrarlo. —Muevo el cuello de lado a lado y le pido que me dé lo mejor que tiene.

¿Quién sabe? Igual con suerte no es un absoluto paquete y me ayuda a calentar antes de que empiece mi entrenamiento de verdad.

Conocí a Jace una de mis noches de insomnio, hace cosa de un mes. Deambulaba por las calles de Chicago cuando me topé con la entrada de una discoteca. Cuatro tíos de más de treinta iban a pegar a un chaval de diecinueve. Lo siguieron hasta un callejón, así que fui tras ellos y tumbé a los cuatro en noventa segundos. Entonces, el crío imbécil me da las gracias y luego me dice que era un plan, que llevaba

un micrófono e iba a demostrarle a la policía que eran peligrosos. Todo porque uno de ellos estaba molestando desde hacía semanas a una chica por la que está coladísimo, Alexandra.

Me costó lo mío no darle una paliza para hacerlo escarmentar.

Luego me pide que le enseñara a pelear, le digo que esos cuatro no van a volver a molestarle, pero él insiste en que le enseñe. Del barrio de Jace y sus problemas no quiero oír ni una puta palabra, pero si quiere limpiar el gimnasio de punta a punta a cambio de que lo entrene, por mí perfecto.

—¡El puño más arriba! ¡Nunca descuides tu defensa! ¿Quieres hacerme daño o bailar un puto vals? Espabila —Vuelvo a golpearle el costado porque le he advertido y sigue sin protegerse.

Entonces tira del lazo y cierra la trampa, gira, se agacha y no le veo venir: sus nudillos se estrellan contra mi mandíbula.

—Oh, no. Lo siento, señor. —Se queda pálido—. Dios, lo siento mucho, señor.

—¿Acabas…? ¿Acabas de darme un puñetazo?

—Perdóneme, señor, por favor. No deje de entrenarme por esto, ¡se lo suplico!

Le cojo de un brazo antes de que se arrodille. Se me mueven los hombros con la carcajada, le cojo de la base del cuello y lo acerco a mí.

—Muy bien hecho, chaval. Esa no me la esperaba —le doy unos golpes y muevo la cabeza hacia el ring—. Ponte los guantes.

Iksáia, mi mano derecha, está esperando delante de mi coche. *Decir que es mi hombre de confianza se queda corto. Este tío iría a la cárcel por mí con los ojos cerrados y pienso pasarme la vida evitando que cumpla su palabra.* Tiene mujer y una hija de la que cuidar, por ellas vino a mí.

Svetlana fue quien me lo presentó, hace ya muchos años. *La lista*

de lo que le debo se va a hacer eterna.

—¿Tienes noticias o es que me echabas de menos? —Me paro frente a él.

—Tengo lo que me pidió de la señorita Harleen, señor. He indagado en su registro de llamadas, pero apenas usa el teléfono y sus redes sociales son inexistentes. O bien es antisocial, o sabe lo que se hace en cuanto a ocultar su rastro.

—¿Eso es todo? —aprieto la correa de la bolsa de deporte.

—No, señor. Lleva tres mudanzas en cuatro meses, es probable que esté huyendo de algo.

—¿Desconfías de ella?

—Es sospechoso, señor.

—No te he preguntado eso, Iksáia. Te pregunto a ti, personalmente, ¿Amy Harleen te parece una mujer de la que tenga que preocuparme?

—Es probable que sea una ladrona, señor. Sí, debería tener cuidado con ella.

—Gracias, Iksáia. Vete a casa, es tarde.

Me tumbo en la cama una hora después, con la lluvia golpeando las ventanas, la mirada fija en el techo y ese olor único del que no consigo desprenderme inundándome los pulmones.

Averiguaré lo que trama y haré lo que haga falta para proteger a mi familia.

Incluso si eso significa meter a Amy Harleen entre rejas.

Pasan los días y me siento como un Playmobil, todo el rato haciendo lo mismo, así que es agradable un cambio de aires, aunque odie esos aires específicos. *Soy un tío complejo, supongo que ya te habrás dado cuenta.* Me enfundo en el traje y voy al bufete. Gente con prisa, demasiado ocupada trabajando duro como para sonreír, debería estar en mi salsa, pero odio este lugar. *Todo tiene una cara doble y la flecha*

que hoy lanzas bien puede clavarse en tu estómago mañana.

No es ningún secreto que con el éxito y el poder vienen los enemigos, pero no es un problema siempre que tú tengas más éxito y poder que ellos. He aprendido dos cosas a lo largo de mi carrera: todo el mundo tiene un precio y el único perro que nunca deja de ladrar, es el indefenso.

Despido a cinco abogados por no darme soluciones inmediatas a los problemas que plantean y le pido al que menos mal me cae que busque remplazos para mañana. Recibo un mensaje de Svetlana y llego a la piscina cubierta de High River poco antes de que se ponga el sol. Katerina y su mujer están en la zona que menos cubre, sentadas en el borde.

—Alguien está viviendo su mejor vida —me detengo frente a Svetlana y extiendo la mano—. Toma.

—¿Qué pretendes que haga yo con esa bolsa misteriosa, muchacho?

—Tú sabrás, eres la que me los ha pedido —dejo caer los caquis y Katerina se sobresalta.

—¿Le has dicho que los traiga? ¡Deja de pedirle cosas, Svet, que no es tu chico de los recados! ¿No ves lo bien vestido que va?

—Estoy segura de que lo echará en falta cuando me muera —dice hincándole el diente al primer caqui—. Mañana no es un día más, Jay, es un día menos.

—Te queda mucho camino hasta los cien, a ambas. Aunque no en esta piscina como os pillen comiendo.

—¡Has venido! —ese chillido desde la otra punta de la piscina viene acompañado de dos pares de pasos acelerados.

—Eh, os veo, ¡no corráis! —les grito, pero Dallas y Erik no me hacen ni puto caso, así que acorto la distancia para que no se dejen los dientes en el suelo.

—¡Sabía que vendrías! —Dallas se agarra a mi cuello.

—Papá decía que no ibas a poder por trabajo, ¿has acabado pronto? —pregunta Erik y no tengo ni idea de qué están hablando.

«Segunda celebración», «todos juntos», las palabras de los Brodly se pierden en el aire cuando la veo y eso es justo lo que me falta: oxígeno. Recorro su cuerpo semidesnudo mientras escurre las gotas de su melena de fuego. Amy arquea la espalda exponiendo sus pechos dejándome sediento de su elixir. Me la pone dura al instante, puro cemento. *Solo estoy vivo de verdad cuando te miro. No me imagino lo que será tocarte. Besarte. Hacerte todo lo que…*

—¿Tío Duncan? —La voz cantarina de Erik me trae de vuelta al tiempo que Dallas me clava el índice en la mejilla—. Te has quedado embobado —pasa su diminuta mano por delante de mi cara.

Esto ha sido cosa de Svetlana, he caído en la trampa como un tonto.

—¿Qué hace ella aquí? —consigo arrancar mis ojos de su resbaladiza y perfecta piel.

—Como el otro día no pudo celebrar con nosotros el triunfo de papá, la hemos invitado a jugar —dice Dallas—, Erik se moría de ganas.

Sí, solo Erik.

Liam nos llama y los peques vuelven al agua tirándose de bomba. No sé cómo acabo de pie a su lado, devorándola con la mirada y a un escaso palmo de su espalda.

—Hola —sonríe ampliamente y me quedo atontado cinco largos segundos, intentando lidiar con las descargas que me produce—. ¿Es posible que hace unos días me topara contigo por la noche? No lo recuerdo del todo porque estaba muy zombie, pero quería darte las gracias y pedirte perdón por si te causé algún…

—¿Qué haces aquí? —mi voz es un gruñido agresivo que la sobresalta.

—Sé que no quieres que me acerque a tu familia, ¿pero has intentado decirles que no a esos dos?

Erik llama a Amy y Dallas me pregunta si voy a meterme.

—Voy en cinco minutos —le digo, cojo a Amy del brazo y me la llevo junto a las duchas, un área semiescondida de la piscina, apartados de todo y todos.

Me cago en todo, ¡que no la toques!

—Ya, quieres que me vaya, lo pillo —interrumpe mi intento de formar una palabra—. Estoy a favor de evitar que se encariñen para que no les sepa mal cuando me vaya.

Ya es tarde para eso. Joder, es tardísimo.

—Pero… ¿lo de tu ayuda sigue en pie? —termina.

—¿Qué necesitas?

—Para empezar tu número, pensaba que tú y Liam… —carraspea al tiempo que más gotas resbalan por su cuello y se pierden en su escote—, y resulta que no, y que ni siquiera vives en la urbanización. ¿Cómo voy a pedirte sal cuando se me acabe?

Con la única neurona que no ha quedado comida por la testosterona, alzo una mano.

—Rebobina un momento, ¿yo y Liam?

—Te empeñas en llamarles familia así que pensaba que erais… pues eso. El marido del otro —suelta cuando mi silencio le obliga a decirlo.

Me arranca una carcajada de las de verdad.

—Estarás de coña. —No puedo parar de reírme y a ella se le abren mucho los ojos, como si estuviera viendo un meteorito a punto de estrellarse con la Tierra.

—No te rías de mí, te pusiste como una moto cuando viste a Liam medio desnudo en mi casa. Las pruebas estaban ahí.

Celoso, sí. Territorial también. Pero no por lo que ella cree.

Mis ojos caen hasta sus curvas cuando se lleva las manos a las caderas en una pose desafiante. Se me corta la risa, mi cerebro se desconecta un segundo y oigo algo similar a un gruñido que no puede pertenecer a Amy.

—Duncan… —su voz me deja tonto, su cuerpo enfermo, pero la forma en que sus mejillas se han enrojecido de repente va a volverme completamente loco.

—¿Por qué te has mudado aquí, Amy? —Su pecho sube de forma abrupta. Acerco mi mano a su muñeca, pero la mueve antes de que la atrape. Acabo con la mía extendida en la parte baja de su espalda, acercándola—. Contéstame, Harleen.

—No te hace falta saberlo.

Su rencor me hace cosquillas donde no debería. Sus pezones se marcan en la fina tela del bikini blanco y si aprieto más los dientes me los rompo.

—*Necesito* saberlo —otro centímetro más.

—Y yo… —jadea mirándome los labios—, que me sueltes.

No sé si sus rodillas ceden o si su pie descalzo se resbala con el suelo encharcado al intentar apartarse, pero evito que se caiga sujetándola contra mi cuerpo. Tengo la certeza de que mi polla es la única contenta con el resultado que nos deja eso. Amy se agarra a mis hombros y pasa un instante, luego otro. Está tan pegada a mí que es imposible que no…

—Me da que tu falta de interés no llega a todas partes.

—Te late el corazón muy rápido —me inclino hacia su oído—, y sé que no es lo único.

Veo su cuello de cisne tragar saliva e inspirar con gran dificultad.

A decir verdad, estoy a punto de apartarme de ella. De hacerlo y obtener las respuestas que necesito. Y si eso es cierto, ¿alguien me explica cómo cojones ha llegado mi mano a su mejilla, alzando su

rostro hacia el mío, alineando nuestros labios? Amy Harleen me convierte en una estúpida granada sin anilla.

—¿Amyyyy? —Los pasos de Erik nos sobresaltan, ella se libera y se mete en el vestuario de mujeres.

—Ha tenido que ir a cambiarse, ha cogido frío. —Cojo a Erik en brazos y obligo a mis piernas a recordar cómo coño se camina.

—Pobrecilla, ¿vendrá después de cambiarse?

—Lo dudo, tiene muchas cosas que hacer. Trabajo y eso. —Pasamos junto a la piscina, balanceo a Erik y lo suelto a mitad de una carcajada (suya, yo sigo sin respirar).

—Va a por el bañador —les dice Liam cuando ve que desaparezco hacia las escaleras, pero no me pasa por alto el retintín.

La llamo cuando la veo. Se dirige hacia la salida, pero si me oye hace como que no porque no se detiene, gira la esquina y la pierdo de vista. La brisa nocturna sienta bien y si fuera más fría sería mejor. Tardo en verla porque ya ha llegado a la verja, que está abierta de par en par. *Joder qué rápida es.*

Entonces veo que ha detenido sus pasos, pero no por mí, no ha escuchado cómo la llamaba. Hay un tío con un ramo de rosas negras y ella está petrificada frente a él. «No tengo a nadie en Chicago», me repite su voz.

La tensión se palpa en el ambiente y se me encienden todas las alarmas.

5

Amy

Esos ojos castaños y apáticos, siempre acompañados por una sonrisa carente de vida, una mano invisible rodeándome la garganta. Quiero correr en dirección contraria. *¿Cómo me ha encontrado tan rápido?* Me tiembla el cuerpo. No puedo moverme. El corazón se me va a salir del pecho. *¿No va a terminar nunca esta pesadilla?*

—No me has dicho que te mudabas. —Alza el brazo en mi dirección—. Te he traído un regalo. Son negras, como tus ojos.

Su sonrisa no flaquea cuando no contesto, cuando no cojo el ramo. Da un paso hacia mí y yo doy uno hacia atrás, entonces choco con algo duro. Mover la cabeza hacia atrás para echar un vistazo es un recorrido demasiado grande y aterrador, así que no lo hago. Un segundo después, Jay-Duncan Vojak me pasa un brazo por encima de los hombros.

—¿Quién es, cariño? ¿Amigo tuyo? —Duncan chista la lengua—. ¿Has venido a mi casa para traerle flores a mi novia, tío? Pues siento decírtelo, pero juraría que no se alegra de verte. —Su voz es cortante y territorial, cargada de violencia y autoridad.

—¿Tu casa? ¿Tu nov…? —repite Connor Hanes, presente en cuarenta y siete vuelos de los setenta y dos que he hecho este año.

Me aferro a la chaqueta de Duncan con tanta fuerza que voy a

acabar fusionándome contra su costado. Tiro de él hacia atrás, pero no se mueve, es un yunque caído del cielo.

—Sí, y lo mejor será que te largues de ella cuanto antes.

Connor parece despertarse de su trance. Deja de mirar a Duncan y se acerca a mí.

—Juliana, te he traído estas flores.

—Para, déjame en paz de una vez, no te conozco de nada —mi voz sale rara y gangosa, pero sale.

Un segundo después Duncan me pone a su espalda y le oigo decir:

—Si no quieres salir de aquí en una bolsa de basura, te aconsejo que te vayas largando.

Todo pasa muy deprisa, Connor deja caer las flores al suelo y desaparece, Duncan avisa al de seguridad para que no vuelva a dejarlo entrar y antes de que me dé cuenta estamos en mi piso. Llevo un par de minutos mirando un punto fijo en la pared y no me doy cuenta hasta que Duncan pone un café caliente entre mis manos y me lleva hasta el sofá.

—No sabía que se podía.

—¿El qué? —pregunta sentado en la mesa delante del sofá.

—Vetarle la entrada a alguien a la urbanización. —Doy un trago y pese a que está muy caliente, sigo helada.

Ni siquiera me había fijado en la pequeña caseta que hay a varios metros de la entrada.

—¿Quién era ese tío, Amy? —pregunta trayéndome de vuelta a la realidad.

—Nadie. Gracias por tu ayuda, puedes irte, no volveré a molestar a los Brodly.

Duncan pone sus manos en mis piernas cuando me levanto y hace lo necesario para que vuelva a sentarme. Debería repeler el contacto, temerlo, pero el suyo es una hoguera en mitad de una tormenta de

nieve.

—Confía en mí, puedo ayudarte.

Resoplo y sacudo la cabeza, suelto la taza a su lado y me froto las sienes.

—Se llama Connor Hanes, lleva acosándome cuatro meses. Primero empezó sin decir palabra, apareciendo en varios de mis vuelos cada semana. Luego se volvió más frecuente. «¿Amy, verdad?», creí que era un pasajero más, que solo quería charlar. Entonces las azafatas empezaron a traerme regalos de su parte y… la primera noche que lo vi frente a mi casa llamé a la policía.

—¿Qué te dijeron? —pregunta muy enfadado, mascando las palabras.

—Que no podían hacer nada mientras no hubiera agresión de algún tipo—reprimo un escalofrío—. No podía evitar que cogiera los vuelos que le diera la gana, pero tracé una línea clara en mi vida personal. La tercera noche que apareció frente a mi casa lo encaré y le grité que me dejara en paz, porque había leído que eso podía intimidarlos. No funcionó. Me dijo que me echaba de menos y no dejó de llamarme Juliana. Entendí que estaba mal de la cabeza, así que me mudé a la otra punta de la ciudad. Pero me encontró. Igual que ahora. —Se me hunden los hombros cuando la reconocida impotencia me inunda los ojos.

Una cálida mano firme llega hasta mi mejilla y con el pulgar aparta las lágrimas. Un gesto demasiado dulce para la violencia que emana de su cuerpo silenciosa como una serpiente.

—¿Qué hay de tus jefes?

—Oh, Sylas no quiere enturbiar la imagen de la compañía por mis "tonterías de mujer narcisista y ofendidita". Es un poco machista. Y un poco gilipollas. ¿A dónde vas?

Se le hincha el pecho, lo oigo maldecir por lo bajo y darse una

Ted-Talk del autocontrol.

—Amy —gruñe—, ¿hay algún mueble al que no le tengas aprecio?

—Venían con la casa. Eh, ¿no irás a arrebatarme la fianza, verdad?

Suspira ciento veinte veces, gruñe y no las tengo todas conmigo cuando se sienta.

—¿Cuál es tu plan? —mueve la pierna en un tic nervioso—. ¿Cómo pensabas defenderte de Connor si volvía a presentarse con ganas de algo más de charla?

—Tengo un arma —admito sobresaltándole—. Tranquilo, está en la caja fuerte.

—¿Sabes usarla? —Se levanta en su búsqueda.

—Nunca la he disparado —sacudo la cabeza, persiguiéndolo.

—Deshazte de ella.

—Pero…

—Las paredes son de papel —pone una mano contra el pasillo—, ¿sabes lo que podrías haber hecho?

—Dios mío —me llevo las manos a la boca—, yo… ni siquiera he comprado balas todavía. Lo siento. No debería haberla traído aquí.

—Un arma no es un arma si no sabes utilizarla. —Duncan acorta la distancia como si mis lágrimas fueran un imán personal y luego me coge las manos—. Lo mejor que puedes hacer por defenderte es aprender a usar esto.

—¿Qué propones?

—Déjame entrenarte. Llevo diecinueve años entrenando a mujeres que lo necesitan.

—¿Solo a mujeres?

—En su mayoría. Me especializo en la defensa personal, en utilizar la fuerza de tu oponente contra él.

—¿Hablas de mujeres que han sufrido…?

—Violencia doméstica, sí. —Da un apretón a mis dedos—. Puedo ayudarte, Amy.

Sus iris rugen en esmeralda dorada y salvaje. Me eriza el vello de la nuca y resisto el impulso de acercarme. *Ayuda a mujeres indefensas a protegerse.*

—No. ¿Por qué lo harías? Ni siquiera nos llevamos bien. Y si es por pena, yo…

—No es por pena. Necesito pedirte algo a cambio.

—¿De qué hablas?

—Liam ha conseguido el trabajo de sus sueños y necesitará más ayuda con Dallas y Erik de la que yo puedo darle.

—Hace un segundo en la piscina…

—Te has dicho esas cosas tú sola, ¿por qué crees que te he llevado a las duchas? Iba a pedirte el favor.

—Eso suena a excusa, a una muy conveniente.

—No lo es, Liam te necesita. No serán muchas horas, la mayoría de las veces no llegará ni siquiera a treinta minutos.

—Me encantan esos niños. —Duncan murmura unas palabras que se parecen mucho a «joder, ya me he dado cuenta, preciosa», pero que es imposible que hayan sido pronunciadas por sus labios—. No te estaría devolviendo el favor, eso ni siquiera me costaría esfuerzo.

—Bien, entonces nos reuniremos todas las noches. Con la mala leche que tienes es probable que en un mes seas un peligro para Connor. —Coge mi móvil del sillón de cuero blanco donde lo dejé y escribe su número, luego se llama a sí mismo.

—Duncan, no es una buena idea.

—Mis ideas siempre lo son. Ah, una cosa más, saldremos juntos.

—¿Qué has…? ¿Qué?

—Que voy a ser tu novio. Falso, por supuesto. Connor tiene que verte acompañada. Si por el momento sus acercamientos no han sido

agresivos, es posible que mi presencia lo asuste y se solucione el problema. Si por el contrario cuando asimile lo nuestro se vuelve violento, estaré ahí para protegerte.

Necesito sentarme.

—¿Estás diciendo que a partir de ahora esto será habitual? —Nos señalo, solo necesito un breve flashback de lo ocurrido en la piscina para saber que es una idea terrible—. A riesgo de parecer repetitiva: esto no es buena idea.

—¿Qué, temes tirarte encima de mí como antes?

—¿Discuuulpa? —Mi resoplido de ofensa es épico—. Me he caído. Y no recuerdo haberte pedido que me pusieras una mano en la espalda.

—Tampoco te has apartado. —Se encoge de hombros—. Yo solo pretendía terminar la conversación sin tener que perseguirte. Hay veces que se me olvida la inmensa diferencia de edad mental que hay entre nosotros.

Y así de fácil vuelve a ser odioso. Dios, ni que tuviera un maldito botón. Gruño y me paseo delante de él.

—Tú y yo no nos llevamos bien.

—Se te da bien remarcar lo evidente.

Toma calambrazo.

—¿Te importaría no interrumpirme? —la irritación evapora todo lo demás y si no estuviera tan molesta, se lo agradecería—. No hay ninguna posibilidad de que alguien nos crea.

—En la piscina dábamos muy bien el pego —dice y tengo que callarme—. Amy, es por tu seguridad.

Carraspeo intentando quitarme de encima la pegajosa sensación del «otra persona tiene razón».

—Si vamos a fingir ser pareja, tenemos que poner normas.

—Te escucho —eso dice, pero lo hace apoyado en la pared con

una pose de modelo a lo estoy-demasiado-ocupado-siendo-una-escultura-griega-como-para-escucharte.

No sé si besarlo, o estrangularlo. No, sí lo sé, claro que lo sé.

—Nuestra relación es absoluta y totalmente falsa. Lo cual significa nada de besos, nada de cosas raras y sobre todo, nada de sexo.

—Eso estaba claro. Aunque me encantaría saber qué entra en la categoría de cosas raras.

—No voy a pedirte que no te acuestes con nadie durante este tiempo, pero deberías ser discreto. Lo digo porque es probable que Connor no me preste atención solo a mí, que te busque y quiera saber de ti. —Mi termómetro de incomodidad está por las nubes—. Es decir, si quieres que salga bien.

—No voy a acostarme con nadie mientras sea tu novio falso —sentencia—, y tú tampoco.

—No, pero no porque tú lo digas, sino por mis propias preferencias. —Mi confianza en perfectos desconocidos se ha visto magullada y necesitaré un tiempo en reparar el daño.

—¿No te gusta el sexo, Harleen? —su forma seductora de paladear las palabras son un millón de mariposas de alas puntiagudas haciéndome lo que no deberían en el estómago.

—Lo que me guste o no, a ti no te incumbe. Segunda norma, nada de llamadas o mensajes a menos que sea imprescindiblemente necesario.

—Repetitivamente redundante. ¿Algo más?

—Nada más, ya puedes irte de mi casa. —Se aleja de la pared, pero no obedece.

Duncan no se para hasta que la punta de nuestros zapatos se tocan. Detesto la intensidad de sus ojos, la potencia y brillantez de ese tono verde que me atrapa cada maldita vez. *¿Me estoy haciendo más bajita o él más alto?*

—Amy, ¿qué hay de tu familia? ¿Saben algo de Connor?

—Mis tres hermanastras no pueden enterarse de esto bajo ningún concepto.

—¿Por qué no?

—Porque una está a medio estornudo de dar a luz, la otra en una nube de amor post luna de miel y la otra no me dejaría volver a pilotar un avión hasta que Connor fuera deportado a otro país.

—Me gusta esa última, ¿cómo dices que se llama?

—Daisy.

—Deberías llamar a Daisy —lo dice en ese tono íntimo que casi quiero que vuelva a molestarme.

—Nosotras nunca nos llamamos, nos escribimos cartas, y en cualquier caso, soy un no rotundo.

—¿Cartas? —decir que me juzga con las cejas sería quedarse muy corta—. ¿Estás de broma?

—No lo estoy.

—¿Cómo es posible que no lo estés? ¿Por qué alguien, en pleno siglo veintiuno, elegiría comunicarse por… *carta*?

Voy hasta la cajonera de madera blanca y agarres de metal negro, saco una caja decorada con pegatinas viejas y la abro.

—Porque nuestra madre vive en un castillo y somos cuatro princesas —*aunque esa no es la verdadera razón.* Sonrío al sacar algunas de las muchas. *Mis tesoros*—. Nina es muy cariñosa, pero caótica que flipas y es habitual tener que leer su carta más de una vez para enterarte del mensaje. Lexi es tan breve que da risa, usa las cartas como si fuera un chat cualquiera así que a veces llegan varias juntas. Ah, y cuando te escribe para informarte de que va a venir a verte, suele presentarse antes de que te llegue la carta. Y por último, Daisy, que narra ciento diecisiete días y los espachurra en un rectángulo de papel escrito con siete mil tintas diferentes.

—¿Y tú? —se acerca por la espalda y me abraza con su voz, tocándome sin hacerlo—. ¿Cómo son las cartas de Amy?

—Suelo decir lo que no debo y hacer bromas inapropiadas. También me gusta mucho subrayar palabras. —Ladeo la cabeza—. La verdad, prefiero las suyas.

Su mano se acerca a las cartas, pero termina rodeando la mía. Me da media vuelta.

—Escríbeles. Salvo a la embarazada, las otras dos deberían saberlo. Cuando no puedes ni protegerte a ti misma, no deberías mirar por el bien ajeno.

—Eso es lo haces cuando quieres a alguien.

Tiene muchas opiniones al respecto, lo veo en su mandíbula apretada. Pero sus ojos cuentan una historia distinta, una mucho más halagadora.

—*Amy*.

No soy del todo consciente si estoy alzada sobre mis puntas o si él se ha inclinado para salvar la distancia, pero me cosquillean los labios de lo cerca que estoy de los suyos.

—Muchas gracias, Duncan. Por todo. No te haces una idea de cuánto significa para mí.

—De nada.

Rozo la piel de su mejilla con los labios y deposito un suave beso contra su barba recortada a la perfección, inhalando el lujo picante que emana de su piel sin querer. *Bien, ahora apártate de él. Corre, antes de que la situación se vuelva incómoda.* No lo hago, en vez de eso respiro su último aliento mentolado antes de que me clave sus garras de demonio y diga:

—¿Tan rápido vas a renunciar a la primera de tus normas, Harleen? —Su sonrisa se curva con una arrogancia conocida, pero sus palabras no me irritan igual esta vez.

Porque durante una fracción de segundo, tengo la impresión de que Duncan me tiene más miedo del que le tengo yo a él. Yergo la espalda y doy un paso atrás.

—Buenas noches.

Me imagino que su pecho sube y baja de forma abrupta, que su nuez lo imita a través de su cuello y que lo último que mira antes de marcharse son mis labios. De lo que estoy segura es de que mi piso triplica su tamaño cuando me quedo sola.

Obligo a mi cuerpo a parar lo que sea que me esté pasando, pero no obedece. Ignoro lo que me tiemblan las manos y abro el correo. Mis primeras cartas en el nuevo piso.

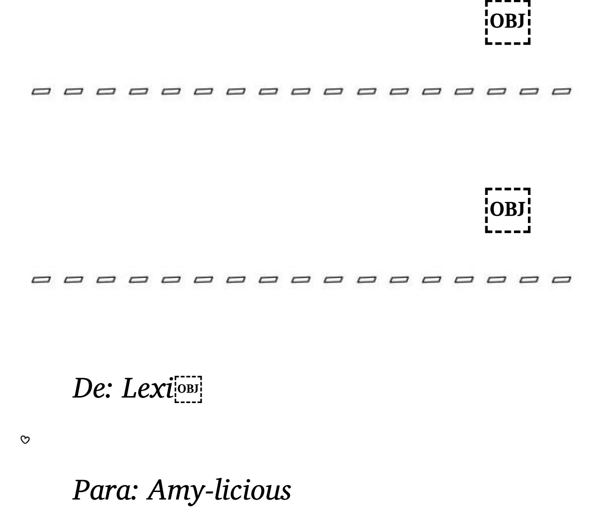
De: Lexi

Para: Amy-my-my

¿A que no adivinas con quién se ha enrollado Linden Danzel? Uy, no, espera, tengo un cotilleo mejor… ¡¡Nina y tú os habéis reunido!! ¿Cómo se deletrea traición? Se lo preguntaré a Daisy. Y yo que pensaba que era tu hermanastra rubia favorita…

Te aprecio, supongo.





De: Lexi

Para: Amy-licious

Por cierto, ¿alguna novedad laboral que contar sucia fulana guarda-secretos? Tus últimas cartas no daban excesivos detalles del tema. ¿Te han ascendido a piloto de rango supremo? (¿Eso existe?) Sabes que te ayudo a deshacerte el cuerpo de Sylas cuando quieras, ¿no? :)

Pd: trabajo bien, pueblo bien, salud bien, marido dios-santo-genial-sí-biiiien.

Te quiero, te quiero, te quiero.

De: Lexi

Para: My-my

Vale, te lo digo, ¡¡con la alcaldesa de Acorn Hill!! Me lo contó Ashley mientras preparaba la biblioteca para el DAC

Pd: Me encanta que vayamos a saltarnos la cena de este mes. ¿Crees que podríamos convencer a Nina de que tuviera otro hijo pronto?

Pd2: En mi preciosa casa hay más animales que personas, puedes venir a equilibrar la balanza cuando quieras ;)

Te súper-ultra-quiero-muchísimo.

A la mañana siguiente me despierto pronto por el jaleo y también porque estoy cansada de las pesadillas. *Y de lo otro. A estas alturas podría montar una productora de películas porno y no se me acabarían las ideas en meses.* Me visto, me ondulo el pelo y entonces alguien golpea mi puerta. Quien sea lo hace tan rápido y tantas veces que me imagino que High River está ardiendo en llamas antes de abrir. *Sumar bomberos a la mezcla, ya lo que me faltaba. Ufff, menuda mañana.* Abro y tengo que desviar la mirada muy hacia abajo.

—Amy, Amy, ¡tienes que venir! —Erik coge mi mano y tira de mí.

—¿A dónde, Erik? —pregunto con el tiempo justo de coger las

llaves y seguirle.

Entramos en la ciento quince y oigo un ladrido.

—Mira, ¡es nuevo en la familia! —exclama entusiasmado mientras señala al labrador en miniatura que corre alrededor de Dallas, que sonríe como nunca—. Tienes que dejar que te huela para que seáis amigos.

Me agacho y Erik me imita, cuando se le acerca moviendo la cola, coge mi mano con la suya diminuta y la acerca al hocico del animal que parece de terciopelo. *Qué chiquitín.* Enseguida me chupa la mano entera y cuando le acaricio dudo si estaría mal robárselo. *Supongo que sí.*

—¿No os había dicho que no le reventarais el timbre a estas horas? —pregunta Liam a medio camino de abotonarse la elegante camisa.

Sus abdominales parecen de piedra y nada que los tape le hará justicia alguna.

—Buenos días, Liam —digo poniéndome de pie y roja.

Malditas hormonas.

—Buenos días, Amy —me lanza una mirada al tiempo que mueve las cejas y me deja claro que he sido obvia.

La sequía me está pasando factura.

—No he usado el timbre —explica Erik tirándose al suelo junto a su hermano—. No te desobedecería, papá.

—Menudo liante estás hecho, hijo. ¿Ya te han dicho cómo se llama? —pregunta en mi dirección con una sonrisa contagiosa.

—Se llama Rex, de Tyrannosaurus Rex —responden al unísono y comparto una mirada con el padre.

—No me mires así, la otra opción era Panini. He salvado a ese cachorro de una vida de vergüenza —dice por lo bajo antes de soltar una carcajada grave y masculina.

—No sabía que queríais un perro —sigo en el mismo tono, nos movemos hacia la cocina mientras los tres juegan.

—Yo no quería los problemas y preocupaciones que va a traernos, pero ellos lo quieren casi desde que nacieron. ¿Qué puedo decir? Soy un padre horrible que va a dejarlos con una canguro decente en cuanto la encuentre. Lo mínimo que podía hacer era sobornarlos. —Chista la lengua—. Debería seguir trabajando desde casa en algo que me dé lo mínimo y quedarme con ellos.

¿Me contengo o le arreo?

—No eres un padre horrible, Liam, no digas tonterías. Estás haciendo un trabajo excepcional. Ellos dos son la prueba. Además, debes enseñarles a perseguir sus sueños con el ejemplo.

—¿De verdad crees que soy un padrazo? —se apoya en la isla de la cocina y presume de hoyuelos.

—Pasas cada minuto libre que tienes jugando con ellos. No lo creo, *lo sé*.

Liam me mira los labios y pasa la lengua por los suyos. *Guau, pues sí que estaba ciega cuando llegué para no ver lo que tenía delante. Anda que pensar que él y Duncan… Duncan.* Su recuerdo mata cualquier espasmo que pudieran estar imaginándose las mariposas.

—Tienes una sonrisa preciosa, ¿lo sabías?

—Liam… —mi tono suena a regañina.

—Ya, debería dejar de hablar antes de que Duncan me mate.

—¿Qué quieres decir con…? —En ese momento llaman al timbre y como Dallas sale escopeteado hacia la puerta, su padre va detrás para vigilar.

—…y se llama Rex —oigo como le cuenta Dallas a… *por cómo se llena el ambiente de tensión química, ya me imagino a quién.*

—Es un nombre agresivo y temerario —Jay-Duncan Vojak entra en la cocina y me atraviesa con la mirada como si supiera el lugar

exacto en el que iba a encontrarme.

Sus ojos desprenden recriminación y algo más al estrechar la mirada, solo con eso fríe mi control de mandos. *Me estaba buscando. Puede que haya ido a mi piso. Mierda, ¿y mi móvil?*

—Duncan, cógelo, ¡cógelo en brazos! —le pide Erik.

—Eso, tiene que conocerte —insiste Dallas tirando de su chaqueta de traje para que se agache.

Lo hace y la imagen es tierna a un nivel doloroso. *Venga ya, el cachorro es quien tiene todo el mérito, podría conseguir un resultado idéntico incluso con el mismísimo Satanás.*

Está tan bien peinado con ese efecto húmedo que le aparta los mechones rebeldes de la cara, *argh,* me dan ganas de meter los dedos en esa mata y estropearla. *Es muy temprano para estar tan falta de oxígeno y tan sobrante de otras cosas.* Incapaz de seguir viendo la enternecedora imagen deambulo por la cocina.

—¡También le gustas! —exclama Erik mientras Rex mueve la cola contento de tanta atención.

Como una pantera rodeando a una presa que ya ha cazado, Duncan llega a la isla.

—Te he llamado y no has contestado —dice en un tono bajo que me calienta y contrae el estómago y un pueblo mucho más al sur.

—Ya, bueno, he sido secuestrada.

—¿Y no podías llevarte el móvil contigo?

—Me da la impresión de que tenemos una interpretación distinta de la palabra «secuestro».

—Bien, yo me marcho ya —Liam reaparece, maletín en mano—, Magnolia vendrá de un momento a otro. Gracias por tu ayuda, Duncan. Amy, no dejes que te líen y vive tu vida. —Le da un beso sentido a cada uno—. Esperad aquí, ¿vale? No bajéis hasta que la tía os llame.

—Nunca lo hacemos —dice Dallas.

—Tranqui papá, Amy está aquí —dice Erik sin alzar la vista del cachorro.

—¿Qué quieres decir con eso, peque? —le pregunta el padre.

—Ella nos trae suerte, desde que llegó no paran de pasarnos cosas buenas. Puedes irte tranquilo.

Y sin darse ni cuenta me atraviesa el corazón. Se me llenan los ojos de lágrimas y les doy la espalda, pero no consigo evitar que el que respira cerca de mi hombro vea lo que me afecta.

Después de unos insoportables diez minutos de lo que supone presenciar a Duncan con un cachorro y dos críos que lo adoran, salimos de casa. *Digo salimos, porque no me han dejado irme. Yo lo he intentado, ¿eh? A mí que me registren.*

Erik corre al ascensor seguido de Rex.

—Amy —Dallas me espera frente a la máquina expendedora—. Si las escondemos…

Solo tengo una pregunta: ¿si se las compro todas, empezaré a caerle bien? Ocultamos la barrita de chocolate al fondo de su mochila y hacemos lo mismo con la de su hermano. Duncan no se entera porque está muy ocupado evitando que el cachorro hiperactivo se le caiga de las manos.

—Basta —le dice poniéndolo bocaarriba en sus brazos—. Rex, estate quieto.

El ascensor es una caja de risas porque Rex no le hace ni puñetero caso, eso sí, lo chupa por todas partes. Le oigo gruñir y tardo más en abrocharle el abrigo a Dallas porque me tiembla todo de la risa.

—No sonrías tanto —me dice al salir, cuando los niños van delante.

—Todo el mundo acata tus órdenes, no te viene mal algo de rebeldía.

—Está claro que no te conoces.

Sacude la cabeza y durante una milésima de segundo, casi me da pena. Llegamos a la entrada de High River y se me corta el buen humor.

—¿Cómo están mis niños favoritos? —Magnolia, que ha olvidado el abrigo, pero no el escote, tira su carísimo bolso al suelo y extiende los brazos para que la abracen.

Erik me mira, se le caen los hombros y se acerca a su tía. La cosa es que en cuanto ve bien a Dallas (que también se acerca arrastrando los pies para no dejar solo a su hermano) y lo que lleva entre manos, se le cambia la cara, se yergue y da un paso atrás.

—Anda, un perro. *—Sustituye «perro» por «bomba» y tendrás el tono con el que lo ha dicho—*. Fíjate. ¿Es tuyo Duncan? Buenos días, por cierto.

—No, es nuestro —responde Erik.

—Se llama Rex —dice Duncan con una sonrisa para la que se necesitan medidas de seguridad—. Son buenos, ¿verdad, Magnolia?

¿Este lo está disfrutando o soy yo que fantaseo?

Duncan se percata de que le taladro la mejilla y cuando dirige semejante arma hacia mí me cae encima una lluvia de calambres para la que no estaba preparada. *Jodeeer con la sonrisa.*

—¿Y…? ¿Y qué hacéis con él? Seguro que no le podéis llevar al cole —interviene Magnolia alzando la voz, con una mueca tan tensa que se le va a caer el labio.

—En mi mochila cabe —dice Dallas por lo bajo y cuando me río compartimos una mirada.

—Lo llevaré al gimnasio mientras están en el colegio —explica Duncan.

—Pero puedes venir a jugar con él cuando quieras —dice Erik en un intento de simpatía que casi le causa un aneurisma a su tía.

—Aunque es posible que se mee encima tuyo, suele pasar con los cachorros —dice Dallas, a lo que Duncan sufre un sospechoso ataque de tos.

—Ya lo hablaremos, ahora toca ir a clase. —La versión simpática hecha por IA de Magnolia abre la puerta de atrás para que suban—. Venga subid, pequeñajos míos.

Pfff, esta va a tener que quemar el coche para librarse de todos los pelos que le van a dejar, ¡y el otro día casi los desinfecta antes de subir! Va a ser verdad lo que dice Taylor Swift, va a resultar que el karma sí es mi novio.

Erik y Dallas reparten besos por la cabecita de Tyrannosaurus Rex y corren hacia el coche.

—Eh —brama Duncan y ambos se quedan tiesos como estalagmitas.

Vuelven sobre sus pasos y le dan un beso de despedida cada uno. Dallas sigue su camino hacia el coche, pero Erik se frena, me mira y antes de que pueda asimilarlo abre y cierra una mano en mi dirección para que me agache y cuando lo hago me planta un beso sonoro en la mejilla.

Los Brodly. Acabarán. Conmigo.

El coche desaparece, pero yo sigo en trance.

—Sube a cambiarte.

—¿Estás ofendiendo a mi ropa? Porque da gracias que no he bajado en pijama. ¿Y además, qué tiene de malo mi ropa? —Es un vestido negro mono y cómodo, de los que te salvan de apuros como raptos matutinos.

Me mira de arriba abajo. *Glup.*

—*Nada,* pero no podrás entrenar con eso.

—Ahh. Sí, creo que tengo un rato antes del trabajo —carraspeo.

Quince minutos después, me subo a su maldito Aston Martin y sé

que si empieza a desnudarse es que estoy teniendo otra de mis horribles y espantosas pesadillas.

Mensaje de Dhona

08:10 Querida prima, me horroriza profundamente tu falta de consideración. ¿Faltar a un compromiso sin avisar? ¿Dónde se ha visto semejante comportamiento? Es inaceptable. Ya no hablemos de la desobediencia de los deseos de tu padre, el rol masculino más importante que tendrás en tu vida, aparte de tu marido. Mi Paul está dispuesto a ayudarme a corregir tus modales siempre que te disculpes con él de forma sentida y honesta.

6

Jay-Duncan

Tenía puesto ese condenado abrigo rojo cuando ha salido de su piso, lo que significa que no he visto lo que llevaba debajo. Así que cuando llegamos al gimnasio y se lo quita, toda la sangre me baja hasta la polla. *Me cago en todo.*

Magnolia siempre ha sido de enseñar más piel de la que tapa, igual que el resto de entrenadoras jóvenes que he tenido, por eso que Amy lleve una camiseta tan ancha y larga que casi engulle sus shorts me… *¿Sus piernas siempre han sido tan largas? ¿Y su cuerpo tan pequeño? ¿Por qué cojones parece que la ha sacado de mi armario?*

—¿Vas a mirarme así mucho más tiempo? —pregunta con una voz que no hace más que desgracias a mi cuerpo.

—Estaba digiriendo que hayas decidido vestirte con la ropa vieja de tu padre.

—Para robarle la ropa tendría que hablarme con él y no lo hago a menos que no me quede más remedio, ¿algo más? —Se pone las manos en las caderas, lo que le sube unos centímetros la camiseta y…

¿Desde cuándo su piel es un puto pecado al que quiero sacrificar vírgenes? La hostia.

—Duncan.

Aparto la vista de sus piernas y puedo leer por toda su cara lo que

piensa. Lo que desea. Lo que le está arrebatando el oxígeno de los pulmones.

Decido cortarlo de raíz:

—Creía que ya había dejado claro que no eres mi tipo.

—Creía que había dejado claro que tú el mío tampoco.

—Estupendo, voy a cambiarme, espera aquí.

—Vale, entrenador.

Entrenador. Por qué será que todo lo que me llama suena justo como quiero que suene. Vuelvo en tres minutos y ella, por supuesto, no está donde la dejé. *Santa paciencia que no tengo.* Está junto a los sacos de boxeo, rodeada por Jasper, Giovanni y Jonah.

—Podemos enseñarte todo esto cuando quieras —dice Giovanni tocándole un hombro de forma breve, a diferencia del dolor que va a dejarle el puñetazo que voy a darle como lo repita, que le va a durar hasta la jubilación.

—Sí, es muy grande y puedes perderte —sigue Jasper—, y no queremos eso.

—Ya vas a sufrir de lo lindo con el jefe —termina Jonah.

Joder, eran buenos trabajadores, qué putada tener que despedirlos.

La carcajada de Amy es melodiosa y la odio, a diferencia de mi polla. Mi sombra entra en escena cuando me pongo delante de los focos y no es tan grande como mi mala hostia, pero casi.

—Amy, vete a la sala tres —digo en tono de advertencia.

—Claro, entrenador. —Parpadea varias veces cuando me ve, como si algo le sorprendiera, pero es demasiado fugaz como para que me quede claro de qué se trata. Les dedica una sonrisa encantadora a los tres antes de irse, una de esas que tanto me cuesta conseguir, seguida de un—: Ha sido un placer conoceros.

Espero a que desaparezca, pero no a que los tres cavernícolas dejen de babear porque me haría un puto vejestorio esperando.

—Si tenéis tiempo para estar aquí, es evidente que debo prescindir de uno de vosotros. Podéis sortear quién deja la carta de renuncia en mi mesa. Que sea antes del mediodía.

—Perdón, jefe, yo… —empieza Jasper.

—No queríamos… —sigue Giovanni.

—Solo nos presentábamos por si… —dice Jonah.

—No me interesa oírlo —les corto—. A menos que el edificio sea engullido por las llamas, yo no esté presente y tengáis que sacarla de aquí para salvarle la vida, no volváis a dirigirle la palabra, ¿entendido? Si esto vuelve a repetirse, no os daré a elegir. Ahora id a dar vuestras clases.

—Sí, señor —responden al unísono y huyen como alma que lleva el diablo.

Llego a la sala tres y Molly, Alayana y Lola están en la puerta charlando con ella. *Joder, me voy a quedar sin puto personal.* Las echo y cierro tras de mí.

—Vamos a cambiar el horario de entrenamiento a por la noche.

Se encoge de hombros.

—Eres tú el que ha insistido en arrastrarme aquí en contra de mi voluntad, yo he gritado auxilio, pero nadie ha venido a socorrerme.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad?

—¿Vas a enseñarme defensa personal de la verbal o vamos a jugar con la de verdad?

—Esto no es un juego Amy, ni has venido a hacer amigos. El noventa por ciento de las personas que entrenan aquí han sufrido algún tipo de maltrato y el diez por ciento restante han estado cerca. Si no vas a tomarte esto en serio, es mejor que lo dejemos. *—Ni por todo el puto oro del mundo la dejo salir de aquí sin saber al menos lo básico, pero necesito que deje de torearme.*

—Lo siento, solo quería ser educada. La gente aquí es

encantadora, en mi trabajo no es así. Jasmin y yo mataríamos por un ambiente laboral así.

—¿Te saco los pañuelos?

Pone los ojos en blanco y sé que está lista para trabajar.

—¿Sabes? No era esto lo que tenía en mente —dice cuando he atado las cuerdas a las poleas y la he dejado aprisionada contra el suelo.

—¿Estás incómoda? ¿Quieres que te suelte?

—Sí, resulta un tanto asfixiante.

—Bien —pongo una serie de pesas de un kilo repartidas por su cuerpo—, ¿y ahora?

—Bastante peor. Duncan, esto no me gusta. —Tira de las cuerdas y agarro su mano.

—En la mayoría de las situaciones la víctima tiene a su alrededor una forma de defenderse, de atacar o de huir, pero está demasiado sumergida en sus emociones como para darse cuenta. Lo primero que tienes que hacer es aprender a controlarlas. —Enciendo un par de velas y las coloco junto a sus muñecas—. Dime, ¿cómo te soltarías?

—Con una máquina del tiempo, dándole una paliza a la Amy del pasado que accedió a esto. No creí que fueras a aprovecharte de…

Le cojo la mejilla y hago que me mire.

—No vas a salir herida, esto solo es un ejercicio. Confía en mí. Mete en una caja todo lo que sientes, escucha a la lógica y dime, ¿cómo te soltarías?

Su mirada se relaja, suelta una larga exhalación y cierra los ojos con fuerza a lo que yo me obligo a apartar la mano.

—Supongo que lo primero que debería hacer es probar a quemar las cuerdas con la llama, sin quemarme de paso.

—¿Y si tu agresor no te deja? —se queda en blanco unos segundos —. Es poco probable que estés en un lugar aislado, nunca subestimes

el poder de un buen grito. Vamos, Amy, grita. Tan fuerte como puedas.

El reloj avanza y sé que tiene que irse, pero no soy capaz de dejarla marchar porque lo está haciendo muy bien.

—¿A qué me vas a atar ahora? —resopla cuando cojo las cuerdas. *Mi campeona*—. ¿Al techo? ¿A q…? ¿A qué se debe semejante sonrisa?

—No voy a atarte a nada más, ya has entendido el mensaje.

—¡Bien! ¡Estoy graduada de la fase uno! —Alza el puño y la camiseta se le sube hasta la cadera, por encima de la curva de su culo —. ¿Vas a enseñarme por fin a cómo utilizar tu fuerza contra ti?

—Harán falta más lecciones para eso. De acuerdo, ven aquí —me sorprende cuando obedece—. Tus brazos, tus piernas y todo tu cuerpo es mucho más débil que el mío, ¿cómo te defenderías de mí si todo lo que te he enseñado a hacer no fuera posible? Si lo único que te quedara fuera el cuerpo a cuerpo —la observo mientras piensa y bloqueo la posibilidad de que alguien quiera hacerle daño porque soy muy capaz de volverme loco y no me conviene: Iksáia todavía no ha encontrado donde vive ese desgraciado de Connor Hanes.

—No lo sé —traga con dificultad—. Debería comprarme un spray de pimienta.

—Ahora te doy uno, pero ese no es el punto. Si tu atacante está delante de ti lo mejor que puedes hacer es darle un rodillazo en los huevos y cuando se agache, le das otro en la nariz, entonces corres. Si te tiene cogida, los ojos son tu aliado. ¿Qué?

—Nada, es solo que es raro. —Sus ojos brillan con una emoción que detesto en ella, una que me supera.

—¿Qué es raro?

—Tener que prepararme para cuando esté en peligro, que la policía no pueda hacer nada con él y que hayas tenido que asumir el rol de mi guardaespaldas cuando nada de esto es cosa tuya.

—Eh, esto es un acuerdo de favor mutuo. No eres ninguna obra de caridad y es posible que nunca llegues a utilizar nada de lo que te enseñe. En cambio, Liam sí va a beneficiarse de lo lindo de tu ayuda. Si lo piensas, sales perdiendo.

Le pido que vaya a ducharse antes de que me salga con su ristra de agradecimientos infinitos y tenga que hacer algo de lo que me arrepienta. La estoy esperando abajo cuando Sara Hiller aparece frente a mí con una caja de bombones.

—Hiller, creo recordar que tu última clase fue la semana pasada, ¿o me equivoco?

—Sí, soy oficialmente una alumna graduada. Pero la cosa es que mi entrenador tuvo que irse a cuidar de no sé qué Erik y un tal Dallas, y no tuve ocasión de despedirme. Son para ti, bombón. Tienes libertad para repartirlos con los peques, no soy rencorosa.

—No hacía falta, Sara, pero gracias. —Los acepto.

—No puedo comprarte nada que se compare a lo que me has dado tú. Me tendiste una mano cuando yo misma me daba la espalda. —Le tiembla el labio inferior—. Te debo estar viva, Jay-Duncan. Eres el superhéroe de mis hijos.

Madre de tres, mujer de un borracho violento. *Exmujer, en realidad.*

—Te lo debes a ti misma. Tú eres la que lo ha conseguido, yo soy un mero espectador de todo lo que has conseguido por Owen, Asher, Jackson, y por ti.

Se limpia las lágrimas y sorbe por la nariz.

—¿Te incomodarás si te doy un abrazo?

—Puedo hacer una excepción, si eres breve. —Se ríe y la abrazo.

Me da una ristra de besos y luego procede a limpiarme el pintalabios de la mejilla con el pulgar.

—Estoy segura de que tu madre estará muy orgullosa de ti. Eres

un buen hombre, Jay Duncan.

Si siguiera viva, sé que le daría exactamente igual. Sara se marcha y cierto olor a seducción me saca del trance. Amy está en lo alto de la escalera observándome con esos ojos de obsidiana que dicen todo lo que no quiero escuchar. *Porque para ser justos debería poder darle algo a cambio y mis manos están vacías desde hace mucho tiempo.*

—No puedo llevarte a High River, tengo una clase en diez minutos. —Quería hacerlo, pero hemos tardado una hora más de lo previsto.

—Ahhh, no pasa nada, pido un…

—Iksáia te llevará, es mi hombre de confianza, puedes estar tranquila con él.

Acepta y lo peor de todo es que cuando Iksáia vuelve, lo hace con un brownie y una camiseta del club de fans de Amy. A media tarde, sigo mirando el teléfono con tal de recibir una llamada de Amy que nunca llega. *Se suponía que al aterrizar en Chicago me avisaría.*

—¿Tiene un momento, señor?

—Claro, Iksáia, ¿qué tienes?

—Dazlek Street ochenta y siete, piso decimosexto, Connor Hanes lleva viviendo allí tres años. Se mudó con una mujer, pero lleva casi un año solo.

—Adivino, la ex se llama Juliana.

—Está en lo cierto, señor.

—¿Cómo lo has conseguido tan rápido?

—Gracias a Levi-Ryan Diago y a su compañero Kadmus Winchester, señor. Han estado mandándome mensajes toda la noche. Clara ha lanzado mi móvil contra la ventana a eso de las cuatro —me enseña la pantalla rota y contengo la sonrisa.

—Pásame con ellos cuando vuelvan a llamar, estaré en mi despacho. Gracias por tu trabajo Iksáia.

Levi-Ryan prometió no decir nada a su mujer, Lexi (para nada confuso el lío de nombres), y dado que su trabajo es confidencial, podría destrozarle la carrera si incumple su palabra, aunque no sería fácil. El tío tiene un currículum de cojones. *Dije «Amy Harleen» y subió a bordo inmediatamente.*

Me da que vamos a llevarnos bien.

7

Amy

Sentadas en el suelo de la cabina, Jasmin y yo aprovechamos el poco tiempo libre que nos queda antes del vuelo. *Te pongo en contexto: Jasmin lleva días sospechando que el chico con el que lleva saliendo dos meses, Kade, le pone los cuernos.*

—¿Y qué has hecho? —pregunto mordiendo una gominola con forma de dónut, porque las malas noticias siempre vienen de la mano de dulces.

—Dejar mi colgante favorito en su coche.

—¿Dónde?

—En el espejo del asiento del copiloto, el que se baja. Sabía que Kade nunca miraría ahí, pero otra mujer sí. Como no tiene hermanas, ni se lleva bien con su madre, tenía sentido probar. Hoy he vuelto a subir a su coche, ¿y adivina qué? Mi colgante estaba en el suelo. Pero lo mejor, es que al bajar el espejo, he encontrado unos pendientes.

—¿La otra chica…? —compartimos un regaliz rojo—. Guau, ¿lo ha dejado ahí para avisarte? Eso sí es respetar el código de la hermandad.

—Sí, pues ahí no acaba la cosa. Dakota Harris, dueña de los pendientes, me ha encontrado a través del Instagram de Kade.

—¿Cómo?

—Tengo el perfil público y ha visto el colgante, además de los selfies que me hago en el coche del capullo. Por lo visto Dakota llevaba saliendo con Kade un año. Pensábamos citarlo en un bar esta noche y pedirle explicaciones, pero hemos decidido bloquearle y quedar sin él. Si esto no es una señal del destino para que deje de ser bi y me vuelva lesbiana, no sé qué lo será.

Le sonrío. Jasmin entra y sale de las relaciones como quien se cambia de zapatos, y sin importar el género. Me preocupa que, después de tantos rollos, haya interiorizado el hecho de no abrirse con nadie. *Aunque igual no soy la indicada para hablar, ¿sabes?*

Hunter irrumpe en nuestro santuario.

—Jasmin, Aurora te reclama, necesita que hagas algo por ella —tras olfatear el ambiente y hacer una mueca, se va dejando la puerta abierta.

Aurora, azafata inglesa de cuarenta y tres, aparecería en la e de «encantadora» del diccionario, pero en la parte de antónimos.

—Ojalá pudiera bloquearlos a esos dos también —Jas se sacude las manos llenas de azúcar, se pone en pie y sigue la estela de la mala leche de Hunter.

Azafato de la compañía desde hace dos años, se cree mejor que nadie por venir de familia adinerada. Desde que llegó, nos mira como si él fuera el creador de Instagram y nosotras meras vendedoras de cerillas.

Salgo tras ellos para ayudar a Jasmin porque, sea lo que sea lo que va a pedirle Aurora, estoy segura de que la sacará de quicio. Mis dedos se vuelven garras dentro de mis zapatos al tiempo que pies se clavan al suelo. Mi garganta se cierra y no puedo respirar. *Habíamos mirado el registro de pasajeros y su nombre no figuraba.* Sin importar la manera en la que ha conseguido un billete, Connor Hanes está en el avión: fila diez, asiento A junto al pasillo.

El espacio a mi alrededor se queda sin oxígeno.

Mi pecho sube y baja de forma abrupta y vienen las náuseas. Veo luces rojas tras mis párpados cuando cierro los ojos. El avión empieza a dar vueltas. Siento un cosquilleo adormecido en las piernas y todo eso pese a que me repito que puedo gritar, correr o utilizar algún objeto que me rodea si se acerca.

—Anda, mira, tu novio ha venido —dice Aurora cruzándose de brazos a mi lado.

—C-creí que ya habían terminado con el embarque. —*En mi casa, en mi trabajo, en mi nuevo piso, está en todas partes, siempre me encuentra.*

—Todavía quedaban unos cuantos, ¿qué bien eh? —Me da con el codo en las costillas.

Nadie en su sano juicio albergaría la esperanza de que Aurora fuera compasiva, o empática, o algo menos que despreciable, así que ni lo intento.

Vuelvo a la cabina y cierro tras de mí, abro el pequeño armario que hay detrás de la puerta y saco la bolsa de papel. Respiro dentro mientras miles de agujas se clavan en mi corazón haciendo doloroso un latido tras otro. La cabina sigue dando vueltas, igual que mi estómago. La voz de Sylas suena por la radio y me obligo a reaccionar. Mi cuerpo es tan pequeño que dudo si voy a llegar a la radio, pero lo hago porque en el mundo exterior todo sigue como de costumbre. Respondo y espero a que mis pulmones funcionen con normalidad.

—¿Por qué he tenido que llamar dos veces? Otra vez estabais dándole a la sinhueso ¿no? Jasmin, deberías dar ejemplo.

Le dejo hablar, respondo a las mismas preguntas de siempre y cuando hago las comprobaciones, le doy el visto bueno mientras me masajeo el centro del pecho, justo donde siento la angustia acumulándose. *Duncan.* Su mirada y su tono suave llegan a mí en mi

peor momento, aliviándome. Me centro en las respiraciones profundas hasta que aparece Jasmin, de alguna manera, siempre consigo salir del pozo de oscuridad.

—La maldita Aurora me ha tendido una trampa y he tenido que comerme la bronca de… Joder, has visto a Connor. Me cago en su puta existencia. ¿No habían acabado ya con el embarque? Mierda de aerolínea. —Se acerca y me coge las manos, las aprieta—. Cariño, respira. Estamos solas, cerradas con llave, aquí no puede entrar nadie.

Asiento repetidas veces.

—He hecho las comprobaciones de Sylas, ¿pero puedes…?

—Por supuesto. —Lo revisa todo y vuelvo a guardar la bolsa en el armario con un regusto de vergüenza en la lengua que siempre tiene la delicadeza de hacer de acompañante al taladrante dolor de cabeza.

Soy un desastre, un puzle de piezas rotas. Pero también soy piloto y no puedo centrarme en mis problemas ahora.

—Todo perfecto, Harleen. Tal y como creías.

—Voy a aprender defensa personal, ¿te lo he dicho? —Me abanico con la mano mientras me recojo el pelo en una coleta.

—Bien, me cae bien ese Duncan, seguro que puede enseñarte muchas cosas —me lanza una mirada seductora y me guiña un ojo.

—Rebobina… ¡¿qué acabas de decir?!

—Sí, me llamó ayer, y de nuevo esta mañana temprano. Quería preguntarme acerca de todo lo que sabía sobre el acosador ese de los huevos. Por cierto, la idea de hacerse pasar por tu novio me parece perfecta. A todo esto… —carraspea y se aguanta la sonrisa—, antes de soltar prenda, exigí una prueba de que era de fiar. Jay-Jay accedió a hacer una videollamada y a enseñarme su carnet de conducir.

—¿Jay-Jay?

—Santísima-Britney-Spears-bendita, *dios*, qué hombre —gime—. ¿Tú le has visto la cara? ¿Se la has visto?

—Alguna que otra vez.

—Pfff, tuve que pedirle que me repitiera la pregunta varias veces porque no conseguía concentrarme. ¿Sabías que sus abuelos vinieron desde Polonia a principios del siglo pasado?

—No. —Me la quedo mirando—. ¿De verdad has hecho una videollamada con Duncan?

Asiente. *La ha llamado por Connor: mi problema, mis asuntos.*

¿Y todo por… ser la canguro de Erik y Dallas?

Tras esperar al despegue de un avión de Pacific Airlines, nos dan la salida a nosotras y Jasmin hace los honores.

Mensaje de Jay-Duncan Vojak
16:19 Estaré esperándote en la terminal cuando vuelvas.

Es el primer mensaje que recibo cuando quito el modo avión cuatro horas y veinte después, al llegar a Reno, Nevada. *¿A cuántos Jay-Duncan cree que conozco para tener que poner su apellido en el contacto? ¡¡¿Y por qué va a venir a recogerme?!!*

Mensaje de Jay-Duncan Vojak
16:20 Deberíamos tocarnos.
16:20 Joder, quiero decir…
[escribiendo]
16:21 Si queremos que parezca creíble que somos pareja, no podemos caminar con un metro de distancia entre nosotros.
16:22 Deberíamos poner ciertas normas para limitar el contacto físico al máximo posible con tal de que esto no sea insoportable para ninguno de los dos. Cogernos de la mano es lo único que se me ocurre. ¿Estarías dispuesta?

—Estás roja, ¿pasa algo? —pregunta Jas antes de que mis dedos

consigan deslizarse por la pantalla.

—No, nada —guardo el móvil.

Cuando salimos de cabina, buena parte de los pasajeros sigue en el avión, pero vemos a Connor abajo en la pista, hablando con dos policías. Me acerco a Hunter y pregunto.

—Tu acosador ha estado diciendo que los rompe hogares deberían estar en la cárcel y no dejaba dormir al personal. Le hemos alertado de que tendría problemas si no guardaba silencio, pero él quería dejar claro su mensaje.

—Pues mira, genial —dice Jasmin cogiéndome de la mano—, nosotras aprovechamos y nos largamos.

Tiro de ella y la freno, porque nosotras siempre somos las últimas en salir y lo sabe.

Todavía estamos en el aeropuerto cuando recibo la llamada de Sylas. Jasmin me da golpes en el brazo para que ponga el manos libres a medida que ve que me tenso y la sangre abandona mi cara.

—¿Pero por qué? —pregunto tragándome toda la saliva que se me ha acumulado en la boca.

—Porque las autoridades de seguridad aérea nos tienen en su punto de mira —responde Sylas con desinterés.

—¿Desde cuándo? —insisto.

—Desde hace un par de horas, ¡no hagas tantas preguntas Amy, me alteras los nervios! Las inspecciones siempre son por sorpresa y al azar, así que asúmelo.

No me deja hacer el ida y vuelta.

Tengo que quedarme en Nevada a pasar la noche. Justo hoy, maldita sea.

—Además, no eres la única —sigue—, parte del personal de vuelo se queda también en tierra. Como de costumbre, nos hemos esforzado en que la división de la tripulación sea justa, sabemos que todos

queréis llegar a casa lo antes posible. En resumidas cuentas, el piloto que te sustituirá en el vuelo a Chicago de hoy ya ha sido avisado, Jasmin volará con él y tú volverás con el resto por la mañana. Comunícaselo cuanto antes a Jasmin, ¿sí? —Cuelga.

Una hora y veinte después, me despido de Miss Insultos Creativos y cojo un taxi hacia el hotel que me paga SkyWave Airlines. A eso de las seis y cuarto de la tarde me planto ante el edificio más alto de todo Reno, y no me extraña nada que semejante monumento de hotel me desencaje la mandíbula porque Sylas nos cuida mucho cuando un superior está vigilando que haga bien su trabajo. Atravieso la entrada y el olor agradable a incienso se queda conmigo. Con la madera oscura y el bambú de protagonistas, las paredes con cascadas, la vegetación adornando las zonas libres de agua, y una iluminación cálida y minimalista, el hotel de estilo asiático resulta especial y bastante acogedor.

Si no estuviera asustada y revuelta, tal vez lo disfrutaría.

Empieza a llover en cuanto me instalo en una de las habitaciones de la tercera planta. Por poco se me cae el teléfono cuando leo los mensajes que me ha dejado Jasmin.

Mensaje de Jasmin
17:59 Connor no está en el avión.
18:00 Mierda, siempre hace el ida y vuelta
18:01 Habrá sido por la policía?
18:01 Joder, joder.

Mis pies se alejan de la puerta y por instinto me abrazo el cuerpo, entonces oigo un ruido en una de las habitaciones y el alma se me sale del cuerpo. Me convenzo de que es la madera que cruje y que es normal. *No está aquí dentro, eso es imposible.* Aprieto tanto el móvil que por poco me lo incrusto en la palma, con la otra cojo la vara metálica

junto a la chimenea e inspecciono las habitaciones. La dejo caer cuando reviso la última, suelto el aire contenido y me siento tonta por haber dudado siquiera.

Me limpio el sudor frío de la frente al tiempo que me siento en el suelo del dormitorio obligándome a hacer respiraciones largas. Me quedo con la vista fija en la pantalla de mi móvil unos minutos. *Contacto: Jay-Duncan Vojak.* Aprieto los dientes, hago quince muecas, pero le llamo. No contesta. Acabo junto al enorme ventanal del salón y tres segundos después, se me cae el teléfono de las manos.

Más o menos cuando veo a Connor Hanes entrando a la recepción del hotel.

Me aparto de la ventana y oculta tras la tela, cierro las cortinas. Llamo a Duncan de nuevo. Necesito varios intentos por el maldito temblor de las manos. No lo coge. *Estará en una clase y no es tu novio de verdad, déjalo tranquilo.*

—Calma, ¿vale? Aquí no puede entrar, no puede. —Me meto en la cama y me tapo hasta arriba.

Odio que el recibidor y el dormitorio sean lo primero que encuentras al entrar en el apartamento, que no haya otras paredes de por medio, puertas que cerrar. *El puto concepto de espacio abierto.*

Sin hacer un solo ruido, voy al baño, retiro la máscara de pestañas que se ha quedado en mi ojera y vuelvo a la cama, pero cada sombra que se mueve parece alargar sus huesudos dedos hacia mí. Consigo armarme de valor bien pasadas las diez y llamar al servicio de habitaciones, me sorprende pedirle la cena a un contestador. Trato de calmarme, pero la maldita agresividad con la que la lluvia golpea los cristales no ayuda nada a mis nervios. El miedo es pura oscuridad densa y pegajosa que me sigue a todas partes.

El teléfono de la habitación suena dándome el susto de mi vida: es el robot de antes, avisándome de que ya puedo salir a solicitar mi

bandeja. *Por si alguien dudaba que las máquinas sustituirán a las personas.* Quito el cerrojo después de comprobar que en el pasillo no hay nadie, abro la puerta y esta se cierra con un estruendo cuando me acerco a la plataforma de madera que va a subir mi cena desde la planta baja cuando accione el dichoso botón. *Yo maldigo las tecnologías.*

Oigo el crujir escalonado de la madera a medida que los engranajes giran y yo espero. Mis ojos están en todas partes. Entonces le veo. Connor está subiendo las escaleras de madera centrales, en dirección a una planta inferior a la mía. La piel me arde con un frío helado y ya no sé hacer con el eco de mi pánico. *Vulnerable. Indefensa.* La plataforma emite un pitido advirtiéndome que ya puedo coger la bandeja, la cojo y vuelvo a la habitación, cerrando con cerrojo y poniendo una banqueta contra la puerta.

En cuestión de minutos, alguien golpea la puerta con los nudillos.

Mi primera reacción es ignorarlo, aferrándome a las sábanas, pero la insistencia de quien está al otro lado, me da un empujón. Me acerco a la mirilla y lo veo ahí de pie, empapado y con esa sonrisa espeluznante dibujada en el rostro.

—Juliana, soy yo. Ábreme. —Vuelve a golpear.

Dios mío. Dios mío.

Doy un paso atrás y la madera bajo mis pies decide escoger ese preciso momento para crujir con fuerza. Grabo la mirilla con mi teléfono por si sirve cuando encuentren mi cadáver en una bolsa de plástico y de repente empieza a vibrar. Se me cae de las manos contra la banqueta de madera, lo cual amplifica el sonido vibrador. Connor vuelve a llamar a la puerta, esta vez más fuerte, pero cuando descuelgo y el zumbido para, se marcha. No soy capaz de decir una sola palabra, ni siquiera oigo con claridad quién está al otro lado de la línea.

Mi espalda está contra la pared y el nudo en el pecho me aprieta tanto que el aire no consigue entrar. La adrenalina corre por mis venas, pero no puedo moverme, estoy atrapada en mi propio cuerpo. Vuelvo a ver luces de colores.

Los siguientes golpes a la puerta consiguen hacerse hueco a través de mi pesadilla y sé que estoy a punto de desmayarme cuando le veo. *No puede ser.* Deseando que mi mente no me esté traicionando, libero el cerrojo y abro la puerta.

—*Duncan.*

No sé si él cruza el umbral primero o si soy yo la que de forma desesperada tira de él, pero lo que sí sé es que me lanzo a sus brazos y cuando los suyos me rodean, son el mayor escudo, el refugio más impenetrable y perfecto que he sentido nunca. La puerta se cierra, Duncan esquiva la banqueta y me lleva hasta la cama sin soltarme.

—Joder, deja de temblar, *preciosa* —su voz es un susurro ronco contra mi frente antes de besarla, un gesto íntimo y dulce que no soy capaz de paladear.

—No puedo, no puedo —sollozo aferrándome a él con fuerza—, está en todas partes, Duncan. ¡No sé qué más hacer! Acabo de mudarme a High River y ya me ha encontrado, yo…

—Él no estará en todas partes, yo sí. —Me acuna contra su pecho, me pega a él hasta que oigo su corazón golpear con fuerza—. Te enseñaré todo lo que necesitas saber para poder defenderte sin mi ayuda, ¿me oyes? No volverás a sentirte así.

—¿Lo prometes?

—Sí, Amy. Te lo prometo.

8

Jay-Duncan

💌

Voy a matarlo. A descuartizarlo con mis propias manos. Tengo a la mujer más fuerte e independiente, a la del «yo puedo hacerlo todo sola», temblando en mis brazos como un cachorro asustado. Debido a mi trabajo, he pasado por este momento muchas otras veces, he visto el miedo en ojos inocentes. Pero esta vez es distinta, la rabia me licúa por dentro.

Quiero hacer el mundo arder para que ella sienta menos frío. Quiero hacerle daño a Connor, tanto que no se acuerde de volver a molestar a ninguna mujer.

Horas después tengo el cuerpo apoyado contra el cabecero de la cama y a ella aferrada a mí como a un clavo ardiendo. Sería un hijo de puta con suerte de ser cualquier otra circunstancia, pero ahora no puedo pensar en ella de esa manera.

—¿Por qué me has dejado llorar? Te he estropeado la camisa.

No sería la primera vez.

Llevo una mano hasta su mejilla porque tengo la impresión de que todavía no sabe qué hago en Nevada.

—¿Estás mejor? —pregunto, y asiente sin decir palabra—. Bien, entonces deberías cenar algo.

—No tengo hambre.

—Aun así, necesitas fuerzas para tus entrenamientos —cojo un pedazo de zanahoria de la bandeja con ensalada de la mesita de noche y la acerco a sus labios—. Y también un botiquín, te lo llevaré a casa mañana.

—Ya tengo un botiquín.

—Seguro que no tan bueno como el mío.

No quiero forzarla a nada, pero reconozco que cuando lo muerde y mastica mientras se limpia las lágrimas, me siento muy bien conmigo mismo. Aprovecho mi buena suerte y repito la maniobra con un trozo de queso y un tomate Cherry. Acabamos compartiendo todo lo que había en la bandeja y cuando la terminamos, soy muy consciente de que sigue acurrucada contra mí, aunque ella no.

—Duncan, ¿cómo has sabido dónde estaba?

—Jasmin me llamó antes del despegue. Me lo contó todo.

Reprimo mi odio hacia Sylas mientras ella se endereza. Emoción y confusión se mezclan en su rostro enrojecido por las lágrimas.

—¿Y así de fácil has cogido un avión?

Me sorprende tanto como a ti.

—Deberías dormir un poco, Harleen. Mañana tienes que trabajar y no me apetece morir en el vuelo de vuelta. —Apago la luz general, pero sus dedos llegan pronto al interruptor de la esférica sobre la mesita de noche.

El balanceo de su cuerpo sobre el mío me hace de todo de lo que no debería. *Estoy intentando ser un buen tío, en vez del capullo sin consideración que suelo ser, pero le huele el pelo jodidamente bien.*

—No tengo sueño —se atreve a decir.

—Pues no he traído cartas, así que ya me explicarás que vamos a hacer durante seis horas. —Me encanta ver que su mente no corre: vuela, con tal de darle ideas—. Para lo que estás pensando, seis horas no serían suficientes.

Se estremece, se le enrojecen las mejillas y sacude la cabeza. *Pero no me pega, ni me insulta.*

—¿Lo decías en serio? Antes, ¿de verdad puedes conseguir que deje de sentirme así?

—Sí, te enseñaré y haré lo que haga falta con tal protegerte, Amy. Haré lo que sea —Es una suerte que no sepa hasta qué punto son ciertas mis palabras, no quiero que me tenga miedo—. Sin importar lo terrible alumna que sé que vas a ser.

—¿Terrible? Pensé que la primera clase había ido bien —hace una mueca triste.

—Sueles discutírmelo todo, a eso me refiero. —*No me cree*—. Los ejercicios que hicimos te salieron bien —Nada. *Joder*—. Por favor quita esa cara, insúltame o algo.

Sonríe, aunque dura poco.

—¿Por qué lo harías? —se pregunta a sí misma—. ¿Por qué aceptar esta carga?

—Porque he conocido a muchas mujeres en tu situación y no voy a permitir que acabes como la primera. Además, no tienes a nadie.

—Tengo a mis hermanastras.

—¿Esas a las que no puedes llamar? Dudo que existan siquiera, ¿qué clase de nombre es Lexi, para empezar?

—¿Intentas irritarme para distraerme?

—Vive conmigo, Amy.

La pillo con la guardia baja y se petrifica sobre mí con pura seriedad y el ceño fruncido. Parpadea como si quisiera echar a volar con sus pestañas y su respiración se vuelve irregular.

—¿Qué acabas de decir?

—High River es seguro, pero mi edificio lo es todavía más. Nadie puede entrar sin una identificación especial y menos él, una vez le dé su foto al portero y a los seguratas. Además, tengo habitaciones de

sobra hasta el punto de que no tendríamos que cruzarnos el uno con el otro, si no quisieras.

Se quita de encima, resoplando en un afán de ser la viva imagen de la incredulidad. Se queda sentada a mi lado, muy cerca pero no lo bastante como para que no me odie por haber sacado el tema.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—No.

—Tú deliras, no puedo a vivir contigo. —Tose como si la idea se le atragantase.

—¿Por qué no?

—Para empezar, acabo de mudarme. Para seguir, apenas nos conocemos.

Es cierto. Pero también lo es que hace años que conozco a muchos de mis empleados y por ninguno cogería un avión a Nevada. Curioso.

—Entonces yo viviré contigo. Solo mientras te entrene y sea tu novio falso. Una vez te gradúes, no me necesitarás más.

—No vamos a vivir juntos, Duncan, fin de la historia.

Suenan muchas alarmas en mi cabeza, muchas voces que piden que cierre la puta bocaza, pero cuatro horas acojonado en un avión dan para mucho. Tiro de ella y le abro las piernas, la coloco sobre mi regazo dejando las manos a ambos lados de sus caderas.

—¿Qué pasa, Harleen? ¿Tienes miedo de no poder resistirte a lo que sientes por mí?

—¿Q-qué… crees que siento por ti? —pregunta con las pupilas dilatadas.

—Tienes el deseo escrito en la cara desde la primera noche. Pero eso *nunca* va a pasar.

—Claro que no —susurra y el siguiente aliento que respiro es suyo —. No solo va contra las normas, sino que es lo último que quiero.

Mis dedos se hunden en su carne, aunque ella no ha hecho amago

alguno de querer levantarse.

—¿Te crees las mentiras que te cuentas? —Mi voz sale áspera, un rugido animal que la acerca más a mi boca.

Sus labios entreabiertos son una clara invitación que arrastra mi nuez a través de mi garganta con la lentitud de un caracol en su lecho de muerte. Siento el calor irradiando de su centro ahí, justo encima de mi polla. Solo puedo soñar con la piscina formándose entre sus piernas.

—Me las creo tanto como las tuyas, Jay-Duncan. —Alza un dedo hasta mi labio inferior y lo acaricia.

Juega conmigo como si fuera quien tiene la sartén por el mango y durante unos segundos, llego a dudar si es cierto. *Porque veo cómo la grieta en el cristal se hace más profunda. Y porque oigo cómo fuerza la cerradura de una puerta que no tiene que cruzar nadie, mucho menos ella.*

—Quítate de encima, Amy —pido, clavando un poco más mis dedos contra su piel ardiente.

Me desobedece, por supuesto.

Sube sus manos hasta mi pelo y las enreda en él. Sus pechos me rozan al inclinarse más y más. Mi erección ahora es de puro cemento y da una sacudida que la hace estremecer al instante. Mi mundo se vuelve pequeño cuando Amy cierra la puerta de la jaula conmigo dentro y se lleva la llave.

—Tendrás que soltarme primero. —Sonríe de manera torcida, confiada, convencida—. ¿Quién es el que tiene miedo ahora?

Mi siguiente respiración profunda nos acerca hasta el punto de que hay roce, uno suave casi inexistente que me deja al borde de perder el puto control y hundirme en su boca hasta conquistar cada rincón. Por suerte, años de disciplina me dejan con algo de memoria muscular. Nos muevo, la tumbo y en un momento su espalda está contra la cama.

—Yo no tengo miedo a nada. El único que teme es aquel que posee algo de valor que anhela conservar —mi boca roza su cuello con deseos de marcarla, mis manos suben por sus curvas con algo peor. Me alzo hasta sus ojos—. Apostar a un juego en el que solo puedes perder no es imprudente, es demente.

Me levanto y camino hasta el baño ni sé cómo, si no me queda sangre en las putas piernas. Cierro con un golpe. La rabia hierve en mis venas cuando abro el grifo de la ducha y más cuando me meto debajo. Cada exhalación es un intento fallido de guardarlo todo dentro de mí. *Estoy perdiendo el pulso y mi contrincante ni siquiera ha empezado a hacer fuerza.*

Pienso en ella cada una de las veces que mi cuerpo se tensa, contrae y libera. La calidez líquida resbala por mi mano. Masturbarme es la única manera que tengo de compartir cama con ella y poder fingir que duermo algo en toda la noche.

Cuando salgo en albornoz la encuentro en mitad de la cama, con la televisión encendida a bajo volumen y tapada hasta arriba con las sábanas.

—¿Esta es tu forma de pedirme que no duerma en tu cama?

—No.

—Buenas noches, Amy.

—No, espera. Lo digo en serio —salta cuando paso de largo—. No he elegido lado para que elijas tú, no me importa compartir cama. Además, lo que hay en el pequeño salón no es un sofá es un sillón y tu cuerpo es demasiado gigante para caber ahí.

Gigante sí, proporcionado también.

—¿Y entonces a qué viene lo de…? —señalo las sábanas a las que se aferra con su vida mientras ella babea por las franjas de piel que deja expuesto el albornoz que no me he molestado en atar bien.

—Iba a ser un ida y vuelta, así que no tengo maleta. Ni tampoco

pijama.

—¿Estás diciendo…? —*¿Desnuda?*

Joooder. No hay nada que yo pueda hacerme para aliviar eso.

—Tengo que usar mi camisa de pijama y se transparenta, la camiseta interior que siempre llevo debajo es muy ajustada y no es cómoda para dormir así que… ¿Por qué me lanzas tu ropa?

—Es azul, no se transparentará nada, póntela mientras busco cepillos de dientes. —Llego al baño sin saber qué forma tiene un cepillo, me apoyo contra el lavamanos y hago una respiración larga.

Dejo el albornoz donde estaba, me lavo la cara con agua fría y hago un par de respiraciones más hasta que oigo:

—¿Estás fabricando los cepillos de dientes?

Salgo del baño y apago la luz. Me la encuentro sentada en el centro de la cama, despistada, buscando algo en la televisión y olvidándose por completo de las sábanas. Casi vuelvo al baño porque verla con algo mío me hace querer arrancárselo con los dientes. Carraspeo como un puto pringado con tal de deshacerme de lo que me impide tragar saliva, atraigo su atención y en cuanto me ve, se le desencaja la mandíbula.

—Duncan, estás desnudo.

—Llevo unos pantalones —unos desabrochados con los que no pienso dormir, pero no parece reparar en ellos, está muy ocupada comiéndome con los ojos.

—Ajá. —Su mirada resbala por mi piel cerciorándose de no perderse ningún detalle.

Parece no haber visto un tío con abdominales en su vida. *No, parece no haber visto a un tío desnudo en su vida.*

Quiero avergonzarla, acabar con la electricidad del ambiente, pero sus labios son una puta fantasía y solo con imaginar todo lo que sería capaz de hacerles ya necesito cinco duchas más. La rabia vuelve

a patearme el culo con su colega la frustración de los huevos.

—Vas a mojar las sábanas, ¿puedes hacer el favor de contenerte?

—Más quisieras —aparta la mirada, pero sigue en trance.

Joder, casi puedo oír lo que piensas, preciosa.

Me doy la vuelta para apartar mis zapatos del camino y oigo como aspira de forma aguda, sonora y ahogada. *Mierda.*

—Duncan —la oigo a mi espalda y sin girarme sé qué cara está poniendo.

Lástima. Igual que el deje en su voz.

—Solo es un tatuaje. —Una enredadera repleta de rosas marchitas hechas de la tinta más oscuras. No dice nada y su silencio me preocupa más que cualquier otra cosa—. Voy a quitarme los pantalones, ¿crees que podrás evitar babearme encima?

Asiente y espera paciente con las mejillas rojas y una tristeza que no soporto en ella. Hago contacto visual mientras me desvisto porque soy así de gilipollas y ella mantiene la vista a la altura de mis hombros. Cuando me acerco a un lado de la cama, se mueve hacia el otro dejándome espacio.

—¿Qué? —pregunto.

—No… no es cosa mía.

—Tienes razón, no lo es. —Apago la luz y me tumbo a su lado. Cincuenta y tres segundos después, gruño y—: Tu silencio va a acabar por reventarme el tímpano. Di lo que tengas que decir, Harleen.

—¿Son cicatrices?

La tinta puede engañar a cierta distancia, pero a tan poca, el relieve es inconfundible.

—Sí, lo son.

—¿Te las hiciste boxeando? ¿Aprendiendo defensa personal? —El tono esperanzador es sal en una herida abierta.

—No.

—¿Fue antes?

—Mucho antes. —Los recuerdos vuelven y el sabor metálico en la boca también, un fantasma del pasado más real que muchas personas que conozco.

Amy se mueve entre las sábanas hasta apoyar su cabeza contra mi hombro.

—Gracias.

—¿Por qué esta vez?

—Por contestar —oigo la emoción en su voz aunque no puedo verle la cara—. Por venir hasta aquí. Por todo.

—Buenas noches, Amy.

—Buenas noches, Duncan.

Ella se duerme, pero yo no. *«El día que vuelva y no estés bajo mi techo, te mataré, Jay, ¿lo entiendes? Apretaré el gatillo y este cañón te reventará tus sesos de crío metomentodo».* La habitación me da vueltas, pero hay una diferencia al resto de mis larguísimas noches. Las respiraciones de Amy son olas del mar, unas que me ayudan con la ansiedad y el ruido a un nivel profundo que no imaginaba posible.

Un par de horas después, descubro que lo que dijo sobre tener pesadillas era cierto. *Tan diferentes en unas cosas, tan parecidos en otras.* También descubro que cogiéndole la mano, se calma, aunque no le encuentre el sentido. *Supongo que aquí se aplica el famoso dicho de «hasta un reloj estropeado marca la hora correcta dos veces al día».*

Me cercioro de que duerma tranquila y lo marco como el objetivo de mi noche, así que no entiendo cómo es posible que la próxima vez que abra los ojos ya sea de día. Apenas puedo hacer funcionar mis párpados, pero noto su olor drogándome como de costumbre, creo que tengo su pelo en la cara y entonces una descarga me… un segundo.

¿Qué ha sido eso?

Abro los ojos de verdad y la escasa claridad que entra a través de

las cortinas cerradas es suficiente para que pueda ver lo que está pasando.

Decir que he invadido su espacio sería quedarse corto, porque la estoy abrazando con todo lo que tengo. *Está en mis brazos, en los míos.* Amy enreda sus piernas entre las mías mientras su maravilloso culo sigue presionándose contra la erección de campeonato que me ha provocado. *Igual no es culpa suya, igual es solo su existencia que me la pone dura.* Por si fuera poco, una de mis manos está bajo su camisa, extendida sobre la piel desnuda de su abdomen, asegurándome de que mi prisionera no escapa.

Tengo que tomarme un segundo para hacerme a la idea de que voy a tener que soltarla, porque no quiero. *La vida me está poniendo demasiadas pruebas, joder.* Acaricio la suave piel de su abdomen y ella suelta un jadeo agudo y débil. Se mueve en un espasmo, se frota contra mí y por si la descarga que me produce fuera poca, ahora mis dedos rozan la cuenca de uno de sus pechos.

—*Sí*… —gime repitiendo el movimiento—. *Duncan.*

—Amy —es lo único que soy capaz de decir con gruñido áspero, pero no sirve de nada.

Emite una serie de ruiditos que apalizan mi raciocinio y quedarán grabados a fuego en mi cerebro hasta el día en que me muera. No soy capaz de apartarla.

La siguiente vez que se mueve, arquea la espalda de tal forma que paso a tener uno de sus pechos en la mano. Tiene la piel ardiendo, aterciopelada y dulce, y ni de coña soy tan fuerte como para no acariciar su pezón una vez allí. Ni tampoco para no acompañarla la siguiente vez que se frota contra mí.

—Esto no es lo que quieres —susurro en su oído, pero vuelve a gemir y entonces hace un movimiento que… *lo sé.*

En el fondo de mi alma, soy consciente de que se ha dado la peor

de las situaciones posibles: estaba dormida. Y acaba de despertarse.

Con la respiración agitada mueve la cabeza hacia abajo, justo hasta el bulto de mi mano bajo la camisa que le presté. Poco a poco se gira hacia mí y al primer segundo de contacto visual, salta a la otra punta de la cama. Está a punto de caerse al otro extremo, así que pongo una mano en su cadera para frenarla.

—¿Qué estábamos haciendo? —dice adormilada, roja, despeinada y joder, preciosa.

—Estabas teniendo un sueño de los divertidos y estabas utilizando mi cuerpo para añadirle realismo.

Esperaba irritarla, evitarnos un momento incómodo a los dos con una de nuestras discusiones, pero se queda blanca, mortificada.

—¿Yo…? P-pero… Oh, dios mío. —Se tapa la boca como si hubiera hecho algo espantoso y no darme los buenos días de un modo que va a dejarme secuelas de delirio. Se levanta de la cama repitiendo esas dos últimas palabras en bucle—. ¡Soy una persona horrible!

—Amy —me pongo los pantalones para no asustarla con lo que han despertado sus curvas.

—¡Me he aprovechado de ti!

—¿Qué? —grazno—. Joder, no, Amy. Estabas dormida. Y yo también hasta un segundo antes que tú. —*Siendo generosos*—. A decir verdad debería haberme apartado en cuanto me he despertado y no lo he hecho. Además es probable que fuera yo el que te abrazara en primer lugar.

—No —sacude la cabeza—, tenía frío, yo te busqué.

Eso explica las sábanas y demás en el suelo.

—Me quiero morir. —Se tapa la cara con la curva del codo—. ¿Cómo he podido hacerte *eso*? Dios mío, lo siento tanto.

Cojo una de sus delicadas manos y la presiono contra mi erección.

—Que crea que somos una muy mala idea no significa que no

fuera a disfrutarla. —Me va a estallar la puta cabeza o algo peor cuando Amy alza sus largas pestañas y descubre su corazón alterado con una mirada—. Deja de decir sandeces, ¿quieres? No has hecho nada malo, ni nada por lo que tengas que pedir perdón.

—Dios, Duncan, eres… —El tono de su voz es tan agudo, débil y desesperado como el que he oído en la cama.

Rozo mi límite con los dedos, lo huelo.

—Ni una palabra más —suena a orden, pero es una súplica en toda regla porque si empieza a halagarme igual no respondo.

Presiona sus labios como si no se fiara de sí misma.

Quiero acabar con la distancia, comerme su boca entera, hundirme entre sus piernas y hacerla gritar. Esto ya no es química, es necesidad, *necesito* hacerla mía de cada puta forma posible que exista.

Su piel quema bajo mi palma y aunque mi polla no quiere, aparto su mano y retrocedo. Es un peligro para mí, mi debilidad personificada, y sigo olvidándolo cada minuto que pasa.

—Deberías ir a darte una ducha. Y dejar de mirármela. Gracias. —Trago con dificultad, devorándola con la mirada. Está roja y respira de forma errática. Se pasa una mano por el pelo y la camisa se le sube—. Vamos, Harleen, tenemos que irnos dentro de poco.

Asiente un gran número de veces antes de reaccionar y salir escopeteada sin decir palabra. Cierra la puerta y no es hasta que abre el grifo, que me dejo caer sobre la cama y suelto un largo suspiro.

El caníbal que tengo en los pantalones da una sacudida al imaginar lo que podría estar haciendo Amy en la ducha.

—*Cállate, joder.*

Veo su ropa de piloto doblada en una de las sillas y recuerdo la imagen que me abrió la puerta anoche. Estaba tan aterrada. Para bien o para mal, mi mala hostia se carga mi erección.

Según dijo Amy, Connor había llamado a su puerta poco antes de

que llegara yo, pero no vi a nadie en el pasillo. *De haberlo visto, igual ya no tendríamos un problema, igual habría pasado a ser asunto del cementerio.* El aeropuerto de Chicago está cerca de mi gimnasio, pero joder, esas horas de vuelo fueron insoportablemente largas. Envío un mensaje a Jasmin dándole las gracias.

Una hora después llegamos al aeropuerto de Nevada rápido y sin incidentes. No me cuesta encontrar billete, cosas de tener enchufe. *Pero perfectamente podría sobornar a cualquier pasajero para quedarme con el suyo, como hice en Chicago.*

—Los desagraciados que se quedaron en tierra, ¿no, Harleen? —Un tío llamado Hunter se nos acerca y me presento como el novio de Amy antes de que ella pueda decir cualquier otra cosa—. Al menos alguien aquí ha pillado una oferta y vuelve con un dos por uno. —Alza las cejas y estrecha la mirada, luego se da la vuelta y se va.

—¿De qué va este payaso?

—Hunter es… Hunter. Es azafato y un snob bastante insoportable, pero al menos no se empeña en llamar a Connor mi novio, como hace Aurora. —Sacude la cabeza pasando del tema.

Pues sí que está bajo el listón. A esos dos les quito yo la tontería bien rápido.

Sobre las doce, nos encontramos frente al túnel de embarque con los demás pasajeros y odio la forma en que su cuerpo se encoge mientras busca a Connor a su alrededor. La acerco a mí, le doy un beso en la frente y como respuesta, ella me rodea con sus brazos.

—Por si nos ve, bien pensado —susurra y acepto que es la única razón por la que ella querría abrazarme.

No la suelto hasta que el piloto que va a ir con ella en cabina viene a buscarla.

—No puedes pasar conmigo todavía —dice—, por ahora solo puede el personal autorizado.

—De acuerdo, esperaré aquí.

Aparto la mirada cuando el agradecimiento brilla tan fuerte en sus ojos que me deslumbra. *¿Cuándo dejará de darme las gracias?* Acabo en mi asiento, todavía sin haberle visto. Con la mirada fija en la puerta, vuelvo a pulsar uno de los botones sobre mi asiento.

—¿En qué puedo ayudarle? —Hunter vuelve a venir a mi asiento por tercera vez y eso que no hemos despegado.

—Siento cierto viento en la cara, ¿no será que se han dejado alguna ventana abierta por casualidad, no?

Le palpita un músculo en la mandíbula cuando cierra los tres chorros de aire de mi fila de asientos.

—¿Así mejor, señor?

—Mucho mejor, gracias. —*En un minuto te vuelvo a llamar, gilipollas.*

Están a punto de cerrar las puertas cuando aparece el último pasajero. Connor llega tirando de una maleta demasiado ligera como para llevar nada. Ocupa su asiento dos filas por delante del mío, también de pasillo, pero a mi derecha. Oigo la voz de Amy a través de los altavoces y me queda claro que, de alguna forma, lo ha visto y sabe que ha subido al avión. Me mira, sonríe como un puto psicópata y estoy a punto de arrancar el reposabrazos.

—Señor, por favor, ocupe su asiento, todavía no puede levantarse —no es hasta que se coloca delante de mí que me percato de que las palabras de la joven azafata van dirigidas a mí.

Me levanto en cuanto puedo, con un vaso de bourbon made-in-Hunter. *Qué tío tan atento, enseguida le pido otro*. ¿Por qué? Es una lástima, pero resulta que tropiezo y la bebida que no pensaba beberme acaba en la cara del de la sonrisa permanente. *Igual tan permanente no es.*

—¿Qué acabas de…? No me lo puedo creer.

—Uy, qué despiste. ¿Te lo he tirado encima, no?

—¿Es que no lo ves? —Se pone rojo de rabia envalentonándose, casi me impresiona. Se desabrocha, al tiempo que se le hinchan las venas del cuello y grita—: ¡Azafata! ¡Azafata!

Agresivo. Mínimo control de sus emociones. Potencialmente violento.

—Siéntate, te ha oído. —Le obligo poniendo una mano en su hombro, porque no parece de los que entienden bien las palabras.

Intenta levantarse y veo que es más fuerte de lo que aparenta. Enfadar a una persona siempre es un buen método de ver su verdadera personalidad.

—Esto es inconcebible, hoy tenía una comida importante. ¡Azafata, ¿estás sorda?! —Ese tono de superioridad le gana enemistades por todo el avión, incluido entre la tripulación.

—Le acompaño a lavarse la cara, señor, ruego que me disculpe —alzo la voz y lo saco de su asiento a la fuerza. Puede que él no sea un enclenque, pero podría aplastarlo con una sola mano—. Ha sido un accidente, seguro que tiene arreglo.

Nadie nos detiene. Pasamos tras la cortina al final del avión y lo suelto entonces, a unos metros de la puerta del baño abierta. Él se gira despacio hacia mí y toda su actitud cambia, ya no está enfadado.

—Tus celos no van a cambiar nada, ¿sabes? Ella es mía —Sonríe inundando su rostro de irracionalidad y locura—. Estamos predestinados. Nadie puede interponerse.

Tenía pensado hablar, pero a la mierda. Lo estampo contra la pared con un golpe seco y sus pies dejan de estar en contacto con el suelo.

—Escúchame bien, imbécil, ella no es quien tú crees —aprieto hasta que está rojo y luego un poco más, pero Connor en ningún momento trata de apartar mis manos—. La mujer a la que estás acosando se llama Amy, no Juliana.

—Pienso… deshacerme… de ti.

—¡Señor, no puede hacer eso! —una azafata se acerca a nosotros a toda prisa repitiendo «policía», «asalto», «denuncia» muy rápido y asustada mientras me tira de la camisa que me he remangado para no manchar de sangre.

—Disculpe, señorita solo será un segundo —vuelvo a apretar con fuerza y bajo el tono—. Siempre que busques cruzarte en su camino, yo estaré ahí. Puede que la policía no te vea como una amenaza, pero nadie en su sano juicio diría que yo no lo soy. Vigila tus espaldas a partir de ahora.

9

Amy

Los pasajeros salen del avión, todos menos Duncan.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto al hombre empeñado en llevar capa de superhéroe.

Encoge esos anchos hombros suyos.

—He hablado con la policía y ya está todo aclarado. —Se pasa una mano por el pelo, ese que sin su gel habitual ha quedado más alborotado y sexy.

—Duncan no deberías haberte acercado a él así, es peligroso.

—Créeme, yo lo soy todavía más.

—No sabemos de lo que es capaz.

—No, pero sí sé de lo que soy capaz yo —lo dice con tal naturalidad que si no le conociera, le temería—. Además, esto me ha venido bien, ahora sé hasta qué punto necesita llevar una camisa de fuerza.

—¿Hasta qué punto? —pregunto con mi pulso acelerándose.

Su rostro se relaja, atraviesa el poco espacio de cabina que nos separa y me coge las mejillas con ambas manos.

—Vendré a buscarte cada día que trabajes, ¿de acuerdo?

Quiero asegurarle que no es necesario, que ni siquiera Connor está en todos mis vuelos, pero antes de que asimile sus caricias y sea capaz

de articular palabra, un agente lo llama desde la entrada del avión.

Por el tono, es evidente que es una charla amistosa, así que no le sigo y aprovecho para recuperar el aliento. *Encima el tío va y se pasa el vuelo tocándole las narices a Aurora y Hunter. Aurora ha venido a informarme de que va a quejarse de mí a Sylas, pfff, casi tengo un orgasmo.*

Mientras recojo mis cosas, el móvil de Duncan vibra dentro de su chaqueta de Armani. Quien sea insiste y cuando vuelve a llamar por tercera vez, lo saco del bolsillo por si es una emergencia. Leo una «M» en pantalla y es muy probable que no esté haciendo bien, pero descuelgo.

—El jefe no debería irse sin avisar —Magnolia Brodly lame cada palabra de la forma más seductora jamás pronunciada—, preocupará de manera innecesaria a sus empleadas. —Se ríe y contengo un escalofrío.

—Magnolia, hola, soy Amy. Perdona, ahora mismo Duncan…

—¡¿Qué haces tú con su teléfono?! ¡Pásame con él ahora mismo! —lanza su ataque «grito estridente» y me desorienta.

Magnolia: 1, Amy: 0.

—Verás, como intentaba decirte, ahora Duncan está ocupado y si eres tan amable de volver a llamarle dentro de…

—¿Tú sabes quién soy yo? ¿Sabes cuánto tiempo llevo con él? —Se recompone, su voz se convierte en una serpiente enrollándose a mi cuello y entonces resopla—. No sé qué mensaje intentas mandarme quitándole el teléfono, pero no te saldrás con la tuya.

¿Cuánto lleva con él?

—Magnolia, no le he quitado nada.

—Serás su nuevo juguete, pero yo soy la hermana de su mejor amigo. Tenemos una historia juntos. Se cansará de ti, Amy, porque eres una cría y no juegas en la misma liga.

—¿Disculpa? —estoy a punto de dejarla por los suelos cuando Duncan llega y un segundo después tengo una torre de músculos a un palmo de mi cara—. Magnolia te ha… —dejo de hablar cuando coge el teléfono que le ofrezco.

—Luego te llamo —le cuelga sin darle opción a responder y en parte me satisface, pero a su vez, no hubiera estado mal estar presente de lo que fuera a decirle—. ¿Por qué has contestado mi teléfono?

—Perdona, sé que no debería. Es solo que ha llamado tres veces y dudaba si sería una emergencia. En la pantalla solo ponía «M» así que no sabía… lo siento.

—Tranquila.

—Iba a llevártelo.

—¿Pero? —Se muestra muy relajado, en absoluto enfadado porque haya invadido su privacidad.

Pero ha empezado a discutir conmigo y a llamarme cría.

—¿Sales con ella? —*¿Qué acaba de salir de mi boca?*

—¿Cómo dices?

A la mierda.

—Con Magnolia, ¿salís juntos? Porque ha dicho que tenéis una historia.

—¿Y a ti eso qué más te da?

Buen punto.

—No, no me impor… es decir, sé que no es cosa mía. Es solo que no deberíamos haber compartido cama si mantienes una relación estable con la hermana de Liam.

—¿Y si solo me acuesto con Magnolia? ¿Y si es solo sexo? ¿Estaría bien en ese caso?

Las imágenes que se reproducen en mi cabeza me ponen enferma y no puedo evitar arrugar la nariz y desviar la cabeza. El ardor en la piel, *«rabia»*, el amargor en la garganta, *«celos»*. No me puedo creer

que… pues claro que sí, Magnolia es un pibón y él es un tío, los tíos no piensan con la cabeza o el corazón, sino con la po…

—No lo sé —cuando levanto la cabeza, lo que veo me desorienta.

Sus ojos reflejan la luz de mil soles y a mí me dan calambres por todo el estómago. Entonces sonríe de forma torcida, confiada y sexy, y las mariposas de alas puntiagudas se vuelven l-o-c-a-s.

—¿Estás celosa, Harleen? —se acerca más y doy un paso atrás.

—Para nada. No tengo motivos —digo en un susurro casi inaudible.

Pierdo el poder de poner distancia cuando mi espalda choca contra la pared y sigo respirando a Duncan. Su nariz casi roza la mía, sus imposibles labios a tan escasa distancia… *no puedo.*

—Si mal no recuerdo, acordamos nada de sexo mientras nuestra relación falsa dure. ¿No contesta eso ya a tu pregunta?

Jadeo cuando sus manos suben despacio por mis caderas.

—¿Y qué hay del pasado? —insisto, poniendo las cartas sobre la mesa—. ¿Qué hay de esa historia?

Vuelve a sonreír. *Qué rabia de sonrisa.*

—Así que lo reconoces. Te importa.

—Es una mujer guapísima, estoy segura de que cualquier hombre caería rendido a sus pies.

Cuela una pierna entre las mías y gimo con el roce. *Gemir por tan poco, qué vergüenza, al final sí que voy a parecer una cría.* Mis mejillas estallan y él ladea la cabeza relamiéndose.

—No sé en qué momento he sido metido en el saco de «cualquiera», pero acabaré con todos los de esa categoría si no me sacas de allí pronto —me clava los dedos en las costillas antes de subir a la cuenca de mis pechos.

Tira de mí hacia delante para que el roce de su pierna golpee mi clítoris y con su nariz, acaricia la línea de mi mandíbula, abriendo la

boca cerca de mi cuello sin llegar a besar mi piel.

—Duncan, ¿qué estás haciendo? —arqueo la espalda cediendo a todo lo que hace, volviendo a gemir contra mi voluntad.

—Lo que haría cualquiera.

—Sé que no eres cualquiera.

—Tú tampoco. —Su lengua acaricia mi cuello y una tormenta eléctrica estalla bajo mi piel. Entro en trance adicta a semejante poder. Veo crecer el bulto en su pantalón y mi corazón se da la puta vuelta. Entonces lo suelta—: Nunca me he acostado con Magnolia, no es el tipo de mujer que me gusta.

Sus ojos brillan como mil estrellas fugaces erosionando contra el planeta esmeralda, sus labios entreabiertos desconectan toda parte racional en mi cerebro y cuando mi mano llega a su erección, sé que también del suyo.

—¿Cuál es el tipo de mujer que te gusta? —acaricio la longitud de su envergadura y pese a que mi mano ya ha estado ahí antes, dudo cómo es posible que sea tan grande.

Mi pulso se vuelve una sinfonía descompasada en mi pecho.

—*Amy*… —su voz es una maldición mientras amasa uno de mis pechos.

La puerta de la cabina está abierta, pero en lo único que puedo pensar es en el placer que me tensa por dentro y en que quiero que me arranque la ropa con los dientes.

Desabrocho su cinturón para tener un mejor acceso y él me lo permite. Por algún motivo, no pongo pegas cuando hace lo mismo con el mío, pese a que estoy segura de que si tiene la osadía de tocarme voy a tener un orgasmo aquí y ahora.

—No has contestado a mi preg… —No termino la frase porque Jay-Duncan Vojak arrasa con mi boca en el beso más fiero que me han dado nunca.

Es decidido, atrevido, sensual y no puedo hacer otra cosa que perderme en él. En su olor, su sabor, el placer y la forma en que me domina. Duncan se aferra a mi cuerpo como si de soltarme fuera a perder la vida. Me mueve contra él y los calambres se vuelven rayos de fuego encendiendo llamaradas en cada rincón de mi piel. Su pierna deja de darme el alivio que necesito y lo siguiente que siento entre mis piernas, contra mi clítoris, es algo más duro, caliente y palpitante.

Pese a la barrera de nuestra ropa interior, la fricción es una delicia que hace estallar mis sentidos y hasta me flojean las rodillas, pero ese beso… dios, no lo rompería por nada del mundo porque estoy bebiendo de la fuente de la vida eterna. Su lengua invade cada rincón y no debería saber tan bien, no debería, pero lo hace. Duncan solo sale de mi boca para llegar a mi cuello y es entonces cuando me doy cuenta de que sus labios estaban amortiguando los gemidos que me arranca sin piedad.

Muevo las caderas palpitando contra él, desesperada por más de esa droga irresistible, y cuando me presiona contra sí agarrándome del culo, no estoy segura de si para frenarme o para instigarme, pero *oh, dios mío.*

—Me parece que Amy está todavía por aquí, no la he visto salir —la voz de Hunter rompe mi trance y silencia mi siguiente gemido, pese que estaba al borde de tener un orgasmo de pie, vestida, aquí en cabina.

—Lo mato, yo lo mato —ladra y gruñe contra mi piel, poco dispuesto a separarse y a apartar las manos de mi culo.

No tendría forma humana de mover a Duncan si no me ayudara un poco, no cuando aún no me ha enseñado a usar su fuerza contra él. Así que agradezco que se mueva justo antes de que sea demasiado tarde para subirme los pantalones y entornar la puerta de la cabina para que se vea lo justo desde fuera. Lo agradezco aunque poco

después de apoyar la espalda en la pared y recostarse, su enorme erección esté pegada a mi culo.

—Aquí estás —dice Hunter—. ¿Han detenido a tu novio?

Duncan abre del todo la puerta y tira de mis caderas hacia atrás pegándome a él tanto como es humanamente posible. Me muerdo el labio con fuerza bruta.

—No, al final todo ha sido un malentendido —explica con voz gutural al tiempo que su envergadura da una sacudida contra mí.

—S-sí, exacto —*no te corras, por todo lo que más quieras, contrólate.*

—Me alegro —dice Hunter con cara de no alegrarse nada—, ¿y qué hacéis todavía aquí? Tienen que limpiar el avión y preparar el siguiente vuelo, ya conoces el protocolo, Amy.

—Enseguida recojo mis cosas, gracias por avisar.

Hunter desaparece y lo único que oigo es el latido desenfrenado de mi corazón y de algo mucho más al sur. Despego mi culo de su cuerpo y me doy la vuelta ignorando la añoranza instantánea.

—Odio a ese tío.

—Después de lo que has hecho durante el vuelo, creo que es mutuo —sonrío tanto como me da la cara.

Su nuez sube y baja justo antes de que acorte la distancia y me bese de nuevo. Le oigo inhalar con fuerza antes de hundirse en mi boca como si nunca hubiéramos hecho otra cosa que besarnos y me convierte en un volcán a punto de erupcionar. Lo único que puedo hacer es ceder al remolino que azota mis nervios y carga de adrenalina mi vulnerable anatomía. *Es tan posesivo… me está haciendo suya y no puedo pararlo.* Oímos algo que bien podría ser la voz de Hunter en la distancia o el grito de guerra de un águila calva, la cuestión es que Duncan se aparta de mí como si le quemara.

—Necesito un segundo —dice y casi suena enfadado.

Dolorido.

Asiento obligada porque no quiero dárselo. *Quiero otras cosas.* Jadeo imaginándomelas y reprimo el impulso de atacarle, aunque es lo único que necesito, pienso y deseo. Duncan se apoya contra el único hueco libre de la mesa de mandos cogiéndosela a través del pantalón, y pese a que su mano está quieta, a medida que su mirada se clava en mi cuerpo su respiración se vuelve más y más agitada. *Animal.*

—¿Quieres que te espere f…?

—Sal de aquí —responde de inmediato y no aguardo a que sus ojos alcancen los míos porque temo lo que pueda hacerme ese iris de pantera.

Ocupo uno de los primeros asientos y pienso en qué justificación podría dar para explicar estar aquí sentada como si nada. *Pues un calambre muy fuerte. Si evito decir dónde, ni siquiera sería ni mentira, fíjate tú.*

Duncan sale de la cabina bien peinado y con actitud estoica que roza la seriedad indiferente, y abandonamos el avión. Finjo que no me afecta cuando, tras cruzar la puerta de embarque, una de sus enormes manos agarra la mía haciéndole un hogar cálido y seguro en tres segundos, pero por dentro se me escapa un grito ahogado.

—Puede estar por aquí vigilando —dice con su voz solemne.

Calambre, calambre, calambre.

—No he preguntado.

Ladea la cabeza despacio en mi dirección con una peligrosidad en la mirada que me curva los dedos de los pies y provoca que la calidez gotee en el último sitio donde debería. No soy consciente de nada de lo que pasa a nuestro alrededor mientras recorremos la terminal, pero de algún modo, llegamos hasta su coche. *Que sigue siendo un Aston Martin.*

—Ponte el cinturón —ordena y solo entonces me doy cuenta de que me he quedado mirándolo.

Un enorme jaguar contra un gato pequeño no es una batalla justa.

—Tenías unas normas —dice ya en la carretera, apretando tanto el volante que se le ponen los nudillos blancos—. Más te valdría recordarlas.

Trago con dificultad. Duncan pisa el acelerador a medida que mi silencio se extiende.

—¿Y si no quiero? —me ladeo, aferrándome al cinturón, con la boca seca y el corazón en la garganta—. Podríamos encontrar un nuevo acuerdo que nos beneficie a los dos.

Mi centro de gravedad se ha visto alterado, todo me empuja hacia él.

—No juegues con fuego, Amy. No tienes ni idea de lo que estás proponiendo.

—Ninguno de los dos puede tener sexo con otras personas. No tiene por qué significar nada más de lo que es.

—Tú quieres amor —sentencia—, y yo no puedo dártelo. No vamos a follar, fin de la historia.

—Yo no quiero amor. Soy la última persona en el mundo que aparece en la lista de románticas. A mí no me va ese rollo. El sexo sí me va. —Miro su cuerpo—. Me va un montón.

El vistazo que me echa dura tantos segundos que no sé cómo no chocamos contra algo.

—Deberías dejar de mentirte, en serio.

—No he mentido.

—Temes pedir ayuda. Esa es la verdad.

—Duncan —le advierto.

—Pedirla y que te digan que no, por eso prefieres arreglártelas siempre sola. Incluso cuando no conoces el lugar y acabas de caerte a una piscina en invierno. Eres tan agradecida con lo que hago porque en el fondo crees que no te mereces que nadie cuide de ti.

Mamá estaba de viaje de negocios, tenía siete años y necesitaba que mi padre viniera a recogerme a patinaje. Horas esperando al autobús bajo la lluvia y el aire frío de Inglaterra me regaló tal resfriado que me salté una semana de clases. *Siempre que necesité ayuda, mamá estuvo ahí, pero mi figura paterna fue, es y será desastrosa.*

—No sabes nada de mí y no me gusta jugar a las adivinanzas.

—¿Que no sé…? —resopla—. Por favor. Te da tantísimo miedo perder tu independencia que no concibes la idea de que alguien te acompañe sin quitártela. Por no hablar de que te cuesta tanto confiar en la gente, que ni siquiera te fías del todo de ti misma.

—¿Has acabado el psicoanálisis?

Ríos de lava recorren mis venas, lentos pero implacables. *Esto no me gusta.*

—Puedes tener lo que quieras, Amy. Lo que sea.

—¿Sabes qué? Está claro que ha sido una mala idea. Lo mejor será que ninguno de los dos cruce la línea. Tenemos un trato, yo cuido de Erik y Dallas, y tú… —*cuidas de mí*—, respetas tu parte.

—Bien —dice con sequedad.

—Bien.

Hacemos el resto del trayecto en silencio. Pese a que ya es primavera, el cielo se nubla con los últimos enfados del invierno.

Dudo si lo ha hecho a propósito, si esta era su intención. Discutir con tal de evitar una conversación sincera. ¿Por qué tiene que saber tanto de mí si él sigue siendo una página en blanco? *¿Y por qué me duele?*

Llegamos a High River y se baja del coche.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto cuando cierra con llave.

—Tienes que cuidar de Dallas y Erik. Ahora —responde con sequedad—. Necesito hablar con su padre.

Esa pose soberbia y altiva que tanto le pega a alguien con su cara

y semejante físico es justo lo que percibí la primera vez que lo vi. *Es una pena que ahora sepa que no es más que fachada.*

Utilizo el viaje en ascensor más largo de la historia para convencerme de que puedo guardar mis emociones en una caja un ratito más. Los pequeños Brodly no tienen la culpa de que su falso-tío no sepa aprovechar las oportunidades por bocazas.

—Gracias, Amy, estoy seguro de que será solo un mom… —Liam no termina su frase porque Duncan cierra la puerta de su casa antes de que lo haga.

El muy borde.

—¿Estás de coña? —Oigo a Liam a través de la puerta antes de dar media vuelta y largarme.

Entro en mi casa y espero encontrarme a los dos correteando por el salón con Rex, que hoy ha pasado el día con Svetlana, pero están sentados en el sofá muy quietos. *Bueno, Rex no está quieto, pero comparte el aura tensa.*

—¿Qué os pasa?

—Nada —contesta Dallas.

—Papá dice que no viniste ayer a dormir porque un hombre malo te persigue —suelta Erik al que muy rápidamente se le llenan los ojos de lágrimas.

—*Ehhhh*… —Ocupo la mesita de café frente al sofá de inmediato y Rex utiliza mis piernas como un circuito aeróbico—. Pero bueno, ¿qué son esas lágrimas?

—¿Corres peligro, Amy? —este es Dallas.

—Ayer tuve que quedarme en Nevada por trabajo. —Les hago un cariño en las manos a ambos—. Mi jefe no quería que hiciera el recorrido de ida y vuelta porque es muy cansado.

—¿Entonces no te sigue un hombre malo? —insiste Dallas, listo para soltar un suspiro de alivio que me llegue al alma.

Se me caen los hombros con el peso de sus miradas. *No puedo mentirles.*

—Lo cierto es que sí.

Ambos se levantan de golpe.

—¿Qué día lo meten en la cárcel? —Erik pone una mano en mi rodilla y juro que veo la pureza del mundo entero en sus ojos—. ¿Falta mucho?

—Debe faltar, por eso Duncan va con ella a todas partes.

—El tío Duncan tiene un mooontón de guardaespaldas para mujeres que necesitan ayuda. ¿Los está utilizando?

No, insiste en ser él, no sé por qué. Rex siente que el tema de conversación pesa y se acerca a repartir besos a los niños.

—No le hace falta, Duncan es el mejor guardaespaldas, ¿a que sí, Amy?

—Sí, lo es —aparto la lágrima que resbala por la mejilla de Erik —. Además, me está entrenando. Voy a aprender a defenderme sola.

Sus caras tristes demuestras poca fe en mis habilidades deportivas, pero no me lo tomo a pecho.

—Amy —dice Erik y ya sé que va a doler.

—Dime.

—Quédate con la suerte que nos traes. Tú la necesitas más.

Joooder.

—Es una lástima que Rex sea tan pequeño, si no podríamos asignarle tu protección —dice Dallas.

Y el susodicho elige ese momento para poner su micro-cabecita de labrador sobre mi zapato. *Yo de aquí no salgo viva.*

—Gracias, chicos —carraspeo.

—Todo saldrá bien porque la policía está de nuestra parte —añade Erik y desvío la mirada pensando en que no voy a ser yo la que les cuente lo mierda que pueden ser las cosas a veces en el mundo de

los mayores.

Vuelvo a la realidad y veo a Dallas llevándose el índice a los labios y su hermano poner cara de susto.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada —responden a la vez.

—Uy, secretos de hermanos —acaricio a Rex y en cuanto se me lanza encima, lo levanto y lo convierto en un saquito de mimos—, ¿nos contamos nosotros nuestros secretitos, Rex? Oh, no me digas, ¿todo eso ha pasado hoy? Qué interesante.

—¡Eh! ¡No vale!

—¡Yo también quiero saberlo!

Merendamos juntos galletas con mantequilla y azúcar. *Porque sigo con el plan de comprar su cariño con dulces, evidentemente.* La idea es esta: cogemos galletas saludables y sosas (mías) les ponemos mantequilla y azúcar por encima (= diversión). Pero la realidad es que Dallas rompe todas las galletas a las que pone mantequilla porque aprieta demasiado fuerte, así que Erik se las prepara a él y yo se las preparo a Erik porque si no al final el pobre no come.

—Nuestra amiga Grace tiene dos madres y dice que cuando sea mayor, quiere ser lesbiana —suelta Erik.

Casi me atraganto.

—Eso no se puede elegir —le dice Dallas—. Tú eres rubio y yo no, pues lo mismo si eres negro o gay. Eres lo que eres.

Toma ya. Juro que este niño es mucho más mayor de lo que sabe su padre. Llaman al timbre y me levanto a abrir.

—¿Jasmin? —me trago la última miga de galleta—. ¿Qué haces aquí?

No contesta, me placa y luego me estrecha entre sus brazos con tal fuerza que solo puede tener intención de volvernos una sola célula.

—Me cago en el puto Sylas de los huevos, ¿cómo estás? ¿Estás

bien? Sé que el tío de la mandíbula de hierro fue a verte, no me mates, pero no me arrepiento de nada. —Me estruja la cara—. ¿De verdad estás bien?

—Sí, tranquila, estoy…

—Ha dicho «puto» —repite Dallas a mi espalda.

—He dicho Pluto —corre a decir Jasmin mirando por encima de mi hombro, tirando de mí hacia abajo—. Se llama Pluto-Sylas.

—Sí, y se apellida «de los huevos» —le susurro, lo que me gana un manotazo en el brazo.

—No sabía que tenías compañía —dice Jasmin agachándose a saludar.

—Somos amigos —constata Erik, luego sacude la manita—. Hola.

—Yo me llamo Jasmin, ¿cómo os llamáis vosotros?

—¡Como la princesa! Yo Erik y él Dallas. ¿También eres piloto? ¿Y princesa?

Acabamos de sentarnos con las galletas cuando el timbre vuelve a sonar.

—¿Ahora quién? ¿Papá Noel? —gruño y oigo la risa de Dallas de fondo.

Una versión cansada de Duncan con la chaqueta de traje en la mano y la camisa azul remangada aparece junto a Liam Brodly. Duncan se aparta del marco de la puerta y su cercanía me deja anclada al suelo. Justo entonces aprovecha para llevar su pulgar a la comisura izquierda de mis labios.

Acto seguido se chupa el pulgar y entra en mi casa.

10

Jay-Duncan

💌

Saboreo la mezcla de mantequilla y azúcar casi tanto como su expresión mientras convenzo a mi cuerpo de que ahora no es el momento de obsesionarme por cómo se ablanda cuando invado su espacio personal. *La corriente de aire que ha volado su pelo hacia mi cara ha sido abusar, universo, pero gracias.*

—Qué pronto habéis venido —dice Dallas.

—Sí, todavía tenemos mucho de lo que hablar con Amy, así que si queréis esperar en casa, podéis —suelta Erik.

Ya lo ves, hace dos días que la conocen y ya la prefieren a nosotros.

—Veníamos a daros una notic… —su padre se queda a media palabra cuando cruza miradas por primera vez con la belleza turca con la que suele pilotar Amy—. Hola.

Verás.

—Hola, yo soy Jasmin —se limpia el azúcar de las manos y le tiende una—, encantada.

—Es un placer para mí, Jasmin. Soy Liam Brodly, el padre de Erik y Dallas. —Le brinda su mejor sonrisa—. ¿Eres amiga de Amy?

—¿Por qué la voz de papá suena más grave? —pregunta Erik por lo bajo, a lo que le tapo la boca.

—Confidente, amiga, hermana de otros padres, llámalo como

quieras. ¿Va a venir también tu mujer a presentarse?

Amy se acerca a la isla de la cocina y acaba a mi lado. Será casualidad que decida torturarme con su presencia cuando no puedo tocarla.

—Estoy divorciado.

—Oh, cuánto lo siento, no quería entrometerme, mi curiosidad de soltera a veces me puede.

Amy suelta una risa seca que ninguno de los dos oye. Cuando Jasmin se cansa de jugar con su pelo, despega sus brillantes ojos de Liam y me obsequia con una sonrisa mucho menos entusiasta.

—Hola, Rocky.

—Jasmin.

—¿Podemos acabar de merendar, papi? —pregunta Dallas aceptando una galleta de Erik.

—Claro, cariño —dice Liam revolviéndole el pelo—. Pero tenemos que hablar de algo importante.

—¿Has perdido el trabajo? —pregunta Erik.

—No, hijo, y podría no ser lo primero que se te venga a la cabeza.

Todos nos reímos.

—Voy a vivir con vosotros una temporada —concluyo.

—¿Qué? —distingo el deje de shock de Amy entre las celebraciones de los pequeños Brodly y la explicación detallada de su padre sobre la fuga inexistente que ha inundado mi piso.

La miro.

—¿Algún problema? —susurro cerca de sus mejillas.

—Duncan, si estás haciendo esto por mí…

—Tengo una vida, ¿sabes? No todo lo que hago tiene que ver contigo. ¿Mañana trabajas?

—No —estrecha la mirada digiriendo mi insolencia.

—Pues tómate un descanso, necesitas dormir sin interrupciones.

Pasaré a buscarte mañana por la noche a eso de las nueve, para entrenar. Estate preparada.

Aprieta los dientes y asiente. *Está tan guapa cuando se irrita.*

Las siguientes veintiocho horas pasan a través de mí casi sin dejar rastro.

Antes de que pueda darme cuenta, llega el momento de ir a buscarla. Golpeo los nudillos contra la ciento trece y espero. La puerta se abre y yo me cago en todos mis muertos. *Otra puta camiseta oversize.*

—Ya casi estoy, solo me falta el abrigo. —La sigo dentro de su casa y dejo que se cierre la puerta.

La isla de la cocina estaba hecha un desastre cuando me fui ayer, pero ahora todo está en orden. Dallas y Erik preguntaron anoche si podía venir a cenar y esta mañana, si podía venir a desayunar. Está claro que la adoran. Amy choca conmigo al volver sobre sus pasos.

—No esperaba que estuvieras… aquí.

Sus manos siguen contra mi pecho unos segundos después y con esta luz, es imposible no ver cómo de dilatadas tiene las pupilas.

—¿Y dónde si no? —acaricio los costados de su cuerpo.

—Ya tengo el abrigo.

—Lo veo —está enganchado a su brazo. Su cercanía desconecta toda racionalidad en mi cabeza, pero no quiero ser un cerdo, así que antes de que sea tarde, hago lo que debo—. ¿Necesitas que te deje a solas?

—¿Mmm? —une las cejas separando la vista de mis labios por primera vez.

Reduzco la distancia y ella se tensa conteniendo la respiración.

—Para aliviar todo eso que sientes.

La rabia es lo primero que asoma en su iris de ardiente obsidiana y ceniza, igual que el color en sus mejillas. Entonces coge una de las solapas de mi traje libre de maquillaje y tira de ella acercándonos

tanto que bebo cada una de sus siguientes palabras.

—Eres un cobarde, Jay-Duncan Vojak.

—¿Se supone que debo fingir que has herido mis delicados sentimientos?

—Eres…

Pongo una mano en su baja espalda y hago que choque contra mí.

—Ya, un cobarde. Pero tú solo ves en mí lo que quieres ver. —*Lo que todos ven: lujo, éxito, seguridad. Nadie ve el juguete roto.*

—Miéntete tanto como quieras —sacude la cabeza—, eso no me impedirá ver todo lo que crees invisible.

Si llega a tardar un segundo más en soltarme habría perdido la batalla, pero cuando lo hace da un empujón a mi pecho para que la suelte y lo hago.

Nos topamos con Svetlana en la entrada del gimnasio nada más llegar.

—Buenas noches —dice Amy en tono alegre.

—¿Se puede saber qué haces aquí tan tarde? —digo acabando con él.

—Este lugar fue mío durante más años de los que tienes tú, muchacho, puedo ir y venir cuando me plazca.

—Este lugar sigue siendo tuyo, pero Katerina estará esperándote para cenar y hace frío, te dolerá más la rodilla. Avisaré a Iksáia.

—Déjate de Iksáia que no soy de porcelana y ya he pedido un taxi. —Mira a Amy con una dulzura excesiva en el rostro al tiempo que le da un apretón con la mano que no sujeta el bastón—. Juntos vamos a alejar a ese malnacido de ti. Tengo amigos por la zona y me avisarán si lo ven rondar por High River. Nos mantendremos alerta.

—Muchas gracias —dice con la emoción reflejándose en sus ojos.

Otra vez con la condenada sorpresa de que alguien se preocupe de ella.

—¿Jay ya te ha enseñado a dar puñetazos?

—Todavía no —intervengo—, alguien está retrasando nuestra clase.

Amy me fulmina con la mirada por cortar así a Svetlana, pero Kuznetsova suelta una carcajada.

—Tan insolente y sincero como el crío de dieciocho que vino a pedirme ayuda hace ya mucho tiempo.

—¿Necesitaba ayuda? —No me gusta el tono de Amy, ni su interés, ni esta conversación.

—Veo que, por desgracia, este muchacho sigue siendo un bote de pepinillos con la tapa dura. Pero nada que no tenga arreglo, Amy, —baja el tono—, algunos tan solo requieren unos golpes de más para terminar de abrirse, ¿sabes?

—¿Nos dejas un momento? —pido a Amy, que accede después de despedirse de Svetlana como si no fuera a verla nunca más en la vida —. ¿Puedes dejar de contarle mi vida a todo el mundo?

—¿Y cómo va a conocerte si no la chica por la que estás colado? —Se ríe de mí igual que Liam antes de acceder a dejarme dormir en su casa—. Si es que tengo un buen ojo que asusta.

—No, no lo tienes y las alocadas ideas que te hayas hecho en la cabeza no van a pasar.

—Pues no será porque ella no quiere. Ese interés no se puede fingir. Además, Liam dice que te mira como si fueras su salvador, su guardián. Y puedo hablar largo y tendido de cómo la miras tú a ella desde la primera noche que os encontré: Amy empapada y con tu chaqueta sobre los hombros, y tú odiándola más cada segundo por todo lo que te estaba revolviendo por dentro —chista la lengua—. Debe dar rabia que alguien venga y estropee la cerradura de la caja en la que has metido tus emociones durante siglos, y que lo haga solo con su presencia, ¿a que sí?

—Te lo pasas demasiado bien a mi costa —me cruzo de brazos.

Ella se acerca, tira de mí para que me agache y tiene la audacia de acariciarme una mejilla con dulzura.

—No dediques tu insomnio a alguien que ya se ha dormido, mi pequeño. Tú no eres como *él*. Ni todas las mujeres son Kasia Vojak. Puede que tus heridas no te dejen verlo todavía, pero esa joven es uno de esos trenes que solo pasa una vez en la vida. Súbete antes de que tengas que pasarte el resto de tus días conformándote con ver su estela.

Svetlana se va y yo me quedo justo en el mismo sitio, con el eco de sus palabras sonando en mi cabeza.

Subo a cambiarme y cuando ya estoy listo, voy en su búsqueda. La encuentro en la sala tres corriendo en círculos, tan rápido como quien huye de su propia sombra. Al llamarla, se acerca recogiéndose el pelo en una coleta alta que deja expuestas las gotas de sudor que resbalan por su cuello. Lo ignoro como puedo y nos metemos en materia.

Nos pasamos la clase discutiendo. A estas alturas, ¿es posible que eso le sorprenda a alguien?

—Me da igual que sea difícil o que tengas mi cara a tiro, ¿qué te he dicho? ¡Nunca puedes regalar una posición vulnerable a tu agresor! —bramo.

—¡Pero estaba muy cerca! —rebate como una alumna rebelde a su profesor.

—Pero yo soy mucho más fuerte.

—Ya, pero estarías dolorido.

—No por mucho tiempo, ¿y qué crees que pasaría después de que dieras el golpe? —No hay distancia, tengo las manos encima de ella para demostrar mis palabras—. ¿Eh? Que no podrás apartarte. Entonces se acabó.

—Lo siento.

—No lo sientas, llevo cuarenta y cinco minutos enseñándote a esquivar ataques, Harleen, haz que se note. —Alzo una ceja mientras ella observa mis manos—. ¿Qué?

—Nada, solo que no pensaba que en el cuerpo a cuerpo habría que tocarse tanto. Casi prefiero comprarme un taser.

—No hagas bromas —*es una de mis muchas debilidades.*

A partir de entonces Amy lo hace increíble, pero eso no significa que el entreno sea fácil, no lo es. *Sobre todo para mí.* Nos cambiamos de sala a una con sacos de boxeo la tercera vez que acabo con sus pechos en la cara. *Alguien de arriba está poniendo a prueba mis límites.*

—¡Más fuerte! —pido y da el puñetazo de su vida—. ¡Excelente! Otra vez.

Está tan muerta de ganas de añadir patadas que lo intenta, pero tengo que frenarla antes de que se rompa un pie. Es desobediente como ella sola, así que termino cogiéndole una pierna con tal de que deje quieto el tren inferior… sin pensar en qué postura nos deja eso. *Yo también prefiero un taser.*

—Suficiente por hoy, Harleen.

—Menos mal, no puedo más. —Se deja caer al suelo en plan dramática.

—Lo has hecho muy bien —se me curva la sonrisa—. Estoy orgulloso de ti, Amy.

Ella cierra los ojos unos instantes y cuando los abre, desvía la mirada de mi cara.

—Gracias, entrenador —se pone de pie tambaleándose y se quita los guantes—. Voy a ducharme.

Sé que ha contenido su euforia porque la he visto celebrar galletas rancias con más ilusión que esto, pero no le doy importancia. Recojo el poco material que hemos utilizado y antes de subir a ducharme los oigo. *Mierda.*

—No solo me salvó de la paliza que me habrían dado esos cuatro, si no que desde que se los llevó la policía, nadie ha vuelto a saber de ellos.

Jeremiah y Jace no están entrenando. Amy está junto al ring cogida a las cuerdas.

—¿De verdad? —pregunta emocionada—. Entonces salvaste a Alexandra, conseguiste lo que buscabas.

—Duncan lo hizo. Nos salvó a ambos —insiste Jace—, y luego aceptó entrenarme. De mayor quiero ser como él, tener mi propio gimnasio y ayudar a todo aquel que lo…

—Jace, ¿por qué no estás entrenando? ¿Jeremiah? —recrimino al único adulto fiable presente.

—Queríamos presentarnos a la chica nueva, jefe —dice el tío junto a Jace que no me tiene el miedo que debería.

Le pasa desde que llegó hace años, yo creo que es inmune. Debería haberlo despedido, pero el cretino es bueno en su trabajo. Y me cae bien, lo cual también es una putada.

—Buenas noches, señor —Jace agacha la cabeza al saludar y a este paso va a acabar haciendo reverencias—. Ahora mismo seguimos, muchas gracias por la oportunidad.

Cojo a Amy y tiro de ella para que eche a andar.

—No hace falta que me las des cada vez que me ves —desvío la mirada de Jace a Amy y bajo el tono—. ¿Es tu primo o algo? ¿Lo lleváis en la sangre?

—Buenas noches, jefe —dice Jeremiah—. Un placer Amy Harleen.

Ella se despide, pero está rara hasta el punto de que me preocupa lo que hayan podido decirle esos dos. Llegamos al primer piso, pero las duchas están en el segundo, y aunque lo sabe, se detiene y se libera de mi agarre.

—Eres tan odioso —gruñe entre dientes y ni siquiera parece

querer que lo oiga, como si solo fuera un pensamiento demasiado alto.

—Están trabajando, ya te he dicho que aquí no se viene a jugar y…

—¿Acaso duermes? ¿O solo te dedicas a salvarle el culo a toda la gente buena de Chicago?

Joder, si es que desde que la conozco vivo empalmado, esto no es sano.

—¿Estás celosa? —siento cómo mi ego se hincha.

—¡Basta! Basta de juegos. ¿De verdad no vas a contarme nada de quien eres? —pregunta pequeña, vulnerable, dolida—. Es tan injusto. No tienes ningún motivo para…

—¿Qué quieres saber? —cedo en un ladrido bajo que no la achanta, pero debería.

—¿Por qué le pediste ayuda a Svetlana con dieciocho?

—Porque no tenía dónde caerme muerto.

—¿Sois familia o algo? Espera, ¿qué has dicho?

—No, no lo somos. Ya entonces hacía muchos años que yo no tenía familia Sabía cómo quería ganarme la vida y probé suerte con ella. Svetlana entendía muy bien lo que supone no tener nada a lo que aferrarse, así que me tendió una mano. —*No tenía motivos y lo hizo de todas formas*—. Le debo todo cuanto tengo, todo lo que he conseguido.

—¿Qué quieres decir con que no tenías familia? ¿Cómo iba un menor a…?

—Me quedé huérfano a una temprana edad. Estuve en centros de acogida, pero nunca fui adoptado. —Siento una cuerda apretándome el cuello—. Quita esa cara, no te atrevas a tenerme lástima. —Le aprieto los brazos, porque por lo visto la estoy tocando.

—No te la tengo. ¡Solo empatizo! —Hace una mueca y mi pecho se contrae, algo pesado se asienta en mi estómago cuando pone una de sus manos sobre una de las mías—. Debió ser difícil, Duncan, lo

siento.

—Lo fue. —La suelto—. ¿Hemos acabado?

—¿Qué ocurrió con tus padres? —pregunta con cautela—. ¿Fue un accidente?

Un "accidente" tras otro, sí. El primero fue mi nacimiento, después todo se torció.

—Haces demasiadas preguntas —la dejo atrás, subo al siguiente piso con el pulso golpeándome con fuerza las sienes.

—Duncan, espera —se interpone antes de que entre en el vestuario masculino—. Cuéntamelo. Tu historia, quiero conocerla.

—No. —La dejo atrás y entro en el vestuario, pero tiene la osadía de seguirme.

—¿Por qué no?

—Porque no es asunto tuyo —abro mi taquilla.

—Sí lo es y quiero saberlo. Me importas, pedazo de idiota, ¿es que no lo ves?

Apostar a un juego en el que solo puedes perder no es imprudente, es demente, y aquí está ella, insistiendo en darme todo lo que tiene, todo lo que es, a cambio de absolutamente nada.

—Amy, vete, te lo advierto. —Cierro los ojos con fuerza.

—¿Por qué soy a la única a la que alejas?

Porque hundiría el mundo entero si eso te mantuviera a ti a flote. Porque sé que este duelo lo perdí antes siquiera de sacar la espada.

—Dejas que todos se acerquen lo bastante —oigo las lágrimas en su voz—. Svetlana, Liam, sus hijos, incluso Magnolia. ¿Por qué tus muros solo son para mí? Desde el principio, lo único que has hecho con los míos ha sido destroz… ¿Qué más da? Está claro que no te importa. —Se da media vuelta y desaparece.

Me obligo a quedarme donde estoy, pero no hay forma.

No controlo mi cuerpo, ni lo rápido que se mueve.

La puerta del vestuario femenino da un golpe sonoro cuando la cruzo. Si tardo un segundo más en alcanzarla me muero, así de rápido tiro de ella y fusiono nuestras bocas.

La beso con pura ansia, separo sus labios, me hundo en ella y Amy responde, joder que si lo hace. La levanto del culo, la aprieto contra mí y la empotro contra la primera pared que encuentro mientras se estremece y palpita. Le muerdo el labio, succiono la piel de su cuello, voy a devorarla. *Necesito tenerla.*

Amy se libra de su camiseta y yo le arranco el sujetador con la boca sin dejar de presionarla contra mi erección.

—Me acabas de romper el sujetador —jadea, en ningún caso mostrando que le importe.

—Mañana te compro mil.

—*Por… dios* —gime y se retuerce cuando me meto uno de sus pechos en la boca, pellizco su pezón con los labios antes de recorrerlo con la lengua y succionar.

No puedo poner en palabras las ganas que tenía de hacer eso.

El gruñido ronco que oigo cuando meto la mano bajo su pantalón y toco la carne de su culo tiene que ser mío, pero apenas soy consciente porque estoy haciendo grandes esfuerzos para no correrme pensando en todo lo que va a pasar.

—*Duncan* —me llama y diría que ya lo ha hecho antes—, la puerta está abierta y tú estás muy vestido.

«Urgencia» no hace justicia a la fuerza sobrehumana que nos aplasta el uno contra el otro. La beso con toda la necesidad con la que me precipito desde las alturas y sin paracaídas. Cierro la puerta y me deshago de mi camiseta justo cuando ella se desnuda por completo.

Todo se detiene. *Un puto ángel.* Si tuviera corazón, sé que me lo habría destrozado.

—Deja de mirarme así, me estás poniendo nerviosa —dice

ahogada, tragando con dificultad mientras su abdomen se tensa.

Gruño incapaz de apartar la mirada de sus curvas. Caigo de rodillas.

—Ven aquí —ordeno con dureza y juro que aunque Amy avanza, la distancia no deja de crecer.

En cuanto la toco, la lentitud sale por la puta ventana, coloco una de sus piernas encima de mi hombro para abrirla bien y en cuanto la tengo lista para mí bebo del manantial de la vida eterna.

Pierdo la cabeza. Justo por eso no me importa oír cómo aquello que he construido durante años se destruye, *ella* lo destruye. *Debería odiarla, pero no soy capaz.*

Separo sus labios humedecidos de su deseo, juego con ella mientras se estremece y pienso en que tiene el coño más bonito que he visto nunca. Amy suplica que vaya más deprisa (*sí, suplica, porque por lo visto sabe),* y como un puto débil no tardo en hundirle un dedo. Ni en resbalar el segundo. *Dentro y fuera, meter y sacar. Nada es suficiente para mí.* Le succiono el clítoris con la intensidad brava que me engulle, quema y araña las entrañas.

—Duncan, voy a… —no termina la frase, convulsiona cuando el orgasmo arrasa con ella como un alud sorpresa en plena pista de esquí y eso que ni siquiera le he curvado los dedos.

Se rompe contra mi lengua, ante mis ojos, de un modo delicioso que no merezco presenciar. Su placer es desmedido, crudo y perfecto. Amy echa la cabeza hacia atrás y grita mi nombre mientras se pierde. *Puedo hacerlo mejor, no me des el diez todavía, ángel.* Su elixir acaba de derramarse en mi lengua y mis dedos cuando ya estoy estimulándola de nuevo.

Se corre dos, tres, cuatro… vale, pierdo la cuenta de cuántas veces, pero la conclusión: pocas. Muy pocas.

—*Jay…Dun…can…Vojak* —enreda las manos en mi pelo, tira y sé

por qué.

—De pequeño me enseñaron a terminarme la comida, así que con todos mis respetos, no me importa cuánto te tiemblen las piernas.

El orgasmo le llega en segundos.

La rompe con tal potencia que su placer me atraviesa.

11

Amy

Pretende matarme.

Esa ha sido su intención todo este tiempo. *Esto es lo malo de follarte a tu enemigo.* Es evidente que llamarle no funciona y que yo no tengo la fuerza de voluntad como para apartarlo de mí, así que hago lo que mejor se me da: avivar las llamas y ser irritante.

—Eres *increíble* —gimo retorciéndome de gusto y él gruñe. Mierda. *Irritante, Amy, irritante*—. ¿…He de suponer que este empeño por el sexo oral es una muestra de tu complejo como hombre? —*ahhhh, dios, sí, justo ahí.* Me penetra con sus dedos sin dejar de hacerme maravillas con la lengua—. ¿Qué pasa? ¿La vida no fue generosa contigo al nacer?

Dejo de poder hablar cuando vuelve a curvar sus dedos dentro de mí y golpea los cimientos de mi placer haciéndolos temblar como nunca. Me derrumba.

La ristra de sonidos que me arranca son suyos, solo suyos. Estoy atónita, pasmada. Mi vagina no me pertenece. *Ella y yo llevamos muchos años juntas y jamás había dicho ni pío de esto.* Me siento traicionada, excitada y hambrienta de Jay-Duncan Vojak.

Cuando termino de convulsionar me suelta el culo, deja mi pierna en el suelo con extrema delicadeza y se alza con sus inmensas alas

negras extendidas. Tengo que tomar una larga bocanada de aire para no correrme solo viendo su torso desnudo porque jamás he visto un hombre como él, en semejante forma física. *¿Las estatuas de los dioses griegos? Están inspiradas en Duncan.*

—Ha sido un intento adorable.

—He dado en el clavo, ¿a que sí? —Nunca demuestres debilidad, nunca…

Me besa lenta y profundamente. Ni siquiera me resulta extraño sentir mi propio sabor en su boca porque Duncan está sellando una promesa. *No sé a qué estoy accediendo, pero sí a todo si es contigo.* Se separa y pronuncia lo último que esperaba escuchar.

—¿Quieres que siga?

Alcanzo el dobladillo de su pantalón de deporte. Tiene una erección monumental abultando la tela oscura y aun así, todavía le queda algo de… su personalidad.

—Sí. —Asiento despacio dándole un tirón y cuando se desnuda por completo mi mandíbula da contra el suelo.

—Dilo —me ordena, apretando los dedos que tiene a la altura de mi cadera.

—Esto explica el inmenso ego, supongo —trago saliva mientras él saborea su victoria con una de sus sonrisas arrogantes.

Sigo en trance, por eso tardo unos segundos en agarrarle, en buscar la manera de rozarlo con mis labios humedecidos de placer pese a nuestra diferencia de altura. Empiezo a mover la mano de arriba abajo, desde la base hasta mis pliegues mientras él mueve mis caderas. Su envergadura roza cada terminación nerviosa haciendo flaquear mi seguridad.

Mi panel de control de calambres ardientes debería estar más que chamuscado, fundido, con todo lo que ha explotado dentro de mí, pero cuando la punta de su polla golpea mi clítoris dudo si no hay

límite, si estoy a punto de descubrir que no lo hay. El roce es irreal, una fantasía en la que me he colado por un fallo del universo. Y eso que solo estamos empezando.

—No me lo puedo creer —gruñe, porque ahora no sabe hablar de otra forma que no sea ese tono ronco, masculino y un tanto agresivo y de autorreproche por toda la ausencia de control que se está permitiendo sentir.

Me encanta.

—Yo tampoco —admito.

—Condones, Amy —jadea cerca de mi boca, frotándose contra mí una vez más—. No tengo.

Que me parta un rayo, pero Jay-Duncan Vojak se muestra avergonzado de sí mismo. Esta vez soy yo la que sonríe de manera torcida.

—No nos hace falta, tomo la píldora. —Me doy cuenta de lo que acabo de decir y aclaro—. Es decir… yo estoy limpia, y si tú quieres…

—También estoy limpio —mira el punto exacto en que nuestros cuerpos juegan a descubrirse, demasiado embelesado como para apartar la mirada.

—¿Y quieres? —insisto.

Me besa y siento que todas las veces pasadas que quise hacerlo y no pude están siendo recompensadas. Así de increíble es el beso. Duncan me coge del culo, lo amasa y lo alaba mientras me levanta y nos lleva a las duchas.

—Me lo voy a tomar como un sí —le aparto el pelo de la cara cuando se moja por el agua.

—Hazlo. —Asiente contra mi cuello mientras me muerde, me chupa y me besa.

Me retuerzo contra él incapaz de seguir aceptando la espera, pero él está muy ocupado con la multitarea: abre varios grifos a la vez y

mientras nos mojamos más y más, el agua caliente genera un vapor agradable que impedirá que muramos de frío más tarde.

Ha llegado el momento. Besar de cine y la indecente habilidad para el sexo oral fijo que ha sido potra. Ahora viene cuando Duncan demuestra que su forma de follar es pésima y pierde toda su gracia. El momento en que se le cae el aura de dios que tiene y tanta rabia me da.

Con la primera embestida me convenzo de que… *oh, dios.* Entonces llega la segunda. *Santo cielo.* Y la tercera. *No es posible*. Me doy cuenta de que estoy en lo alto de la montaña rusa, a un empujoncito de caer y es vergonzosamente pronto.

El mundo se desvanece a mi alrededor y solo existe él. Los calambres me están dando una paliza y de mí no van a quedar ni las raspas. Mi lengua memoriza cada rincón de su boca mientras la tensión incrementa con la rapidez de un Lamborghini a todo gas. Duncan me abre para él, me penetra haciendo suyo cada milímetro de mi cuerpo y mientras le araño la espalda, mis caderas no pueden hacer otra cosa que seguirle el ritmo.

Me está follando como si me odiara y quisiera verme a su merced. Como si esta fuera nuestra discusión definitiva y yo fuera a perderla. Mi gemido es casi un grito. Mi clítoris está en el paraíso más absoluto. *No, aguanta, joder, no le des la satisfacción de saber que este es el mejor sexo de tu vida.*

—Vamos, ángel, córrete en mi polla —un susurro sensual y directo que me hace inevitable seguir negándome a mí misma que me ponen tanto sus órdenes como desobedecerlas.

Por si fuera poco, la siguiente embestida es todavía más profunda y… *sí, eso es todo lo que hace falta.*

Un torrente de electricidad, química y placer agresivo y fiero chocan contra mí y no me dejan otra opción: me corro y cada célula de mi ser grita su nombre. Duncan resbala dentro y fuera de mí,

incansable, dilatándome para llegar más lejos a medida que el orgasmo más bruto que he tenido nunca me hace suya. *Me va a romper y creo que voy a darle las gracias.*

Su cuerpo firme y duro se tensa contra mí entre besos húmedos y necesitados, pero no se rinde y lo único que puedo hacer es chillar con más fuerza cuando golpea mi clítoris presionando de la forma más adecuada y perfecta. *Dios, de verdad es odioso.* Mi cuerpo se olvida de cómo existir, lo único que sabe es irradiar orgasmos en todas putas direcciones.

Me voy a desmayar.

O a morir.

Cuando termino de convulsionar y recupero algo la respiración, sus embestidas amainan pese a que sigue muy dentro de mí.

—No te muevas, ángel —dice recolocándose y es entonces cuando veo lo lejos que está de metérmela entera, y lo cerca que está de correrse.

Piropazo: estoy ganando el pulso contra su disciplina, toma ya. Acto seguido acaricia mi labio inferior, la piel de mi cuello, de mis brazos y de mis pechos. Mientras recupera el aliento, a mí me lo quita. Lo hace con una dulzura que provoca que se me atasque algo raro en la garganta.

—¿Por qué me llamas *eso*? —rozo su oreja y muerdo el lóbulo—. ¿Ángel? Venga ya, si soy pelirroja —bromeo.

Su iris derrama algo terrorífico en pleno mar malaquita. Algo a lo que ni siquiera me atrevo a poner nombre.

—Eres muchas cosas, Amy. *Todas*.

Mi corazón se sacude a pesar de que ni siquiera sé qué narices quiere decir con eso.

Demasiado aterrada como para preguntar, aprieto los músculos internos y arqueo la espalda, y él me coge de la cintura y aprieta para

frenarme, pero necesita una segunda sacudida para hacerlo de verdad. A estas alturas debo tener un cardenal donde me tiene cogida, pero se me escapa una carcajada jadeante, nerviosa y feliz.

—No hagas eso —dice en tono de advertencia.

—¿Por qué? ¿Vas a castigarme como a una chica mala si hago que pierdas el control y te corras?

Lo que me hace con la lengua no tiene nombre. Mi boca ahora es suya. Duncan ataca mi cuello y machaca cada debilidad que tengo.

—Vas a dejar que te dé el mejor orgasmo de tu vida, Harleen —sentencia con la misma seriedad fulminante de un atleta que lleva preparándose cuatro años para este momento.

Damas y caballeros: las olimpiadas.

Me recoloca de tal forma que el chorro de agua caliente cae sobre mi clítoris hinchado y sobreestimulado, mientras con sus dedos tortura mis endurecidos, sensibles y necesitados pezones. Poco a poco, empieza de nuevo con las embestidas. *Ha nacido para torturar a mi vagina tentándola con comida antes de quitársela de la boca.* Tiemblo entre espasmos y con la respiración más errática de la historia, me acerco a sus labios, pero no me lo permite.

—Por favor, necesito besarte —suplico—, Duncan, ven a mí.

Se olvida de su invento y del agua, y me da justo lo que quiero.

Me llena el alma. No sé qué hacer con el poder que cae en mis manos. El beso escala rápido y pasional empieza a quedarse corto cuando las embestidas se descontrolan. Le estoy dando todas mis llaves, ignorando cada advertencia que encuentro en la carretera, pero es muy convincente y me despoja de todos mis miedos, de todos los monstruos.

—¡Duncan! —Quiero que apriete ya el gatillo y acabe conmigo.

—Deja de suplicar —pide cuando el placer me clava su espada en plena vulnerabilidad.

—Se ve que todavía no has aprendido que he nacido para desobedecer tus órdenes.

—Para lo que has nacido… es para esto. —Me besa.

Para que me folles hasta licuarme el cerebro. Tú y solo tú. Pues va a ser verdad. Aunque antes de reconocértelo prefiero morirme.

Le siento por todas partes, palpitando, contrayéndose, perdiendo la batalla y a punto de ceder. Siento que no tengo más espacio dentro, estoy llena por completo. También siento que si la punta de su polla vuelve a golpear justo ahí…

No puedo más.

Su siguiente embestida me destroza y su polla habilidosa y monumental no me deja alternativa. El placer es indecente, descomunal, inmenso y me puede, me convierte en algo distinto y hambriento, insaciable. Tiemblo, me derrito en sus manos y me pierdo en él mientras todas mis terminaciones nerviosas se corren a la vez.

Duncan gime contra mi boca antes de sellar con un beso el único momento de vulnerabilidad que ha tenido el hombre más poderoso de la ciudad Chicago.

Se petrifica, se tensa y se derrama dentro de mí detonando su propio orgasmo mientras el mío todavía sigue. *Y sigue.* Se estira como un chicle y no se rompe, pero yo estoy a punto.

Jay-Duncan Vojak erosiona todo lo que había en mi memoria antes de conocerlo a él. Entonces me doy cuenta de que el agua me llega al cuello y de que ya es tarde para mí, no hay quien pueda salvarme de esta.

Mierda.

No estoy acostumbrada al momento que compartimos en la ducha justo después. Tampoco al empeño que tiene de secar cada rincón de mi cuerpo antes de que nos vistamos de nuevo. Ni a los besos lentos, profundos y sentidos que me dejan las piernas de gelatina. Ni a lo

rápido que vuelve a empalmarse contra mí, demostrando mucho más de lo que dice.

Supongo que por eso accedo a ir a su apartamento cuando lo propone.

—¿Qué te apetece para cenar? —pregunta cuando un semáforo en rojo frena sus deseos de pasear su Aston Martin por las oscuras calles de Chicago—. No tengo nada en casa.

—Hamburguesas. Y patatas —acaricio mis medias—. No, ¡sushi y edamame! No, ¡burritos con nachos! No, mejor las hamburguesas.

Sonríe y asiente, juraría que su silencio no es más que un margen de regalo para que me lo piense bien, pero estoy muy ocupada babeando con disimulo como para saberlo.

—¿Dónde vas? —pregunta cuando me desabrocho el cinturón al parar frente a una hamburguesería con luces de neón encendidas.

—Me siento muy confusa, ¿no íbamos a cenar? —admito sin soltar el cinturón.

—Espera aquí.

Mensaje de Dhona

00:20 Empiezo a preguntarme qué clase de modales te ha inculcado Victoria. Como mujer de categoría, me disgustaría acusarla de forma injusta, pero tu comportamiento es deplorable y no me queda alternativa. De verdad me preocupas, prima, ya deberías haber aprendido ciertos aspectos de la vida adulta. No sabrás cómo complacer a un hombre hasta que yazcas con uno. ¿Qué clase de vida marital te espera? La inexperiencia de la mujer se justifica con la juventud, por eso el hombre experimentado debe tener paciencia. Pero jamás la tendrá con una mujer demasiado mayor. Deja de preocupar a tu padre y a mí, ¡y ven a Londres!

Me aliso el vestido. Los mensajes de Dhona suelen irritarme, pero

este me hace gracia, dadas las circunstancias. Sé que Bruce Harleen no ha hablado con ella de absolutamente nada porque le da igual que me case o no. Dhona siempre se mete donde no la llaman «por mi bien». *Una mosquita muerta peligrosa es lo que es, que me la lía como no la mantenga a un continente de distancia.*

Se chivaba de todo lo que hacíamos porque "era peligroso" o "las niñas buenas no juegan en el barro" y muchas de las veces que nuestros padres nos pillaron haciendo algo que no debíamos fue gracias a ella. Guardo el móvil preguntándome por qué no bloqueo su número de una vez.

Duncan tarda cinco minutos en volver y lo hace con todas las existencias del restaurante. Luego procede a meterlas dentro de su Aston Martin. Sí, sí, mete grasas, aceite, kétchup y otras salsas. *Dios, espero que las bolsas de papel aguanten.*

—¿Cuánto falta para llegar a tu casa? —pregunto nerviosa en cuanto arranca, sintiendo que el olor va a hacer que salive como Rex.

—Quince minutos. ¿Qué haces? Empieza a comer, te rugen tanto las tripas que casi no oigo la música. —No hay música—. Como no sabía qué querías para beber he cogido un poco de todo. Vamos, algo te apetecerá —sonríe sabiendo que ese «algo» es «todo».

Menuda arma letal. Este depredador está en lo alto de la pirámide animal, no tiene rival con semejante sonrisa. Un segundo, ¿que ha dicho qué?

—Rebobina, ¿quieres que coma *aquí*?

—Sí.

No.

—¿Aquí?

—Sí.

Imposible.

—¿En tu As-ton Mar-tin? —Lo señalo.

Vuelve a sonreír y no lo entiendo, los asientos son de cuero y las manchas de salsa tártara pueden… *¿Cómo es taaan guapo? Su mandíbula podría ser algo menos angulosa, joder, que despista a cualquiera.*

—Más te vale dejar de mirarme así y empezar a comer —aprieta el volante con la vista al frente—, cuando lleguemos a casa vas a estar muy ocupada.

Glup.

—Duncan.

—Amy, solo por una vez, no hagas preguntas. No nos conviene a ninguno de los dos.

Me arde la cara, pero descubro que puedo comer incluso en ese estado. *Qué hambre.* Me harto de patatas y cuando varias se me caen al asiento, porque las cojo a puñados, él no me lanza ninguna mirada asesina, solo sonríe. *Dios mis ovarios.* Las recojo de inmediato y claudico en lo de aparentar puta normalidad.

—¿Quieres? —Le acerco una a los labios que ansío comerme otra vez.

—Ya te he dicho que no —sigue usando ese tono suave conmigo.

—¿Por qué no?

—No se come mientras se conduce, es peligroso.

—El hombre de las infinitas normas —murmuro.

Y qué hombre.

Duncan me oye y vuelve a sonreír. *Voy a tener que enfadarme como no discutamos por algo pronto. O hacerle un hijo. Una de dos.* Una eternidad (diez minutos) después el coche se detiene frente al rascacielos más alto de la ciudad de Chicago. Un manojo de nervios estrangula las mariposas de alas puntiagudas de mi estómago.

—¿Es esto lo que haces con todas las chicas que proteges? ¿Sexo y cena como plato principal?

—Sí, Amy, con todas y cada una —afirma rotundo aguantándome la mirada de una forma tan intensa que no puedo respirar.

El silencio que le sigue es tan fuerte que me aplasta contra el asiento. Me obliga a dudar si soy la primera.

—Ya sabes la respuesta —dice, luego saca la llave y apaga el motor sin dejar de atravesarme.

Me veo obligada a agachar la cabeza.

No creí que ningún hombre pudiera despertar la más mínima sumisión en mí, ni ponerme así de nerviosa, pero ardo en deseos de que vuelva a dominarme, de darle todo el control. Su mano llega a mi mandíbula, me inclina la barbilla y suspira. En sus ojos leo que soy el mayor de sus problemas y todas las soluciones. Cierro los ojos esperando un beso que no llega, su mano se tensa y oigo un murmullo similar a una maldición. Abro los ojos y cuando sigo la dirección de su mirada veo a Magnolia, lanzándonos la mirada más envenenada y más rabiosa de la historia.

—Sal del coche, Amy —me pide cuando abre su puerta.

Que le siga, dice. Con un par. Que empiece el show.

Pese a lo tarde que es, un hombre uniformado sale del edificio de Duncan y él le da las llaves, acto seguido lo veo entrar en el parking del edificio, a un lateral de la entrada. *Hay que ser rico, colega.*

—¿Ha pasado algo, Magnolia?

La mujer de escotado vestido negro y abrigo de visón que juzga y desprecia mi pelo revuelto con una mirada, aprieta los labios con desaprobación. *Es una versión de Cruella de Vill en joven, pues que a Rex ni se acerque.*

—¿Qué hace ella aquí, Duncan?

Ufff, se viene bronca.

—Eso no es cosa tuya, ni tampoco contesta a lo que te he preguntado —el cuerpo de Duncan se yergue y tensa—. ¿Qué te ha

hecho venir aquí a estas horas?

—Tengo que decirte algo —traga saliva, se recompone alzando la barbilla y luego me lanza otra mirada cargada de cuchillos—. Es confidencial, *guapa*, así que si no te importa…

—Lo que tengas que decir lo puedes hacer delante de ella.

—¿Estás de broma?

—Lo que estoy es preguntándome por qué todavía no me has contestado.

Esta no gana para zascas.

Magnolia se acerca y reparo en que sus movimientos gráciles parecen medidos, como si cada gesto estuviera diseñado para atraer atención sin perder el control.

—¿Es que acaso es tu novia? ¿Es eso lo que está pasando aquí? ¿Una cita?

Ya te gustaría a ti saberlo.

—Esas preguntas exceden la profesionalidad de la que te hablé no hace demasiado, ¿o ya lo has olvidado?

—No, pero tampoco he olvidado encima de qué estaba subida cuando lo dijiste.

¿Disculpa? ¿Encima de qué?

—Magnolia, es tarde y estoy cansado. Si no quieres hablar, envíame un mensaje y lo leeré mañana —Duncan pone la mano libre de bolsas en la parte baja de mi espalda y con el calambre viene otra mueca de rabia de Magnolia.

Al final tengo un orgasmo y todo.

—Hace no demasiado tiempo era yo la que te ayudaba con tu insomnio —se interpone, le coge de la mejilla, mueve la mano hasta su cuello y tira hacia sí—, ¿o es que ya te has olvidado de todas esas noches que pasamos juntos en el gimnasio?

Lo dice así y mi imaginación se vuelve loca. Sobre todo por lo que

acaba de pasar en las duchas. De ese mismo gimnasio.

—Puedo esperar en el coche mientras habláis, Duncan —digo tragándome la sonrisa de satisfacción de Magnolia como bien puedo.

La mano de Duncan llega hasta la mía y le da un apretón.

—Te vas a casa, pero conmigo. Buenas noches, Magnolia —tira de mí más allá de las puertas de cristal, pese a que la hermana de Liam deja clara su disconformidad.

Qué mezcla tan agridulce tengo en el paladar. Mientras hay mucho de esa conversación que endulza mi lengua, no saber encima de qué estaba Magnolia se me sigue atravesando. Llegamos al ascensor y hago el amago de soltar su mano, pero él aprieta lo justo para no dejarme.

—Magnolia siempre se ha tomado muchas libertades, pero como te dije, nunca me he acostado con ella —su tono vuelve a ser suave.

¿Ni un beso? ¿Sexting? ¿Petting?

—¿Qué clase de libertades?

—Colarse en los vestuarios mientras me ducho, en mi piso cuando no estoy, en mi coche… Al principio Iksáia creía que podía darle las libertades que tiene Liam porque son hermanos. Le dejé claro que no y desde entonces nunca se presenta por sorpresa porque no consigue nada. No sé por qué ha venido hoy.

Parecen dos mujeres distintas: de la que me sentí celosa y la que él ve.

Diría que a Duncan ni siquiera le cae bien.

—¿Crees que se lleva bien con Erik y Dallas? —tanteo.

—Los quiere porque son familia y tiene que hacerlo, pero ella misma siempre va primero y eso contradice lo que entiendo yo por querer.

Sus palabras suenan con eco en mi cabeza durante muchos segundos. *He oído esa clase de afirmación antes, pero nunca estaban*

respaldadas por acciones como en su caso. Salimos del ascensor y atravesamos un largo pasillo rebosante de blancos y negros, y olor a nuevo. No puedo evitar preguntarme si Magnolia siempre fue así, si cuando la madre de los Brodly se marchó, ella estuvo ahí para ellos o no.

—Erik y Dallas ya me contaron lo de su madre —carraspeo—. Que se marchó sin mirar atrás.

—A veces lo mejor que puede hacer un mal padre es desaparecer.

Su tono me deja claro que hablar del tema no es plato de buen gusto. Decido respetarlo y no hacer más preguntas por todas las que ya ha respondido hoy.

Abre la puerta de su apartamento y me mete antes de pasar él, como si temiera que fuera a darme la vuelta e irme. Me curva los dedos de los pies. Nada más abandonar la entrada me doy cuenta de que este lugar es una obra maestra de diseño minimalista elegante. Las ventanas de suelo a techo demasiado ocupadas ofreciendo una visión panorámica de la vida nocturna de la ciudad de Chicago como para percatarse de nuestra presencia, me dejan loca. La iluminación empotrada y tenue, junto con el mobiliario de cuero y acero cromado dan un toque oscuro, masculino y sexy al santuario Vojak.

Mire a donde mire veo lujo, eficiencia y control, pero este lugar tiene una pega: no es un hogar. El único detalle personal y auténtico que observo son todos los dibujos que cuelgan de la nevera más cara que he visto en mi vida. *Erik y Dallas.*

—Ven —tira de mí hacia la cocina y me sienta en la isla, deja las bolsas y lo imito, cuando empieza a poner la mesa intento ayudarle, pero acabamos enredados contra la encimera—. Hola.

—Hola. —Se hunde en mi boca y lo siguiente que sé es que estoy sobre su encimera, con las piernas abiertas y sus dedos amasando mi clítoris sobre la fina tela de mis medias y mis bragas.

—¿Qué me estás haciendo, Harleen? —pregunta con un deje de dolor contra mi oído, justo antes de regalarme un beso húmedo que me provoca el mejor tipo de escalofríos.

Desabrocho su cinturón para poder acceder al bulto que asoma en su pantalón de traje y en cuanto estoy piel con piel con su deseo, empiezo a masturbarle.

Mi ropa interior se humedece más y más a medida que sus sacudidas aumentan, que los besos de Duncan contra mi cuello se vuelven más salvajes. Sus caderas me ayudan a darle placer con algo mucho más sutil crispando el ambiente: una entrega silenciosa de todo lo que representa, de todo su poder. Entonces su mano llega hasta mi muñeca y me frena. Me doy cuenta de que ha dicho algo, pero no le he oído, apenas puedo despegar la vista de lo que estoy haciendo cuando me besa, se separa y me atraviesa con la mirada.

—¿Prefieres que lo haga de otra forma? —*¿Es descortés que no haya empezado con el sexo oral? Soy de hacer lo que me nace, no "lo que debería". Aunque lo cierto es que con él me nace todo.* Me muerdo el labio—. ¿De rodillas?

Me bajo de la encimera y estoy a punto de arrodillarme cuando me aplasta contra ella. El vestido que llevo no hace nada por evitar el roce de su erección contra mis glúteos cuando me da la vuelta. Duncan inhala en mi cuello y luego en mi pelo.

—Soy yo el que cuida de ti, ¿recuerdas? —desliza una mano por mi abdomen, me sube el vestido, cruza todas las barreras y llega hasta mi clítoris haciéndome gemir tan rápido como si me hubiera caído un rayo de placer encima.

Una vez más comprueba lo lista que estoy para él y son esos mismos dedos los que lleva hasta su boca. Mis pezones no pueden estar más duros. Nos deshacemos de las medias y de la ropa interior de ambos. La siguiente vez que su polla me busca, encuentra mis

pliegues sedientos en cero coma.

Quiero que use mi cuerpo para darse placer, pero parece ser el último de su lista.

—Odio todas las veces que no has sido mía —gruñe con enfado.

No me gusta lo que su confesión le hace a mi corazón. Es aterrador. Me subo el vestido y me lo quito.

—¿Y las veces que he sido de otro? —Casi no he acabado la pregunta cuando la punta de su polla cruza mi entrada con pura maldad.

La mete haciéndome gemir y la saca consiguiendo que suplique. Me recuesto sobre la encimera para darle más margen, para que haga lo que ambos queremos. Miro por encima de mi hombro y le encuentro delirando por mi desnudez. *No puedo pensar.* Mete las manos entre mis piernas y me tortura.

—Los celos son una debilidad y yo nunca seré débil —sus palabras son una sentencia clara, pero sus acciones demuestran otra historia distinta: posesión, necesidad, urgencia, anhelo.

Tira de mis caderas y antes de que pueda seguir provocando, se abre paso a través de mi centro y en cosa de segundos ya estoy gritando su nombre. Nunca en mi vida había sido tan rápida en perder el control, pero estoy demasiado excitada y las palpitaciones me pueden, las sacudidas son demasiado salvajes para mí.

Jay-Duncan Vojak vuelve a llevarme al paraíso a empujones. Hago todo lo que puedo para llevármelo conmigo al otro lado, pero una vez más, gana el combate.

Acabo de entrar en su laberinto, pero ya tengo muy clara una cosa: jamás podré salir de aquí.

12

Jay-Duncan

Después de cenar se quedó dormida en mi cama, justo en el centro. Sé que, como todas las noches, las probabilidades de que me duerma son casi nulas, pero me tumbo a su lado dispuesto a apartarla hacia su lado hasta que… no lo hago.

La paz que desprende me hace algo dentro. *Ensordece el ruido.* Ilumina la oscuridad y limpia el agua turbia convirtiéndola en cristalina. Las sombras aseguran que lo frágil siempre acaba rompiéndose, pero esta noche no tienen tanto poder como las demás.

—¿Qué cojones me pasa? —susurro en un gruñido—. Espabila, joder.

Tengo que recordarme que todo lo bueno acaba antes de que te des cuenta, a veces, incluso antes de empezar. Mirándola a ella me cuesta creerlo, pero sé que es así. Igual que sé que jamás tendré *esa* clase de relación, de la clase que te pone una alianza en el dedo y empiezan las promesas estúpidas que luego nadie cumple.

«Me importas, pedazo de idiota, ¿es que no lo ves?», grita su voz en mi cabeza.

No te haces una idea de dónde te estás metiendo, Harleen.

—Los barcos no se hunden por el agua que tienen alrededor, sino por la que dejan entrar —la luna refleja su luz en la piel de su relajado

rostro cuando lo acaricio—. Deberías tener más cuidado con quien dejas entrar.

Amy se da la vuelta en su sueño y entierra la cara en mi pecho, enredando nuestras piernas. Acto seguido empieza a gemir, pero no como antes, esto es distinto, es casi un llanto. Su cuerpo se tensa y empieza a temblar. La llamo, pero el sueño es tan profundo que no se despierta.

—Déjame en paz —murmura aferrándose con más fuerza a mi cuerpo—. Vete… vete, déjame.

Meto la mano bajo la camiseta que le he dejado para dormir y acaricio su piel helada con la mía ardiente recordándole que estoy ahí.

—Estás a salvo conmigo, ángel —susurro en su oído—. Quien quiera hacerte daño tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

Se alza hasta el hueco de mi cuello y ahí acurruca su cabeza, todavía apretando en un puño la camiseta que me ha obligado a ponerme en caso de que fuera a dormir a su lado. Sus respiraciones se calman a medida que pasan los minutos. Al sentirme útil, mi mente se calla, los fantasmas del pasado me dan tregua y me duermo con ella.

Amanece, pero el sol no hace acto de presencia, en su lugar, acude al cielo una brava tormenta. Estoy terminándome el café cuando aparece con los ojos cerrados dando tumbos en plan zombie.

—Esa belleza no se conserva con falta de sueño —dice dejándose caer sobre el taburete al otro lado de la isla—, ¿eres un vampiro o qué?

—Vuelve a la cama, todavía es pronto.

—No puedo volver a la cama. Tenemos que hablar —se frota los ojos bostezando ciento cincuenta veces y entre lo guapa que está despeinada, lo preciosa que está en modo zombie y lo buena que está llevando solo mi camiseta… *joder, mi cuerpo ya está más que despierto.*

—¿Sobre qué?

—Sobre tu insomnio. —Sus ojos se abren cuando el silencio se extiende, y me atraviesan—. ¿Tienes?

—Sí, tengo.

—¿Desde hace cuánto? —pregunta robándome la taza de café, aprovechándose de lo atontado que me deja el roce de sus dedos.

—Desde hace mucho tiempo.

—Pero has dormido —bebe del punto exacto del que he bebido yo —. Me he despertado a eso de las cuatro y estabas ido total en tu lado.

Le sostengo la mirada.

—No hay un «mí» y un «tú» en esa cama, Amy, solo hay un «nuestro» —mi voz suena a amenaza y ella da un respingo—. He dormido tres horas seguidas y eso no es común.

—¿La lluvia te relaja? —pregunta desviando la mirada por la isla, para volver hasta mis ojos más pronto que tarde.

Ya sabes la respuesta.

Joder, ¿qué estamos haciendo?

Esto se me está yendo de las manos.

Llaman al timbre y casi gruño de alivio. Abro la puerta y veo a Iksáia con dos bolsas, un montón de cafés de Starbucks y un olor a croissants recién hechos capaces de provocar un desmayo a quien yo me sé.

—Te he avisado hace veinte minutos, ¿cómo narices has venido tan rápido? —A veces me siento como un puto tirano despreciable por pedirle tanto.

Luego recuerdo lo que le pago y se me pasa.

—Buenos días, señor.

—Anda, Iksáia, ¡hola! —dice una voz cantarina a mi espalda, me giro y veo a Amy asomada—. No me lo puedo creer, ¿le has pedido el desayuno porque no hay ni un solo alimento en tus armarios y nevera? Qué cara más dura, Vojak, debería darte vergüenza.

—Perdónala, Iksáia, le da corte acercarse porque va en bragas.

—¿Puedes no ser odioso durante cinco segundos? —refunfuña a lo lejos.

—Le he pedido que se ponga unos pantalones, pero no hay forma —sigo—. Esta noche he estado a punto de llamarte para que vinieras a socorrerme.

—Buenos días, señorita Harleen —Iksáia sonríe por primera vez en su vida y casi doy un paso atrás—. Si necesita ayuda transportando el cadáver del señor Vojak, avíseme.

—Sin duda, Iksáia, te tomo la palabra —después de lanzarme una mirada asesina y decir un «maldito traidor» por lo bajo, oigo pasos y por último la puerta del baño y la ducha.

—Espero que aprecien tu sentido del humor en la oficina del paro —le digo a mi ex-mejor-hombre cogiéndole las bolsas.

—Yo también, señor. ¿Sabe? Tengo mujer y una hija, si me acepta un consejo, le vendría bien hablar en un tono más agudo.

—¿Disculpa?

—Cuando habla con su voz grave, los cimientos del edificio tiemblan. Si quiere hacer que la señorita Harleen se sienta más cómoda con usted, relaje el tono.

Que alguien me pegue un tiro.

Mi móvil suena en ese momento y hago que pase a la cocina. Lo hace, pero recuperando las bolsas porque cree tener un mejor sentido de la organización que yo. *He visto su casa, no lo tiene.*

—Hola, Duncan, espero no haberte despertado —dice Levi-Ryan Diago al otro lado de la línea—. Winchester y yo tenemos algo que te va a interesar.

—Y mucho —corrobora Kadmus.

—Soy todo oídos —dejo el móvil en la encimera de la cocina, con el altavoz.

—Connor nunca llegó a ejercer como piloto y si no hemos encontrado su diploma universitario antes, es porque tuvo ciertos problemas para graduarse. Repitió varias veces el último curso y existen algunas quejas por parte del profesorado debido a su actitud hostil y cito «psicoanálisis preocupante» —empieza la mano derecha de Diago.

—Creemos que lo que estaban intentando era retrasarle, tal vez con la esperanza de que renunciara a sacarse la carrera de ingeniería aeronáutica —sigue Ryan—. Pero Connor acabó consiguiendo el título en otra universidad. Una en la que solo cursó dos materias, la Universidad de…

—La Universidad de Illinois Urbana-Champaign (UIUC) —digo en una maldición compartiendo una mirada con Iksáia—. En la que se graduó Amy.

—La misma —concluye Levi-Ryan—. Tenemos motivos para pensar que fue allí donde empezó la obsesión con Amy, aunque ella no le recuerde.

El móvil de Iksáia suena y sale de la cocina.

—Gracias por lo que estáis haciendo. Esta información es clave, se la daré a mis hombres de inmediato.

—Es un placer. No está nada mal formar parte de la policía privada, para variar —dice Kadmus.

—¿Cómo está Amy, Duncan? —pregunta Levi-Ryan con un tono sentido.

—Ryan —dice Kadmus—, la persigue un lunático en cada avión que pilota y por si fuera poco, se cuela en los hoteles a los que la manda su jefe, ¡e incluso a los apartamentos que alquila por mucho que se vaya a la otra punta de la ciudad! ¿Tú cómo crees que está?

—Cierra la boca, Winchester, no te he preguntado a ti.

—Es decir, ¿cómo estarías tú si de la noche a la mañana tuvieras

que coger a Hotdog y mudarte vete tú a saber dónde? Tendrías que plantearte cuestiones como, ¿me llevo a los chihuahuas de la señora Danzel o no? Porque son unos muy buenos amigos de tu perro y sería una lástima romper semejante amistad.

—Que. Cierres. La. Boca.

—Estás muy frío esta mañana. ¿Bill te ha quemado el sándwich?

Me froto la cara porque odio ser tan sociable a estas horas de la mañana. *Podría haberme quedado en la cama, haber esperado a que Amy se despertara, arrancarle la camiseta del cuerpo y tener unos buenos días, pero nooooo. Soy gilipollas.*

—Connor Hanes no se encuentra en su apartamento, señor —Iksáia entra en la cocina.

—¿Y dónde cojones está?

—No lo sabemos.

—¿Qué coño estás diciéndome, Iksáia? ¿Desde cuándo no está en su apartamento y por qué me estoy enterando ahora?

—Hubo un apagón en su edificio anoche, a eso de las tres de la madrugada, y alguien hizo saltar la alarma. Muchos vecinos salieron al exterior, creyendo que se trataba de un incendio, Connor debió aprovechar la ocasión.

—Bien, despide a quien estuviera haciendo guardia —*hay tres palabras que no están en mi vocabulario: error y segundas oportunidades* —. Pon a tus mejores hombres a buscar de inmediato. Quiero saber dónde está ese cabrón ya.

Es una suerte que Ryan y Kadmus siguieran en línea porque ellos también deciden ayudar con la búsqueda. *En este edificio no puede entrar ni de coña. Tengo que hacer lo que sea para que Amy se quede aquí hasta que lo encontremos.*

Cuelgo el teléfono, Iksáia se marcha y yo entro en el baño.

—Hoy deberíamos entrenar aquí y no salir de…

Pega un grito del susto que le doy, pero es el único sonido que emite. No soy capaz de explicar lo que me hace ver las gotas de agua resbalando por sus curvas sin freno. Ni su pelo apartado de la cara enrojecida por el vapor en un recogido despreocupado y sexy. *¿Cómo es posible que alguien a quien apenas entiendo le dé tanto sentido a mi vida?*

—¿Te importaría dejar de mirarme los pechos? —repite recordando nuestro primer encuentro, salvo que esta vez lo hace con un gemido ahogado.

—Pero es que quiero metérmelos en la boca, ¿cómo no voy a mirarlos? —Me acerco. Mi ducha no tiene cristal, ni cortina, mi baño es lo bastante grande como para que lo sea la ducha y no haga falta. *Nunca me había alegrado tanto de ese detalle*—. Te falta el aire, ángel —gruño mientras acaricio su piel con la mirada—. Respira, no conviene que te desmayes.

El agua sigue corriendo por encima de sus pezones, colándose entre sus piernas, resbalando por cada rincón que quiero lamer y cuidar. Una de mis manos llega hasta su pecho y entro en un trance que se profundiza con los sonidos que ella emite y esa forma sensual de pronunciar mi nombre. Mi mundo está en llamas siempre que está cerca.

—Tengo que ir a hacer unos recados —digo masajeándola, torturándola—. Volveré pronto. No salgas del apartamento.

Amy tira de mi camiseta y me mete en la ducha con ella, con ropa y todo. Me besa con desesperación mientras juego con su clítoris masajeándolo en círculos, mientras mis dedos acarician sus labios humedecidos con algo más denso que el agua. Ella da un tirón a mi pantalón gris de chándal, me libera y empieza a masturbarme despacio, con esmero y diligencia. Le hundo dos dedos hasta que arquea la espalda. Se aferra a mí como puede sin soltarme, sin dejar

de darme placer.

De repente Amy rompe el beso.

—¿Puedo metérmela en la boca? —sus ojos trepan por mi cuerpo con la mirada.

Mi mente casi se corre con las imágenes que se imprimen en mi cabeza.

Nunca dejo que nadie tenga tanto poder sobre mí, el control sigue siendo todo mío incluso en situaciones como esta. Pero por primera vez, dudo de verdad.

Con cierto autodesprecio por la falta de claridad mental, curvo los dedos en su interior casi con rabia, pero ni con esas se olvida de mí. Tampoco aparta la mirada, a menos que sea para cerrar los ojos con fuerza y gemir con más intensidad, y yo apenas puedo separarme de su boca. Esos labios perfectos que separo, invado y hago míos una y otra vez, sin tener en absoluto suficiente.

Su mano se agita a mayor velocidad igual que mis dedos que entran y salen de su centro haciendo que mi polla recuerde a qué sabe su paraíso.

—Vas a pasarte el día corriéndote —susurro contra su oído.

Siento su vagina cernirse sobre mis dedos cuando se hace pedazos entre inevitables espasmos de placer. Chilla y se retuerce mientras el orgasmo la inunda con su ola salvaje. Un segundo después, la embisto contra la pared. Mi ego nunca olvidará su gemido de alivio. Me hundo en su océano con urgencia, ansioso. No me reconozco, pero solo puedo pensar en satisfacer ese coño perfecto que palpita como un martillo incansable de deseo contra mi polla.

—Di-os, ¡Duncan!

No puedo ni hablar.

Obligo a mi miembro a dar la talla, lucho por no ceder con cada gramo de disciplina que tengo, pero me cuesta un puto imperio. *Está*

tan prieta. Hay tan poco espacio para mí y… Voy a perder la puta cabeza.

La penetro sin descanso y entonces llego hasta el fondo, su límite. *Santo cielo.* Se retuerce del gusto, convirtiéndome en una cuerda a punto de romperse. Necesito correrme como en mi vida, pero aguanto un poco más con tal de llevarla de nuevo hasta lo más alto para ver cómo cae desde la cima.

Cada detalle de su orgasmo se graba en mi mente para siempre, motivo por el cual voy a estar empalmado de por vida. El mundo se vuelve mío para que lo tome y lo posea. Me aferro a ella con fuerza desmedida mientras su placer se mezcla con el mío, me paralizo junto a su cuello con la última embestida. Lo que me hace es tan intenso que casi duele.

Una vez más me da el privilegio de derramarme dentro, de ensuciarla. Una droga que nadie podría merecerse nunca y a la que, ahora que la he probado, no voy a ser capaz de renunciar.

Entre respiraciones abruptas, busco sus ojos y cuando soy capaz de volver a formular palabra, me disculpo.

—Joder, Amy, lo siento. ¿Te he hecho daño?

—En absoluto. —Amy se aferra a mí con fuerza, busca mi boca y yo le correspondo.

Todo cuanto necesito.

Si me faltaba algo para cerciorarme de lo peligrosa que es, acaba de despejar todas las dudas. Suelto despacio a la granada sin anilla, me pongo los pantalones, y la acerco al chorro de agua caliente.

—Sal cuanto antes, tenemos que hablar —cierro la puerta del baño y procedo a mojarlo todo de camino al dormitorio.

Estoy en la cocina cuando aparece, todavía recuperándome.

Mira el despliegue de croissants, sándwiches y fruta variada, coge una nectarina y un croissant y ocupa un taburete.

—Delicioso —dice, pero eso es porque no ha probado su miel—.

¿Por qué te has ido tan rápido? —carraspea—. Me has dejado a medias.

—¿En qué mundo?

—Todavía tengo que devolverte el favor —baja la mirada y pese a que la isla tapa el punto exacto al que mira, mi polla reacciona.

—No me debes nada, Amy.

—¿Y si quiero debértelo? ¿Y si quiero saldar mi deuda? —Se muerde el labio inferior—. Si no te hubieras ido tan pronto, allí mismo podría…

—No es algo que permita —aclaro zanjando el tema y decir que le sorprende sería quedarse muy corto.

Suelta el croissant y menos mal, porque su sugerente forma de comer y jugar con él me estaba poniendo malo.

—Entiendo —se suelta el pelo que ha acabado mojándose.

—Lo dudo.

—Tienes miedo a perder el control —no lo dice con retintín, pero habría preferido una bofetada.

—Yo no tengo miedo a nada.

—¿Entonces por qué te has ido tan rápido? Solo con decirme que no querías que siguiera por ahí, habría respetado tu decisión. ¿Acaso tenías miedo de ceder a lo que de verdad quieres?

—Me he ido porque te follaría cada segundo del día y en algún momento tengo que decir basta. Mi prioridad es protegerte y hay algo de lo que tenemos que hablar. —Abro la boca y la cierro. Me rasco la cara, me paso una mano por la barbilla y luego los dedos por el pelo. Cuadro la espalda—. ¿Por qué no bebes algo primero?

—¿Qué le pasa a tu voz? Suena rara.

Voy a matar a Iksáia.

—Iré al grano, Connor te conoce desde hace más tiempo del que crees.

—¿Qué? —el momento se rompe cuando su horror y mi rabia entran en juego. Termino, ella se frota los ojos, suelta una exhalación agotada y dice—: Supongo que no es del todo malo. Llevaba meses asustada con la mera idea de hablar con pasajeros. Saber que hace falta algo más para que nazca semejante obsesión me tranquiliza.

—Me alegra que lo veas así.

No hace más comentarios al respecto y yo tampoco. Creí que hablar de los hijos de Liam sería una buena idea porque sus ojos siempre se iluminan con ellos y lo cierto es que odio verlos tristes.

—Gracias por cuidar de ellos cada vez que Liam lo necesita.

Sacude la cabeza. He perdido la cuenta de cuántas veces me ha dicho que para ella no es ni siquiera un favor.

—Erik me preguntó una vez si mis aviones volaban tan alto como para poder traer a gente del cielo —toquetea su bebida caliente a medio terminar—. Dijo que tu madre te debía una disculpa.

Me revuelvo en el taburete.

—Nuestra relación nunca fue fácil —concluyo zanjando el tema.

—¿Por qué?

Me levanto con tal de alejarme. Mi cuerpo se enfría con un sentimiento pegajoso del que jamás podré deshacerme, pero todas las compuertas están cerradas y sé que sigo bajo control.

—Podemos no hablar del tema, si no quieres.

No quiero que ella vea lo que mis recuerdos pueden llegar a hacerme, pero me arranca las palabras solas.

—Mi madre me culpó de todas las desgracias que le sucedieron. Digamos que eso dificultó las cosas entre nosotros.

—¿Y tu padre? ¿No te defendió?

—¿Mi…? —se me escapa una risa amarga—. No.

La sequedad de mi tono no la achanta. Amy se interpone en mi camino y veo sus ojos brillantes mientras la tensión se enreda entre

nosotros y llena el espacio.

—¿Quién te hizo las cicatrices de tu espalda, Duncan?

El silencio es ensordecedor. Una parte de mí siente que en realidad, ella ya lo sabe.

—Jakub Vojak.

Se le abren los ojos con horror y el temblor de sus manos se mezcla con el mío.

—¿Tu padre?

Una gota de sudor recorre mi espalda y solo entonces soy consciente de la inestabilidad que siento, el mareo. Los ojos de Amy, siempre reflejando luz se enfrían con un enfado feroz y acto seguido parpadean con rapidez en un intento de rechazar lo que acaba de escuchar. De escribir una historia distinta para mí.

—No todos hemos vivido en un castillo, princesa.

—¿Por qué? ¿Por qué haría algo así? —susurra la misma pregunta que me hice yo muchos años.

Estoy a punto de romperme los dientes de tanto apretar. Necesito que lo que me quema la garganta desaparezca, pero no lo hace.

—Porque su propio padre también era un mal hombre. Porque creció sin arreglarse los traumas, cediendo a la bebida cada vez que se sentía como la escoria que era.

—Hijo de puta —solloza, se estrella contra mi cuerpo y me rodea con la fuerza con la que el llanto sacude su cuerpo—, voy a matarlo. ¡Lo mataré!

Le hundo las manos en el pelo, la acaricio y la rodeo.

—Ya está muerto, ángel —deposito un beso en su pelo, pero ella sigue llorando de esa forma desesperada y descubro que ese es el peor castigo que puede imponerme—. Ese cabrón ya me ha quitado bastante, por favor, para. Discute conmigo.

Sacude la cabeza y solloza como si su mundo estuviera siendo

atacado, con un dolor profundo y crudo.

—No puedo, Duncan, no puedo. Necesito saberlo.

—¿Saber el qué? —cojo sus mejillas y veo cómo le duele, cuánto lo hace.

—Todo. Todo lo que te pasó —repite una y otra vez—. Por favor.

La abrazo mientras se desahoga, la llevo hasta el sofá y la acuno contra mi pecho.

Nunca lo haré.

Sé bien cómo reaccionaría.

Amy nunca conocerá mi historia.

13

Amy

Duncan tenía razón, aunque odie admitirlo: no hay ni un solo segundo del día que no le desee. Me duelen los pechos del delirio insatisfecho y mis ovarios están hartos de tantas puñaladas y calambres. Cada hora de los días que pasamos en su apartamento fue sabiamente utilizada… *pero porque hagas una inhalación profunda no significa que no vayas a necesitar respirar nunca más, ¿a que no? Pues eso.*

Jay-Duncan Vojak aparca su Aston Martin en la entrada de High River.

—Esto no me gusta —dice poniéndome su bufanda.

—Lo sé, pero tú tienes trabajo y yo también —le beso la mano cuando termina sintiendo un cosquilleo de deseo en los labios.

Puede que no sepamos dónde está Connor, pero sabemos dónde no puede estar: aquí, en la urbanización. Además, estar con Duncan en su santuario acabaría provocándome una arritmia.

—No estás siendo prudente.

—¿Te repito que tengo trabajo?

—Pues falta.

—Duncan.

—Rara vez te tomas vacaciones y tienes días suficientes para esto

y para ir a ver a Nina cuando nazca el bebé. No es un problema. Y si Sylas dice que lo es, me desharé de él.

Una descarga peligrosa me eriza la piel al dudar de cuánta verdad hay en eso último, hasta qué punto estaría dispuesto a llegar para protegerme.

—Si me quedo en casa ese lunático estará decidiendo mi vida y odio la idea.

—Puedo entenderlo. —Su mano se cuela por debajo de la falda de mi vestido y entre mis piernas.

—Estamos hablando, Duncan —me quejo entre gemidos cuando empieza a torturarme.

Si es que parece que ya no sabemos tener una conversación normal.

—Debatiendo más bien, y yo uso esto como argumento a favor de volver a mi casa otro par de días —resbala su pulgar a lo largo de mi clítoris y me sacude un escalofrío delicioso—. Separa las piernas, Amy.

Estoy a punto de dejar a mi reina desprotegida, de ponerme la clave del banco de salvapantallas y de dejar las llaves de mi casa en mitad de un callejón oscuro. *¡¡A punto!!* Por suerte una alarma aguda, rápida y fuerte suena fuera del coche, devolviéndome a la realidad.

Casi se me olvida cómo se pronuncian palabras.

—¿Q-qué es eso? *—qué sofoco más tonto.*

Duncan gruñe y creo distinguir «Svetlana» y «llavero de defensa personal», entre sus maldiciones. La veo a ella y a Katerina en la acera a unos considerables metros de distancia, solo entonces recuerdo el compromiso de Duncan.

Salvada. Por. La. Campana.

Como Svetlana fue entrenadora de defensa personal desde que llegó aquí, va a dar una charla a un grupo de mujeres que acaban de apuntarse con Jeremiah. Duncan dice que le quitaría el trabajo a todos si todavía pudiera alzar la pierna por encima de la cabeza.

—Dime que conduzca lejos y lo haré.

—No, no lo harías, adoras a Svetlana —me acerco, le doy un beso en la mejilla y salgo del coche antes que Duncan, solo entonces Svetlana desactiva su llavero.

—Me voy ya, que si no, no llego a pilates —Katerina deja de proteger sus tímpanos, se acerca para darle un suave beso en los labios a Svetlana y luego se marcha.

Me despido de ella con la mano como haría Erik. *Asumiría que son pareja, pero ya me he equivocado demasiadas veces caminando por esa carretera.*

—Me da que si no te cuento yo mi historia voy a morirme antes de que me conozcas —suelta cuando nos quedamos solas—. ¿Qué tal si compartimos un postre delicioso esta noche, ojos bonitos?

—Me encantaría. —Le devuelvo la sonrisa y luego me giro hacia Duncan—. Hasta luego.

Me lanza una mirada cargada de ira y otras cosas, *cosas* relacionadas con la razón por la que se ha tomado un minuto entero en salir del coche.

—Iksáia vendrá a recogerte para llevarte al aeropuerto. —El tono amenazante que marca sus palabras esconde un claro «desobedece y vendré yo mismo» delicioso con el que no juego.

—Llevaré brownies —le doy la espalda antes de que mis ovarios tomen el control y desvelemos a Svetlana lo lejos que podemos llegar con nuestra relación falsa.

—Estás guapo —dice Svetlana con el orgullo de una madre que ha hecho un buen trabajo latente en la voz—. Te sienta bien estar con ella.

Mis pasos se detienen al mismo tiempo que mi cuerpo queda oculto por las columnas de piedra blanca que acogen la verja de la entrada.

—Solo es trabajo.

Exacto. Solo eso. Nada más. ¿Por qué estoy escuchando?

—No osaría decir lo contrario. Escucha, Katerina va a poner nuevas flores en la entrada, ¿tienes alguna sugerencia?

—¿Por qué me preguntas a mí sobre flores? No son guantes de boxeo, ¿no? Au.

—Puedes contestar a la pregunta o llevarte otro golpe de bastón.

—Lirios morados.

Casi se me salen los ojos. *¿Por qué? ¿Por qué ha dicho justo eso?*

—«Éxito y alegría de una nueva etapa», las flores perfectas para la luna de miel. Me parece una idea apropiada.

—¿Me estás proponiendo algo indecente, Svet? Porque eres demasiado joven para mí. Me gustan las mayorcitas.

—Solo digo que es una elección curiosa para alguien que solo está trabajando. ¿Vas a llevarme al gimnasio o tengo que pedir un taxi?

—No le desearía tus incesantes preguntas a ningún taxista —oigo la puerta del coche abrirse—, adelante.

Al llegar a casa abro el correo y veo una carta de mamá. Suelto un largo suspiro. *Mierda.* La dejo sobre la mesa del comedor, esperando a que me solucione los problemas antes de que tenga que enfrenarlos yo. *Va a tener que darse prisa, porque no me queda tiempo.*

Me cambio y me preparo un delicioso café, tan grande como me merezco. Acompañada de la excepcional voz de Britney Spears, dedico un par de horas a sacar mi ropa más primaveral y a ponerla en cajones y zonas del armario más accesibles. Todavía hace un frío que no veas, pero el tiempo puede cambiar mucho de un día para otro. Además, necesito dejar de darle vueltas a lo que está pasando en mi vida y ordenar siempre es una buena idea.

Después encargo a Amazon un bol de agua y otro de comida para Rex. Así la próxima vez que Erik y Dallas lo traigan aquí, podré

hacerle sentir como en casa. *Si unos meriendan, lo justo es que todos lo hagan.*

Estoy enviándome mensajes con Sylas el odioso acerca del horario de trabajo de la semana que viene cuando veo su llamada entrante. La ignoro. Vuelve a llamar una segunda vez, tampoco lo cojo. Pero a la tercera…

—No voy a faltar al trabajo, Duncan, asúmelo.

—¿Tienes un baño cerca?

La repentina pregunta me pilla de improviso.

—Sí, estoy en casa, todavía no he ido al aeropuerto.

—Entonces ves a tu baño y cierra la puerta.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque te lo pido por las buenas. Estoy en mi despacho, tengo mucho trabajo y no me concentro de las ganas que tengo de oír cómo te corres. ¿Puedes hacerme el favor?

Mi corazón deja de latir y una repentina humedad nace entre mis piernas.

—Duncan…

—Sé que tus dedos no son como los míos, pero estoy seguro de que pueden saciarte si piensas en mí.

—Eres… —*odioso, arrogante, repelente… excitante.*

—¿Ya estás en el baño? —oye la puerta cerrarse y maldigo entre dientes—. Bien, ¿qué llevas puesto?

—Un pijama gris, ajustado y largo. Demasiado fino y escotado como para que abrigue. —*¿Por qué le contesto? ¿Y por qué estoy haciendo esto?*

Gruñe. Toda mi piel vibra con deseo y se me seca la garganta al contrario de lo que pasa al sur de mi cuerpo.

—¿Duncan? ¿Tú también estás…? —*¿Va a hacerlo en su despacho?*

—Súbete la camiseta y el sujetador, y bájate las bragas, pero no te

desnudes.

—No llevo sujetador.

Suelta una ristra de maldiciones.

—Imagina que estoy delante de ti. Quiero verte bien.

—¿Entonces no sería mejor que me desnudara por completo? —tanteo.

Se me curvan los labios cuando vuelve a jadear. Estoy empapada cuando alcanzo el dobladillo de mi suave pijama. El corazón me va a mil por hora. Ni siquiera sé por qué le hago caso, entonces emite un sonido ronco y lo recuerdo. *Dios, incluso el aire frío que da en mis pezones resulta estimulante.*

—¿Lo has hecho?

—Sí —jadeo.

—Bien, no te toques todavía —ordena, lo cual me parece una absoluta crueldad.

—*Duncan*. —Oigo su respiración agitada, sus gruñidos masculinos. No puedo evitar juntar las piernas en busca de algo de fricción—. Duncan, por favor…

—¿Has esperado?

—Sí.

—Un dedo —su voz es una caricia áspera con la que me premia.

Mi dedo resbala dentro de mí, algo que sumado al roce de mi mano contra mi clítoris desencadena una tormenta de placer. Mis caderas acompañan el movimiento, lo siguen de cerca pidiendo más.

—Así me gusta, gime más fuerte. —Por el tono casi parece enfadado, pero sé que la verdad dista mucho de eso—. Joder, qué bien lo haces.

—*Duncan*.

—Métete dos dedos, Amy. Hazlo y dime cuánto echas de menos mi polla.

La electricidad viaja a través de mí y me sacude, pero no es lo mismo. *No es él.* Mis mejillas arden ante mi propia confesión.

—Na-*ahhhh*-nada en absoluto —contengo el deseo de curvarlos—. Me basto y me sobro.

Falso.

—Mentir no te traerá nada bueno, ¿quieres que te pida que los saques?

Gimo acelerando el ritmo porque si me corro, ya no podrá jugar conmigo.

—Te lo repetiré otra vez —dice mientras imagino lo que se estará haciendo—. ¿Cuánto echas de menos que sea yo el que esté dentro de ti?

—Demasiado.

Lo siento como una mini-traición a mí misma, pero una muy placentera porque me pide que los curve y lo hago de inmediato. Al otro lado de la línea, su respiración es tan entrecortada y abrupta como la mía. *Tan lejos pero tan cerca.*

—Quiero oír cómo te corres, Amy. Ayúdame a dejar de pensar en ti —dice poniéndome los pezones como una piedra—. Haz que tu orgasmo dure o tendrás que volver a empezar, te lo advierto.

El tono mandón sigue haciéndome algo insano dentro. La idea de que pretenda que me quede aquí todo el día más.

Me corro y él también lo hace conmigo. Aunque sea desde la distancia, lo siento cerca, encima. Es tan excitante que no he tenido suficiente con una vez. Palpito con demasiada fuerza, todavía no he acabado.

—Ahora prueba tu miel, ángel. Lame tus dedos.

Me explota la cara.

—Eso sería lo que harías tú si estuvieras aquí, pero no lo estás. Disfruta de tu trabajo. —Y cuelgo.

Qué. Acaba. De. Pasar. ¿?¿?¿?.

Llego al aeropuerto y a duras penas siento el frío que hace hoy. Fijo que se debe al sabor a brownie que siento en el paladar y a la grata compañía de Iksáia. Soy la primera en llegar a la cabina, porque soy la primera en entrar en el avión. Hago una mueca. *Creo que Jasmin me está ocultando su nuevo rollo, lo cual me ofende.* Jamás juzgaría a una amiga y ella lo sabe.

No tenemos sorpresas desagradables en el avión y cuando nos movemos por la pista camino al despegue, suspiro aliviada dispuesta a disfrutar del buen día. Justo antes del despegue, Jasmin me cuenta lo insulsa que ha sido mi vida hasta ahora por no haber probado el börek como los que hacía su abuela, y al llegar al aeropuerto de Arkansas, buscamos un restaurante turco solo para tragarnos un buen plato de fracaso y buen-intento-guapas.

—¿Vamos a hablar del tema? —pregunta a mi lado con una sonrisa pícara y un movimiento de cejas muy explícito en el viaje de vuelta, después de verme comprobar varias veces si tenía algún mensaje nuevo de… bueno, algún mensaje nuevo.

—Nop —respondo—. ¿Tienes algún ligue nuevo?

—Nop. ¿Qué tal los entrenamientos con Duncan?

—Bien —hago una mueca cuando oigo su risa por lo bajo.

Ya estamos llegando a Chicago cuando el mar de intensos colores anaranjados y rosas en el cielo me quitan el aliento. El atardecer de hoy debe ser la obra de un dios muy creativo y detallista, porque venga ya, es imposible que semejante espectáculo sea solo azar. Las nubes son pinceladas de luz y también las teloneras del concierto, porque la bola de fuego a punto de esconderse se queda con toda la atención del público. *¿Qué más se puede pedir?*

Jasmin Akbulut, con su instinto protector en auge, no se separa de mí hasta que lo vemos a él.

—¿Ese es…?

—Sí —musito.

—¿Lleva unas…?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Jasmin me da un beso en la mejilla y se despide de Jay-Duncan Vojak con la mano. Es él quien se acerca a mí, más que nada porque yo no puedo moverme. Se acerca y extiende el ramo de flores variadas en mi dirección, uno en el que alguien ha ocultado cuidadosamente cuatro lirios morados.

—Es por disimular, no te emociones. —Espera a que lo coja. No lo hago—. Si vas a empezar a babear esto se va a poner jodidamente incómodo para ambos.

Es raro porque le había escrito diciéndole que Connor no estaba en el vuelo y que hoy no hacía falta que viniera a recogerme.

—Pero hoy no…

—Puede estar por aquí. —Me pone las flores contra el cuerpo y las cojo—. ¿Tienes hambre? Yo sí, vamos.

Observo su espalda ancha en busca de respuestas, las busco también en el increíble olor de las flores. *No flipes.* Mi corazón se acelera más. *Que no flipes, coño.* Duncan vuelve, me coge de la mano y me lleva consigo, dios sabe a dónde.

Pasan los días.

Por lo visto Sylas quiere ganar el premio al peor jefe del mundo porque no nos da un respiro, aunque agradezco la pasta. Entro en cabina, dejo mi bolso en mi asiento y veo un papel doblado. Me recuerda que debo contestar a la carta de Daisy y…

SÉ CADA PASO QUE DAS, CADA LUGAR AL QUE VAS.

POR MUCHO QUE CORRAS, SIEMPRE ESTARÉ JUSTO DETRÁS DE TI, JULS.

HE SIDO PACIENTE, PERO MUY PRONTO NO TENDRÁS MÁS OPCIÓN QUE MIRARME A LOS OJOS… O SUFRIR LAS CONSECUENCIAS.

Jasmin aparece sin que me dé cuenta y me echa el aliento en la nuca. Antes de que dé el grito de mi vida, ya ha leído la nota. Decir que se vuelve loca sería quedarse muy corta.

—A la policía, a los federales y al puto FBI. Pero empezamos por Duncan.

¿Qué?

—No, espera —me aparto la bolsa de papel de la boca y me levanto de la silla—. No puedes hacerlo, hará lo que sea por cancelarnos el vuelo y necesitamos el dinero.

—Yo necesito el dinero, tú no y si piensas que vas por detrás es que has perdido la cabeza —empieza a marcar y le quito el móvil a la desesperada.

—Está escrito por ordenador, Jasmin, y seguro que no tiene huellas.

—Eso no lo sabemos y en cualquier caso, es una prueba. Lo cual significa que la policía tendrá más motivos para perseguirle. Dios, te juro que voy a machacarle la cabeza con el pie si aparece.

—¡Baja la voz! —grito en susurros—. ¡Te oirán los pasajeros!

—Si supieran toda la historia estarían de mi parte. Dame el teléfono, Amy.

Se lo doy, pero no le suelto las manos.

—Por favor, no le llames. Jasmin, es un viaje a Nueva York, ida y vuelta. No tardaremos nada. Yo misma se lo contaré esta noche, pero espera a que estemos de vuelta en Chicago. Si no quieres hacerlo por

ti, hazlo por mí. Necesito algo de normalidad, por favor.

Suspira tan largo y dramático como una adolescente arrepentida por haberse hecho flequillo.

—Te quiero más de lo que te conviene —me ladra.

—Qué va, ya será menos —le doy un abrazo.

Las puertas se cierran y ni rastro de Connor, pero eso no me tranquiliza tanto como debería porque no tengo ni idea de cómo ha conseguido entrar en cabina sin ser visto, ni ser personal autorizado.

Escribo a Duncan diciéndole que Connor no está en el vuelo (lo cual es cierto) y apago el móvil. Siento sus ojos esmeralda con pepitas de oro taladrándome con furia y preocupación, y el revoltijo en el estómago vuelve. Bloqueo todo el ruido de mi mente y me convierto en la piloto profesional sin problemas que suele encargarse del despegue.

Por favor, universo, permíteme cuidar de las personas a mi cargo una vez más, permíteme llevarlas sanas y salvas a su destino.

Y permíteme volver a sus brazos.

Aterrizamos en Nueva York dos horas después. Jasmin me arrastra hasta un café con tal de chantajearme emocionalmente para que avise ya a Duncan.

—Claro, dar malas noticias por teléfono siempre es mejor —respondo sarcástica.

—Mira, guapa, te digo una cosa… —pero no dice nada, se levanta y extiende los brazos, tapándome toda la visión con su espalda—. ¿Quién eres, tío? ¿Y qué quieres? ¿Qué pretendes? Sé kárate y puedo usar mi conocimiento como un arma si me obligan.

—¿Ahora tienes una guardaespaldas? Justo cuando pensaba que no podías ser más guay, Amy Harleen.

Esa voz… Me levanto despacio, incluso mi pulso se ralentiza con emoción. Aparto el brazo de Jasmin y veo a…

—¡¿Sawyer?! —Salto a los brazos de mi glamuroso y guapísimo amigo—. ¡No me lo puedo creer! ¿De verdad eres tú?

—Eso dice mi pasaporte —El invierno que se había formado en mi pecho empieza a derretirse cuando me rodea con sus brazos y me levanta del suelo—. ¿Cómo está mi piloto favorita? *Joder*, aparte de cada día más guapa.

—Estoy bien, Sawyer, ¿y tú? ¿Qué haces aquí?

—De vez en cuando me gusta salir del país de las maravillas y volver al mundo real, el cual no añoro en absoluto, por cierto —se coloca las gafas en el pelo y le robo la gorra violeta que se ha quitado antes de abrazarme, para ponérmela—. ¿Quién es la kamikaze?

—Ella es mi buena amiga Jasmin, también es piloto. Jasmin, él es Sawyer Kshatriya, vive en Mountville con Nina y Nolan-Kane.

—En casas diferentes, ¿eh? —aclara estrechándole la mano.

Jasmin quiere cavar un agujero en el suelo para meterse en él de lo mal que le sabe haberlo confundido con una posible amenaza, así que va a comprarle un moca con extra de caramelo. *Oye, tú, ni que lo conociera.*

—Me gustan las mujeres que sacan las garras —dice sentándose en una silla al revés—, pero dime, ¿por qué ha sido su primera reacción? ¿Acaso corres peligro?

—No, no… Bueno, hace unos días que tengo un pasajero recurrente en los vuelos que piloto.

—¿Días? —tantea.

Abanica mi cara con la ventisca de escepticismo que generan sus larguísimas pestañas y casi cierran el aeropuerto por alerta de huracán.

—Puede que semanas.

—Ajá. Dime, rompecorazones, ¿desde cuándo tienes ataques de pánico?

—¿De qué estás…?

—Tienes la vergüenza, la preocupación y el miedo dibujados en tus preciosos ojos negros, pelirroja. A mí no puedes engañarme. No cuando he tenido tantos en mi vida.

Mis hombros ceden, luego los encojo.

—¿Cómo los superas?

—En mi caso, dejando mi trabajo en marketing en un rascacielos de Nueva York y mudándome al culo del mundo funcionó bastante.

—Ni que lo digas —le doy un apretón a su mano.

—¿Quién iba a pensar que un pueblecito pequeño, raro, loco y perfecto era capaz de sanar el corazón más herido? —Sacude la cabeza y suelta una exhalación—. En tu caso… tal vez tengas ya tu propio Mountville y solo debas refugiarte en él. Un Mountville de metro noventa y cinco, ojazos verdes, brazos de boxeador y mirada asesina cargada de buenas intenciones.

No puedo preguntarle qué acaba de decir porque el eco de sus palabras sigue rebotando en mi cabeza con la potencia de mil megáfonos. Un estruendo suena a nuestra derecha, alguien ha tirado varios vasos de café sin querer y… un segundo, son policías.

UN SEGUNDO.

—No flipes y recuerda que me quieres —oigo la voz de Sawyer—. Recuérdalo a tope.

—¿Levi-Ryan? —chillo—. ¿Kadmus?

Los dos policías se quedan quietos unos instantes, como si solo pudiéramos detectarles por el movimiento. Cuando Sawyer les pide que dejen el cuento, se acercan paseando despacio, como dos modelos en plena sesión de fotos.

—Menuda casualidad, Amy —dice el agente Diago—, ¿qué haces tú por aquí? ¿Y tú, Kadmus? ¿Me has seguido?

—Lo mato. ¡Yo lo mato! —Doy un golpe en la mesa al levantarme

y Sawyer da tal bote que se le cae toda la purpurina del iluminador—. ¿Te ha avisado? ¿A los dos? ¿A los tres? Dios, le dije que ellas no podían enterarse. ¡Le pedí que las mantuviera al margen! ¡¿Habéis dejado que Nina lo sepa?! —se me llenan los ojos de lágrimas—. ¿Estando así de embarazada? ¡¿Cómo se os ocurre darle semejante disgusto?!

—Calma, Furia, que ninguna lo sabe —dice Sawyer, que no teme a la muerte.

—No te creo —miro a Levi-Ryan como si lo hubiera dicho él, amenazando con mi índice a un hombre de contactos que podría hundirme la vida descolgando un teléfono—. Tú no has mentido a Lexi. Has tenido que decírselo y ahora debe estar flipando, ¡¿qué se supone que voy a…?!

—No lo sabe, Amy —interviene Kadmus en tono calmado—, este es un asunto confidencial. Jay-Duncan nos ha contratado, legalmente, no podemos decir ni mu.

—Ni Lexi, ni Daisy, y por supuesto, tampoco Nina. No lo saben —dice Levi-Ryan con ojos tranquilizadores.

—Duncan habló conmigo por videollamada cuando Ryan le hizo saber que iba a estar en Nueva York en el mismo momento que tú. Quería que te echara un ojo —explica Sawyer—. Solo he tenido que esperar dos horas a que aterrizaras y me ha pagado una buena pasta por algo que obviamente, habría hecho gratis. Aunque, eso último, mejor a él no se lo digas, sigo teniendo caprichos que comprar.

—¿Qué caprichos? —suelta Winchester—. Pero si nos diste ese dinero para comprar los billetes de avión de última hora.

«Habló con Ryan».

—¿Cuánto tiempo lleváis vosotros dos en esto? —les pregunto a los policías.

—Eso es lo de menos —suelta Ryan.

—Duncan no se quedaba tranquilo dejándote a tu suerte después del último mal trago por el que tuviste que pasar. Por eso pagó a Sawyer —dice Kadmus.

—Ni siquiera sabéis el último mal trago —dice Jasmin que lleva ahí parada dios sabe cuánto.

Se hacen las presentaciones y acto seguido me veo obligada a enseñarle la nota a los dos agentes de policía cuando Jasmin olvida el significado de la palabra «callarse».

—Volaremos contigo a Chicago —dice Levi-Ryan—. Lo cierto, Amy es que gracias a los hombres de Duncan y a su ayuda, hemos descubierto algo sobre Juliana de lo más preocupante. —Saca su teléfono y lo pone encima de la mesa, los tres nos aplastamos para ver lo que refleja.

—Eh, Ryan, ¿por qué tienes una foto de Amy en…? —Sawyer se queda blanco—. La hostia.

Esa mujer de melena rojiza… *se parece mucho a mí.* La ropa, la forma de peinarse, de maquillarse, podríamos ser primas. O incluso hermanas.

—No me lo puedo creer —dice Jasmin.

—¿Ella es Juliana? —pregunto.

—Sí, junto con la nota y todo lo que ha estado haciendo Connor, tenemos más que un caso sólido para perseguirlo. Los casos de acoso suelen ser complicados de demostrar, pero este ya no es uno de esos.

—Un segundo, agente Diago —interviene Jasmin—, ¿dónde está ahora Juliana? ¿No podría ayudarnos ella testificando que Connor necesita ayuda, medicación y un pase directo a la cárcel?

—Veremos lo que podemos hacer con ese tema —responde Winchester—, ¿alguien quiere un chocolate caliente? Yo invito.

—Tal vez deberíamos ir ya hacia la puerta de embarque, no queda mucho tiempo —dice Diago también poniéndose de pie.

Una punzada de incomodidad me recorre el estómago a modo de alerta interna. Al principio es casi imperceptible, pero cuando me quedo a solas con Jasmin en la cabina, es tan fuerte que me está reventando los tímpanos. *No han sido sinceros del todo, hay algo que no han querido decirnos. La verdadera razón por la que dos agentes como Levi-Ryan Diago y Kadmus Winchester estarían aquí haciéndome de canguro con Sawyer.*

Sigo furiosa cuando las ruedas del avión golpean la pista y estamos de vuelta en la ciudad de Chicago. Diago y Winchester, salen primero y cuando lo hacemos Jasmin y yo, ya hay un integrante más en el club de Secretos&Traiciones. Una torre de ira y músculos que clava su mirada en mí y me atraviesa. A sus espaldas, hay todo un séquito de policías hablando con los otros dos del gremio. *Háblame de poder. Vaya par se han ido a juntar*. Duncan se acerca y a Jasmin le da un ataque.

—Queríamos avisarte, en serio, pero era más conveniente esperar —empieza Jasmin—. Verás, hemos encontrado la nota durante el vuelo y claro, podríamos haber llamado al llegar a Nueva York, pero es que nos sabía fatal dar malas noticias por teléfono. Teníamos las mejores intenciones, de verdad, además he cuidado bien de Amy, no… —Se petrifica cuando Duncan ladea la cabeza *muy* despacio en su dirección. Jasmin se gira hacia mí, me besa la mejilla y sale escopeteada—. ¡Buena suerte, amiga!

—Tienes dos segundos para explicarte antes de que me enfade *mucho* contigo. —Su voz no es ni la mitad amenazante que su mirada y ya me ha dado escalofríos.

—Ya sabes lo que ha pasado, por eso estás así. No vale la pena gastar saliva —saco la nota del bolsillo y se la pego al pecho—. Y yo también estoy muy enfadada contigo.

Doy un paso hacia el grupo de policías para despedirme, pero

Duncan me rodea la muñeca antes de que dé el segundo paso. No como para hacerme daño, es odioso lo delicado que es conmigo y aún más odioso los calambres que me provoca que lo sea.

—No te vayas, estamos hablando.

—¿Quieres hablar? Vale, hablemos de que te dije que contactar con mis seres queridos era una línea que no iba a cruzar. Hablemos de cómo te has montado una casa sobre esa línea, de cómo has estado haciendo de todo a mis espaldas, preocupando a personas que deberían estar haciendo su vida.

—Me dijiste que tus hermanastras no podían enterarse, no he desobedecido esa orden.

La idea de que insinúe que yo puedo darle algún tipo de orden me da ganas de reír.

—Avisaste a Ryan. ¿Sabes en la situación en la que lo estás poniendo? Tiene que mentir a *su esposa*. Y si Constance lo sabe por Kadmus, ella también tendrá que mentir a Lexi. ¿Sabes lo que tiene encima esa santa mujer? Tres hijas, un local que llevar adelante y encima…

Me da un tirón y caigo sobre su pecho.

—¿Estás buscándome las cosquillas, Amy? —Me agarra de los brazos—. ¿Es eso lo que estás haciendo?

—Incluso has dejado que Ryan avisara a Sawyer. —Pongo las manos en su pecho e intento liberarme, pero no lo consigo.

Se ríe de forma sarcástica y el cielo se inunda de relámpagos.

—Debería haber pasado de tu petición y llamar a quien me diera la puta gana, pero no lo hice. Y ni siquiera entiendo por qué —su aliento roza mis labios, su iris quema mi piel y su tono bajo y tenso… *dios mío.*

—Te agradezco que no las avisaras a ellas, pero hiciste otras cosas.

—Debería haberlas hecho todas —gruñe cual puma antes de atacar—. Me pone *enfermo* ver como sigues poniendo a todos por delante de ti, pese a la situación jodida en la que estás. ¿Pero sabes qué? Que mi prioridad siempre será protegerte a ti, y solo a ti. Veremos quién de los dos gana el pulso. —Agarra una de mis manos y de otro tirón nos lleva hasta Ryan y Kadmus, y a duras penas me funcionan las piernas.

Estoy mareada, desorientada, con el corazón a mil y la piel ardiendo. *Esa amenaza ha sonado mucho a…*

—Nos vamos ya, gracias por venir. Os mantendré informados de todo lo que descubramos.

—¿De Juliana? ¿No deberíamos intentar contactarla? Ella podría ayudarnos —digo, pero solo me gano un apretón de mano a lo Vojak, junto con una mirada penetrante.

Otro sofoco de corazón, dios, que al final me desmayo. Intento quitarme el abrigo, pero Duncan no me suelta.

—Necesito hablar con algunos de mis hombres y hacer algunos relevos —explica Levi-Ryan porque vete tú a saber cuánto tiempo lleva en esto, quizá desde el principio.

Mi furia crece. Duncan me ve el hombro del abrigo caído y me lo recoloca. Le doy un manotazo con la mano libre.

—Lo que deberías hacer es irte a casa, Ryan, con tu mujer. Y tú también Kadmus, que tienes tres hijas. No me ha pasado nada y vale, lo que está haciendo Connor es una mierda y da miedo, pero no deberíais estar aquí. —Se me llenan los ojos de lágrimas de pensar en todos los problemas que les estoy causando y Duncan yergue la espalda a mi lado, como si su enfado le hiciera ganar centímetros de altura.

Dos miradas empáticas que no van a dar su brazo a torcer y una decimoquinta asesina por parte de Duncan, eso recibo.

—Estaremos aquí para ti, Amy, igual que lo estarían ellas tres de saberlo —Levi-Ryan se acerca y me planta un beso en el pelo, que hace que la mano de Duncan se tense como si quisiera apartarme de él.

—Deberías empezar a prepararte una buena excusa para cuando todo esto termine y se lo cuentes —dice Winchester poniéndome la gorra que yo le devolví a Sawyer—. Decir que nos tenías aquí contigo tal vez te salve unas horas de bronca.

Duncan vuelve a darles las gracias y tira de mí haciéndome caminar tan deprisa que casi estoy volando. La irritación me hace soltarme de su agarre.

—Mira, sé que estás enfadado, pero yo también lo estoy contigo por mentir. Te parecerá que mi petición era absurda, que era una tontería querer mantenerlos al margen, pero tiene una explicación. Ellas no pueden hacer nada por mí y saberlo solo las preocupará.

—¿Y el puto Levi-Ryan Diago tampoco puede hacer nada por ti? ¿Me estás vacilando? —Un músculo palpita con fuerza en su afilada mandíbula—. Mira, estoy llegando a mi límite de mala hostia, si no quieres atenerte a las consecuencias, deja de hablar hasta que me calme. Ahora empieza a andar, necesito sacarte de este aeropuerto.

—A estas alturas ya deberías saber que no respondo bien ante ese tono mandón.

—Como quieras.

No será capaz. No lo hará. No, es imposible, ¡imposible! Pues lo ha hecho. Duncan me coge de la cintura y me sube a su hombro como un maldito saco de patatas.

—Jay-Duncan Vojak, bájame ahora mismo.

—Amy-Consecuencias, Consecuencias-Amy —nos presenta.

—¡Soy piloto! —grito de forma controlada—. ¡Llevo el uniforme puesto! ¿Sabes la de problemas que me puede traer esto?

Me resbala por su cuerpo. Casi llego a soñar con haberlo conseguido y entonces tengo la cara a la altura de su pecho. *Ahora me coge como si fuéramos recién casados.*

Glup.

—Puede que esto tampoco…

—Te puedes haber torcido el tobillo.

—Ya, pero aun así…

—Amy, deja de hablar —el deje de necesidad en su voz me sella los labios.

Su atractivo rostro se tensa a cada paso. La furia contenida crece más y más bajo la superficie. Duncan parece a punto de explotar. Las razones me aceleran el corazón cada vez más y a este paso acabaré necesitando ayuda médica.

Algunos turistas nos hacen fotos y yo quiero morirme. *Desgracia tras desgracia, tras desgracia…* Llegamos al parking y me deja en el suelo solo cuando nos detenemos junto a su coche.

—No puedo ir a tu casa —digo a riesgo de que todo salte por los aires.

Duncan, que ya me había dado la espalda, se vuelve con una exhalación que no le separa los labios. *Casi oigo crujir sus muelas.*

—¿Por qué no?

—He quedado con Svetlana esta noche. Y sigo enfadada —me convenzo.

La larga inspiración que le inunda los pulmones de oxígeno, me arrebata el mío.

—Sube al coche, Amy.

—No hasta que lo prometas —le cojo de la muñeca y su piel me quema horrores, así que no entiendo por qué le agarro más fuerte—. Que me llevarás a High River.

—¿Acaso te creerías lo que te dijera? ¿No soy un mentiroso?

No ha avisado a Lexi, ni a Daisy, ni a Nina. Eso es cierto.

Ha contratado a Levi-Ryan y Kadmus, y al menos sacarán un buen dinero de esto.

Por otro lado, es evidente que Ryan y Kadmus avisaron a Duncan de la nota estando en Nueva York y yo ni siquiera encendí el teléfono para hablar con él. Tiene motivos para estar cabreado.

—No tienes ni idea de cómo calmar a una mujer enfurecida, ¿a que no? —alzo la barbilla en un último intento, pero mi enfado flaquea y me vuelvo débil, me está ganando el pulso.

—Si tengo que joderte la calma para mantenerte a salvo, lo haré sin dudar. —La distancia entre nuestros rostros se vuelve escasa—. Y si esperas que te pida perdón ya puedes pegar tu culo a la primera silla que encuentres, Harleen, porque no va a pasar.

—Eres tan… —*arrogante, borde, irritante… sexy.*

Mi cerebro se cortocircuita con tanto calambre. Duncan está tan cerca que lo respiro.

—Si tengo que ser el cabrón que te frene y te saque a rastras de donde sea cada vez que te pongas en peligro, lo seré.

—Mira, Duncan —le advierto, pero no para.

—Puedes ir a llorarle a quien cojones quieras, pero yo prefiero que me odies viva, a perderte por no haber hecho lo necesario. Ahora sube al puto coche.

Pues no.

Mi boca alcanza la suya y me lo como, le devoro, bebo de él. Me hundo en su boca con dolor en el corazón y llamas quemándome la piel, con rabia y adrenalina. Él me corresponde y estoy en el ojo del huracán, soy incapaz de seguir oyendo a la lógica y la razón cuando me besa así. Sus manos suben por mi espalda cuando la suya da contra la puerta del coche y por mucho que me incline, no tengo suficiente. *Mi lugar seguro.* Duncan se aferra a mí con el ansia y la desesperación

de un hombre que ha estado a punto de perderlo todo.

—No vuelvas a hacerme esto —pega mi frente a la suya.

—Lo siento.

Me recompensa con otro cálido, largo y apasionado beso, de la clase que arrasa con todo a su paso.

—Todavía estoy muy enfadado.

—Y yo más —le vuelvo a besar.

De camino, estoy a punto de pedirle que pare el coche a un lado de la carretera ciento setenta veces. Aprieto las manos hasta que se me quedan los nudillos blancos, como si eso sirviera de algo.

Llegamos a High River y el aire se vuelve irrespirable. Denso. Tóxico. La urgencia que tengo por dejarle atrás apenas me da tiempo para cerrar la puerta del coche. Ni siquiera le miro, ni me despido, solo acelero. Por poco pierdo el equilibrio. *¿En qué momento su ayuda ha dejado de ser «te enseño defensa personal a cambio de hacer de canguro»?* Duncan no me sigue y doy gracias a todo el que escuche. Una voz grita fuerte en mi pecho, una a la que no soy capaz de mirar a la cara. Si lo hago, todo esto se volverá real y no lo es, solo está en mi cabeza.

Requiero bastante tiempo para que mi pulso vuelva al ritmo normal.

Por desgracia, el silencio ruge en todas direcciones en cuanto pongo un pie en casa y no cambia por muchos minutos que transcurran. Debe ser por el mal karma, pero los Brodly han salido a dar una vuelta, así que no tengo forma de distraerme.

No es de extrañar que baje a mi cita con Svetlana antes de tiempo. Elijo mesa en el intrincado mar de mimbre y me siento. *Este sitio parece un hotel.* Hace frío, pero todos los bares junto a las piscinas abren cada día sin falta. Por no hablar de los cócteles que preparan. Eso le da un rollo vacacional agradable a High River.

—Perdona la tardanza, Amy, llegada una edad no se camina igual de rápido.

—No te preocupes, vivo cerca y puedo quedarme más rato.

Se ríe.

—A Duncan le ha tocado la lotería, muchacha.

Antes de que pregunte, llega el camarero. Antonio Tomás, mexicano, tres hijos: Nicolás, Andrés y Lucas, todos viviendo en Venezuela con la madre, también mexicana, manteniéndose de lo que él gana en hostelería.

En los diez minutos que he estado esperando, me ha dicho que hace cinco meses que no se ven en persona, pero que está ahorrando todo lo que puede para volverse cuanto antes. Ya le he enviado un mensaje a Jasmin, creemos poder conseguir tres vuelos durante el mes sin que la compañía se lo huela. *No sé qué me está haciendo High River, pero es peligroso.*

—¿Qué querías decir con lo de antes? —corto mi tortita de chocolate por la mitad—. Con lo de la lotería.

—Tendrás que tener paciencia con él, es una nuez de las duras, de las que parten el cascanueces —continúa, haciendo caso omiso de mi pregunta—. Pero ejerciendo la presión adecuada, todas acaban rompiéndose.

Cuando habla de su charla de hoy se le iluminan los ojos tanto como cada vez que habla de Duncan. Caigo en que, de no ser por ese gimnasio especializado en defensa personal, sus caminos nunca se hubieran cruzado.

—¿Por qué decidiste montar un gimnasio así?

—Fui una mujer maltratada.

—Oh, dios, Svetlana. —Me llevo una mano al pecho—. No sé qué decir.

—No hay mucho que decir en estos casos, ojos bonitos. —Sonríe

con tristeza—. Hui de mi marido nueve años después de casarme con él y descubrir que la vida a su lado era un infierno demasiado grande como para que vivir valiera la pena. Pensé, ¿qué narices? ¡Pero yo no quiero morir! Así que me escapé, primero a Polonia, donde tenía familia, y desde allí a Estados Unidos. Quería estar lo más lejos posible de él.

—¿No intentó venir a buscarte?

—Ufff, en aquel momento salir del país no era moco de pavo, existían muchas restricciones a la emigración y él nunca se habría arriesgado a que lo tomaran por un desertor. No, solicitó el divorcio y se olvidó de mí. Fue una suerte, así pude casarme con Katerina.

Una hoguera se enciende en mitad de la tormenta de nieve.

—¿Cómo os conocisteis? ¿Fue en el gimnasio? —Mi corazón necesita aferrarse al final feliz.

—En realidad, nosotras ya nos conocimos en Rusia, pero solo de vista. No tenía ni idea de que su marido también la pegaba, aunque de saberlo, dudo que pudiera haber hecho mucho por ella. Eran otros tiempos y las mujeres lo teníamos muy negro. Llegó aquí quince años después que yo. —Suspira y sonríe—. Ya sabes lo que dicen: lo que tiene que ser, será, aunque huyas de ello como de la peste.

Sigo pensando en las palabras de Svetlana después de despedirnos.

14

Jay-Duncan

Dallas y Erik vuelven a cruzar la puerta abierta del piso de su padre con una mueca en la cara.

—La llamamos y no responde, tío Duncan —dice Erik.

—No podemos animarla si no está en su casa —dice Dallas abrazado a Rex, bostezando y contagiándoselo a su hermano—. ¿Nos das las chocolatinas igual?

Me las saco del bolsillo y las aceptan, pese a que Erik se muestra un tanto más reticente por no habérsela ganado. Me cuesta no salir a comprarle la máquina expendedora entera, pero su padre insiste en que sea equitativo. *Dos máquinas entonces.*

—Sal a buscarla, capullo cobarde —dice su padre después de acostarlos en sus camas.

—Estamos peleados —doy un largo trago a la cerveza mientras él rebuzna.

—Así que este es el plan, quedarte ahí como un idiota viendo cómo se te escapa.

—No la tengo cogida, no se me puede escapar.

—Tendrás huevos, ¡espabila! —me da una colleja—. La tienes cogida desde el primer día, tan cogida como te tiene ella a ti.

—¿Acabas de pegarme? —Me levanto—. ¿En serio, Liam? ¿A mí?

—Eh —alza las manos y retrocede—, soy el padre de dos hijos que no pueden quedarse huérfanos.

—Sabes que yo los cuidaría como si fueran míos.

Me vibra el móvil en el pantalón salvándole la vida al capullo de mi falso hermano.

Mensaje de Svetlana

22:07 Amy no se encontraba bien, le dolía la tripa. Yo ya estoy mayor para quedarme hasta tarde, pero tú deberías ir a verla. Está donde Antonio Tomás.

Puedo ocuparme de ella sin dirigirle la palabra. Las puertas del ascensor se abren y me encuentro con Amy de cara.

—El bar está cerrado, Antonio Tomás está limpiando ya —señala a su espalda—, no sé si hay otros bares abiertos, no llevo aquí tanto tiempo como para saberlo.

—Venía a ver a Svetlana, ¿ya se ha ido?

—Sí, Katerina ha venido a buscarla hace un rato. Yo me he quedado a por otra tortita.

Dolor de tripa y unos cojones. Otra vez me la has vuelto a colar, Svetlana.

Amy se balancea sobre los talones, sin entrar en el ascensor, sin hacer nada cuando las puertas se cierran y se marcha sin nosotros, mirando de reojo cada sombra.

—Creo que iré por las escaleras —señala el exterior del bar—, hasta mañana.

Dejo que se marche, cojo el ascensor y la espero arriba. Ha tenido que subir las escaleras de rodillas para tardar tanto. Deambula por el pasillo sin fijarse en mí hasta que lo hace, dando un bote.

—Dios, ¿qué haces tú aquí fuera? —pregunta jadeando, más exaltada de lo que cabría esperar.

Me mata.

—Abre la puerta, Amy —ladeo la cabeza hacia su apartamento.

—¿Qué? ¿Por qué? —Lo hace cuando no contesto.

Le pido que se quede en la entrada y por supuesto, no lo hace.

—¿Qué estás haciendo? Aparte de invadir mi espacio y privacidad —se agarra a mi chaqueta de traje con el puño, pero no para detenerme.

Reviso cada habitación, cada rincón donde podría caber un ser humano y encendemos todas las luces porque es lo que funciona con Dallas y Erik. Casi no presto atención a la carta sobre la mesa del comedor en la que leo: «Londres», «de inmediato», «ingrata» y «desheredar».

—Aquí no hay nadie más, puedes estar tranquila —digo girándome hacia ella.

—Ya lo sé, no hacía falta que lo comprobaras. Sé que dijiste que en High River no podría entrar. —Se cruza de brazos, el nerviosismo no desaparece de sus ojos.

Fuera, en el pasillo, la puerta de la escalera se cierra con un golpe sonoro y Amy casi da en el techo del salto que pega. Me quito la chaqueta, la dejo sobre el respaldo de una silla y camino hasta el dormitorio.

—¿Qué estás haciendo? —No contesto y su respiración se agita más—. Jay-Duncan Vojak, no sé qué pretendes, pero…

—Amy, voy a quedarme a dormir contigo esta noche.

—De eso nada —pone las manos sobre mi pecho, pero las quita enseguida—. Lo que vas a hacer es irte. Si crees que estoy asustada —se ríe de forma nerviosa—, estás muuuy equivocado. Y loco. —Alarga el brazo en dirección a la puerta—. Ahora vete de mi casa.

Entro en su refugio de altísimos zapatos coloridos, alfombras (sí, en plural) de patrones extravagantes y una cama grande sobre la que

descansa un edredón de lino blanco y un montón de cojines en tonos vivos: fucsia, turquesa y amarillo. Me recuerda a su amigo, Sawyer. *Nunca había visto tantos colores diferentes en un mismo párpado como en aquella videollamada con él y Ryan.* En cuanto dudo cuán íntimos son empiezo a ponerme celoso.

—La habitación de invitados de Liam está infestada de termitas, tendría que coger el coche e ir hasta mi edificio —explico desabrochándome los puños de la camisa.

—Eso es mentira, Liam no tiene termitas.

—No, no las tiene. Ahora túmbate en la cama. —Me quito la camisa.

—¿Puedes dejar de desnudarte? Estamos hablando —Se tapa los ojos y aparta la mirada—. Duncan, no soy ninguna niña, no necesito que me protejas todo el tiempo.

Me. Pone. Enfermo. Carraspeo.

—No estoy diciendo que lo seas, ni que no puedas manejar la situación. Pero más vale prevenir que curar.

—¿Prevenir el qué exactamente, que te pongas en plan héroe?

—No me importa ser el héroe por una vez si eso te hace dormir tranquila. Además, la ayuda es mutua.

—¿En qué mundo?

Voy quitando cojines, pero ella se encarga de reponerlos. Me froto la cara bajo su atenta mirada.

—Estoy muy cansado, ha sido un día muy largo y agradecería poder dormir varias horas seguidas, pero no voy a poder hacerlo desde otra parte.

—No lo entiendo.

Me acerco, le inclino la barbilla y rozo sus mejillas con mis pulgares. *Su piel sigue siendo jodidamente suave.*

—Atontas mi insomnio, ángel.

Traga con dificultad y cuando dice que no tiene nada que dejarme de pijama tengo que reírme. Me quito los pantalones y me meto en la cama con los bóxers antes de que su forma de comerme con los ojos acabe empalmándome y la líe. *Menudo día, joder.* Amy se va al baño y reaparece con un camisón de seda roja, tan corto que si se agacha podría verle las bragas. *Dios, por favor, que siga llevando bragas.*

—Como parecías tener cierto delirio por las camisetas largas y anchas, me he puesto algo corto y ajustado, ¿no he solucionado el problema? —Chista la lengua—. Vaya, y yo que pensaba que estaba acatando tus normas. Una pena.

Cualquier otra noche se lo arrancaría del cuerpo de un mordisco, pero sé que no es lo que necesita. *Desde luego, en este momento es justo lo que necesita mi polla, pero no soy tan capullo.* Coloco una mano sobre mi erección para no convertir su edredón en una puta tienda de campaña.

—¿Duncan?

—¿Qué? —gruño con la piel ardiendo pese a que las sábanas estaban muy frías cuando me he metido en la cama.

—¿Te importa si dejo la luz de la mesita encendida? Es un erizo que da luz tenue y cálida, apenas ilumina —hace la prueba y tiene toda la razón.

Le habría dicho que sí aunque fuera un fluorescente de luz blanca situado en el techo, pero eso ella no tiene por qué saberlo. Vuelve a romper el silencio.

—¿Duncan?

—¿Sí, Amy?

—Gracias —musita.

Me muevo hasta que la tengo pegada a mi costado. No hace ningún comentario al respecto, pero al cabo de unos minutos, se aferra a mi cuerpo de verdad. No la suelto en toda la noche.

Una vez más, su presencia me permite cerrar los ojos.

Me despierto en un lento desfile de sensaciones difusas. De lo primero que me percato es de que tengo el pelo de Amy en la cara, emitiendo ese olor anaranjado y sexy que tanto me pone. Se me curva la sonrisa, pero en cuanto puedo abrir los ojos, se me borra. Sigue aferrada a mi costado igual que anoche, solo que esta vez, su mano derecha ha terminado en un lugar diferente. *Mi polla.* Muevo mi brazo libre para alcanzarla y apartarla con cuidado sin despertarla, pero no llego a tocarla porque entonces la veo.

La veo de verdad.

El camisón de todas mis fantasías futuras se le ha subido dejando al descubierto el encaje granate de su lencería. Y eso no es todo, por cómo está inclinada hacia mí, el camisón se le arruga a la altura de sus sensacionales pech… *joder, veo más de lo que me hace falta para estar más duro que una piedra.*

Sus pezones me hacen la boca agua justo cuando su mano me recuerda su presencia torturando mi erección en un espasmo, tensándome todo el cuerpo y nublándome la mente. *Quiero que siga.* Sé que tengo que apartarme, pero veo mi brazo, ese en el que está apoyada, el que la rodea y se pierde en su espalda. Solo entonces soy consciente de que la estoy agarrando del culo. *Parece que no le he dejado otra alternativa que echárseme encima.*

Se me escapa una exhalación dolorida y con todo el control que me queda, mi mano izquierda llega hasta su derecha e intento liberarme, pero me tiene bien agarrado. *No sé por qué, pero toda esta situación me hace cierta gracia. Soy gilipollas.* En ese momento, Amy suelta un gemido suave de quien está durmiendo como nunca y su mano da una sacudida. Estoy a un puto soplo de viento de correrme, así que le aprieto del culo para frenarla y gime.

Inspiro con fuerza e intento pensar en algo que no sea Amy. *Ni en*

sus pechos, ni en los gemidos que suelta cuando está a punto del orgasmo o los espasmos de su cuerpo cuando me meto sus pezones en la boca. Tampoco debería pensar en su coño prieto y perfecto palpitando contra mi boca, ni en Amy desnuda en mi coche o en mi despacho, discutiéndome con esa boquita a la que quiero fo… Mi erección da otra sacudida y estoy al puto límite, sudando y con el pulso desbocado.

Me cuesta tanto apartar la mano de su culo como imagino que me costaría arrancarme el corazón, si tuviera. Pero lo logro. Lo logro y me siento al borde de la cama, dándole la espalda a mi paraíso. Salgo de la habitación en cuanto consigo mis pantalones. Me doy una ducha rápida y fría con tal de recordarme que tengo el control de algo.

Mi móvil suena en la chaqueta y lo cojo antes de que despierte a Amy.

—Iksáia.

—Buenos días, señor, tengo noticias.

—Soy todo oídos.

Hijo de puta. Es lo único que puedo decir cuando me cuenta cómo Connor logró colarse en el avión. Pero no todo son malas noticias: nos multiplicamos. No solo ese cabrón no podrá acercarse a Amy, sino que, a este paso, acabará en la cárcel antes de que den las nueve de la mañana. *La ciudad de Chicago inundada de policía metida en el caso, esto solo puede salir bien.*

—Buen trabajo, Iksáia. ¿Hablaste con Diago y Winchester? En el aeropuerto apenas tuve tiempo —pregunto, ambos están al tanto de que Juliana lleva meses muerta, claro, pero no está de más saber si hay novedades—. Bien, ¿y volviste a hablar con la policía después de nuestra conversación?

—Anoche a eso de las diez. Oficialmente, Connor está en busca y captura, Amy recibirá una llamada de la policía a lo largo de la mañana pidiéndole que tome precauciones hasta que esto se solucione

—me corrobora, ya lo sabía, Levi-Ryan me llamó una hora antes para advertírmelo.

Alguien llama a la puerta.

—Iksáia, tengo que dejarte. Llámame si es urgente. —Cuelgo y abro, aunque no es mi casa.

—Amy, ¿t…? Já. —Liam alza las cejas y me repasa entero, sus ojos brillan con una mezcla de orgullo y diversión—. Vaya, vaya. Así que era aquí donde estabas.

—No finjas que no nos escuchaste hablar anoche, estas paredes son de papel —con un poco de suerte, solo percibiría murmullos.

Tenemos que volver a mi piso ya.

—¿Entonces? ¿Esto significa lo que yo creo? —se cuela en casa de Amy y lo arrastro hasta la cocina para que no la despierte.

—No, no ha cambiado nada —me froto la cara como si eso fuera a quitar esa estúpida sonrisa de la suya.

—Claro y tienes el pelo mojado de hacer largos en la piscina.

—¿Qué coño quieres a estas horas un sábado, mamón?

—En la empresa están tan contentos conmigo que me llaman cuando hay problemas gordos aunque sea un novato, así que tengo que ir a trabajar. Me han bombardeado a mensajes hasta que no me ha quedado más remedio que aceptar.

—Pero les habías dicho a Erik y a Dallas…

—Lo sé, que los llevaría al cine. Y lo haré. A menos que…

—Que yo los lleve hoy.

—Si quisieras… —pone su mejor cara de cachorro abandonado—. Lo cierto es que tenían muchísimas ganas de ir a ver esa película y me sabe mal dejarlos tirados. Pero tienen que aprender que la vida no es fácil y que rara vez se consigue lo que uno quiere, no hay más que verlos a ellos, sin una madre que…

—Los llevo.

—Si es que eres un blando, no entiendo cómo tienes esa fama de cruel y despiadado.

—¿Te lo explico? —le ladro acercándome, pero bordea la isla.

—Por cierto, han pedido que vaya Amy, si los llevas tú. No como petición, como requisito.

Es oír su nombre y me pongo malo.

—¿Y eso por qué?

—Para ayudar. Erik dice que te agobias mucho, que siempre tienes prisa por llegar antes de los tráilers y asegurarte de que nadie ha ocupado vuestros asientos, que le sabe mal por ti. Dallas dice que pierden palomitas por el camino porque les haces caminar muy deprisa —chista la lengua—. ¿Es que mis hijos nunca van a tenerlo fácil?

—Iré —dice Amy apoyada en el marco de la cocina, con una gran sonrisa en el rostro y mi camisa puesta, ocultando el camisón.

Doy gracias.

—Sois los mejores —Liam da unas palmadas de villano que ha conseguido su plan maléfico—, poneos hasta el culo de golosinas, yo invito.

—¿Cien dólares? —exclama ella con el billete en la mano.

—Las chucherías son cada vez más caras, ¡divertíos! —Liam desaparece y los Brodly y yo esperamos a que Amy se vista en el piso ciento quince.

Svetlana y Katerina se han llevado a Rex de paseo, así que solo faltamos nosotros.

—Toma, Duncan, coge esto —Erik aparece muy rojo y me ofrece un globo del mismo color y con forma de corazón.

—¿De dónde has sacado esto?

—De clase de plástica —sonríe—. Dáselo a Amy luego. Puedes decir que lo has hecho tú.

—Te lo exploto en la cara si no te lo llevas en tres segundos. Tres, dos… —Corre por su vida y vuelve con no sé qué idea de un picnic—. Dallas —digo sin dejar de mirar a su hermano—, ¿os ha despertado el móvil de papá cuando le han llamado del trabajo?

—Síiiii —dice Erik asintiendo muchas veces—, le han llamado varias veces. Insistían mucho. ¡Muchísimo!

«Me han bombardeado a mensajes hasta que no me ha quedado más remedio que aceptar». Cuando desvío la mirada hacia Dallas no me hace falta ni una sola palabra suya, solo con verle la cara es suficiente. *Vaya pandilla de liantes los Brodly.*

Llaman a la puerta y Erik corre a abrir. Amy llega al salón vestida con una sudadera oversize gris a rayas que me tomo como un ataque personal, unos pantalones ajustados metidos en unas botas negras altas que me tomo como un segundo ataque personal y la gorra de su amigo colocada hacia atrás.

—Por fin, ¿podemos irnos ya? ¿Podemos? —pregunta Dallas levantándose del sofá.

—Dadnos un segundo —la arrastro hasta el pasillo que da a las habitaciones y la encierro contra la pared—. ¿Se puede saber qué llevas puesto?

—Dijo el que va a llevar un traje de Tom Ford a un plan de cine con dos niños pequeños —se muerde el labio y pone cara de inocente —. No te gusta lo ancho, no te gusta lo estrecho, ¿tú lo que quieres es que no me vista, verdad?

Verdad.

—¿Y la gorra? ¿Por qué llevas gorra si vamos a un cine? —*¿Y por qué llevas esa en concreto?*

—Pensé que estaría bien esconder mi pelo —dice, toda su energía enfriándose de repente—, me ha llamado la policía. No quiero poner a Erik y Dallas en peligro.

—No lo harás. Deja que de la seguridad me encargue yo, ¿quieres? Sabemos cómo dejó Connor la nota, no he tenido oportunidad de decírtelo.

—¿Cómo lo hizo? —pregunta jugando con la mano que he puesto en su cadera.

—Consiguió trabajo de recoge maletas durante el día.

—Se llaman operadores de rampa. —Hace una mueca.

—Eh, todo va a salir bien —subo la mano hasta su mejilla y le inclino la cabeza para que me mire.

—¿Entonces, no te gusta la gorra? —hace otra mueca—. Tienes cara de querer desintegrarla. —Sonríe—. Así que sí, estás celoso de Sawyer, ¿eh? No tienes por qué, nuestro tórrido romance acabó hace muchos años.

Sé que no se conocen desde hace tanto y que Sawyer flirteó conmigo nada más verme por videollamada, pero aun así.

Me besa el cuello y se escapa bajo mi brazo. Debo querer un cojón a Dallas y Erik para no cancelar el plan en ese preciso instante, quitárselo todo menos las botas y obligarla a olvidarse de todos los hombres de su vida a base de orgasmos.

—¿Qué película vamos a ver? —pregunta de camino al salón.

—Esa de las emociones en la cabeza, pero la dos.

—¿Inside Out dos? —pregunta en un tono agudo excesivamente feliz.

He pedido a Iksáia que me trajera otro coche porque el Aston Martin solo tiene dos plazas y digamos que me quedo embobado viendo a Amy ayudar a Dallas y Erik con los cinturones, a pesar de que no lo necesitan. *Hace un juego de todo y ellos se lo pasan bomba.* Me vuelvo a quedar en trance cuando ella y Erik se ponen a cantar Let it Go y a mitad de canción Amy canta mal aposta para hacer reír a Dallas.

Te lo resumo: quiero follarla hasta que su garganta no sepa emitir otro sonido que el que grita cuando se corre.

Nos escanean los tickets en la entrada y los niños salen disparados hacia la tienda de golosinas, que es lo primero que encuentras antes de pasar a las salas. Veo a Basil, Lucius, Esmond, Lysander y Tavish, que no se han molestado mucho en vestirse de tíos normales en un cine. *Van de negro y canta un huevo*. Levanto cuatro dedos y los veo desaparecer al interior de la sala. *Podrían haber comprado palomitas al menos.*

—No vamos a comprar todo eso —me niego rotundamente cuando los tres aparecen en la cola para pagar con los brazos llenos hasta arriba.

—¿De qué hablas? —Amy susurra al acercarse—. Liam nos ha dado dinero de sobra.

—¿Vas a llevarlos tú al dentista cuando se le piquen y caigan todos los dientes?

—No, claro que no. Si se les caen ya no hace falta —me suelta. Mira a los niños—. Seguro que todas las emociones de Duncan son rojas de enfado, ¿a que sí?

Erik suelta una carcajada.

—Seguro que todas las emociones de Duncan llevan traje y capa —dice Dallas dándole a su hermano parte del regaliz que ha cogido.

—¿Capa? —pregunta Amy agachándose a su lado.

—De superhéroe.

Joder, tío. Me froto la cara. *A la mierda.* Alargo la mano para que me den todo lo que han elegido.

En cuanto empieza la peli los dos se petrifican inclinados hacia delante, agarrados al asiento, y ni siquiera tocan las palomitas.

—Eh, chicos, si tenéis sed, dejo el agua aquí. ¿Chicos? —Amy me mira desde el otro lado de Erik y sigue con los susurros—: ¿Qué les

pasa? ¿Están bien?

¿Quién iba a decirme que su infinita preocupación por ellos iba a ponerme tan cachondo?

—Ahora mismo están en trance, ni siquiera te oyen —digo junto a Dallas.

Acaricia la cabeza de Erik y él le coge la mano y se la queda. Su cara es un poema. Digamos que durante el resto de la película, no vuelvo a mirar a la pantalla.

Joder, Liam, eres un cabrón.

15

Amy

La película termina y Erik no para de saltar de aquí para allá, contento por no tener ansiedad todavía. Duncan lo coge para que no se choque con la gente, y lo pega a su costado. Erik le pide que lo suba a su espalda y él lo hace. *Un calambre de ovarios tras otro. ¡Socorro!*

—¿Cuál es tu emoción favorita? —pregunta Dallas a mi lado, en un tono más serio.

—Asco —respondo de inmediato—. La verdad que me encanta, es muy graciosa.

Se ríe y asiente. Creo oír un «mola», pero estoy muy ocupada teniendo un infarto porque acto seguido, Dallas me coge la mano. Debe sentir mi mini ataque súper obvio porque dice:

—Hay mucha gente.

—Claro, cariño, tú cógeme bien y no te sueltes —*me voy a desmayar.*

Hablo demasiado deprisa, tan ahogada que Duncan se gira y la sonrisa que me lanza termina de volverme loca.

Tiramos todos los cartones y bolsas vacías porque, a pesar de que han estado inmóviles los noventa minutos de película, no sé cómo, se lo han comido todo. *Debe de ser un arte.*

Ver a Duncan llevándoselos al baño jugando y riendo, me

transforma en algo que no me representa. *Nunca me he visto casada y con hijos, pero a este tío le hacía veinte. En serio, no sé qué me está haciendo, pero necesito que me inyecten la cura a la de ya.*

Mientras están en el baño veo un hombre malhumorado que no deja de señalarme y de discutir con una empleada de los cines. Mi primera reacción es ignorarlo, pero cuando oigo ciertas impertinencias, se me hace difícil.

—No deberían permitir niños en el cine. Solo hacen ruido, molestan y lo ensucian todo. Ya habéis prohibido a los perros, ¿por qué no también a los niños?

—¿Perdone? —Me acerco con la vena protectora a punto de reventar—. ¿Le parece que lo que acaba de decir es apropiado?

—Señor, le pido que se disculpe —interviene la empleada de los cines.

—¿Disculparme? ¿Por qué? No estoy diciendo nada que no se pueda decir, este es un país libre.

—Pero eso le da derecho a ser irrespetuoso —digo.

—Si no te gusta, quédate en tu casa y no molestes, guapa.

—Lo que no voy a hacer es quedarme de brazos cruzados escuchando comentarios despreciativos que un energúmeno haga sobre unos niños que no hacen nada más que disfrutar de su día. Sobre todo cuando ellos tienen mucha más educación en un dedo del pie que usted en todo su cuerpo.

—¿Y quién te crees tú para hablarme así? Tengo Twitter, ¿sabes? Con muchos seguidores.

—La mierda siempre se acumula en las esquinas —murmura un tío mazado, vestido de negro y con gorra a juego, comiendo palomitas y uniéndose a la conversación.

El enfado no me deja reírme, pero casi lo hago.

—Soy alguien que no tolera las faltas de respeto hacia los demás,

especialmente cuando se trata de niños que no tienen voz para defenderse —respondo—. Debería trabajar la empatía, que falta le hace.

—Mira, niña…

—Señor, tengo que pedirle que se marche —le corta la empleada de los cines.

Toma ya.

Al final intervienen los de seguridad y cuando se lo llevan, el tío de las palomitas y gorra los sigue. Entonces lo veo, Duncan me está atravesando con la mirada y yo entro en pánico buscando a Erik y Dallas.

—Se han ido a jugar, no lo han oído —dice acercándose en un abrir y cerrar de ojos, quedándose a escasos centímetros de mis labios. La proximidad vuelve mis piernas de gelatina y pone mi corazón a mil por hora—. Voy a tener que advertirte, ángel.

—¿De qué?

—De lo que pasará si vuelves a hacer algo tan heroico.

Me encantaría saber a qué se refiere con todo lujo de detalles, pero los hermanos Brodly llegan y oigo a Erik:

—Ya he visto el cartel, Dallas, que me lo has enseñado tres veces —dice empujándole por la espalda, llevándoselo consigo a rastras. La resistencia del de pelo oscuro me revela mucho más de lo que cabría esperar y cuando comparto una mirada con Duncan me queda claro: *lo ha oído, se lo ha llevado por eso. Ay, Dallas*—. Tenemos una propuesta, Amy. Vamos, díselo.

—¿Quieres ir a comer con nosotros? —pregunta Dallas, sonriendo de manera torcida.

Como si pudiera decirles que no.

Acabamos en una pizzería familiar con zona de juego donde reparten globos y es instantáneo: a dos cuartos del grupo se les ha

quitado el hambre. *La emoción los desborda.*

—Primero coméis, luego jugáis —ordena Duncan con voz autoritaria y los dos vuelven a sentarse de inmediato.

Empiezo a abanicarme con la carta, pero no me quito el sofoco de encima. He dejado el abrigo nada más llegar, pero ahora cojo los extremos de la sudadera y la alejo de mí antes de que me derrita. No me pasa desapercibida la forma en la que Duncan deja de leerle los ingredientes a Erik para echarme un vistazo.

Acabo pidiéndome una pizza básica porque cuando llega la camarera ni siquiera he abierto mi carta. Percibo un cambio en la atmósfera a medida que hablamos de la película, en especial de Tristeza.

—Es muy aburrida, a mí no me gusta nada estar triste —dice Erik mirando su vaso.

—A veces no puedes evitarlo —dice Duncan con voz dulce—, pero lo importante es que siempre tienes a alguien cerca que te quiere y te escucha. —Les acaricia el pelo aprovechando la proximidad de la mesa redonda—. Los dos lo tenéis.

—A veces echo de menos tener a mamá. —Dallas levanta la cabeza y mira a Duncan, luego niega—. Pero no quiero hablar del tema.

Se me hace un nudo en la garganta al ver sus ojos azules brillantes y su mueca tensa mientras se aguanta las lágrimas. Sin pensar, cojo la mano de Duncan bajo la mesa. Él me da un apretón y rompe el silencio.

—Lo sé. Sé que ambos la echáis de menos y es normal. No tienes por qué ocultarlo.

—Pero me da rabia —una lágrima corre por su mejilla y esta vez es su hermano el que le pasa un brazo sobre los hombros, Erik apoya la cabeza contra la suya.

—Yo estaré contigo hasta que se te pase la rabia —le da unos golpecitos en el hombro.

—¿Y luego?

—Luego también, Dallas.

Se abrazan y Duncan me da un apretón en la mano. Bajo la mirada para ocultar mi emoción y se me escapan algunas lágrimas. *La vida reparte sus cartas sin ver a quién toca qué. Estos dos tesoros se merecen todo lo bueno y no sentirse mal por…*

—Eh —la otra mano de Duncan llega hasta mi mejilla—, ¿tú también te unes?

Ese tono dulce me puede. Veo que Erik y Dallas se han callado y que ahora Dallas me ofrece una servilleta de papel.

—No era mi intención —la acepto y me recompongo.

—Tendrías que haber traído el globo —le dice Erik a Duncan por lo bajo.

—Pues sí, renacuajo, igual sí —se ríe y libera la tensión del ambiente.

Llega la comida, las lágrimas se secan y vuelven las risas en toda la mesa. Pero incluso cuando se van a jugar, sigo con esa mano invisible apretándome el corazón, pensando en el trabajazo que ha hecho Liam. Y en el papel tan importante que tiene Duncan en sus vidas.

Se me llenan los ojos de lágrimas solo de pensar lo que debió ser aquel día. *Cuando despertaron y vieron que su madre no estaba. Cuando su padre, que se había quedado solo al frente de la familia, tuvo que decirles que mamá no volvería.*

—Eh, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

—No, no lo estoy. ¿Cómo es posible que no tengan una madre? ¿Cómo es posible que alguien pueda querer dejarlos? Ni siquiera son mis hijos y ya los quie… Me rompe el corazón.

—Lo sé, es duro. Más de lo que a veces quiero admitir. Pero tienen amor sincero que les va a durar toda la vida, y hay niños con un padre y una madre que no pueden decir lo mismo.

—Ya, pero aun así, deberían tenerlo todo. No han hecho daño a nadie y sin embargo… —no termino la frase porque sus labios me encuentran y así de fácil desarma mi coraza.

El beso es rápido, pero tan sentido e íntimo que me desestabiliza estando sentada.

—Llevo toda la mañana aguantándome las ganas que te tengo, pero si lloras tengo que actuar. Haz el favor de echarme un cable.

¿Aguantándose las ganas? Este no sabe por lo que he pasado yo. Aun así, evito discutir porque su iris de ese verde-intenso-imposible me puede.

—Gracias por dejarme venir —digo tras un largo trago de refresco.

Suspira de forma sonora y se apoya en el banco que compartimos, como si estuviera sufriendo algo que no soy capaz de ver.

—En cuanto a lo de la carta que recibiste de Victoria Daughbeth: estoy conforme.

—¿Cómo dices?

—Tienes un par de días libres después del lunes, ¿no? Pues vamos.

—«¿Vamos?» —repito—. ¿Quieres ir a Inglaterra conmigo?

—Ya hemos pasado la fase en la que debo aclararte que no voy a dejarte sola, ¿no?

Me quedo en trance. Erik y Dallas llegan corriendo en ese momento con un par de globos entre manos.

—¡Amy! ¡Amy, mira! Nos han regalado un avión, ¡como los tuyos!

Llegamos a High River bien entrada la tarde, con la brisa más primaveral que hemos visto este año. Duncan les ha prohibido meter los globos al coche, ha dicho que de reventar, podían darle un susto y

causar un accidente. Les ha soltado un rollo de siete minutos y medio sobre todo lo que no puedes entrar en un coche, así que ahora… Erik y Dallas juegan con sus globos corriendo de aquí para allá delante de nosotros.

—Eres un blando —rompo en una carcajada.

—Tú ahora ríete, que en cuanto subamos vas a ver lo duro que puedo llegar a ser.

Me da un apretón en el culo y entre su voz áspera, las imágenes mentales y la cercanía inesperada, mi cuerpo ya es una llama. *Lo rápido que respondo a Jay-Duncan Vojak no es normal.*

—¡Papá! —Erik corre hasta su padre que, vestido con un elegante jersey mostaza cuyo corte entalla y acentúa su físico atlético, camina de la mano de…

—¿Jasmin? —grazno impactada, pero cuando miro a Duncan, por algún motivo no está ni la mitad de sorprendido que yo.

—Nos hemos encontrado cuando salía de trabajar —explica Liam demasiado rápido, demasiado nervioso, activando todas mis alarmas.

¿Y os habéis caído dentro de High River?

Mientras los pequeños le cuentan lo bien que se lo han pasado y lo mucho que les ha gustado la película, yo tiro de la mujer de los engaños hacia un lado.

—Esto no es lo que parece.

—Parece que te has enrollado con Liam Brodly.

—Entonces es justo lo que parece.

—¡Jasmin! —grito en susurros—. ¿Sabes por lo que ha pasado ese hombre?

—Sí, lo sé muy bien… —dice en tono seductor—. Au, no me pegues. No estoy jugando con él. *Me gusta.*

—¿Te gusta en qué sentido? Porque si no vas en serio es mejor que sus hijos no te vean de la mano con él.

—Sé cuánto me quieres y que te pongas así por Liam y sus hijos me demuestra más de lo que necesito saber —me planta un beso en la mejilla—, eres una buena amiga.

Me deja descolocada, halagada y confusa.

Lo siguiente que sé es que Duncan está dentro de mí, embistiéndome contra la pared de un baño de avión demasiado pequeño para la inmensidad de su cuerpo, haciendo un uso exhaustivo de mi flexibilidad. Justo cuando estaba trayendo algo de racionalidad a nuestra idea. *Su idea.*

—He aguantado sin follarte toda la espera del embarque —me penetra más profundo—, lo que deberías hacer es darme las gracias —y todavía más—. ¿Sabes cuántas veces me he aguantado las ganas de pedirte que abras las piernas?

Glup. Tiemblo, me estremezco.

—Podrían… detenernos por esto —gimo contra su boca intentando apartarme del lavamanos mientras evito chillar a pleno pulmón que siga, que lo haga más rápido.

—Entonces date prisa, mi polla está deseando sentir cómo te corres.

Me besa con la boca bien abierta por el cuello, la cara y cuando llega a mis labios el rastro de electricidad y fuego que incendia mi cuerpo colapsa con el roce explosivo que sus dedos provocan en mi clítoris. Muevo la pierna y mi tacón se clava en su culo, nunca he estado más abierta. Ni tan retorcida, parezco una contorsionista.

Duncan tiene razón: nadie puede esperar que estemos ocho horas en un espacio cerrado y el resultado sea otro que este.

Vuelve a embestirme y pese a llevar condón, la fricción es una delicia irreal que me pone los ojos en blanco. Se da un golpe contra el pequeño armario junto al lavamanos y se me escapa la risa, pero me la corta cuando me la mete tan profundo que no entiendo cómo no me

rompe. Mi cuerpo sigue encontrando maneras de adaptarse a él, por muy grande que sea.

—Estás hecha para mí, Harleen. Juro que me está costando no sacarte al pasillo para que todos vean que eres solo mía —ruge contra mi garganta antes de morder y succionar, de buscar la manera de hacer lo mismo con mis pechos.

La idea me pone horrores. Tanta gente mirando…

—Yo no soy tuya —contengo un grito aferrándome a él, buscando sus labios cuando su polla decide demostrar hasta qué punto soy del todo suya.

El placer es inaudito, me tiemblan las piernas y pierdo el control de mi cuerpo, deja de pertenecerme. No puedo pararlo. Me corro en tiempo récord y agradezco que selle el momento con un beso porque el orgasmo no me permite estarme callada ni por asomo.

No me lo puedo creer. Acaba de redefinir por completo lo que significa la palabra paraíso para mí. Todavía sigo corriéndome cuando Duncan se derrama en el preservativo y una gran parte de mí detesta la barrera.

Maldito avión. Maldito Londres. Mald… ahhh.

Ver cómo se rompe siempre será mi perdición. Decir que me siento poderosa es poco. *Durante esa fracción elástica de tiempo, yo soy suya y él es todo mío.*

Jadeantes, compartimos una mirada cómplice mientras recuperamos el aliento. Lo que no entiendo es por qué Duncan me besa de esa forma dulce al acabar, ni por qué me recoloca el vestido y me peina el pelo con los dedos. *Lo peor de todo es que, por muy aterrador y horrible que suene, me estoy acostumbrando a tenerle justo ahí: con el mínimo espacio.*

Volvemos a nuestros asientos y me divierto a costa de su primera experiencia tan lejos de primera clase.

—¿Cómo está tu mano? —pregunta como cada día desde que me hice daño en el entrenamiento.

—¿Es una proposición indecente? —pregunto desviando la mirada por su cuerpo y lo hago tan alto que el señor a su otro lado se ahoga con el agua.

Unos niños pequeños con acento inglés muy marcado pasan por mi lado y me recuerdan que tengo que fingirlo al llegar. *También siento una punzada de añoranza repentina de tipo Brodly.*

Jasmin me pidió perdón por haberse saltado la primera ley del cotilleo: cuéntalo antes de las primeras veinticuatro horas. Pero lo cierto es que yo esa me la he estado saltando a lo grande con Duncan, así que no soy quién para hablar. *Tampoco sabría qué contarle.* Igual que a mis hermanastras, cuyas cartas decido escribir en el avión. Mamá me ha citado y sé que es por haber faltado a la cena. *Pfff, lo que se me viene encima.*

Ni siquiera me siento preparada cuando nos detenemos frente a la entrada del castillo. El jardín delantero es un vasto y exuberante espacio, cuidadosamente diseñado para impresionar y gritar «mírame soy impresionante». Lástima que pierda toda la gracia con la ristra de andamios oxidados que hay en la entrada robando la atención con su descaro metálico. *Mamá está arreglando la puerta, en la carta ya decía que debía entrar por la de atrás.*

—Esto no me gusta nada —lloriqueo.

—Ya lo has dicho cinco veces —dice, ni de lejos tan asustado, asqueado y arrepentido de haber venido como debería.

—Pero es que hemos visto el coche de mi padre, Duncan, ¿sabes lo que significa eso? Una emboscada. He sido engañada. Creí que vendría a ver a mamá a solas, pero es evidente que no.

—¿Tan malo sería que lo fuera? —acaricia mi mano con el pulgar.

Antes he pisado hierba fresca y casi aterrizo en el suelo con la

cara. Me ha cogido entonces y voy a soltarle enseguida.

—No lo entiendes, las cenas familiares no son lo mío. Y esta vez tengo que hacerlo sin ellas, sin mis tres mosqueteras, sin mis tres faros iluminando las noches más oscuras. —Noto la lengua acartonada a medida que avanzamos y avanzamos en dirección al jardín trasero—. Creí que me estaba librando, ¿sabes? Pero no. Al final, me he comido la verdura del plato y se me ha caído al suelo lo que me gusta.

Duncan frena, tira de mí y me besa, tan profundo que se me olvida quién soy, se me ablanda el cuerpo y sería capaz de firmar cualquier documento legal poco beneficioso.

—Estoy contigo, ángel.

Sí, eso es algo que todavía no entiendo.

Llegamos al jardín trasero, un conjunto de senderos intrincados, rodeados de setos altos y bien podados que decoran y adornan una red de caminos sinuosos. Se está haciendo de noche, así que las luces que separan los tupidos setos están encendidas. *La falsa sensación de intimidad es peligrosa, yo lo digo.*

—Este lugar es impresionante —dice con admiración y algo se me encoge en el pecho.

Ardo con deseos de saber su historia, pero se niega a contármela. «*No todos hemos vivido en un castillo, princesa*». Me muero por saber qué le hizo tanto daño como para crear semejantes muros y aceptar vivir tras ellos para siempre. *No es el momento, lo sé.* Duncan tira de mí y llegamos hasta la puerta de atrás, abierta de par en par.

—¿Mamá? —Oigo patas, patas corriendo a gran velocidad, patas corriendo a gran velocidad hacia nosotros. Resbalando por el mármol antiguo del suelo aparece el galgo más querido de todo el estado de Michigan y el mundo entero—. ¿Kitty? —Me agacho y la cojo mientras ella me besa por todas partes—. Oh, dios, ¿pero qué haces tú aquí, bicho? Duncan, ¡Duncan! ¿Esto significa que Lexi está aquí? ¿Mi

hermana está aquí?

—¿Es la voz de mi hija la que oigo? —Victoria Daughbeth entra en escena y nada más cruzar miradas extiende los brazos, una clara invitación a un abrazo que jamás podría rechazar—. ¿Cómo está mi niña?

Le doy a Duncan el bichito y me acerco a por mi regalo.

—Estoy bien, mamá, como siempre. —Nos separamos y me acaricia el pelo.

Le echo un buen vistazo porque está guapísima. Siguiendo su nueva predilección por el estilo africano, lleva una blusa de dashiki en unos tonos vibrantes de verde y amarillo que resalta el color intenso de sus ojos y su pelo. Los pantalones de tela Ankara con diseño geométrico dorado ajustan su figura todavía esbelta y bonita. *Mamá será preciosa hasta su último día en la tierra, doy fe.*

—Deja de decir cosas bonitas con los ojos, que me ablandas y estoy muy descontenta contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué? —recibo un manotazo en el brazo como respuesta.

—Amy Harleen, sabes muy bien por qué. Tu afán por evitar a los Harleen es intolerable.

Me giro hacia Duncan en busca de un aliado y mamá se me adelanta.

—¿Quién es…? —suspira—, guau, ¿quién este apuesto trajeado que sujeta a la estatua de una de mis hijas? —pregunta agitando su fiel abanico, porque es imposible que alguien no aprecie la belleza de Duncan.

Kitty se ha vuelto tímida en los musculosos y desconocidos brazos del boxeador y se ha quedado tiesa con una estatua. *Qué mona.*

—Su nombre es…

—Jay-Duncan Vojak —dice extendiendo la mano hacia ella—, es

un placer para mí conocerla, señora Daughbeth.

—Es un placer para mí también, Jay-Duncan. ¿Puedo preguntar cuáles son tus intenciones con mi hija? Si te ha traído aquí con ella, debes ser algo más que arrebatador.

—Voy a casarme con ella, señora.

Sufro un repentino ataque de tos. Cuando mi madre me mira por encima de su hombro estoy sufriendo un aneurisma y atragantándome con el aire que se niega a entrar en mis pulmones.

—Tienes agallas, eso me gusta. Empiezo a dudar si tiene que ver con lo del nombre compuesto. —Mamá se da con el abanico en la mejilla, pensativa—. ¿A qué te dedicas, Jay-Duncan?

—Trabajo en un gimnasio.

—Tiene una franquicia de gimnasios, más bien, y el noventa por ciento de su tiempo lo dedica a enseñar defensa personal a mujeres maltratadas o en peligro de serlo. Y también cuida a dos niños encantadores, Erik y Dallas, que son los hijos de su mejor amigo y… —la vena protectora me ha salido demasiado pronto. Carraspeo—. ¿Las obras bien, mamá? ¿Qué tal la puerta?

—Estoy segura de que podremos hablar largo y tendido durante la cena, Jay-Duncan —Le coge a Kitty y el primer impulso de la pequeña galgo es resistirse. *Ya está enamorada*—. Sobre todo, acerca de los planes que tengas para esa boda con mi hija menor.

—Ma-mamá, ¿está Lexi aquí? —pregunto en urgencia y necesidad de desviar el tema de conversación.

—No, pero hace una semana me juró que volvería antes de que pudiera echarla de menos, así que me quedé con algo que quiere muchísimo como rehén. En cuanto el bebé nazca, pienso hacer lo mismo con mini-Taylor. ¡A esas tengo que llegar para ver a mis hijas! ¡Al rapto!

—Sabes que a ti vendríamos a verte cada día —acaricio a Kitty

que no le quita ojo a Duncan, el mismo que me coge de la cintura y me rodea entre sus brazos. Tan cálidos y reconfortantes que entiendo que Kitty no quisiera abandonarlos—. Mamá, sobre la cena de hoy… *—no podemos quedarnos, ha surgido un imprevisto, ¡ciao!*

—Vamos, los invitados se mueren de hambre —sonríe como cuando juraba que no iba a castigarnos, pero las cuatro sabíamos que sí.

Da media vuelta y se marcha. Me giro en los brazos de mi guardaespaldas con un problema mayor.

—¿Casarnos? ¿Se puede saber por qué has dicho semejante barbaridad?

Tiene la osadía de reírse y provocarme cosquillas por todo el cuerpo.

—Así se centrarán más en mí —me besa la punta de la nariz—. No me mires así, no ha sido un acto de bondad, es que no me gusta compartir los focos. ¿Vamos?

Qué remedio. *De esta ya no me salva ni el maldito Jay-Duncan Vojak.*

16

Jay-Duncan

Me hace falta muy poco para saber todo lo que necesito. Ocupamos una sala pequeña con tres sofás raros de colores pastel colocados de tal forma que tenemos que vernos las caras sí o sí. Victoria ha ido a buscar al padre de Amy que se ha perdido, literalmente, por el castillo, así que ahora estamos con… *ni sé cómo llamarles.*

—Dime, prima, ¿ya tenéis fecha de la boda? —pregunta mientras su marido sirve unas copas “a los hombres”.

—Todavía no.

—Mi Paul y yo no podíamos esperar a estar más cerca, así que nos casamos cuanto antes, ¿verdad que sí, amor? —Se ríe—. No entiendo cómo tenéis tanta paciencia.

—Estos dos no han follado desde la boda —susurro en el oído de Amy.

Como cada vez que lo hago, sus ojos centellean y me convierten en un tonto desesperado por conseguir el efecto otra vez.

—No les metas prisa, Dhona, atosigando no se consigue nada —dice Paul en tono arisco antes de ponerme una copa en la mano.

Se la paso a Amy sintiendo una satisfacción peligrosa al ver sus caras de ofensa, y me levanto a ponerme otra solo para joder, porque

ni siquiera tengo sed.

—Lo digo porque me preocupo por ti, prima. Una mujer debe aprender a complacer a un hombre y tú ya tienes una edad —sigue, más bajo, pero no lo bastante como para que no la oigamos todos—. Dices que Jay-Duncan tiene treinta y siete, imagina qué poco podrás aportar tú en el ámbito… bueno, ya sabes.

—No, Dhona, no lo sé, ¿a qué te refieres exactamente? —suelta Amy en tono cantarín—. ¿Experiencia laboral? Es cierto que llevo pocos años en comparación con Duncan.

—No, no, prima. *Ya sabes*. —Dhona se pone tan roja que casi me olvido de coger mi copa, para no perdérmelo—. Me refiero a… experiencia en el dormitorio. —Esto ya casi lo susurra.

—¡Ah! Pero no te preocupes, Dhona, yo tengo mucha experiencia haciendo camas. Siempre he sido ordenada.

Controlo mi ataque de tos como puedo.

—Ay, prima, qué lenta eres a veces. Me refiero…

—Al acto conyugal —brama Paul irritado.

Esto tiene que ser una puta cámara oculta.

—Veo que os estáis divirtiendo con la conversación —dice Victoria con una pícara sonrisa, acompañada de un hombre y una mujer—. Pero ha llegado el momento de las presentaciones.

—Hola, Amy, ¿cómo está mi piloto favorita? —Sin esperar respuesta, ni acercarse a ella, se gira hacia su izquierda—. ¿Conoces a mi mujer, Bárbara?

—¿Te…? ¿Te has casado, papá? ¿Cuándo? —pregunta Amy con voz estrangulada.

—Hace dos semanas, en un juzgado. No se lo dijo a nadie —dice Victoria, molesta—. Esta familia no crece, se cae a pedazos.

—Fue un arrebato —explica Bárbara—, es un placer conocerte por fin, Amy. Me hace mucha ilusión conocer a la única hija de Bruce.

Eres muchísimo más guapa de lo que esperaba teniendo en cuenta la genética que te ha tocado por parte de tu padre.

Algunos se ríen. Bárbara le da un par de besos sentidos y aunque Amy se esfuerza en disimularlo, se le nota dolida. No puedo evitar tocarla, atraerla hacia mi costado.

—Papá, ¿puedo presentarte a…?

—¿Está lista la cena, Victoria? Me muero de hambre.

—Tu hija te estaba hablando, fracaso de guía turístico —dice Bárbara dándole un golpe en el hombro a Bruce.

—¿A mí? —se horroriza de forma exagerada—. Perdona, hija, ¿qué decías?

—Quería presentarte a mi novio, Jay-Duncan Vojak.

No puedo evitar darle un apretón demasiado fuerte cuando me estrecha la mano, ¿pero qué puedo decir? *Soy territorial de cojones y esto no me gusta un puto pelo.* También me presento a Bárbara.

—Encantado, ¿sabes que mi hija es piloto? Estudió ingeniería aeronáutica —suelta Bruce.

—Claro que lo sabe, papá. Duncan ha estado…

—Cariño, deberíamos invitarles un día a cenar a casa —Bruce se gira hacia Bárbara—. Estoy seguro que les encantará. Hemos plantado montones de rosas, las favoritas de Amy, a ese nivel quiero a mi hija.

—Quererla, sí, pero conocerla no tanto —dice Victoria por lo bajo.

—¿Eh, Paul? —Bruce mira a los que faltaban—. ¿Qué me dices, os vendríais también a la cena?

Amy se revuelve incómoda. *Quiero sacarla de aquí. Arrancarla de este escenario.*

Victoria nos lleva hacia un salón más grande en el que vamos a cenar. Una gran chimenea encendida, una mesa rebosante de comida y cubertería antigua, cortinas rojas que llegan hasta el suelo y ventanales enmarcados con hierro forjado oscuro que ofrecen una

buena vista de la vegetación que inunda el jardín trasero.

Llevamos veinte minutos en la mesa y puedo decir que no trago al padre de Amy. No es un mal tío, pero no la escucha cuando habla, la interrumpe, no le preocupa nada de lo que cuenta, ni de lo que esté pasando en su vida y me está poniendo de una mala hostia… *Por eso es como es. Por eso ha aceptado que tiene que hacerlo todo sola. Ahora entiendo por qué agradece cada puto favor como si fuera el Taj Majal.*

Amy da un respingo y solo entonces me doy cuenta de lo arriba que ha llegado la mano que he puesto en su muslo.

—Dime, Bárbara, ¿a qué te dedicas? —pregunta frenando mi mano.

—A algo mucho menos interesante que tú, soy decoradora de interiores —responde con una sonrisa que transmite buen rollo—. Lo cierto es que me apasiona hasta el punto de querer retrasar mi jubilación tanto como pueda.

—¿Permites que tu mujer trabaje a tan avanzada edad, Bruce? —pregunta la prima con retintín antes de chistar la lengua.

—¿Tienes más vino, Victoria? —pregunta Bruce y empiezo a dudar si sufre algún problema de audición selectiva.

Centro la vista en el candelabro que tengo delante de mi plato y respiro hondo.

—La mujer no puede estar agotada por el trabajo —dice Paul(ometidoporelculo)—, la mujer debe cuidarse y quedarse en casa. ¿Cómo si no se mostrará siempre atractiva y arreglada para el marido? ¿Cómo si no lo ayudará a evitar toda tentación y recordarle que no debe buscar comida fuera de casa?

—¿Eso no es un poco antiguo? —dice Bárbara tímidamente.

—Es como debe ser —responde Dhona tajante, mirándola mal por contradecir a Paul.

—Puede que si el marido siente tantas tentaciones de comer fuera,

es porque pidió la cuenta en el restaurante equivocado —dice Amy, que se tensa más y más cuando le acaricio como premio, resistiendo la tentación de arrodillarme.

—Puede que el marido no sepa comer y por eso se aburra con facilidad —añado saboreando lo rojo que se pone Paul y la forma que Amy cierra las piernas apretándome contra sí.

—Está rico esto, Victoria, ¿qué es? —interviene Bruce Harleen.

—Matoke —dice la mujer sentada en el lugar de honor de la mesa, hasta ahora silenciosa—. Uno de mis cocineros tiene raíces africanas y todo lo que prepara es una delicia que acaba convirtiéndose en mi plato favorito. A mi Arthur le encanta, que pena que hoy esté trabajando hasta tarde y se lo pierda.

Amy, un segundo antes boquiabierta, se inclina hacia mí mientras la conversación viaja a un lugar menos interesante y susurra:

—Para o se me va a caer la servilleta. Entonces verás. —Me aparta la mano y la deja en mi propio regazo.

—Pues bésame.

—¿Ahora?

—La de las lecciones infinitas tiene mucho que aprender. —Muevo las cejas—. ¿No me digas que he encontrado por fin algo que le da corte a Amy Harleen?

Me coge del cuello y se hunde en mi boca como la maestra que es. ¿Y qué hago yo? Pues me la como, no podía ser de otra forma. Me cuesta un puto imperio parar. *Soy adicto a esa boca, a esos labios, a esa forma que tiene de moverse contra mi lengua.* Victoria y Bárbara hacen algunos comentarios positivos entre risas, pero ni las oigo, porque quiero llevarme a Amy de aquí y obligarla a olvidarse de toda esta mierda a base de orgasmos.

—Y dime, Amy —Dhona carraspea más incómoda que en toda su vida—. ¿Has aprendido a cocinar desde la última vez que nos vimos?

—Oh, sí, desde luego. Saco las pizzas del congelador y las meto en el microondas con mucha más gracia.

—Mi mujer te ha hecho una pregunta válida, Amy, no hace falta ser impertinente.

—Desde mi punto de vista, su incesante afán de control es del todo impertinente —les sonríe—. Es más, Dhona debería haber aprendido ya, que su manera de vivir me repugna y que antes de ser como ella preferiría estar muerta.

Joder, que saque las garras y se defienda sola me la está poniendo dura no, de piedra, pero a este bocachancla voy a acabar zurrándole.

—No lo dice en serio, Paul, no la escuches —salta Dhona, incrédula.

—Con ese temperamento no deberías conducir aviones —dice Paul—, pondrás en peligro a tus pasajeros.

—Tú sí que estás en peligro —murmuro y Amy me da un apretón en la rodilla.

—Ay, Paul, no seas tan duro con ella, sabes que siempre le ha gustado ser como los chicos —Dhona suelta una carcajada de pusilánime.

—¿Y no crees que eso es un problema? —le pregunta poniendo mala cara.

—Claro, mi opinión siempre es gemela de la tuya, ya lo sabes —dice con una sonrisa vacía—. Amy, aunque seguro que lo haces bien, siempre está el instinto de dejarlo todo cuando llega el bebé. ¿No has pensado en ser más práctica e ir dejando ya tu trabajo?

Cuando repartían cualidades estos llegaron los últimos.

—¿Y si hablamos de otras cosas? —propone Bárbara.

—Nunca dejaré mi trabajo, me encanta volar —dice Amy en absoluto molesta, a diferencia de mí.

—Pero una mujer donde debe estar es en casa —sentencia Paul.

—Cambia «mujer» por «algunas personas» y «casa» por «circo» y estamos de acuerdo —suelto ganándome una mirada envenenada del banquero de traje mediocre.

—¿Y qué hay de los niños? —insiste Dhona—. ¿Cuándo vais a tenerlos? Seguro que pronto después la boda, ¿no? Sería lo más conveniente.

—No sé si algún día tendré hijos, pero te aseguro que ahora mismo lo que voy a hacer es centrarme en mi carrera —dice Amy y me da un apretón en cuanto entrelazo nuestras manos.

—¿Pero qué sentido tiene una mujer sin hijos? —pregunta Paul pasmado—. ¡Sería como un hombre sin cerebro!

—Tú eres director de banco, ¿no? —Ladeo la cabeza—. Tan mal no te ha ido.

—¿Qué estás insinuando, Vojak?

—No insinúo nada, Paul, lo he dejado bien claro. Pero si quieres te lo escribo. Despéjame la duda, ¿retrógrado de mierda va todo junto?

—¡Amy! —salta Dhona—. ¿No deberías haber explicado a tu futuro marido con quién está compartiendo mesa?

—Oh, ya sé con quién comparto mesa, Dhona. Con dos personas que creen que las habilidades tienen género. Con un hombre demasiado consciente de su insignificancia como para permitir que la mujer que camina a su lado tenga las mismas oportunidades. O alguna en absoluto.

Paul da un golpe en la mesa.

—¡Esto es inaceptable! ¿Dónde se han visto semejantes modales?

—Si por modales entiendes cerrar la puta boca cuando atacan a quien me importa, me da que no voy a tenerlos en esta vida.

Paul se levanta y dudo si voy a tener el privilegio de darle un puñetazo.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —pregunta Bruce—. Vamos a calmarnos, la cena está riquísima.

Amy tira de mí antes de que la líe y empiece a discutir también con el padre. Esperaba de todo cuando saliéramos al pasillo, menos que se lanzara a mis brazos, me rodeara con las piernas y me metiera la lengua hasta la garganta.

—Llevas *toda* la noche torturándome —gime y me doy cuenta de que he oído ese sonido antes, mientras discutía.

Es una erección inmediata.

—Pues anda que tú —le separo los labios porque quiero meterme en ella tanto como me deje.

Nos chocamos contra todo, me engancho con un cuadro y como estoy besándole el cuello su risa rebota en mis labios. *Dios, es perfecta.* Avanzamos sin mirar a dónde, yo pierdo la chaqueta y ella el grueso jersey blanco con escote en V que se ha puesto sobre el vestido rojo ajustado que me vuelve un hombre obsesionado con hacerle obscenidades que le encanten.

La aplasto contra la pared, presionando mi polla contra su culo y el gruñido que me arranca es animal.

—¿Estás bien?

—Más fuerte.

Sus deseos son órdenes.

Me froto contra ella mientras enreda los dedos en mi pelo y tira de mí hasta que le muerdo el lóbulo de la oreja desesperado por dejar alguna marca que haga que me recuerde.

—Tienes un culo perfecto, Amy Harleen. —Desabrocho la mitad de la cremallera del vestido y desde atrás accedo a sus pechos, esos que me dan la puta vida.

La estimulo hasta que sus gemidos se vuelven muy frecuentes.

—Aquí… no podemos —dice frenando mis manos que le suben el

vestido, porque juro que no soy capaz de pensar con la cabeza. Es ella la que se da cuenta de que las voces de varios empleados se están acercándonos—. Tengo una idea.

De alguna forma, llegamos al jardín sin estar completamente desnudos. *Impresionante.* Ni siquiera noto el frío en el pecho, así de poderosa es.

—Me miras así cinco segundos más y te juro que exploto —suelta con el pelo revuelto y los labios rojos de mis besos.

Se deshace del vestido y lo tira al suelo, sigue avanzando hasta que estamos metidos de lleno en el laberinto de luces. *No tenemos suficiente tiempo de vida. Qué desperdicio.*

—¿Estarás mojada para mí, ángel? —el tintineo de mi cinturón es lo único que oigo por encima de su corazón acelerado—. ¿Lo estarás si lo compruebo?

—Es una consecuencia inevitable de todo lo que has hecho ahí dentro —La lujuria parece tomar el control de su cuerpo.

Justo cuando creía que no podía estar más guapa.

Busca mis labios mientras su mano guía a la mía hasta su centro y mi polla da una sacudida brava al ver hasta qué punto no mentía. Soy incapaz de limitarme a tantear el terreno. *Podría pasarme la vida masturbándola y sería feliz. De hecho, ese es mi nuevo plan de vida.* Curvo los dedos, acelero el ritmo.

Amy se deshace de mis pantalones y antes de llegar a correrse, tira de nosotros hasta un banco de piedra y mármol. Acaricio sus labios con los mismos dedos y los hundo en su boca. *Dios.* Al principio duda, pero me los deja limpios.

—Eres preciosa, ¿lo sabías?

Gime como si mis palabras también la masturbaran, coloca las piernas a cada lado de mi regazo y cuando la atraigo hacia mí de las caderas, me doy cuenta de que me tiemblan las manos y no es en

absoluto del frío. *Joder.* Intento bloquear todo eso, la deslizo por mi erección y veo las putas estrellas cuando me cabalga.

—Dios, *Duncan.* —Me aprieta contra sí y me besa en plan sucio mientras su vagina palpita con una intensidad desmedida y deliciosa.

—Quiero estar dentro de ti cada puto día. —Le aparto el pelo de la cara para verla bien.

Se estremece ante mis palabras, mi lengua se pone celosa y me meto uno de sus pechos en la boca. Amy me clava las uñas en los hombros, en la espalda, pero succiono hasta que se le arquea la espalda y está a punto de romperse.

Le taparía la boca para que su familia no la oiga, pero ojalá lo hagan. *Sobre todo esos dos.* Cada intento que tengo por mantener el control es un monumental fracaso porque es mi debilidad.

—Voy a… *Ahhh*. Duncan, me corro. —Las convulsiones la sacuden y la arrebatan otra ristra de sonidos que se van a quedar conmigo hasta que me muera.

La observo de cerca, la grabo en mi retina y la acompaño lidiando como puedo con las descargas de placer que caen sobre mí sin parar, haciendo un esfuerzo titánico para no seguirla ya. *Nunca la he tenido tan dura, no puedo más.*

La muevo, la inclino hacia mí abriéndola más de piernas y le aprieto el culo para penetrarla más y mejor. La chupo, la lamo y la disfruto, pero nada es suficiente y todo es demasiado. *Siento que la oscuridad en mí se mezcla con su luz, que está matando mis demonios.* Tiembla, se contrae, parece muy capaz de tener otro orgasmo. De poder, se me dibujaría una sonrisa en la cara.

Justo por eso tira de mí hasta que tengo la espalda contra el mármol, se empala ella sola metiéndosela entera hasta el fondo. Suelto de todo por la boca mientras sus pechos botan libres. La velocidad y los jadeos aumentan, se retuerce haciendo grandes esfuerzos para no

gritar. Su coño prieto y perfecto me succiona, me droga y me hace muy difícil no…

—¡Duncan! —empieza a correrse y es sublime.

No puedo pararlo.

La sigo.

Me aferro a ella con una posesión desmedida, me derramo en lo más profundo de su ser y lo hago como nunca. El placer salvaje y explosivo me destroza y cual yonqui quiero repetirlo todo de nuevo. Empiezo a dudar si lo que me pasa es otra cosa, porque es demasiado crudo y puro. Me besa absorbiendo todo mi poder y a la vez, dándome la vida. Haciéndome sentir que no estoy roto del todo, no como para no sentir algo tan épico.

—¿Qué narices me has…? —Le aparto el pelo que el sudor le ha pegado a la cara.

—Te he visto en la cara que ibas a esperar y esperar, y creí que me moriría si no… —jadea, nos reímos y vuelvo a besarla.

La dejo oculta tras unos setos altos y tupidos que distan bastante de la siguiente luz y voy a por su vestido y mis pantalones. Cuando se lo llevo y la veo con los labios de un intenso rojo por el roce incesante, el pelo revuelto, cierta humedad brillante manchándole la pierna y completamente desnuda,… *otra erección.*

—Dime que pare y lo haré —acaricio las curvas en las que quiero matarme.

—No pares nunca.

Digamos que cuando salimos de allí, lo hacemos por falta de líquidos y porque a cierta persona le han temblado tanto las piernas que ya no se tiene en pie. Beso su mano y tiro de ella a la cocina que, después de preguntar «¿es aquí?», y recibir un montón de negativas entre risas, encuentro. Le sirvo una taza a ella y otra a mí.

—¿Y esa sonrisa? —trago con dificultad intentando digerirla, pero

no puedo.

—¿Sabes que estamos bebiendo en portavelas? —pregunta entre risas.

De latón con mango y platillo incorporado, daba el pego de una taza. Hundo los dedos en sus costillas y le doy motivos para reírse. Todo acaba en un beso que me despoja de mis muros, lo cual nos deja en terreno pantanoso.

—Tienes que dejar de acercarte tanto a mí o no voy a poder evitar hacerte mía hasta el punto de no poder soltarte, ángel.

—¿Y si no quiero que me sueltes?

Pego su frente a la suya.

—No sabes lo que dices.

Compartimos un duelo de miradas en el que ninguno de los dos quiere disparar.

—Amy, aquí estás —Dhona nos corta el paso al llegar al pasillo—, ¿cómo has podido levantarte de la mesa e irte sin más?

Me interpongo, bajo el tono y me inclino hasta que nuestras caras están a la misma altura.

—Hemos salido fuera porque si hubieras presenciado lo que acaba de pasar en el jardín, no podrías pensar en otra cosa el resto de tu vida. Te puedo asegurar que la que tiene que darte lecciones sobre como follar, es ella.

—Pero…¡Pero bueno! —Se enrojece.

—Haz que tu marido se saque el palo que tiene metido por el culo, así tal vez tu vida sea lo bastante interesante como para que dejes de meterte en la de los demás.

—Solo se preocupa por ti, Dhona, es por tu bien —añade Amy.

Decir que le salen cuernos de la rabia se quedaría muy corto. Tiro de mi ángel y me la llevo, es una suerte que se acuerde de ir a buscar la ropa que nos falta.

Nos encontramos a Victoria, Bárbara y Bruce, pero ni rastro del estirado bocachancla.

Victoria extiende sus brazos en mi dirección.

—Has pasado todas las pruebas, Jay-Duncan. Bienvenido a la familia. —En su abrazo no puedo evitar preguntarme si es esa la razón por la que no ha defendido a su hija durante la cena.

Tampoco puedo evitar preguntarme si me convence.

En el taxi de vuelta estamos muy callados, desconozco su razón, pero sé muy bien la mía. Una vez lejos del peligro, cuando no necesita mi protección, soy capaz de ver con claridad el error que fue empezar esto.

«Eres un pedazo de mierda, ¿me oyes? Y todavía no sé por qué sigues vivo, pero si no te callas, vas a dejar de estarlo».

Amy busca mi mano, la entrelaza con la suya y la besa. Reprimo mi impulso natural de soltarla. De bajarme del coche. De poner tanta distancia física como sea posible.

Me lo prometí, que no jugaría con ella, que no la metería en el fango. Soy un cabrón. Soy un hijo de puta. Se me revuelve el estómago. Me desabrocho el botón de la camisa y empiezo a marearme.

—¿Duncan? Tienes que sacar tu billete —dice, solo entonces veo al empleado del aeropuerto expectante.

Ha tenido una cena de mierda, lo mínimo que puedo hacer por ella es esperar a decírselo. O puede que no esté diciendo las cosas como son: puede que vaya a esperar a joderlo todo hasta más tarde con tal de no presenciar las putas consecuencias. Pero esa es la perversa verdad, no quiero verlo, aunque eso me convierta en un cobarde.

—¿Cuándo volveremos a entrenar? —pregunta en el asiento de al lado mientras esperamos al despegue—. Mi mano ya está perfecta.

Inspiro con fuerza sintiendo cuchillas entrar en mis pulmones,

arañas que lo muerden todo, veneno que me intoxica. *Está tan contenta ahora que nos hemos ido, que volvemos a casa.*

—No lo sé.

—¿Mañana?

—No.

Cierro los ojos, pero aún entonces, noto como su cuerpo se apaga a mi lado. Lo siento en cada célula del mío. Me revuelvo asqueado, con ganas de vomitar. Estoy jodido. De esta no me voy a librar. Las consecuencias van a ser una hostia bien dada, de las que te dejan marca mucho después de que la mano desaparezca, y me la merezco de calle.

Me da dos toques con el dedo en el antebrazo interrumpiendo mi monólogo de autodesprecio, la miro.

—¿Estás bien?

—Cansado.

—Me huele a mentira —arruga la nariz. *Es tan preciosa*—. ¿Mi familia ha sido demasiado?

Lo odio. Que su primera reacción no sea culparme a mí, sino a sí misma. ¿Cómo no ve que ella es perfecta y yo un puto saco de problemas del que debería alejarse?

—No lo ha sido, duérmete.

—No tengo sueño —bosteza.

No se duerme, lo sé aunque se pase el resto del vuelo con los ojos cerrados.

«Siendo sinceros, nadie quiere un crío de tu edad, eres muy mayor y a la gente le pirran los bebés. Además, legalmente estamos obligados a contarles tu historia y al saberla, dudo que alguien te vea como algo más que un trauma andante. Lo mejor será que te vayas haciendo a la idea de que esta va a ser tu vida. Estas paredes blancas son lo único que vas a tener».

Me duele la espalda que no veas después de estar ocho horas en esa lata de sardinas que, ni de lejos, preparan para gente con cuerpos de tamaño mayor a la media. Cuando aterrizamos en Chicago el cielo más gris cubre la ciudad y alguien ha tenido que meter ortigas en mi traje porque me pica todo. Justo entonces recibo un mensaje de Magnolia.

Mensaje de Magnolia
09:07 Tenemos que hablar urgentemente.
09:08 Es sobre Liam.

—Deberías quedarte en mi casa, es más seguro —empiezo, ya tras el volante de mi coche—. Yo no estaré allí porque tengo trabajo atrasado que atender, pero hay de todo en la nevera y los armarios. También he comprado el champú que te gusta. Además, te dejaré el número de Iksáia por si…

—Estás flipando.

Aparto la vista de la carretera un segundo.

—¿Cómo dices?

—Te lo veo en la cara, estás flipando por algo y me gustaría que me hicieras partícipe de ese monólogo interno autodestructivo para rebatírtelo.

Mentir solo retrasará lo inevitable, así que no lo hago.

—No estoy flipando, Amy, es solo que… Tenemos que parar. No puedo seguir acostándome contigo.

Su cabeza se mueve hacia atrás como si hubiera hecho lo impensable.

—¿Por qué no?

Aprieto el volante al oír el cambio drástico en su tono, dolido, triste.

—Estoy tratando de protegerte. Sabes a lo que me dedico y que ese fue siempre mi objetivo. Nada más. Por eso te entrenaba. De no ser por Connor yo jamás me habría acercado a ti. Es cierto que, como adultos, decidimos aprovecharnos de una relación más física, pero me da la sensación de que para ti esto ya no es solo sexo. No quiero que te hagas ilusiones con algo que no es más que mera diversión, así que me veo obligado a poner un límite antes de que…

—¿De que una pobre tonta se enamore de ti? —Resopla—. No seas condescendiente conmigo y encima no tengas la poca vergüenza de mentirme a la cara. ¿De verdad esa mierda te vale como excusa?

—No es una excusa, Amy. Te dije desde el principio que no podía darte lo que querías y no me mentí.

—No te he pedido nada, Duncan. Ni lo hice entonces.

Esa es la cuestión, que yo quiero dártelo. Pero prefiero morirme a ofrecerte mis manos vacías.

—Eso no importa.

—Importa mucho. Te has colado en mi casa, me has obligado a dormir en la tuya.

—Es mi trabajo.

—¿Tu trabajo? —Se le hunde el pecho—. Duncan, me has hecho imposible no ena… ¿y ahora…? —respira de forma sonora—. Para el coche.

—Amy, mi vida ha sido un desastre desde el primer día. No puedo cambiar lo que soy.

—¿Te parece que quiero cambiar en algo lo que eres? Eres tú el estricto, el de las normas. No, lo que pasa aquí es algo muy distinto. ¡Duncan, para el coche!

Lo hago de inmediato, junto a la acera de la transitada ciudad de Chicago.

—Amy, cálmate.

—¿Que me calme? —el desprecio inunda sus ojos negros, esta vez brillantes por una razón distinta—. Eres un cobarde.

—Puedes odiarme si quieres, no cambiará nada —aparto la mirada.

—No, no lo hará, porque no tienes agallas para *sentir* nada, ni para atreverte a que te hagan daño de verdad. No cambiará nada porque estás muy cómodo en tu palacio de cristal y lujo prohibiendo el acceso a todos con tal de no implicarte emocionalmente.

—A partir de ahora no seré yo el que te entrene, pero Jeremiah podrá verte cada día, si así lo quieres. Te lo recomiendo, estás haciendo grandes progresos a muy buen ritmo.

Se ríe, dolida.

—Vete a la mierda. —Se le desfigura la cara con pura rabia y por poco arranca la maneta al abrir la puerta.

—Amy. —La alcanzo en la calle—. Amy, para. Esto no significa que no vaya a protegerte, solo que pondré distancia.

—Llega un momento en que las circunstancias que nos han tocado dejan de ser lo más importante y lo que hagas tú con ellas se convierte en lo primordial. Mira, sé que tu vida ha sido complicada…

—No tienes ni idea.

—Pues cuéntamelo —pide, no, suplica, cogiéndome de la camisa —, déjame ayudarte. Estoy aquí, contigo, y quiero hacerlo. Puedes confiar en mí, Duncan.

—A Connor lo busca la policía así que no te lo encontrarás en el aeropuerto, ni tampoco en casa. —Su agarre se suelta con mis palabras, da un paso atrás y deja de mirarme. Tengo que cogerla cuando me bordea para que no se vaya—. Amy, para.

—Duncan, suéltame, te lo advierto.

Solo entonces me doy cuenta de que nunca más volverá a pedirme que me acerque, que la bese, que la haga mía.

—No puedo dejar que te vayas sola hasta High River con Connor aún sin localizar. Sube al coche, por favor, deja que te lleve.

—Soy bien capaz de pedir un taxi. ¿Y qué parte de vete a la mierda no te ha quedado clara? —Aparta mi mano de un tirón.

—Amy, no es seguro. Escúchame —alzo la voz, quiero agarrarla, pero me contengo.

—Vuelve a tocarme y tu coche pagará las consecuencias.

Es gracioso que crea que podría importarme una mierda lo que le pase a mi coche.

—Escúchame, si no paro ahora…

—Ya, ya, me harás daño. No estoy dispuesta a fingir que eso te importa lo más mínimo, así que corta el rollo ya.

—¿Cómo puedes decir eso?

Vuelve a reírse, esta vez con los ojos rojos e inundados por algo más que rabia.

—¿Sabes qué es lo peor, Duncan? Que sí, que me lo advertiste. Me lo dijiste alto y claro, y fui yo la idiota que insistió. La que te obligó a… Pero no volveré a hacerlo. Te he oído alto y claro, voy a dejarte en paz. Solo espero que tú hagas lo mismo.

La veo girar la esquina, desaparecer, y me veo a mí quedándome justo donde estaba, sin hacer absolutamente nada. *Tengo justo lo que me merezco, su odio. Nunca debí tener otra cosa.*

—¿Qué quieres, Magnolia? —pregunto al llegar al gimnasio, está esperándome fuera en la entrada.

—Vaya cara que traes, ¿te ha dado una paliza una banda callejera? Espera —me coge de la chaqueta cuando paso de largo—, es importante. Se trata de Kiara. Ha vuelto a dar señales de vida.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Y por qué Liam no me ha dicho nada?

—Porque no lo sabe. Me la he encontrado temprano esta mañana, sabes que de camino aquí paso por High River con el coche y bueno,

me ha dado un susto de muerte.

—¿Qué te ha dicho?

—Lo de siempre —se encoge de hombros y se cruza de brazos—, quiere dinero.

—Gracias por avisarme, Magnolia. Yo me encargo desde aquí. —Le doy un apretón a su brazo y ella pone su mano encima.

—Gracias a ti por cuidar siempre de Liam y mis sobrinos. No se merecen la madre que tienen.

No, pero la vida rara vez es justa.

Me meto en mi despacho y hago lo pertinente para que Kiara no lo fastidie todo. Después, llamo a Levi-Ryan Diago, porque hay un favor que tengo que pedirle. Entonces me reúno con la mujer viva que más desprecio, en la entrada de mi local.

—Más vale que te estés muriendo.

—¿Ni unos buenos días? Hace nueve meses que no nos veíamos, Duncan. —Kiara se levanta las gafas de sol dejando expuestos unos ojos muy rojos por la mierda que fuma.

Cada vez que la veo, siento más el peso con el que carga Dallas por parecerse tanto a ella.

—Dame una buena razón para que mis hombres no te saquen a rastras de la ciudad.

—Te voy a dar cincuenta mil razones, en metálico —extiende su brazo hacia mí y abre la mano mostrando su palma—. Si quieres que no moleste a mis hijos, ya sabes lo que toca.

17

Amy

Estoy perfectamente. La puerta se cierra de un golpe más fuerte del que debería, pero yo no soy la responsable, debe ser el viento, aunque las ventanas están cerradas. Obligo a mis pulmones a meter oxígeno, pero no lo consigo del todo. Se me encoge el estómago y se mueven los hombros, no sé por qué. Estoy mareada, fijo que incubando algo raro también. Cierro las cortinas y me acuesto porque no he dormido nada en el avión, pero mis sábanas huelen a él.

Huelen a él porque se empeñó en dormir aquí. Igual que se empeñó en acompañarme al maldito Londres. A defenderme. A decir… Arranco las sábanas, el edredón y la colcha en la oscuridad. *«Estás a salvo conmigo, ángel. Quien quiera hacerte daño tendrá que pasar por encima de mi cadáver».* Lo saco todo de la habitación y cierro de un portazo. *«Estoy contigo».* Me apoyo en ella para asegurarme de que no se abre. Que nunca vuelve a abrirse. *«Tienes que dejar de acercarte tanto a mí o no voy a poder evitar hacerte mía hasta el punto de no poder soltarte, ángel».*

Eres un capullo y un mentiroso, y te odio.

Te odio muchísimo, Jay-Duncan Vojak.

Me tumbo sobre el colchón con mi almohada, acurrucada de tal forma que mi abrigo me tape de pies a cabeza y escapo de la única forma que puedo.

Me despierto a media noche, sedienta. El ardor en el pecho vuelve tan pronto como el primer recuerdo de realidad, así que cojo una bolsa de patatas fritas, el agua y vuelvo a la cama. Mi cuerpo cae sobre el colchón como si estar de pie fuera demasiado esfuerzo y no soy quién para desobedecer sus órdenes.

Cierro los ojos en cuanto se me humedecen más de la cuenta.

La pantalla de mi teléfono se ilumina en la mesita de noche, a eso de las cinco y media de la tarde del día siguiente. Me cuesta un poco enfocar la vista porque tengo los ojos sequísimos de no haberme quitado el maquillaje, pero leo:

Mensaje de Duncan

09:57 Has llegado bien a casa?

10:38 Cuándo vuelas de nuevo?

10:58 Necesito que me pases tu horario y saber que estás bien.

12:22 Amy, somos dos adultos, no tienes por qué ignorarme así.

[Cinco llamadas perdidas]

20:19 Liam dice que no has salido de casa. Puede que estés durmiendo por el jet lag, por favor, llámame cuando te despiertes. Sea la hora que sea.

23:45 Amy, esto es lo mejor para ti, créeme. No… no tengo dentro de mí lo que buscas.

03:00 Nunca he querido hacerte daño.

08:29 Dallas y Erik no paran de preguntar por ti, no te ven desde antes de Londres, ¿a ellos también vas a ignorarlos?

[Siete llamadas perdidas]

17:33 Si sigues actuando como una cría y no contestas mis llamadas, ni mensajes, iré a verte. Echaré la puerta abajo si es preciso. Enfádate conmigo lo que quieras, pero te doy una hora para tragarte el berrinche infantil y contestarme antes de obligarte a necesitar un cerrajero.

Demasiado dormida para aguantarme el cabreo y la irritación por ese «cría» y «berrinche infantil» marco su número y odio la secreta

satisfacción que me produce oírle contestar al primer tono.

—Para, ¿me oyes? Para de escribirme, de llamarme y de amenazarme con venir a verme. Si no te contesto es porque no quiero hablar contigo. Sé a qué viene lo de cría y es un intento muy patético —*y útil*—, de llamar mi atención. Ya basta, Duncan. Respeta mi decisión como yo he respetado la tuya.

Cuelgo antes de que tenga opción a decir nada.

Me he pasado semanas intentando que se abriera a mí, ha tenido su oportunidad de hablar. Ahora ya no quiero escucharle.

La traición apareció de la nada, primero como un rasguño en mi ventana y luego como una grieta tan grande que es imposible que el frío no se cuele. Oigo cómo llaman a la puerta y juro que si es él, no respondo. Me levanto dando tumbos. Utilizo la mirilla por primera vez en la vida y doy un paso atrás. Se me caen los hombros con el peso, me doblo sobre mí misma y me apoyo en las rodillas mientras mis lágrimas mojan el suelo.

—¿Quién os lo ha dicho? —pregunto a través de la puerta.

Pero ya sé quién ha sido. Joder, cuánto te odio.

—¡Amy Violet Harleen, abre la puerta ahora mismo! —grita Lexi Diago.

—¡Abre aunque tu segundo nombre no sea Violet! —exclama Daisy Dooren.

Abro la puerta antes de que la echen abajo y aunque estoy súper enfadada de que estén aquí, cuando impactan contra mi cuerpo, juro que me siento en casa. *Ellas son mi hogar. Ellas y Nina.*

—Empieza a hablar, ¿desde cuándo pasa? —pregunta Lexi enfadada y con los ojos tristes—. ¿Desde cuándo tienes un acosador?

—¿Quién os lo ha dicho? Espero que Nina no lo sepa.

—¡Pues claro que lo sabe! —dice Daisy entre lágrimas—. ¡No íbamos a dejarla al margen como has hecho tú con nosotras! Hemos

prometido escribirle en cuanto sepamos algo, y más te vale hacerlo tú también.

—¡Está a punto de dar a luz! ¡No podéis asustarla así!

—Llevabas tiempo rara, las tres sabíamos que algo pasaba —dice Daisy—. ¿Te crees que no estábamos nerviosas?

Furiosa voy a por el teléfono, muy dispuesta a cantarle las cuarenta, pero me lo quitan de las manos.

—Tienes mucho que contarnos antes de enfadarte con él —dice Lexi—. Para empezar, ¿cómo has podido ocultarnos esto?

—Le dijo la sartén al cazo —intento recuperarlo—. Hace no mucho tiempo tú estuviste en mi situación, ¿o ya no te acuerdas?

—No, porque solo puedo pensar en que voy a matarte después de acabar con Levi —dice con ojos rojos.

—Levi-Ryan y Kadmus estaban trabajando, Duncan los contrató, legalmente no podían decir nada. —*No sé por qué mierda los defiendo.*

—¡Pero es que la que debería haberlo contado eres tú! ¡¿Se puede saber de qué vas?! —pregunta Daisy incapaz de quitarme las manos de encima, ni de parar de llorar—. Las dos tuvisteis la oportunidad de involucrar al resto en vuestro peor momento y no lo hicisteis.

—Yo solo pretendía protegeros, ¡Elian Anders era un peligro!

—¿Y qué crees que estaba haciendo yo con Connor? —le rebato.

—¡Ese es el quid de la cuestión! —grita Daisy—, que cuando estás hundiéndote en arenas movedizas no tienes que preocuparte de nada más que de chillar para que te tiren una cuerda.

No puedo verla así, a ninguna, así que les doy lo que quieren. Les cuento desde cuándo pasa y vuelan los manotazos. Descubro que efectivamente, Duncan avisó a Levi-Ryan esta mañana, que fue él quien le dio vía libre para avisar a mis hermanas. *Y no dudó ni un segundo en hacerlo. Panda de capullos.*

—Eso explica por qué narices has cambiado de dirección mil veces

en los últimos meses, pero has evitado de manera forzosa mencionar al tío musculoso de mandíbula angulosa que ha hecho una videollamada conmigo cuando iba hacia el aeropuerto de Detroit —dice Lexi sentada en la mesita de café frente al sofá, igual que Daisy.

Me tomo un instante para tragarme la imagen que tengo frente a mí. La chica de los lazos y la de las flores. *Mis chicas. Y la que falta está presente sin estarlo.*

—A mí también me ha llamado y casi me tropiezo en la terminal. ¿Esos ojazos verdes venían con el aura de atormentado o se los compró aparte? —pregunta Daisy—. Ese tío no debería estar en una habitación oscura de no sé qué gimnasio. Debería estar bajo los focos.

—¿Podemos no hablar de Duncan? —cierro los míos—. ¿Por favor?

—Pero es que a Nina no le va a valer una carta a medias —dice Daisy, que tiene el papel en el regazo y lleva tomando notas desde que empecé a hablar.

—Nina no debería saberlo. —Me llevo las manos a la cabeza y me levanto, como si el paseo nervioso sirviera—. Esto es una cagada monumental.

—Eh, frena, iremos a Mountville después de asegurarnos de que tú estás bien —Lexi aparece frente a mí y me pone las manos en los hombros—. Preocúpate por ti un segundo, ¿qué ha pasado con Duncan?

Utiliza *ese* tono. El de hermana mayor. El de «puedes confiar en mí hasta el fin de los tiempos». El de «yo nunca te voy a fallar».

—Quiero dejar claro, que no siento… nada por él —me tiembla el labio inferior y Daisy me coge la mano.

—Por supuesto que no —dice compartiendo una mirada con Lexi.

—Nada en absoluto —se suma Ms. Diago.

Solo soy consciente de que lloro porque Daisy se encarga de

apartar todas y cada una de mis lágrimas, como si verme llorar fuera lo último que puede soportar. No me dejo ni un solo detalle y al acabar, me froto la cara con rabia y la hundo en la almohada de mi cama deshecha y sin edredón.

—No sé por qué le he perseguido así. No entiendo nada de lo que he hecho, es como si mis decisiones no me pertenecieran y fueran de otra persona.

Comparten una mirada demasiado rápida como para que descifre lo que significa.

—Se presentó en Nevada, Amy. En *Nevada.*

—Tiene un código moral muy estricto, Daisy, nada más. Decidió protegerme porque es a lo que se dedica, a salvar a mujeres en apuros, y con lo de Nevada solo estaba cumpliendo su promesa. No tiene nada que ver conmigo. *—Estúpido, estúpido hombre de palabra.*

Las dos comparten otra mirada extraña y un breve silencio en un idioma que no hablo.

—¿Qué? —pregunto—. ¿A qué viene eso?

—Tú te fuiste del vestuario y él fue a buscarte —remarca Lexi pasándome de nuevo la toallita desmaquillante por los ojos—. Y después te compró comida, te llevó a su casa y te pidió que te quedaras con él.

—A una casa donde no había vida, una cuyos armarios ha llenado de todo lo que puedas necesitar tú. No él, tú —sigue Daisy—. Encima fue a Londres por voluntad propia y te defendió de Paul y de Dhona.

—Y te obligó a encariñarte de esos adorables niños después de decirte que de ninguna manera podías acercarte a ellos.

—¿Hay algún motivo por el que estéis repitiendo todo lo que os acabo de contar? —doy un golpe en la cama y vuelan los trocitos de patatas—. Oye, ¡vale ya de miraditas! ¡Hablad!

—Tienes que ducharte, hueles fatal —Daisy me empuja de la

cama—, venga, ahora mismo.

—Tiene razón, pareces Nina-Dinamita en sus momentos más bajos —Lexi tira de mí como si pretendiera sacarme el brazo de sitio—. Así no puedes bajar a cenar.

—¿Bajar a cenar? ¿A dónde?

—Pues aquí, cualquiera sale de High River con un acosador amenazando tu integridad física —dice Lexi—. Lo siento, estoy muy-pronto-divorciada de un hombre que habla así todo el tiempo.

—No la tomes con el pobre Ryan —dice Daisy que no ceja en su empeño de empujarme hacia la ducha—. Vamos, My-My tú te duchas y mientras tanto yo pondré una lavadora con tu juego de cama.

Obedezco porque dudo tener opción.

Aborrezco lo enrojecidos que tengo los ojos al salir. Tanto que casi ni me miro. Pero odio más que ellas estén aquí, arreglando todos mis desastres, preocupadas… me siento fatal. *Y aun así, mis pensamientos son cadenas que te atan a mí, que no me dejan soltarte.*

Abro la puerta del baño y oigo susurros:

—Yo tampoco estoy acostumbrada a verla así, me parte el alma.

—Como vuelva a llorar iré a buscar a ese caraculo y le romperé las piernas.

—¿Qué es todo esto? —pregunto boquiabierta.

Han hecho mucho más que poner una lavadora. Mi dormitorio está tan ordenado que dudo cuánto tiempo he estado ahí dentro. Ya no hay ropa por el suelo, ni patatas por todas partes, la cama está hecha e incluso han puesto los cojines. Además, han ventilado el salón y las habitaciones, y ahora el apartamento huele a lluvia y a limpio.

—Ya hemos enviado las cartas a Nina —dicen y la opresión en mi pecho es tan grande que ni siquiera me pregunto cómo han conseguido hacerlo tan rápido y sin salir de High River.

—Esta noche vuelo, deberíais iros ya a Mountville.

—Buen intento —dice Daisy—, hemos llamado a Jasmin, ¿qué te crees? Sabemos que esta noche libras y mañana también. No nos la vas a colar.

Nota mental: matar a Jasmin, esta vez de verdad.

—Tu incurable necesidad de hacerlo todo sola no nos afecta nada, rica, tenemos escudo para todo.

—¿Qué es eso? —pregunto estrechando los ojos en dirección al papel doblado que me enseña Lexi.

—Es de Nina, léela.

De: Nina-Dinamita.

Para: Lexi

No os vayáis de allí hasta que esté bien. ¿De acuerdo? Prométemelo.

Amy nos necesita más que nunca. Aunque no lo admitirá en voz alta, nosotras siempre oímos lo que no verbaliza.

Por favor, Lex, ayudadla por mí.

Esperaré vuestras cartas.

Daisy vuelve a apartarme una lágrima trayendo más de camino.

—Pues eso, que no insistas. —Lexi ancla nuestros brazos y me llevan al dormitorio.

Las quiero tanto.

Cojo un chándal cualquiera, pero me lo quitan de las manos y acabo con una falda de tubo y un jersey verde a rayas que se me atraviesa, pero no soy capaz de quitarme.

Llegamos al único bar que además de cócteles sirven comida y veo a Antonio Tomás detrás de la barra. Las convenzo para no cenar allí cuando la idea de ser sociable amenaza con provocarme una hernia. *Por si fuera poco, tres tíos de rostros familiares del día del cine, llevan siguiéndonos desde que salimos de la ciento trece y mi mala leche crece por momentos.*

—Aquí está su pedido, señoritas —Antonio Tomás se lleva una mano a la comisura de la boca y dice en tono bajo—: me he tomado la libertad de añadir unas raciones extra de aritos de cebolla y alitas crujientes.

—¿Estamos en el paraíso? —pregunta Daisy, causándole una carcajada contagiosa.

—También he añadido dos docenas de buñuelos de chocolate que nos han quedado deliciosos. No están en la carta porque son pruebas para mañana, estos están demasiado dulces, yo aviso —nos guiña un ojo.

—Nos intoxicaremos a tu salud, AT —dice Lexi haciendo una reverencia.

—Eres un encanto, Antonio —dejo un billete de veinte en su bote de propinas y me dispongo a pagar la cena, pero frena mi mano antes de que llegue al datáfono.

—Ya ha hecho mucho por mí, señorita Harleen. Mi familia lleva eufórica desde que les dije que iba a ir a verlos y es todo gracias a usted. Déjeme invitarla esta noche.

Lexi y Daisy me sacan de allí antes de que monte un pollo por convertirme en un monstruo de llantos y mocos. ¿Pero al salir del ascensor a quién nos encontramos? *Pues claro que sí.* A Liam, Svetlana, Erik, Dallas y… Jay-Duncan Vojak.

No lo mires.

No. Le. Mires.

—¡Amy! —Erik y Dallas corren hasta mí, seguidos por Rex, y me agacho para darles un abrazo de oso.

Mala idea, mala idea, mala idea.

—Llevamos tantos días sin vernos —dice Erik gesticulando cuando se suelta—. ¿Nos has echado de menos? ¿Nos has echado *mucho* de menos? Yo a ti así —extiende los brazos.

—Yo también —dice Dallas dice desviando la mirada como el que no quiere la cosa—, ¿y tú?

—Pues claro, ¿quién podría no echaros de menos, a ver? —Me arde la garganta, pero aprieto los labios lo bastante como para sonreír y que no se note que me tiemblan.

—Eh, ¿qué os he dicho de asaltar a la gente? —pregunta Liam.

—¿Que lo hagamos? —pregunta Dallas causando risas.

Rex se queda a mis pies, me chupa la mano, luego restriega su cara contra mi rodilla y me termina de derretir. *Sin duda es un Brodly*. Erik me vuelve a curvar la sonrisa con los dedos cuando la pierdo.

—¿Estás triste, Amy? —pregunta por lo bajo ladeando la cabeza.

Sacudo la cabeza con efusividad, poniéndome de pie antes de que me lea como un libro abierto. *La sensibilidad que tiene es una lupa que todo lo ve.*

—Buenas noches a todos —digo mirando a Svetlana, lo cual se vuelve un boomerang. *Otra que oye la voz de mi cabeza sin interferencias.* Carraspeo—. ¿Vais a cenar?

—Un estómago lleno es un corazón feliz.

—Sí, ¿queréis uniros? —pregunta Liam con su sonrisa dulce cogiendo a Rex en brazos cuando reclama su atención.

—Sería genial, esta noche hay hamburguesas en el menú y a ti te encantan, Amy —subraya Dallas.

¿Por qué todo lo que dicen es como un cuchillo en el estómago? ¿Porque estoy viendo todo lo que he perdido, es eso?

Tengo que mudarme a la de ya.

—No podemos, las noches de chicas son sagradas —dice Lexi saliendo a mi rescate justo cuando me quedo sin habla.

—Hemos pedido mil toneladas de deliciosa comida insana y tenemos pensado comérnosla toda. Soy Daisy por cierto, hermanastra y alma gemela de Amy.

—Yo soy otra. Alma gemela y hermanastra, digo. Me llamo Lexi Diago. Hemos oído hablar mucho de todos vosotros.

—¿Las hermanastras no son brujas malas? —pregunta Erik a Dallas.

—Las etiquetas siempre simplifican lo profundamente complejo, tesoro —dice Svetlana despeinándolo con su infinita sabiduría.

Lexi echa a andar y Daisy tira de mí.

—¿Mañana vendrás a jugar? —pregunta Erik.

—Es sábado —remarca Dallas, también mirándome.

Piedras y más piedras en el estómago.

—Estará ocupada, ¿no veis que están sus hermanas? —les dice su padre.

—Otro día, ¿vale? —intento sonreír.

—¿Pero pronto? —este es Dallas.

Asiento y nos vamos. Salvo que no nos vamos de verdad. En el momento que Lexi y Daisy giran la primera esquina del pasillo y la familia entra en el ascensor, Duncan tira de mi muñeca y me obliga a darme la vuelta hacia algo que intento dejar atrás: él.

—¿Podemos hablar?

No le mires.

—Preferiría que no —mi voz suena rara, gangosa—. Ya hemos hablado mucho.

Su olor. No puedo hacer nada contra eso. Ni contra lo que su tacto le hace a mi piel.

—Ángel…

—No me llames eso nunca más —alzo la vista, *craso error.*

Su pelo es una maraña despeinada, tiene la corbata torcida y mal ajustada, y si empiezo con las ojeras que gritan insomnio en todas direcciones, ya ni acabo. Mi estómago se da la vuelta. *«Atontas mi insomnio, ángel».* No debería importarme que esté peor porque su conciencia no le deja tranquilo.

—Has llorado —oigo sorpresa en su tono, la misma que analiza su rostro.

—Duncan, déjame, mis hermanas me esperan.

Su tristeza, palpable en cada línea de su rostro, resulta abrumadora y hasta parece real. *No lo es, sé que no lo es, pero lo parece.*

—Por favor, no ignores a Erik y a Dallas por esto. —Aprieta los dedos en mi muñeca y mi corazón jadea—. Amy, ellos no se merecen eso.

—Nunca lo haría. No soy una mala persona. El tiempo que me quede en High River te aseguro que ellos no notarán la diferencia.

—¿El tiempo que te quede? ¿Qué significa eso?

—Significa que voy a mudarme en cuanto pueda. ¿Suéltame, quieres? Ya no puedes tocarme cuando se te antoje.

Inhala fuerte y lo hace, me suelta, pero es casi peor porque sus dedos se quedan muy cerca, tanto que un instante de debilidad, los míos los alcanzan. Doy un paso atrás.

—Si sirve de algo, lo siento.

—No, no sirve de nada, Duncan. De nada en absoluto.

Le veo apretar los puños y me da rabia ver que las ganas que tengo yo de reducir la distancia, es compartida.

—Y te agradecería que te llevaras a las tres sombras que me has asignado, aquí Connor no puede entrar y me hace sentir en peligro, no a salvo —empujo las palabras hiriéndome la garganta con nudo enorme que tengo quemándomela.

—Lo siento, pero eso no va a ser posible.

Resoplo. Desearía hacerlo más convencida, segura, que mi rabia fuera mayor a todo lo demás. Ojalá pudiera poner un muro entre nosotros. *Ojalá la distancia hiciera algo, pero me da que ni con el puto globo terráqueo de por medio me libro de esto.*

—Buenas noches, Duncan.

—Tienes que entrenar con Jeremiah —dice alzando la voz para que me alcance—. Y puedes enviarle tu horario a Iksáia, si no quieres hablar conmigo. Tú solo… hazlo.

Me encantaría mandarlo a la mierda. Decirle que se meta su preocupación por donde le quepa. Pero me muerdo la lengua. Soy incapaz de soltarlo porque en el fondo sé que le haré daño y aunque él me lo ha hecho a mí… *dios, le odio tanto.*

Tantísimo.

No miro atrás. Daisy, Lexi y yo entramos en el apartamento ciento trece y procedemos a tener la fiesta de pijamas más triste de la historia. Iksáia se presenta a media noche de improvisto, pero en vez de con brownies lo hace con…

—Es un teléfono especial, señorita Harleen. Tiene incorporado un localizador y un sistema de alerta conectado a mi móvil. Solo con apretar el pequeño botón rojo lateral me enviará un aviso de que necesita ayuda. El señor Vojak me ha asignado a mí personalmente su seguridad, así que siempre estaré cerca. Ha creído que eso la haría

sentir menos incómoda.

Capullo. ¿Por qué tiene que seguir haciendo este tipo de cosas? El muy ultra capullo.

—Gracias, Iksáia. ¿Quieres unos buñuelos de chocolate? Tenemos un montón.

Sacude la cabeza y parece querer decir algo, pero tarda tanto en soltarlo que dudo si las lágrimas (que desde luego me estoy aguantando) le están haciendo flipar.

—Ha habido mucha gente que ha intentado derrocar el negocio del señor Vojak a través de mí, ¿sabe por qué nunca dejaré de serle leal?

—¿Por qué, Iksáia?

—Porque cuando mi hija se puso enferma en mi primer mes de trabajo, y no tenía dinero para pagar los costes médicos, él se encargó de todo. Así es el señor Vojak una vez le elige, señorita Harleen. Hay muy pocas personas en las que confía de verdad, se pueden contar con los dedos de una mano, igual que las personas que ha dejado entrar en su casa —hace una pausa—. Las palabras dejan de tener excesiva importancia cuando las acciones hablan en alto. Que pase buena noche.

Cierro la puerta oyendo el eco de mis latidos.

—Qué profundo.

—Me cae genial ese tío.

Lexi y Daisy están apoyadas a cada lado de la entrada, con sus bebidas en la mano. *Por favor, universo, ¿se puede acabar este día ya? Ah, ¿y puedes dejarme que lo odie en paz?*

—Amy —dice Lexi cuando los créditos de la tercera película romántica aparecen en pantalla, todavía tiene la cuchara del helado en la mano.

—¿Sí?

Su primera respuesta es abrazarse a mi costado, la segunda:

—No dejaré que Connor Hanes se vuelva a acercar a ti.

Daisy, medio frita, extiende una pierna sobre mi regazo y acurruca la cabeza contra mi hombro.

—Yo tampoco —a tientas, coge el brazo de Lexi—, escudo.

Escudo, dice. Dios, cuánto las quiero.

Nos quedamos dormidas en el sofá y como era de esperar, mi mente no me deja descansar ni siquiera en sueños.

18

Jay-Duncan

💌

Tenía la historia clara en mi cabeza, cómo iba a acabar, y no era así.

Si estoy haciendo lo correcto, ¿por qué siento que me estoy muriendo?

Me obligo a cerrar los ojos, pero mi insomnio está en el momento álgido de su carrera. *«Tú eres el problema, Jay. Tu padre y yo… éramos felices, ¿sabes? Lo fuimos hasta que llegaste tú».* Salgo de un recuerdo para meterme en otro. *«¿Te parece que quiero cambiar en algo lo que eres?».*

Creí que podría aceptar el desprecio de cualquiera, el odio, el enfado, que podía aceptar lo que fuera porque no había nada que rompiera el escudo que me había fabricado con sangre, sudor y lágrimas. Pero verla evitar mirarme a los ojos anoche ha estado cerca de volverme loco en mitad del puto pasillo. La idea de que vaya a ser así de ahora en adelante me pone enfermo. ¿Sería capaz de fingir que no estoy ahí hasta que sea verdad?

Mensaje de Iksáia

06:23 La señorita Harleen me ha enviado su horario de las próximas dos semanas, señor. He pensado que le gustaría saberlo.

Le ha escrito a él, va a cerrarme todas las puertas. *Un navajazo*

habría sido mejor, gracias. Me ducho, me pongo el traje e incluso la corbata. *Porque si puedo hacer esto bien, también puedo soportar las siguientes veinticuatro horas.*

En cuanto llego a la cocina listo para preparar café, Rex aparece dando tumbos hasta mis pies, luchando por abrir los ojos.

—Rex, tío, ya te lo he explicado cien veces, no hace falta que te levantes a mi hora, que tú no tienes insomnio —le rasco detrás de las orejas y bosteza—. Eres un cachorro, necesitas dormir.

Me chupa las manos y me alegra ver que hay alguien que no me odia. Le pongo el desayuno en su bol y pongo agua al cuenco porque el tío bebe como un maratoniano. Me preparo el café, pero no me lo puedo tomar tranquilo.

—A alguien no le deja dormir su mala conciencia —Liam aparece bostezando y sin camiseta, porque la calefacción demasiado alta sigue siendo la costumbre.

—Piérdete, ¿quieres?

—¿Así que seguimos de mal humor, eh? ¿Todavía no te has sacado la cabeza del culo y has ido a pedirle perdón a Amy?

—Te dije que te mantuvieras al margen.

—Ya, ya —me quita la taza de las manos—, pero es que la cosa es, amigo, que me estás tocando los cojones. Odio verte así, vas a matarme a las plantas con tanta negatividad.

—Puedo irme si quieres —digo a sabiendas de que tiene que ir a trabajar y me necesita.

Pero no como esas veces que dice que tiene que trabajar y en realidad va a ver a Jasmin, lo de hoy es de verdad.

—Dejaré el tema por ahora solo porque me conviene, pero cuando no haya dos niños durmiendo en casa tú y yo vamos a hablar. —Me da un sobre.

—¿Qué es esto? —pregunto porque las de las cartas son… *Joder,*

cállate.

—Una bonificación. Me hicieron una transferencia y tuve que sacarlo en el banco para poder meterlo en un sobre y fingir que soy de Ocean's Eleven. Anda, cógelo.

—Un sobre un poco fino para ser de Ocean's Eleven. —Miro dentro—. ¿Por qué me das dinero?

—Es un adelanto de todo lo que voy a devolverte. Me has cubierto las espaldas cuando no tenía nada y soy un tío con buena memoria. Prepárate para que te mimen.

—Liam, no quiero tu dinero.

—Cierra el buzón, voy a devolvértelo.

—No lo hagas, úsalo para llevarte a tus hijos de vacaciones.

—También voy a poder hacer eso. Y todo gracias a ti.

—¿Vas a ponerte a llorar?

—Dame un abrazo, gilipollas.

Después de un abrazo con golpes fuertes y sentidos en la espalda, Liam se marcha prometiendo que volverá pronto, y yo me dedico a solucionar problemas del negocio hasta que Dallas se levanta.

—Ey, colega, ¿ya no tienes sueño?

—No —dice tirándose en el sofá a mi lado, quedando boca abajo.

—Pues nadie lo diría, ¿seguro que no quieres dormir un poco más?

—Amy —murmura contra el cojín sobre el que ha caído, todavía con los ojos cerrados.

casi se me cae el teléfono de las manos.

—¿Cómo dices?

—¿Sabes por qué Amy tenía los ojos tristes? Me preocupa. Siempre están alegres, lo dice Erik. A él también le preocupa.

—Son cosas de mayores. No deberíais pensar en eso.

—Ojalá se casara con papá y fuera nuestra madre.

Joder, esta no la he visto venir.

Si tuviera corazón, preferiría que me lo arrancaran a ver esa fantasía convertida en realidad, pero no se lo digo.

—¿Dallas? —Erik aparece arrastrando las zapatillas y frotándose los ojos, lleva un pijama demasiado grande, tal y como le dije a Liam en la tienda—. ¿Habéis desayunado sin mí?

—Sip —murmura Dallas.

—*Joooo* —se queja Erik poniendo morros, subiéndose a mi regazo.

—Es broooma —corre el muy blando.

—¿Qué queréis desayunar? —acaricio la espalda de Erik y la cabeza de Dallas—. ¿Cereales? ¿Tostadas? ¿Un ñu?

—Cereales con sabor a tostadas con sabor a ñu.

—Eso suena asqueroso —Erik arruga la nariz, curvándome la boca para que sonría—. Yo quiero un sándwich.

—¿De qué lo quieres? —pregunto.

—De cereales con sabor a tostadas con sabor a ñu —dicen al unísono.

Bajamos a desayunar antes de que tenga que matarlos.

Cuarenta y cinco minutos después, cuando estamos subiendo las escaleras exteriores con tal de no coger el ascensor, la veo en la entrada. Su inconfundible mini gris, su larga melena negra… *no me lo puedo creer. Hija de puta.* Se me hincha la vena del cuello, aprieto los puños, me cuesta respirar.

—¿Qué miras, Duncan? —pregunta Erik dándose la vuelta.

—Nada —lo cojo y me lo llevo, a Dallas también, en cuanto lo alcanzo—, vamos a darnos prisa.

—¿Por qué? ¿Tienes que ir al baño? —pregunta Dallas entre risas.

—No, tengo que ir a ver a Iksáia un momento. Me está esperando en la entrada.

—¿Podemos ir, podemos?

—No, Erik, tengo que hablar de algo muy importante con él que no podéis oír. —Abro la puerta de su casa y aporreo la de al lado—. Poneos a jugar a algo, ¿vale?

—¿A qué quieres jugar? —oigo a Erik preguntarle a Dallas en tono cantarín.

Me corre el sudor por la espalda cuando la puerta se abre y Amy aparece con una camiseta ancha y unos pantalones aún más grandes.

—Maldita sea, Duncan —su voz suena rota, un eco de lo que era. La forma en que da un paso atrás, como si no soportara estar cerca de mí, es peor que cualquier golpe. Entonces baja la mirada hasta sus zapatillas y lo remata—. ¿Qué parte de «déjame en paz» no te ha quedado clara? No quiero verte.

—Necesito que me hagas un favor —me aflojo la corbata porque el aire no llega a ninguna parte, un peso invisible me aplasta el pecho.

—No voy a entrenar contigo.

—No es eso. —Entonces caigo en algo, vuelvo a la ciento quince y bramo—: No os acerquéis a las ventanas, ¿vale? Iksáia ha traído a un hombre muy malo y no quiero que lo veáis, ¿entendido?

—Vale —dice Dallas con voz neutra.

—Prometédmelo.

—Prometido —dicen al tiempo.

—Duncan, ¿qué te pasa? —Amy pregunta detrás de mí, demasiado cerca como para no querer tocarla y como para no ver lo que aflora detrás de su odio—. Estás… sudando y pálido. ¿Tienes fiebre? ¿Te encuentras mal? —pone una mano en mi frente y joder, es mi puta debilidad.

—No pueden verla —bajo el tono, me acerco respirándola porque incluso eso me da fuerzas—. Por favor, Amy, ayúdame.

—Te ayudo, pero ¿ver a quién? Me estás asustando.

—Su madre está aquí.

—¿Su m…? —El horror se le atraganta.

—¿Puedes hacerlo? ¿Puedes cuidar de ellos quince minutos?

—Vete —sin hacer más preguntas, atraviesa la puerta ciento quince y cierra tras de sí—. Buenos días, ¿alguien dijo anoche que me echaba de menos?

—¡Amy! —exclaman al unísono.

Entro en el ascensor y me apoyo contra la pared recomponiéndome. Contengo un escalofrío, aprieto los puños, el ascensor sigue bajando. *No es normal para mí sentir una mierda de lo que me pasa. Kiara se presentó seis meses después de abandonar a sus hijos pidiendo dinero y ni pestañeé. Hice lo que tenía que hacer, me deshice de ella y Liam no se enteró. Siempre he tenido el control de todo hasta… joder, si tenía alguna duda de que había sido un error, esta las despeja todas.*

Las puertas se abren.

—Los remordimientos te están dando fuerte, ¿eh, muchacho? Es lo que tiene la conciencia, que por mucho que corras, ella siempre te alcanza —La mano de Svetlana me saca del ascensor.

—Estoy perfectamente —me aliso el traje.

Tira de mí y me pone una mano en la mejilla.

—Siempre te he visto luchar, Duncan. ¿Sabes por qué ahora es más difícil que nunca? Porque esta vez tu enemigo eres tú, es contra ti contra quien estás luchando y esta batalla no la vas a ganar.

—Kiara está aquí, no tengo tiempo para la terapia.

—¿Esa rata está aquí? ¿Dónde? —zarandea el bastón—. ¡Dime dónde que pongo mis puños en funcionamiento!

—No, no… *—buen argumento, tío, de aquí a Harvard—*. Yo me encargo.

—¿Estás en condiciones? Porque Dallas y Erik no pueden permitirse…

—Yo me encargo, Svetlana —la corto en un tono que, en cualquier otra situación me hubiera conseguido un golpe de bastón en la cabeza.

Salgo al exterior y el viento frío choca contra mi sudor espabilándome como necesito.

La veo tras las rejas, tan arreglada como cuando vino a mi gimnasio. Melena negra casi infinita, abrigo ajustado y un cúmulo de arrugas prematuras y mal disimuladas en el rostro, demostrando que no es oro todo lo que reluce. Como no, tiene un cigarro entre los dientes.

—¿Qué cojones haces aquí, Kiara?

—No me acostumbro a tu cara, ¿sabes? Mi cerebro asimila que eres guapo, pero te veo y me sigue chocando hasta qué punto lo eres.

—Apártate de las rejas —digo cuando la entrada se cierra a mi espalda, ella se limita a retroceder un par de pasos—. Te di el dinero a cambio de que volvieras a desaparecer. ¿No ha sido suficiente? Cuesta de creer teniendo en cuenta de que la primera vez lo hiciste gratis.

Su ojo tiembla de rabia, pero lo disimula rápido. Es así de buena en eso.

—¿Está Liam en casa? —se inclina para ver más allá de mi cuerpo —. ¿Puedo pasar a saludar a mis peques?

—No son tuyos. Dejaron de serlo cuando los abandonaste.

—Serán míos hasta el día en que me muera, incluso después —da una larga calada—, seguro que Erik sigue lloriqueando por mí.

—No me provoques, Kiara —Revivo el día que Liam vino a mí, su desesperación, su miedo, y se convierte en combustible para mi rabia —. Puedo dejarte sin nada con una sola llamada.

—Para quitármelo todo debería tener algo, y no es el caso.

—Te di dinero hace…

—Lo sé, pero ya no está. Necesito más.

—¿Sabes que mis hombres te están vigilando ahora mismo, no? —voy de farol, estoy tan fuera de mí que ni siquiera he avisado a Iksáia—. ¿Que te podría meter entre rejas por extorsión y si no lo he hecho ya es por tus hijos? No me faltarían pruebas, ni ganas de inventarme todas las historias que hicieran falta.

—Qué casualidad, justo he venido a hablar de cosas ilegales. —Se apoya en la puerta de su coche retrocediendo lo bastante.

Mis hombres ya me dijeron ayer que según el registro bancario de Kiara, se había estado fundiendo la pasta sin miramientos, pero no imaginaba que fuera tan tonta como para gastarlo en chanchullos ilegales.

Entonces me cuenta de qué se trata.

—¿Apuestas? ¿En serio? —Para colmo sé quiénes son los tíos con los que se ha mezclado: los mismos que quisieron hacer competiciones ilegales de boxeo en el gimnasio de Svetlana hace mucho tiempo.

Pura escoria. Si agentes como Levi-Ryan frecuentaran las calles de Chicago, ellos ya no estarían tocando los huevos, pero así están las cosas.

—No me mires así, yo también quiero ser rica como tú y tengo los mismos derechos. En fin, solo he venido a advertirte de que te harán una visita pronto.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No tenía más pasta gansa que darles y me sonsacaron quién había estado siendo mi patrocinador. Te diría que lo siento, pero tengo algo mejor para ti que una disculpa.

—Vete de mi vista antes de que haga que te detengan porque te juro que si cojo el teléfono te vas a morir en la cárcel.

—¿No quieres mi regalo? —Se carcajea—. Mira que la información que tengo fijo que no la conseguiría ni Iksáia. Las mujeres sabemos muy bien cómo ser discretas.

—¿De qué cojones estás hablando, Kiara?

—De la persona que me ha pagado para venir a verte. Mi deuda era mucho mayor a los cincuenta mil que te pedí a ti, ¿sabes? Ella me ayudó casi tanto como tú.

La negación es siempre el primer paso.

—Sí, sí, justo la mujer que tienes en mente. Este mes Magnolia se va a quedar sin dinero para las uñas, ¿pero qué son cuarenta mil dólares comparados con tener un motivo para que la llames? ¿Un secreto compartido? Algo que os acerque y a su vez te altere tanto los nervios que ni siquiera tú veas la trampa. —Me bordea y camina hacia el asiento del conductor de su coche—. Considera mi confesión un regalo de despedida, mañana cojo un vuelo a Texas donde ya tengo hablado un rancho. Quizá cuando tenga caballos y cerdos invite a mis hijos —cierra la puerta cuando se mete dentro, baja la ventanilla y asoma la cabeza—. Además, en honor a la verdad, siempre he odiado a esa zorra y la idea de joderle el plan una vez he conseguido lo que necesitaba de ella, me parece la guinda perfecta para mi pastel. ¡Nos vemos!

Camino por delante del coche. Despacio. Existe un momento de silencio después de verlo todo rojo. Cierta calma, igual que el mar antes de un tsunami.

—¿Un rancho, dices? —sonrío—. ¿Vas a comprarte un rancho? —Bajo la cabeza cuando se me mueven los hombros con una risa que reconozco muy bien. Lo siguiente que sé es que la sangre resbala por mis nudillos y que la ventanilla trasera de su coche tiene un agujero con la forma de mi puño. Quito la llave del contacto cuando intenta irse. *La muy desconsiderada, ¡pero si no he terminado de hablar! ¿Dónde están sus modales?*—. A partir de mañana no tendrás una cloaca en este país en la que puedas caerte muerta. Así que yo que tú, me iría más lejos que Texas, porque verás, me importa una mierda si intentas

ganarte la vida ordeñando vacas, mis hombres te encontrarán y antes de que cobres tu primer sueldo, tu nuevo hogar serán solo cenizas.

—¿Así me pagas mi cooperación? —al fin veo pavor en sus ojos—. ¡Te he puesto a Magnolia en bandeja!

—Has hecho mucho más que eso, Kiara, y lo sabes. Has sido un parásito para los Brodly desde que te cruzaste en el camino de Liam, pero eso se acaba hoy. Te di el dinero a sus espaldas porque creí que los dejarías en paz, pero es evidente que no me tienes el miedo que deberías, pero me lo vas a tener. Búscate la vida lejos del país, porque te aseguro que si oigo siquiera tu nombre, no me molestaré en hablar.

Le devuelvo las llaves y sale por patas derrapando con su coche de juguete. Me quedo en el aparcamiento, con sangre goteando de mi mano, tratando de lidiar con la ira que va a lograr que me explote el cerebro.

—¡Jodeeeer! —rujo a punto de perder la cabeza.

Cojo el teléfono y hago algo más sensato que eso.

Llamo a Iksáia.

19

Amy

💌

Lexi y Daisy están sirviendo unos zumos en la cocina con la supervisión de Dallas mientras yo preparo Spiderman en la tele porque es lo único que se me ocurre que los mantendrá entretenidos. Distraídos de la ausencia de Duncan y lejos de las ventanas. *Hemos jugado veinte minutos al escondite, pero casi me dan mil infartos. Está claro que Duncan se va a retrasar, así que…*

—¿Estás enfadada con Duncan, Amy?

—¿Yo? No. ¿Por qué lo dices?

—Porque los dos estáis tristes a la vez, y cuando Dallas y yo estamos tristes a la vez, es porque estamos enfadados el uno con el otro. Dallas dice, que Duncan ha dicho, que son cosas de mayores. Como tú eres mayor, ¿me cuentas por qué estás triste?

Con esos ojos azules taladrándome soy incapaz de mentir. Es como tener un detector apretándote en el brazo con la fuerza de una galaxia entera.

—Los amigos discuten a veces —*y hasta ahí puedo leer.*

—¿Es porque no te ha dicho te quiero?

Joooder. Pues no mira, más bien ha dicho lo contrario.

—Porque tienes que saber que él lo dice en silencio —añade mientras yo me ahogo con mis palabras.

—¿En silencio? ¿A q-qué te refieres?

—A cuando no lo oyes, pero lo sientes.

—¿Duncan nunca te ha dicho te quiero? —sacude la cabeza—. ¿Nunca?

La vuelve a sacudir con más efusividad, su pelo rubio despeinándose.

—No, nunca jamás —responde muy serio—. Papá lo dice un montón de veces para que así Dallas y yo podamos decirlo también de mayores. Pero Duncan… —agacha la cabeza—, a él no se lo dijeron de pequeño y ahora no puede decirlo. Pero sé que nos quiere mucho.

—¿Cómo lo sabes, Erik? —sorbo mis emociones.

—Porque cuando me mira, sus ojos hacen ¡pufff! —abre los puños cerrados—. Y cuando me abraza, lo siento en el cuerpo. —Se da toques en el pecho—. Él no abraza mucho, ¿sabes? Solo a unos pocos con suerte. También lo oigo cuando juega conmigo y Dallas. Y cuando papá hace coliflor, Dallas le escribe un mensaje y él se presenta "por casualidad" con pizza. Todas esas veces, sé que nos dice te quiero. Aunque lo diga tan flojito que casi no se oiga, yo lo oigo. —Asiente convencido y tengo que apartar la mirada junto con las lágrimas.

Vemos la película y yo sigo con las palabras de Erik en bucle en la cabeza.

Liam se presenta en casa una hora antes del mediodía y Duncan todavía no ha dado señales de vida. Veinte minutos después de dejar a los Brodly, seguimos hablando del tema.

—¿Y no le has dicho a Liam que su exmujer es la razón por la que Duncan se ha largado? —pregunta Daisy sentada en la tapa bajada del váter, ondulándole el pelo a Lexi porque le relaja los nervios.

—No, se piensa que es por algo relacionado con Connor —sigo paseándome de aquí para allá.

—El cual lleva días sin dar señales de vida, lo que no me

tranquiliza en absoluto —dice la clienta de la peluquería Dooren.

—¿Qué creéis que ha podido pasar? —Me muerdo la uña del pulgar. *Me he asomado a la terraza y en la entrada no había nadie*—. Le he llamado y tampoco lo coge. No quiero asustar a Iksáia apretando el botón del teléfono que me dio, pero ganas no me faltan.

—No nos importa, Amy —bufa Lexi con el rostro contraído—, lo que le haya pasado es indiferente, ¡que se pudra! Es un cretino, un cerdo, un capullo de mucho cuidado y un cobarde de mierda.

—Quédate a gusto, no te cortes —le dice Daisy.

—Es que no es para menos —me señala—, ¡la ha obligado a subirse a un barco con fugas y luego la ha empujado por la popa estando en mar adentro! ¿Se cree que puede jugar así con los sentimientos de *mi* hermana? Pfff, ¡por mí como si no vuelve a High River nunca más!

Dudo si está jugando con la psicología inversa, pero antes de defenderle me muerdo la lengua hasta que sangre.

—Que vuelva o no, a mí me da igual —me miro las uñas—. Lo decía por los Brodly.

Se levanta del taburete y me coge de los hombros.

—Después de ver cómo te pusiste anoche tras hablar con él, juro que quiero llevarte conmigo a Acorn Hill. Sí, puede que sea el cobarde con más agallas de la historia, y puede que te haya estado cuidando, y que en realidad, una parte de mí le estará eternamente agradecida, ¡pero se puede ir bien a la mierda! Te mereces un hombre que lo deje todo para estar contigo, Amy Harleen. Un hombre que prefiera morir a dejarte ir. Y es evidente que ese hombre no es Jay-Duncan Vojak.

«No quiero que te hagas ilusiones con algo que no es más que mera diversión». Cada vez escuece más, cada vez me siento más tonta. Le doy un abrazo fuerte porque la quiero mucho.

—Voy a cargarme mi popularidad por esto —Daisy alza el rizador

—, pero vimos cómo la miraba, Lex. Como le hablaba. Y el rey de la selva nunca agacha la cabeza para rendirle cuentas al ratón.

—¿Disculpa? ¿Por qué soy yo un ratón? —pregunto ignorando el mar de calambres alimentados por la esperanza que pienso matar con tequila esta noche.

—Tiene poder, no solo es un hombre muy rico, es más que eso. Existe una red de personas a su disposición que hacen suya la ciudad de Chicago y ayer, desde el primer instante que saliste del ascensor, Duncan no solo no te quitó los ojos de encima: te miraba como si fueras la mano que decide si vive o muere. Como si tuvieras todo su poder en la punta de tus dedos y él ni siquiera pensara en arrebatártelo. Y eso no es todo, ayer tú misma lo dijiste, Lex, nunca habíamos visto a Amy ponerse así por ningún tío.

La miro y agacha la cabeza.

—¿Así cómo?

—My-My, estás en la mierda.

Llaman a la puerta justo antes de que Daisy diga alguna otra cosa aterradora y cuando la abrimos aparece un imponente agente de la ley de ojazos negros.

—¡Levi-Ryan Diago! —gruñe mi hermana mayor—. ¿A qué has venido? ¿A firmar los papeles del divorcio?

—Traigo tacos de Gómez&Martinez —el sexy agente de policía alza una bolsa que huele a pecado—. Suponía que tendríais hambre.

—¿Crees que marcarte un Levi-Ryan va a librarte de algo? ¿O que puedes comprar mi perdón? —Lexi resopla—. Tú te drogas.

—El nuestro sí que puedes comprarlo —Daisy me coge la mano y la alza con la suya.

—Bueno, depende de cuántos tacos hayas traído —tanteo.

—Muchos más de los que podréis comer en vuestro mejor día —sonríe, coge a su mujer de la cintura y la lleva a la cocina con ofensiva

facilidad.

En serio, tengo que buscar músculos en Amazon, fijo que los consiguen de ahí…

—Se me olvida lo poco insoportable a la vista que es Diago, podría ser actor de cine —me dice Daisy por lo bajo.

—Ya te digo.

—No vine anoche para darte espacio, Rapunzel, pero te echo de menos. Llevamos días sin vernos y eres *mi mujer*.

Uy ese tono. A esta ya le tiemblan las piernas.

—No me vas a ablandar con ñoñerías —dice en la cuerda floja a punto de perder el pulso—. Me ocultaste lo que le estaba pasando a Amy. ¿Y si hubiera ocurrido algo terrible? No puedo perdonarte semejante mentira.

—Sí que puede —dice Daisy—, sabe que es tu trabajo.

—¿Quieres que me divorcie de ti también? —le gruñe estrechando su mirada de chocolate.

—Por eso estaba cogiendo vuelos cada dos por tres, para venir aquí y asegurarme de que no le pasaba nada a Amy. Aunque una conversación con Jay-Duncan me sirvió para saber que estaba en las mejores manos. Te lo dije cuando nos casamos: no podré contarte todo lo que pase y sepa, pero estate segura de que haré lo imposible por proteger a quienes amas… y a ti, a ti más que a nadie. Su corazón está a salvo conmigo, señorita Love.

—Jaque mate —susurra Daisy y chocamos el puño cerrado.

—Tocada y hundida.

—Ms Diago, soy Ms Diago. —Lexi cede y se lanza a sus brazos.

Nos llevamos la comida al sofá y la esparcimos por la mesa de café.

Lexi y Daisy ponen al día a Ryan sobre lo que ha pasado entre Duncan y yo en cuanto le menciona.

—Así que no hagas comentarios —concluye Lexi—. A menos que sean insultos.

—¿Pero seguirá acompañándote al aeropuerto? —pregunta mientras las nubes oscurecen el cielo—. Mira, no sé hasta qué punto lo vuestro no tiene arreglo, pero ese hombre no fingía estar preocupado por ti. Si se lo pides, estoy seguro de que aceptará.

—No se lo pediré —me levanto, camino hasta la ventana y la cierro.

—Es de vital importancia que Connor crea que salís y también que lleves gorra, cuanto más te alejes de la imagen de Juliana mejor.

—¿Y esa mujer sigue sin dar señales de vida? —pregunta Lexi mordiendo su segundo taco—, porque nos vendría genial una ayudita.

—Juliana está muerta —dice el agente Diago girándose hacia mí —, creí que te lo habría dicho.

—¿Muerta? —repito—. ¿Desde cuándo?

—Pocos meses antes de que empezara a obsesionarse contigo.

—¿La…? —Daisy parece estar a punto de devolver todo lo que ha ingerido—. ¿La mató?

Sacude la cabeza, su rostro se tensa y se frota las manos.

—Encontramos el historial clínico de Julie Anne Matherson hace días. Le diagnosticaron depresión crónica incurable a los trece y otras graves patologías relacionadas con la salud mental. Se sometió a muchos años de pruebas, pero a los diecinueve, los médicos le dijeron que su caso carecía de solución. Según los informes, intentó quitarse la vida después de la muerte de su madre, a los veinticinco, pero alguien lo evitó. El mismo que vivía con ella. El mismo que llegó a casa un miércoles cualquiera y la encontró junto a la barandilla de su balcón.

—Connor —musito ocupando el brazo del sofá.

—Así es. Juliana lo hizo antes de que él pudiera alcanzarla. Pero dejó una carta explicando que él era su razón de vivir y que no podía

pedirle que la acompañara a su siguiente vida. Le pedía perdón por dejarlo atrás.

Mi corazón se queda muy callado, mi cabeza también. Se me eriza el vello mientras repaso todos nuestros encuentros.

—Qué triste —dice Daisy con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero le odiamos igual —dice Lexi sorbiendo—, lo dura que haya sido su vida no justifica lo que le ha estado haciendo pasar a Amy.

Me duele la cabeza horrores. No entiendo lo que siento, ni cómo empezar a desentrañar el nudo que se me ha formado en el pecho. Decir que el regusto agridulce inunda mi paladar sería quedarse muy corta, quiero gritar, llorar y desquitarme con un saco de boxeo al mismo tiempo.

—¿Existe alguna otra opción para él? —carraspeo apartándome el sudor de la frente—. Quiero decir, otra que no sea su detención.

—¡¿Estás loca?! —exclaman las dos al unísono.

—Existe la opción del sanatorio mental, sí, pero no es algo de lo que debas preocuparte ahora, Amy. —Ryan da un apretón a mi hombro

Kadmus lo reclama desde la central de Chicago que por lo visto, se han agenciado, y se despide de nosotras. No sin antes responder a mi pregunta: sí, Duncan lo sabía. *Otro secreto, algo más que añadir a la lista de cosas que nunca me dijo.*

Mensaje de Duncan

17:21 Svetlana no me coge el teléfono. Necesito que le digas que tiene prohibido acercarse al gimnasio hasta que yo le dé permiso. Y sobre todo, necesito que Liam no se entere.

Gritarle que no soy su mensajera estaría bien, pero en vez de eso le pregunto cuál es el piso de Svetlana. Responde y vuelvo a preguntar qué está pasando, pero ya no contesta más. Tampoco a mis llamadas.

—No vayas —dice Daisy cogiendo su chaqueta.

—Es cierto, podemos pasar olímpicamente de él —dice Lexi cogiendo las llaves.

—Sonáis súper convincentes. —Las señalo moviendo el índice en círculos—. ¿Esto significa que venís conmigo?

Svetlana nos recibe con una taza de té a la que no podemos negarnos. En el pasillo que lleva de la entrada al salón principal hay fotos de ella y Katerina por todas partes, también de un pastor alemán que nunca he visto, y de Erik y Dallas. Entonces llego a él, y su alegría me pilla con las defensas bajas golpeándome con fuerza. Duncan empuja una estantería en la que están subidos Erik y Dallas, está manchado de pintura, sudado, pero sonriente como nunca. Liam los mira señalando a sus hijos en una pose de castigo-inminente, pero la foto es preciosa.

Me arde la garganta cuando Lexi tira de mí, pero llegamos al salón con Daisy, Katerina y Svetlana. El aire tiene un aroma a madera antigua, las paredes tienen un tapiz floral en tonos suaves y sobre las mesas descansan pequeños manteles de encaje. Sé que Svetlana compró esta casa hace mucho tiempo y aunque es una réplica de mi piso y el de Liam, en realidad, es un mundo distinto.

—¿Os apetecen unas galletas, chicas? —Katerina aparece con una bandeja repleta—, como se ha nublado he cambiado la tarde de paseo por la de jugar en la cocina.

Qué mujer más encantadora.

—Si probáis una os volveréis adictas y tendréis que despediros de vuestras figuras de juventud —advierte Svetlana.

—Soy una chica fuerte —Lexi se lleva una a la boca y gime, luego murmura con la boca llena—: dios mío.

La expresión dulce y satisfecha de Katerina sería capaz de descongelar el corazón más frío, pero tengo que sacármelo de encima.

Decir que preparo el terreno sería una absoluta mentira, lo suelto sin más. Svetlana no se asusta de lo que le digo, ni siquiera cuando menciono a la madre de Erik y Dallas. Solo hace un comentario:

—Me alegra que hayas podido cuidar de los pequeños Brodly mientras él ponía en orden otros asuntos, ojos bonitos.

En cuanto a lo demás, Svetlana no dice mucho, lo cual frustra por completo mi intento de hallar sosiego en sus palabras.

La puerta está abierta, Daisy y Lexi ya han salido del piso y hablan con Katerina en el pasillo cuando Svetlana me coge del brazo.

—Hace diecinueve años que conozco a ese muchacho, ¿sabes cuántas veces le he oído decir «yo me encargo de esto»? Cientos, sino miles —dice—. ¿Sabes cuántas me ha pedido ayuda? Solo una.

El día que se conocieron. Mi estómago se retuerce.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Iksáia siempre está cerca, ¿sabes?

—Svetlana yo… no sé qué quieres decirme.

—Que cuando el nudo está bien hecho, no se suelta por muy fuerte que tires.

Me voy a volver loca, es a la conclusión a la que llego en el pasillo.

Necesito irme de aquí, irme lejos y no volver a esta urbanización nunca más. Estoy harta de que me importe, de que cada intento por apartar a Duncan de mi camino termine así. *De que siga encima de mí, aplastándome contra el suelo, impidiéndome respirar, justo después de pedirme que le deje en paz.*

Así que bajamos al bar menos familiar de todo High River y pedimos tequila. Mucho tequila. Paredes color verde lima, barra blanca de madera gastada, la primaveral brisa nocturna se cuela por todas partes alertándonos de que hemos venido desabrigadas, pero la gente se lo está pasando muy bien y el aire huele a alcohol, así que, ¿a

quién le importa?

—No he ido a ver a Svetlana porque me lo haya pedido Duncan, ¿vale? Lo he hecho por ella. ¿Dejamos el tema?

—Así que seguimos con la negación, pues sí que te ha dado fuerte.

La mato.

—No estoy enamorada, Daisy, y deja de insinuarlo —pido cuando el gusanito consigue abrirse paso entre el ardor y la calma del tequila —. El amor de esa clase nunca me ha interesado —me revuelvo.

—Hombre, tampoco hace falta ser tan radical… —empieza Lexi.

—Pues me uno a tu club, hermanita —Daisy choca su vaso con el mío.

—¿Con qué sales tú ahora? —pregunta Lex.

Daisy se encoge de hombros y se bebe el chupito de un trago. Debería alegrarme de que sea de las mías, pero me rompe el corazón verla así. *Sus últimas cartas ya me dejaron entrever esta realidad.* Es la personificación del amor cursi, bonito y sano. Pero la vida a veces es un poco lenta y no espabila como debería. *Entiendo que esté cansada de darse contra una pared una y otra vez, pero aun así…*

—¿En serio has tirado la toalla? ¿A los veintiséis? —Lexi resopla —. Venga ya, acuéstate, payasa.

—Lo único que he hecho es aceptar que lo que no es, no se puede forzar. ¿Os apetece bailar? Veo una pista de baile con gente junto a la piscina con forma hexagonal.

Miro a Lexi y le sale humo por las orejas. Me da la risa.

—No vas a dar abasto para tanta intervención, vaquera —la señalo y la siguiente carcajada es más alta, tanto como le chirrían los dientes a ella.

Daisy y yo vaciamos otro vasito de un trago.

—Pero no diría que no a un baile con Liam Brodly, parece un tío agradable.

Un peligro es lo que es.

—Sale con Jasmin —admito, *otro peligro.*

—Oh, ¿cómo está Jasmin? —a Daisy se le iluminan los ojos—. Hace meses que no la veo.

Lexi da un golpe en la mesa cortando nuestra conversación.

—Vamos a hablar claro de una vez —señala a Daisy—. Tú no vas a rendirte en la búsqueda de tu Nolan-Kane-Levi-Ryan porque te aseguro que existe y antes de ver cómo te rindes, me mudo a Canadá a ser el tentempié de un oso. —Me ataca con su mirada de chocolate—. Y disculpa, pero te conozco demasiado bien como para saber por qué por primera vez en tu vida no has luchado por lo que quieres: te estaba matando de miedo. Pero veréis, guapitas de cara y culo, el amor es solo para los valientes, así que vais a tener que echarle un par de ovarios al asunto.

Me corta la risa, la verdad. Daisy ladea la cabeza en mi dirección.

—Yo también creo que has apartado a Duncan, My-My. Tú nunca aceptas un no por respuesta, salvo ahora. Estoy segura de que en parte, te gusta la idea de que Connor crea que ya no salís porque en tu cabeza loca, eso protegería a Duncan. Es evidente que estás enamorada de él.

Me cago en mi vida.

—Y yo que creía que formábamos un frente unido, armado de silencio —me sacudo la sensación de traición de los hombros—. Lexi creía que estabas a favor de que me olvidara de él.

—Él ha hecho mucho que me enrabia —aclara—, y por mí olvídate de él, sí. Pero también asume lo que has hecho tú. Eso te ayudará para la próxima vez que estés enamorada.

Uy, necesito más tequila para esto. La camarera que no es Antonio Tomás, pero también nos cae bien, nos regala una ronda de chuches con forma de corazón. *Vale, karma, te oigo, no hace falta que grites*

tanto.

—Sonreíd. —Saco el móvil y nos hago una foto—. Es para Nina, para la carta que voy a mandarle explicándole que mañana aterrizaréis en Mountville.

—No, de eso nada. De aquí no nos vamos —sentencia Daisy—. Connor es un desequilibrado mental que ha huido de su propia casa, ¿y si no está en ella, dónde está?

—Y no solo eso… todavía es pronto, Amy. Estás en pleno caos de ruptura.

Y dale, que no había nada que romper.

—No os voy a mentir, no me gusta que estéis aquí con Connor en paradero desconocido. Pero no es solo eso, yo volveré al trabajo y vosotras no podéis quedaros en High River clausuradas. Me habéis ayudado, me habéis animado y os agradezco que hayáis movido vuestro bonito culo hasta aquí, pero necesito que os larguéis de inmediato.

—Ni de coña —dicen al unísono.

—Tanta mención a mi culo está subiéndome la moral —añade Daisy sirviendo otro chupito a todas.

—Lexi —le cojo la mano—, ¿te acuerdas cuando fuimos a verte a Nueva York el verano pasado y nos pediste justo lo que yo os estoy pidiendo ahora? Te escuchamos porque era lo más sensato, igual que esto lo es ahora. Iksáia cuidará de mí, no tenéis de qué preocuparos. —Desvío la mirada de una a otra—. Pero Nina está embarazadísima y a punto de vivir un momento súper importante de su vida y odio no estar allí con ella. Pero si encima lo pasa sola por mi culpa, no voy a poder perdonármelo. Necesito saber que estaréis allí cogiéndole la mano mientras yo no puedo hacerlo.

Lexi se hunde en su asiento con la cara arrugada en una mueca triste y adorable. *Punto para el equipo Amy, ¡ganamos el partido!* Daisy

vuelve a vaciar el vasito de chupito y comparto una mirada con Lexi. *Esto no pinta bien.*

Subo a mi apartamento a por tres chaquetas antes de que el calor del alcohol nos abandone y muramos de frío, y al poco de salir del ascensor mi cuerpo se pone en alerta. *Ya me estoy imaginando cosas.* Lo veo parado frente a la ciento quince, con la frente pegada a la puerta de Liam, lleva puestos unos tejanos azules y una camiseta gris y si fuera real, me dejaría babeando.

—Ya lo que me faltaba, ahora ni siquiera el tequila puede contigo —maldigo entre dientes e intento alcanzar la cerradura, pero algo me lo impide.

Algo no, alguien. Su tacto parece real. Tan, tan real. Mi pulso da el acelerón de su vida. Es real y no solo eso. Su mano está herida, sus nudillos tienen sangre y cortes.

—¿Qué haces por ahí tú sola? —su voz suena rara, cercana, como si estuviéramos a un solo palmo.

El efecto del alcohol desaparece de mi cuerpo en cuanto alzo la vista hasta su cara y lo veo.

—Oh, dios mío, Duncan. ¿Qué te ha pasado? —La indiferencia se me engancha a la garganta.

—Sabía que dejar a Iksáia en la puerta era una mala idea, escapista. —Su mano sube hasta mi mejilla cuando sonríe, mi corazón cede y se sacude con fuerza.

Parece que él también tiene una buena cantidad de tequila en las venas, aunque eso es imposible para Sr-Control, ¿no? Su pulgar llega a mi labio inferior y lo acaricia tan despacio que los suyos se separan con algo que *no* es anhelo. *Es delirio. Es necesidad. Adicción. Deseo. Dios cuánto, cuantísimo, lo echaba de menos.*

Doy un paso atrás.

—Perdona, me cuesta recordar que ahora odias que te toque —

dice agachando la cabeza.

¿Y quién me está obligando a fingir que eso es así?

Mi cuerpo arde con rabia y algo mucho más doloroso. Duncan se gira hacia la puerta de Liam y golpea los nudillos contra ella.

—Liam.

—No están, han bajado a cenar.

Vuelve a reírse y empiezo a preocuparme de verdad por lo que pueda haberle pasado, tiro de él y lo meto en mi casa. Lo llevo hasta el baño, lo siento en el taburete que usamos para maquillarnos y cojo el botiquín que él me dio. *Es tan alto que nuestras caras por poco están a la misma altura.* Le aparto el pelo de la frente y los ojos, y veo que también lo tiene manchado de sangre.

—Duncan, ¿qué ha pasado?

Sonríe de nuevo con unos ojos demasiado tristes como para mirarlos sin escudo. Inhala con fuerza, sus hombros ceden.

—Dirás que *no* ha pasado.

—Duncan, me estás asustando —el nudo se incrementa, va a acabar con mi garganta—. ¿Necesitas que vaya a buscar a Iksáia? ¿A Liam?

—Todo cuanto necesito está aquí.

Me convenzo de que es su charla de borracho, que no es sincero, que se refiere al botiquín, pero lo mío me cuesta. *Lleva ropa tan normal que parece hasta vulnerable.*

—No sé para qué pregunto —abro el botiquín fuerte y da un golpe estridente contra el lavamanos—, tú nunca te sinceras conmigo.

Empiezo limpiando la sangre de su barbilla, mejilla, nariz y… bueno, toda la cara, con la esperanza de que sea de otra persona y no suya. Duncan separa las piernas y deja que me acerque tanto como es posible. Todo mi cuerpo gime al sentirse a salvo, en casa de nuevo, lo cual es absurdo porque yo a este hombre no lo conozco de nada.

Hace una respiración profunda y doy un bote.

—¿Te he hecho daño?

—Nadie huele como tú, ángel. —La aspereza de su voz, junto con su confesión, se queda con mis bragas.

Ángel. Una palabra que anhelo y odio al mismo tiempo. Siento cómo mis mejillas se enrojecen bajo su atenta mirada. *Es odiosamente guapo incluso ahora, qué irritante.*

—Si no vas a decir nada que sirva de algo, deja de hablar, ¿quieres?

Estoy con la herida de su ceja izquierda cuando dice:

—Me han traicionado.

—¿Quién? —pregunto sin dejar de trabajar.

—No puedo decírtelo.

—Pues como confesión deja mucho que desear.

Sus manos llegan a la parte trasera de mis piernas, acercándome más a sí. *O haciéndome su presa.*

—Lo peor es que no es a mí a quien afecta más esa traición.

—Eso es lo peor porque tus emociones no importan, ¿no? Lo mismo da si te hacen daño a ti, mientras no se lo hagan al resto —resoplo—. Tendrás mucho dinero y te irá genial en los negocios, pero no sabes una mierda de cómo cuidar de ti mismo.

—Ese es el problema de estar demasiado cerca de mí, Amy —baja el tono—. Que ves todo lo que me falta.

Se me encoge el estómago.

—Eres… un idiota si de verdad piensas eso.

Mi garganta se convierte en lava cuando bajo el cuello de su camisa azul oscura y veo un corte. El alma se me cae hasta los pies. Me muerdo el labio cuando me tiembla, pero no puedo hacer nada para que no se me llenen los ojos de lágrimas.

¿Fue la madre de los Brodly? ¿Era peligrosa o trajo consigo a gente

peligrosa? ¿Le hicieron esto mientras yo estaba sentada en el suelo viendo una película y por eso no volvió?

—Amy —me da un apretón en las piernas y tiene la poca decencia de unir las cejas en plena confusión—, tranquila, son heridas superficiales.

—Si no vas a contarme la verdad, mejor no…

—Magnolia.

Mi mano se queda a medio camino de su cuello.

—No es posible que ella te haya hecho todo esto. No te creo.

—Magnolia fue quien llamó a Kiara para que viniera. Y la madre de Dallas y Erik ha llegado, como siempre, con un montón de problemas que han acabado jodiéndome de alguna forma. Pero estoy a punto de solucionarlo.

—¿Por qué haría eso Magnolia? Liam es su hermano. —Lo veo cerrar los ojos con fuerza, veo la traición en sus masculinas facciones. Mi voz suena rota cuando pregunto—: ¿Lo sabe Liam? ¿Que Kiara ha venido, que estás encargándote del asunto?

—No. Hace muchos años que no la ve y quiero que siga así.

—Pues claro, cómo no —resoplo.

Me acerca tanto que mi cuerpo acaba pegado al suyo.

—Deja de llorar, ángel, te lo advierto.

El calor que desprende no debería sentirse tan bien, no cuando estoy llorando. *Y que su tono sea de súplica me parece una desfachatez insolente.*

—Me alivia —añade.

—¿El qué?

—Saber que tu corazón sigue reaccionando a mí. Creí que a él también habría dejado de importarle.

Cruel por querer que te recuerde en absoluto. Más cruel todavía por querer que me duela cada vez que te piense.

—Suéltame, Duncan —hago por apartarme—. Te estoy curando.

—No puedo —aprieta—. No puedo soltarte, Amy.

«Duncan dice te quiero en silencio». Igual que las palabras de Erik, también me llegan las suyas, las que dijo en su coche. El dolor vuelve. Intento dar un paso atrás, pero no consigo nada.

—¿Por qué insistes en jugar conmigo? —cedo y dejo de hacer fuerza—. ¿No ves que me estás haciendo daño?

Tengo los ojos cerrados cuando sus manos aflojan, esta vez dejando que me separe de él. Se levanta cual torre imponente de terquedad solemne, cada músculo tenso. Pero sus ojos… *dios, me está destrozando*. Me da la espalda.

—Estás loco si crees que voy a ser capaz de dejarte marchar así —o de cualquier otra forma.

No, mientras aún respire.

—No es asunto tuyo, Amy. Siento haber venido aquí.

—Duncan, para —tiro de él y sus labios me encuentran.

No soy capaz de hacer nada contra eso.

Ansia desmedida se queda muy corto. *Es una necesidad voraz, un apetito insaciable. Se han abierto las compuertas y ya no hay quien las cierre.* Su cuerpo se cierne sobre el mío contra el lavamanos, me empotra contra la pared, tiramos al suelo todo lo que hay por el baño, pero no dejamos de besarnos. *No podemos.*

Vuelve a sentarse, con la diferencia de que esta vez lo hace conmigo en su regazo. Se ha deshecho de mi ropa, pero nuestros cuerpos ceden a la urgencia de volver a tocarse antes de que me quite el encaje más viejo que poseo. No supone una barrera que evite el roce de su erección, pero la forma salvaje y sensible en la que mi cuerpo reacciona es demasiado para no tenerlo dentro de mí todavía. Le arranco la camisa del cuerpo para ver que tiene otras marcas.

—*Duncan*, estás herido —jadeo en un mar de dolor de corazón,

quiero llorar, gritar, besarle, quiero hacer muchas cosas.

Sus manos están por todas partes, tocándome y haciéndome suya.

—Pues cúrame —se hunde en mi boca tan profundo que nos volvemos un solo ser con un único objetivo.

Me quita el sujetador y tortura mis pechos mientras nuestras caderas luchan por acabar con la distancia. Gimo cuando se mete uno en la boca guiándome sin titubeos al cielo, como si realmente fuera mi lugar, acariciando mi clítoris con sus dedos, derritiéndome de todas las maneras que sabe. Estoy temblando por mil razones distintas, pero la razón se abre paso.

—Estamos cometiendo un gran error —digo tirando del botón de su pantalón tejano, luego de la cremallera, liberándole.

Gran, gran error.

—Desde luego —gruñe entre jadeos mirándome el cuerpo con fascinación suprema mientras aparta mis bragas con destreza y se hunde en mis pliegues.

Por fin.

Me besa, devorándome con una dulzura que va a perseguirme en sueños, lo cabalgo con más rapidez porque sé que como esto dure va a romperme definitivamente. *Porque te quiero. Te quiero como no he querido nunca y para mí no estás roto, para mí eres un puzle con piezas de más.* Dejo que mis besos hablen por mí y un segundo después su cuerpo se tensa como si los entendiera, se aferra a mí como si me hubiera oído.

Me convierto en el ancla que no puede soltar por mucho que eso vaya a llevarme a las profundidades. *Más rápido, más cerca, más fuerte.* El placer es brusco y desesperado, intenso, violento y del todo perfecto. Su polla hace lo que quiere conmigo hasta que no hay más espacio, hasta que palpitamos juntos al mayor grado previo a la combustión espontánea.

—*Joder, ángel* —gruñe como un animal y me convierte en un fuego descontrolado.

El placer me desborda y cuando vuelve a atacar mi clítoris, no puedo más. La ristra de súplicas vulnerables y reveladoras que me arranca no hacen justicia a lo que siento. Chillo su nombre mientras entra y sale de mí, mientras el orgasmo me tatúa Jay-Duncan Vojak tan adentro como es capaz de llegar.

Busco sus ojos cuando tengo miedo de que no haya vuelta atrás, de que esto acabe conmigo. La pureza e intensidad con la que me corresponde es todavía más peligrosa a lo que siento y me corro con más fuerza. No sé quién besa a quién, pero lo que sí sé es que cuando se derrama en mi interior, su orgasmo alarga el mío. No hay nada equiparable.

Empapados en sudor, jadeantes, rompo el contacto visual para hacerme a la idea de que se acabó. Pero él coge mi mejilla, alza mi cabeza y después de atravesarme con la mirada, me besa.

20

Jay-Duncan

💌

Llego al gimnasio a eso de las seis de la mañana y después de aparcar, subo a mi despacho para encontrar que no está vacío. Las paredes gris oscuro siempre se han comido bastante la luz, pero no me importa. El escritorio sigue siendo el centro de atención, como debe ser, sobre una alfombra en tonos rojos oscuros y patrones sutiles que no me molestan del todo.

—Con semejante traje y con la cara en el estado que la tienes, pareces un mafioso de cuidado —dice Jeremiah, apoyado en mi mesa.

Iksáia que hasta la fecha se ha negado a ocupar uno de los sillones de cuero negro, espera junto al minibar siempre bien equipado.

—Mira quién fue a hablar, ¿tu rinoplastia para cuando?

—Me recolocaron la nariz en urgencias, estoy como nuevo —se encoge de hombros y cuando llego a mi mesa se aparta.

—Buenos días, señor Vojak.

—Buenos días, Iksáia.

Esta es la cosa, ayer fuimos a la financiera de Huxley, la más turbia y de moral dudosa de todo Chicago. La idea era explicarles que Kiara los había engañado, que yo no estaba al tanto de ninguna de sus apuestas ilegales y que, en resumidas cuentas, no iba a pagar ni un centavo de la deuda de Kiara. No les pareció bien. *¿Qué iba a hacer yo,*

sino dejar claras mis palabras? Mis puños sirven para cantidad de cosas.

—No te regodees tanto que van a volver —dice Jeremiah cuando se me curva la sonrisa.

Nosotros seremos un cuadro, pero de ellos no quedó ni el marco.

—Las clases están suspendidas hasta nuevo aviso, ¿están todos avisados, no? —pregunto.

—Sí, señor, todos los alumnos están avisados —dice Jace, apareciendo con una sudadera que le llega hasta mitad de cuádriceps y con cara de haber dormido en el gimnasio.

—¿Qué hace él aquí?

—Se ofreció a enviar emails y mensajes, ¿qué iba a hacer? —justifica Jeremiah.

—¿Decirle que no? *—que esto no es una guardería y lo va pareciendo, joder—*. Jace, vete a casa.

—Señor, puedo ayudar. Puedo serle útil.

—Esa gente no es cualquier cosa, agradezco mucho tu lealtad y dedicación, pero ya has hecho suficiente. Vete a casa. —Alzo las cejas cuando no se mueve del sitio. Miro a Jeremiah—. ¿Por qué no se va? ¿Qué le has estado enseñando por las noches, a ser como tú?

—Señor Vojak —dice Iksáia—, Jace ha descubierto los altos costes de abogados de los que se hizo usted cargo cuando metió a aquellos cuatro impresentables donde se merecían.

Ladeo la cabeza despacio hacia él.

—¿Y eso cómo lo ha descubierto?

—Acaba de oírlo, señor —Iksáia agacha la cabeza—, es lógico que se sienta en deuda con usted.

—Me cago en la puta, Iksáia —me levanto, me paso una mano por la cara poniéndome de más mala hostia mientras Jeremiah se parte de risa—. Esperaba que nunca llegara el día que me traicionaras, pero aquí estamos.

—Me despediré de mi mujer e hija esta noche y aceptaré las consecuencias.

El hijo de puta lo dice así de solemne que si no lo conociera no sabría que se está riendo en mi cara.

—Por favor, señor Vojak —Jace se pone de rodillas—, permítame pelear a su lado

—Levántate del suelo, no voy a ponerte en peligro cuando no estás preparado.

—Pero sí lo estoy.

Lo levanto de un hombro y lanzo el puño, rápido, directo a la cara. Lo esquiva por milímetros, sus ojos fijos en los míos. No titubea, gira sobre sus pies con una fluidez inesperada y antes de que mi segundo ataque lo alcance, lo bloquea. Tres minutos pasan y que me parta un rayo, el cabrón me sorprende. Termina con una estúpida y enorme sonrisa en la cara.

—Ha nacido el nuevo líder —dice Jeremiah y mientras Jace se pone rojo le doy un golpe en pleno estómago.

—Nunca bajes la guardia, chaval. —Lo cojo del hombro y lo incorporo—. Vale, Jace, estás listo. Ahora baja y vigila la entrada. Si oyes algo, avisas a Kyro.

—Gracias, señor. No le defraudaré. Gracias.

—Jace —digo antes de que se vaya—, estoy orgulloso de tu progreso. Buen trabajo.

Se le ilumina la mirada y tengo que apartar la mía antes de, qué se yo, darle un cargo.

—Tiene un póster de Superman con tu cara pegada encima en su cuarto, estoy seguro —se burla Jeremiah.

—Tú y yo ya hablaremos —le digo a Iksáia que se hace el loco como si su tez oscura pudiera camuflarle con el despacho y librarle de esta.

Já. Lo mando a que despliegue a todos sus hombres y que mueva el culo hasta High River. Tiene la osadía de darme su opinión al respecto, pero me importa una mierda, tiene que estar con Amy sí o sí.

En cuanto a Jeremiah, lo mando a averiguar lo que se rumorea por las calles. *Le zurraron bien ayer, si se libra de esta, mejor.*

Paso por la sala tres y la veo en ella, también junto al ring, en los vestuarios y en mí. Está en todas partes. Aún no entiendo por qué me permitió que la ayudara a vestirse.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto cuando coge de nuevo las gasas, apartando mi camiseta antes de que pueda ponérmela.

—No he terminado de curarte, estate quieto que ya casi estoy.

—¿Es tu forma sutil de decirme que no has tenido bastante?

Me ignora, vierte pomada en un algodón y la frota contra mi cuello, en el lado opuesto que me ha mordido.

—Sé lo de Juliana —dice y juraría que es un intento para apartarme.

Cuatro palabras que se convierten en cuarenta piedras en mi estómago.

—Vaya. Lo siento.

—¿Ni siquiera vas a fingir que ibas a contármelo? —aprieta un poco de más en la herida, pero me aguanto.

—No creía que empatizar con el hijo de puta ese fuera a hacer ningún bien. Así que no, no iba a contártelo.

Su mano se queda petrificada en el aire y mi cuerpo responde a la forma en que se le hunde el pecho. Cualquier cosa es mejor a la indiferencia de ayer, a la ausencia de respuesta del día anterior.

—Ojalá dejaras de hacer eso.

—¿Hacer el qué?

Maldice por lo bajo.

—Sé que las avisaste tú, a Lexi, Nina y Daisy. Sé que le diste vía libre a Ryan cinco minutos después de que me bajara de tu coche.

—Me alegra que no estés sola.

—¿Sabes? Podría odiarte por esto y tendría motivos de sobra. Puede que me dejaras claro desde el primer momento que nada entre nosotros tenía futuro, pero podrías no haberte esforzado tanto en hacer que lo pareciera teniendo en cuenta que en ningún momento sentiste nada por mí.

—¿Crees que no…?

Desaparece del baño a paso ligero antes de que termine la pregunta, justo después de ponerme la última gasa. Me obligo a no seguirla, a no decir nada. Cuando vuelve lo hace con varias chaquetas. Dice algo de Lexi y Daisy, pero no la entiendo del todo porque mis ganas de besarla no me dejan.

—Acabo de avisar a Iksáia —zarandea el teléfono que yo le di a él, el de seguridad—. Supongo que no querrás que Erik y Dallas te vean así.

Supe desde el primer momento que estaba jodido con ella y no me equivocaba. Después de todo, aquí está, preocupándose por los Brodly.

—¿Por qué haces esto, Amy? ¿Por qué sigues aquí? Sé que me desprecias.

—¿Desprec…? —se corta, mis palabras le arrancan una risa irónica que no entiendo—. Sí, supongo que sí te desprecio, pero también te quiero.

Siento el peso de mi propia negación aplastarme contra el suelo. No acaba de decir eso. Ha bebido, yo también, no está pasando.

—Sé que para ti oír esto no significará nada, pero…

—Amy, deja de hablar —la corto con una desesperación en el tono que no hace justicia a la magnitud de la que siento.

—Una respuesta preciosa, sin duda. —Da media vuelta y sale de su piso, y yo la dejo marchar una vez más.

Mi último gramo de fortaleza lo gasto en no seguirla porque no se merece mis demonios, igual que yo no me la merezco a ella.

—¿Señor? —pregunta Kareem por el interfono a mi despacho, devolviéndome al presente. Kareem es uno de los mejores hombres de

Iksáia, es buen tío aunque joven.

—Dime.

—Dos mujeres están en la entrada, insisten en verle.

—¿Jace no avisó a todas de que las clases estaban suspendidas?

—No son alumnas —aclara—. Han prometido no marcharse hasta hablar con usted.

—Bajo enseguida. Hazlas pasar, que no se queden en la puerta y se alejen de los cristales.

Llego a la puerta para ver nada menos que a Lexi Diago y Daisy Dooren.

—¿Ha pasado algo con Amy? ¿Qué hacéis aquí? —Las meto más adentro.

—Veníamos a despedirnos y a darte las gracias —dice Lexi un tanto seria hasta que su hermanastra le da un codazo, entonces sonríe, pero es forzado.

—Estamos muy agradecidas por todas las veces que has cuidado y protegido a Amy, Duncan —sigue Daisy, su sonrisa siendo sincera.

—Lo de Nevada estuvo bien, supongo. Y lo de Hunter y Aurora. Y lo demás —dice Lexi, luego aprieta los labios—. Aunque también la has hecho llorar.

—Pero eso no es cosa nuestra, ¿verdad? —insiste Daisy.

—Verdad… *supongo*.

—¿Por qué os vais tan pronto? —pregunto digiriendo lo poco que me gusta verlas con las bolsas de equipaje, *no se van un rato, se van y punto.*

—Amy insiste en que nuestra otra hermana nos necesita y razón no le falta —explica Daisy—. Lo cierto es que a Nina le queda muy poco para salir de cuentas y es su primera vez embarazada.

—También lo hace porque se preocupa por nosotras —gruñe Lexi —, dice que Iksáia no podría protegernos a las tres, pero yo creo que

es mentira.

—Amy sabe cómo usar el chantaje emocional en su beneficio, pero no nos queda otra —sigue Daisy, que parece muy acostumbrada a este tipo de situaciones límite.

—Yo solo me voy porque Levi está aquí —aclara Lexi cruzándose de brazos, pestañeando rápido. Me mira haciendo una mueca—. Y tú, *claro*.

He sido un capullo con una persona a la que quiere mucho, no puedo esperar otra cosa de ella que hostilidad. Es como ver dos caras de la misma moneda: Daisy ve lo que he hecho por Amy, Lexi lo que le he hecho a Amy. Ninguna está equivocada.

—Nunca me habían dado las gracias de un modo tan dramático —me meto las manos en los bolsillos—. De nada, supongo.

—¿Nos vamos ya?

—Sí, Lex, en un momento —Daisy se lanza a mis brazos y me da un abrazo rápido—. Te estaré siempre agradecida, Jay-Duncan Vojak.

Kareem se las lleva hacia la salida. Tengo fuera a quince vigilando la entrada y a más de cuarenta vigilando cada esquina exterior del local, pero siento la tensión cargar el ambiente.

Me suena el móvil en cuanto se suben al taxi.

—¿Me puedes explicar qué cojones hacía mi mujer ahí dentro, Duncan? —El despliegue de gritos del agente Levi-Ryan Diago, quien había encargado a dos de sus hombres a seguir a su mujer allá donde fuera, da comienzo.

—Ya se ha ido, y te recuerdo que yo no la he llamado. Joder, ¿y Kadmus? Él suele calmarte.

—Estoy aquí —dice Winchester—, soy la razón por la que no ha entrado al gimnasio y ha echado todo por tierra. Si esas dos se enteran de que estás en peligro, Amy no tardaría ni dos minutos en presentarse.

Camino hacia el ring.

Se empeñan en echarme un cable. Les he insistido de cojones para que me dejen a mí lidiar con esto, que Connor es nuestro objetivo principal, pero el flipado de Ryan dice que tiene hombres de sobra para todo. *No me gusta un pelo que estén aquí los dos, son muy buenos y los necesito en otra parte.*

—Acostúmbrate, ahora eres de los nuestros —dice Ryan—. Te toca lidiar con lo bueno y con lo malo.

Joder. Amy y todo lo que la rodea… no hace más que aflorar debilidad en mí.

—¿Y puedes explicarme por qué hay tíos boxeando en las salas que se ven desde la calle?

—Aparentar normalidad es un buen…

—¡Duncan! —La voz de Jeremiah llega a mí segundos antes de que los vidrios junto a la puerta vuelen en pedazos.

La entrada se convierte en un huracán de cristal.

Caos. Sirenas de policía. Vuelan los puñetazos. *Vienen a destrozarlo todo, pero no van a poder.* La sangre mancha el suelo. Llegan más de los nuestros y reina el miedo… en los ojos de Huxley al darse cuenta de que ha caído de lleno en mi trampa.

No nos cuesta reducir a sus hombres, ni quitarles los bates de béisbol que han traído como arma. *Teniendo en cuenta que nosotros estamos entrenados, es como llevar un cuchillo a un duelo de armas de fuego.*

Horas después, el papeleo y los trámites oficiales terminan y pongo a los que no están heridos a limpiar mientras yo consigo que alguien venga a arreglarnos los daños hoy mismo. *No hay nada que el dinero no consiga.*

—¿Qué pasará con ellos, señor Vojak? —pregunta Jace subiendo las escaleras conmigo.

Le han partido el labio, pero está bastante entero.

—Con el dinero que manejan saldrán de la cárcel más pronto que tarde, pero no volverán a tocarnos las narices por esto.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Quienes han llevado a cabo la detención eran agentes de alto cargo, FBI e incluso federales, te puedo asegurar que los hombres de Huxley se están cagando en los pantalones. —Me paro en lo alto de la escalera y le pongo una mano en el hombro—. Has hecho un buen trabajo, ahora ves a ver a Jeremiah a urgencias, se alegrará de ver una cara amiga.

—No se alegrará, señor, a mí apenas me han partido la cara, pero a él…

—Precisamente por eso.

Me levanto de la mesa de mi despacho mientras el teléfono da señal, camino hasta el minibar y me sirvo una copa. *Bourbon. Siempre me ha parecido menos asqueroso que el resto.* Me da tiempo a ponerme la bolsa de hielo en el ojo antes de que conteste.

—Estaba impacientándome de tanto esperar tu llamada. He visto las noticias y casi dudo de ti. —Su risa rebota por las paredes grises y las oscurece—. ¿Lo has hecho?

—Sí, ya me he ocupado de Huxley —el hielo golpea el vaso con el que juego—. Kiara lo tendrá muy difícil la próxima vez que quiera conseguir dinero de manera ilegal.

—Tendrías que incriminarla de alguna forma, Duncan, por todo lo que te ha hecho. ¿Cómo se atreve a presentarse aquí después de las veces que ha venido ya a pedirte dinero? ¿Después de lo que le hizo a esos pequeños? ¡A *mis* sobrinos! Espero que no haya intentado verlos porque te juro que mis nervios no lo soportarían. Esa mujer merece estar en la cárcel.

—Cada vez que aparece, tú me cubres con Liam, Magnolia. Desde

el principio. Te lo agradezco.

—No tiene nada que agradecerme, *jefe* —sigue con el tono seductor—. Liam no puede enterarse, lo destrozaría.

Lo dice como si fuera una mera consecuencia a la que no dar importancia y eso me cabrea.

—Y sus peticiones nunca eran nimias, ¿verdad que no? —sigo.

—¡Exacto! —se carcajea—. Encima eso. No se andaba con chiquitas. Si hubiera sido más humilde, tal vez le hubiera salido bien, pero Kiara siempre fue muy codiciosa y egoísta.

—Estoy de acuerdo —me río—. Es decir, ¿cómo de mal se te tienen que dar los negocios para necesitar noventa mil dólares?

—¡Exacto! Noventa mil son muchos errores. Ahhh —suspira—, me alegra oírte reír aunque sea en estas circunstancias. Y también que me llames para hablar, Duncan. Es agradable.

—¿Cómo lo has hecho, Magnolia? Dime. Tengo curiosidad.

—¿Yo? —su risa amaina—. ¿A qué te refieres?

—Kiara me pidió cincuenta mil dólares, como te dije. Los cuarenta mil que le diste tú a cambio de que viniera a Chicago, ¿de dónde los sacaste? Siempre has dicho que ahorrar no era lo tuyo.

—D-Duncan… —se atraganta—, yo no sé… ¿De qué estás hablando? —Su tono se vuelve más agudo, ahogado—. ¿Es alguna broma que no entiendo? Creí que habías dicho cincuenta mil, yo no le he dado nada. ¿De verdad acabas de insinuarlo?

—No, lo he afirmado. Es curioso que no sepas de qué hablo, Kiara sí lo sabría.

—No sé qué te habrá dicho, pero yo no…

—Me ha dicho que fuiste tú la que se puso en contacto con ella, que lo has hecho para acercarme a ti, manipularme y hacerme creer que podía confiar en ti.

—Eso no es cierto.

—Me gustaría decir que no me lo creí al momento, pero lo único que conseguí rastreando tus últimas llamadas y tus transacciones, fue corroborar lo que ya sabía. —La ira es fría, silenciosa y tiene un sabor cítrico tan fuerte que es capaz de hacerte un agujero en el estómago.

—¿Has…? ¿Tú has mirado mi…? —respira con dificultad—. Espera, espera un segundo. Sabes que yo nunca haría nada para perjudicar a mis niños.

—Es muy curiosa la forma cariñosa que tienes de hablar de Dallas y Erik, después de que no te importara una puta mierda profundizar la herida que les hizo Kiara hace años. No puedes hacerte una idea de cuánto te desprecio, Magnolia.

—Duncan, ¿dónde estás ahora? —empieza a llorar—. Deberíamos tener la conversación cara a cara, est-estás malinterpretando la situación.

—Estoy en el gimnasio, pero lo gracioso es que de ahora en adelante tienes la entrada prohibida. Ah, y estás despedida.

—¿Es una broma? ¡No puedes hacerme esto! —chilla, respira de forma abrupta—. Solo quería… yo solo… ¡intentaba demostrarte que puedes contar conmigo! Estabas cegado por esa don nadie y yo necesitaba que volvieras a mí. ¿Cómo no lo ves?

—Así que lo admites.

—Vale, sí hablé con Kiara, pero porque necesito estar contigo, Duncan. ¡Sabes lo importante que eres para mí!

No tengo nada más que decir. Miro a Liam, apretando los puños contra la mesa, su furia amenaza con estallar de un momento a otro.

—Nunca volverás a acercarte a mis hijos, Magnolia. Despídete de ellos para siempre.

—¿Liam? Liam, espera.

—No me puedo creer que hayas hecho esto. Te juro que no vas a volver a verme la cara en tu vida.

—¡Mierda, Liam, espera! Soy tu hermana, ¿vale? ¡Sabes que nunca les haría daño!

—Kiara llegó a High River, a la puerta, ¿te haces una idea de lo que le habría hecho a Erik verla? ¿A Dallas? Los abandonó, a sus hijos, como si fueran basura que estorbaba, ¡y tú la has traído a la puta puerta de mi casa por celos!

Ni habiéndolo preparado de antemano puede digerir la traición y no lo culpo.

Sentir tanto es una jodida mierda.

—Le pedí que no se acercara a ellos, ¡no es que yo pudiera controlarla! Quería que Duncan me…

Liam coge el teléfono y lo estampa contra la base cortando la llamada de inmediato. Luego arranca el teléfono de la mesa y lo estrella contra un cuadro que, en realidad, nunca me gusto demasiado.

—Liam. —Me levanto, me acerco.

—¡Joder! —grita rojo de rabia, el volcán de su cólera estalla.

Con un rugido ahogado, tumba uno de los sillones y lo patea con furia una vez, otra. *Cada patada, un intento inútil de arrancarse la traición del cuerpo.* Me siento en mi mesa, conteniendo el aliento mientras espero a que su enfado encuentre un escape. Al cabo de un rato, estrellando un vaso contra la puerta, lo consigue. Se libera.

Entonces se desploma contra el otro sillón, el que sigue en pie, entierra la cara en sus manos y deja salir la rabia en todas sus vertientes. Con el eco de sus sollozos bruscos, mis pasos se detienen junto a él, me agacho, pongo una mano en su cabeza, en su cuello y la dejo ahí, apretando, recordándole mi presencia.

—Liam, estarán mejor sin ella. Y tú también.

—Pero es mi hermana, joder —me mira provocando que se me encoja la puta garganta, asfixiándome—. Mi hermana, Duncan, mi puta sangre.

—Lo sé. Lo siento, Liam. Lo siento.

Desconozco cuánto tiempo pasa, pero encontramos un nuevo uso para los vasos de mi despacho: llenarlos de alcohol. Sentados en el suelo, con mi mesa como respaldo, nos quedamos en silencio durante mucho rato.

—Debería haberlo sabido.

—No podías.

—Magnolia es mi hermana —chista la lengua, sacude la cabeza—, y yo la dejé con mis hijos infinitas veces.

Revive todo lo que pasó con Kiara, la sombra de culpa que oscurece su rostro es la misma que entonces.

—No puedes controlar todo lo que pasa, Liam. No has fallado, te han fallado a ti.

Da otro trago y asiente. A medida que bebe se muestra más receptivo a lo que digo.

—Esto está buenísimo —dice asombrado, con los hombros caídos —, ¿qué es?

—Macallan —whiskey escocés, una botella que tiene en la mano.

Choca su vaso con el mío en un brindis, inclino mi vaso como él, pero no bebo ni un trago.

—No sé si algún día me libraré de esta rabia. —Se rellena el vaso otra vez.

—Lo harás.

—¿Cómo lo sabes? Tú no lo has hecho, por eso sigues teniendo insomnio. Tal vez yo me una a tu club.

—No, no lo harás. El ruido de Magnolia cada vez será más flojo hasta que un día lo será tanto que te dará la sensación de que no está ahí.

—¿Entonces esta rabia siempre estará conmigo?

—En menor medida, disuelta en agua, pero sí. Siempre. —Esta vez

yo también bebo—. ¿Quieres que llame a Jasmin?

—No, ahora no soy buena compañía. Además, está con anginas y lo último que necesita es que la torture con mis mierdas y termine de convencerla de salir huyendo de mi desastre de vida.

Entonces hoy no habrá volado con Amy. En una hora y media aterrizará en Chicago. Estoy seguro de que no querrá verme, así que tal vez sea una buena idea que Iksáia se ocupe hoy de recogerla.

—Señor… —Kareem aparece asomando la cabeza tímidamente por la puerta.

—Si el gimnasio no está en llamas, dímelo mañana, Kareem.

—Sí, señor. —Cierra tras de sí.

—¿Les obligas a llamarte señor?

—Lo pone en el contrato —doy otro trago cuando por primera vez, sonríe—. ¿Con quién están Dallas y Erik?

—Con Svetlana. Mierda, tendría que irme ya a buscarlos.

Impido que se levante y no me cuesta ningún esfuerzo, así de borracho está. Salgo del despacho con el móvil en la mano pidiéndole que espere.

—¿Svetlana? Hola, soy yo.

—Duncan —me llama Liam—, no se lo cuentes por teléfono. Quiero ser yo quien lo haga… en persona. —Se le contrae la cara antes de terminarse el resto del vaso de un tirón.

Paso por encima del tema sin darle detalles, le digo que Liam está indispuesto y le pregunto si Katerina y ella tenían planes para la cena. Su reacción no me sorprende en absoluto.

—No me digas más, esa lagarta de Kiara ha vuelto a darle problemas al pobre Liam, ¿no? Sé que siempre quieres encargarte tú, pero me parece un buen momento para dejar caer que yo también tengo contactos. Gente que podría ayudarnos a que no nos molestara más, si sabes a lo que me refiero…

—Recuérdame que nunca te haga enfadar.

Me repite que para ella es una delicia pasar tiempo con los peques y cuelga cuando Erik le pide que lo mire saltar en plan bomba. *Puede que no estemos emparentados, pero imagino que es esta sensación de la que la gente habla cuando usa la palabra familia.*

—Vamos —le ofrezco una mano a Liam, que sigue en el suelo.

—¿A dónde?

—A librarte de toda esa mierda que sientes.

Una vez en el ring, Liam no se tambalea tanto como cabría esperar teniendo en cuenta lo que se ha bebido. *Aun así, la cosa no va bien. La idea era hacerle sudar todo lo que se ha bebido, pero el tío lleva un guante de boxeo en una mano y la botella en otro.*

—Eres un capullo debiste contarme lo de Kiara hace años. ¿Tan débil crees que soy? Siempre cuidando de mí. —Me lanza su derecha —. Fijo que crees que soy un padre horrible, por eso te empeñas en criar a mis hijos.

—¿De qué cojones estás hablando? No pienso que seas débil —esquivo el segundo y le propino uno en las costillas—. Te he ayudado porque eres un padrazo, gilipollas. Uno que no deja de remar al que la suerte no siempre le sonríe. El trabajo de criar a tus hijos lo has hecho tú solo, el mérito es todo tuyo. Lo único que he hecho yo es darte pasta. *—Es lo único que puedo ofrecer.*

—Y una mierda —da un trago y se ríe—. Si casi somos un matrimonio homosexual. Mis hijos te adoran.

—Tío, deja de beber, me estás poniendo incómodo.

—¿Acaso no serías mi mejor amigo si fuera gay?

—Tu mejor amigo sí, ¿tu marido? —Le doy un empujón y acaba contra las cuerdas—. Me da que te planto en el altar, lo siento.

Miro a nuestro alrededor. He escogido este ring porque es el más lejano a la entrada y no nos molestarían, pero en estos momentos me

vendría muy bien que alguien le quitara la botella.

—Me plantas el día de la traición de mi hermana, hay que ser cruel. Aunque no me sorprende teniendo en cuenta lo que le estás haciendo a Amy.

—No hables de lo que no sabes.

Esquiva mi derecha facilona y da otro trago.

—Si lo sé. Estás huyendo de Amy porque poner distancia es lo único que conoces, pero te vas a arrepentir. He visto cómo la miras. He visto cómo te marchitas cada vez que te enfrentas a ella, cómo la culpa te reconcome, pero la solución es sencilla.

—Nada de esto es sencillo.

—Es la primera mujer que conozco por la que sientes algo tan fuerte. La quieres, Duncan.

«Sí, supongo que sí te desprecio, pero también te quiero».

—Liam, cállate. —Le doy un golpe a la botella y se hace añicos fuera del ring.

Suelta un grito enrabiado y me empuja con fuerza. Cuando cree que me tiene, me lanza un golpe que bloqueo sin esfuerzo.

—Estoy harto de verte destrozarte solo. ¿Crees que eres complicado? Amar a alguien que nunca te ha querido, que te ha usado y dejado hecho pedazos, eso es complicado. Lo tuyo con Amy es… todo menos eso.

—Tú no lo entiendes —lo empujo, pero de nuevo arremete contra mí—, así que deja el tema.

—Lo que entiendo es que estás actuando como un cobarde al darle la espalda —su mano sin guante agarra mi camisa en un puño cerrado —. Un cobarde de mierda que decidió creer las palabras del cabrón de su padre. —Golpea mi estómago, mis brazos—. ¿Pero sabes qué? Que al final del día, no importa. Nada importa. Porque Amy rehará su vida, sin ti, te olvidará y tú te morirás solo, tal y como quieres. Y

dentro de muchos, muchos años, la tierra no se acordará de ninguno de nosotros, ¡ni siquiera del gran Jay-Duncan Vojak! —Esta vez, su guante impacta contra mi mandíbula y la fuerza con la que lo hace me deja con un entumecimiento mezclado con agujas recorriéndome toda la mandíbula.

Se la devuelvo. En un segundo, mi puño ha salido disparado contra su cara y Liam ha acabado en el suelo. *Joder, no. No.*

—¿Liam? —llego hasta él—. Mierda, ¿Liam, estás bien?

Antes de abrir los ojos ya se está riendo.

—Este juego de realidad virtual se siente muy real.

Me dejo caer hacia atrás soltando un largo suspiro. *Será capullo.* Se me escapa una risa nerviosa.

—Siempre he visto cierta similitud entre mis hijos y nosotros —dice con la vista fija en el techo, la espalda aún pegada al ring—. Dime una cosa, Duncan, si Dallas estuviera en tu situación, ¿te quedarías de brazos cruzados viendo cómo renuncia al amor de su vida?

Siento que la sangre abandona mi cuerpo. Necesito que deje de hablar.

Me quito los guantes, saco el móvil de mi bolsillo porque no deja de vibrar, leo que es Iksáia y descuelgo al segundo.

—Señor Vojak, tiene que venir al aeropuerto. Se trata de Amy, ha pulsado el botón de emergencias de su teléfono.

21

Amy

💌

La vida no sabe hacer nada a derechas, no, la vida solo sabe ser una extremista de cuidado. ¿Por qué lo creo? Mando a Lexi y a Daisy con Nina porque es lo correcto, ¿qué entiende ella por mis acciones? *"¡Quítale a todos los que quiere!"* Esto lo digo porque Jasmin está enferma y Sylas va a estar con nosotros durante el vuelo. Examen semestral de tripulación, *ergo, vengo a joderos vivos, y encima vais a darme las gracias.*

—Uy, vaya cara —dice Aurora repasándome de arriba abajo cuando salgo del baño y voy camino a la cabina—. Hay quien no sabe los beneficios de la baba de caracol, es evidente.

—¿Jasmin ya se está escaqueando otra vez de trabajar? —pregunta Hunter—. ¿Todas las turcas son igual de vagas?

—Hacedme un favor y tiraos del avión en marcha, ¿sí?

Ah, ya, mi humor también apesta. ¿Lo he dicho?

Cierro la puerta, pero no pongo el cerrojo porque Layton, el piloto que sustituirá a Jasmin todavía no ha llegado. *«Amy, deja de hablar»,* repite su voz en bucle en mi cabeza, quitándome uno a uno los ladrillos con los que trato de construir mi fortaleza.

¿En qué narices estaba pensando? Bebo un largo trago de agua. *Voy a echar tanto de menos a Erik y a Dallas cuando me vaya, a ellos y a su*

forma de arreglar el mundo entero con un abrazo. Y sin duda, la amabilidad infinita de Liam. Y la sabiduría de Svetlana. Mi visión se vuelve borrosa.

La puerta de la cabina se abre de golpe, tan fuerte que rebota contra la pared y está a punto de cerrársele en la cara a…

—Hola, ¿Amy Harleen? Soy Layton Sanders —me coge la mano y la zarandea, luego se queda muy quieto y huele el ambiente. Sí, sí, lo huele—. ¿Qué es ese olor?

—¿Qué olor? —Me levanto del asiento cuando empuja mi silla para olisquear.

Socorro.

—Huele a naranja, ¿has comido aquí dentro? No se puede comer nada, va contra las normas. Si lo has hecho voy a tener que notificarlo a la central, lo siento.

Pfff, normas a mí.

—No he comido nada. Creo que es mi champú —me revuelvo incómoda—. Perdona.

—Ah, vaya. Deberías cambiarte a uno sin olor, para que sea menos molesto. Soy sensible a los olores, ¿sabes? Mucha gente lo es, en realidad —procede a vaciar medio bote de ambientador que me moja el brazo y huele a insecticida.

—¿Y este no te molesta? —toso dudando si quiere acabar con los olores o conmigo.

—¿Este? Pero si no huele a nada. Por cierto, Sylas me ha pedido a mí que haga el despegue, espero que estés de acuerdo. Aunque realmente, es una pregunta retórica porque aquí o en Alabama, el jefe manda. Soy de allí, por cierto. ¿De dónde eres tú? Tienes un ligero acento raro. ¿Sabes que me resulta molesto no saber de dónde es la persona que tengo delante? Es un puzle del que te falta una pieza.

Dios, Jasmin, ¿por qué me has abandonado? O mejor, ¿por qué no me

contagiaste tus anginas? Mala amiga. Esto no se hace. ¡En cuanto vuelvas pienso pasarme el día chupando barandillas, así aprenderás!

Llegamos a Florida y cuando Layton se baja del avión me quedo con la mirada fija en el control de mandos tres minutos enteros. Lo mío me cuesta recuperarme, estoy muy segura de que me sangran los oídos.

No se ha callado. En. Todo. El. Vuelo.

Nada más salir de la cabina, me encuentro a Sylas, esperándome. Listo para darme la chapa. *Lo dicho, la vida es una cerda de cuidado.*

—Si aterrizáis antes de la hora, pides a los pasajeros que esperen en sus asientos. ¿Quieres colapsar el aeropuerto?

—¿Por un vuelo comercial de ciento setenta personas?

—Es curioso, ¿en qué parte de mi "sigue el manual de operaciones al pie de la letra" aparece que puedes hacer preguntas cuando te plazca?

Le odio, le odio, le odio, le odio.

—Ya me parecía —continúa—. Has tenido un retraso en el ajuste de los flaps justo después del despegue.

—El despegue no lo he efectuado yo.

—¿Y tú te has encargado de… qué? ¿El aterrizaje? —pregunta con aires de Hunter, con esa cara de «ya me molestas mucho con tu existencia, encima no me repliques».

Le digo que sí con un movimiento de cabeza porque con él nunca estoy segura de si voy a poder abrir la boca sin ladrarle. *O arrancarle la cabeza de un mordisco.*

Dedica dos minutos enteros a buscar en su libreta con una mueca apretada. Finalmente la cierra de golpe.

—Tendré más comentarios para ti en el vuelo de vuelta. —Se pasa una mano por el pelo gris peinado con gel hacia atrás, ese que le da un aspecto siempre húmedo, y se marcha limpiándose la mano en el

pantalón.

Suspiro. Miro los asientos vacíos. La intranquilidad se enquistó en mi corazón hace mucho y ahora este ya no es solo mi lugar de trabajo. Salgo al ajetreado aeropuerto de Florida, busco un bar en el que tomarme un café insípido y su amargor me hace replantearme el rumbo de mi vida. *Hoy no es mi día.* Por eso no me fío de ella cuando, cuarenta y cinco minutos después, vuelvo a entrar en cabina y encuentro a Benson, un tío a dos estornudos de jubilarse que me cae bastante bien.

—Pero si es la piloto Harleen, creía que la NASA ya te habría contratado para dirigir cohetes.

—Se resisten, aunque yo sigo enviándoles mensajes por Instagram.

—¿Qué es eso? ¿Otra red social como el TosTock?

Me arranca una carcajada.

Sigo sin fiarme. El vuelo de vuelta transcurre sin incidentes y aterrizamos en Chicago al anochecer. Benson incluso elogia mi técnica, dice que soy lógica y precavida. *Mis hermanas no me han llamado eso en la vida (no las culpo), así que me lo apunto para escribírselo y fardar.*

Sylas tiene la desfachatez de ensuciar la buena aura de la cabina con su presencia.

—Me voy ya, Amy. Te enviaré el informe con tus errores, léelos con la tripulación en el próximo vuelo en el que estéis todos y enviadme vuestra disculpa por email.

—Claro, jefe —*la dirección era SinPaciencia@SylasTocaCojones.com.*

—Ah, aquí fuera hay alguien que asegura que su cartera se ha quedado en el avión, ayúdale, ¿quieres? Lo que hagas repercutirá a la compañía, no te vayas de aquí sin encontrarla.

Sylas no espera a que conteste, no tarda ni medio segundo en bajarse del avión. Es curioso que escogiera este trabajo con el miedo

que tiene a los aviones. Es como ser… no sé, químico, y tener miedo a los microscopios. O médico y temer a los mocos. #SinSentido. Termino de recoger y veo a un hombre con una bolsa azul cruzada al pecho, buscando entre los asientos.

—Hola, ¿puedo ayudarle a buscar su cartera? —Me acerco a paso ligero—. ¿De qué color…?

Se quita la gorra al tiempo que se da la vuelta. Mi cuerpo se paraliza. Mi corazón da un último latido fuerte y se retira de sus labores. Ni siquiera parpadeo.

—Roja, igual que tu pelo.

Mis dedos se clavan en el respaldo del asiento que tengo cogido. Sylas nunca prestó atención a mis "exageradas acusaciones" así que no sabía con quién me estaba dejando y ahora se ha ido.

Estoy sola. Con él.

En mitad de las sirenas de pánico se oye una voz. *«En la mayoría de las situaciones la víctima tiene a su alrededor una forma de defenderse, de atacar o de huir, pero está demasiado sumergida en sus emociones como para darse cuenta. Lo primero que tienes que hacer es aprender a controlarlas».* Consigo sonreír.

—Entonces será fácil de encontrar en este mar de azul océano. ¿Quiere empezar por el final y yo por el principio? *—de ahí a la puerta hay muy poco tramo.*

Connor no sonríe, por prima vez desde que lo conozco está serio como un muerto. *Hoy he visto mi último atardecer.*

—No, el final ya lo he comprobado yo. Mejor tú izquierda y yo derecha, pero me quedo con el principio, que aquí atrás hace mucho calor y voy más abrigado que tú. Supongo que no te importa.

El sudor me corre por la espalda. *Cálmate.* Me aparto del pasillo sabiendo que me está encerrando, pero no pierdo la compostura porque salir corriendo no solucionaría nada. *¿Y el spray de pimienta?*

Una gota fría me recorre la espalda cuando recuerdo que está al fondo del bolso.

—Sin problema —meto una mano temblorosa en el bolso con disimulo.

Aprieto cien veces el teléfono que me dio Iksáia sin saber dónde está el botón rojo, ni si lo estoy presionando. Dejo de respirar cuando Connor pasa por mi lado, pero por suerte tras una mirada sigue caminando hacia el principio del avión.

Buscamos durante unos minutos, pero a medida que se acerca a mí, me pongo más y más nerviosa. Tengo un inmenso nudo en la garganta, pero también una idea.

—No encuentro nada, ¿y tú?

—Sigue buscando, Juliana —ordena sin siquiera mirarme.

Cojo mi otro móvil del bolsillo, el normal, el que lleva siendo mío cuatro años, muchos golpes y unas ciento setenta fundas diferentes. Marco tres números y rezo porque funcione.

—Emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, soy Amy Harleen —bostezo en un intento de sonar casual —. Estoy aquí en uno de los SkyWave Airlines y tengo a un pasajero que ha perdido su cartera. Empiezo a dudar que esté en el avión, ¿podríais ayudarnos con las cámaras de seguridad a ver si se le ha caído en la entrada y alguien la ha pateado fuera del túnel de embarque?

—¿Es una broma? —preguntan al otro lado de la línea.

—No, no, para nada —respondo evitando la mirada de Connor, que se acerca con el ceño fruncido—. Pfff, estoy reventada. Solo quiero llegar a casa y dormir cinco días seguidos.

—Señorita, ¿sabe que ha llamado al número de emergencias?

—Sí, exacto.

—¿Y cuál es la emergencia?

—Es una cartera, Kate, imagínate perderla, ¡q-qué faena!

—Señorita, ¿está al corriente de que las llamadas falsas traen consecuencias como multas o incluso cargos criminales?

—Eso sería genial, sin duda. —Me aferro al teléfono con fuerza al ver que Connor no se para.

—Voy a colgar, señorita.

—No, no, espera. Es que tiene que ser ahora. *Por favor.* —Mi voz sale más ahogada de lo que debería, así que fuerzo una carcajada.

Voy a vomitar. O a morirme.

Duncan.

—Señorita, n… —silencio—. ¿Puede hablar con libertad?

—No.

—¿Hay alguien peligroso que la está escuchando?

—Exacto, sí. Siempre la clavas, Kate.

Fijo la vista en el rostro torturado de Connor y mi estómago da un vuelco histérico al imaginar que ve a través de mí.

—De acuerdo, señorita Harleen, ¿puede decirme dónde se encuentra?

—A ver, sé que es un objeto pequeño y que el aeropuerto de Chicago siempre está a reventar de gente, pero vosotros tenéis facilidad para localizar cosas, ¿no? Poneos las pilas.

—De acuerdo —teclea y teclea—, en este momento la seguridad del aeropuerto está siendo alertada. No cuelgue, por favor.

Connor coge mi muñeca y estoy a punto de desmayarme. Ejerce la fuerza justa para apartarme el teléfono de la cara. Decir que me cae un alud de miedo denso y puntiagudo encima se quedaría corto.

—Kate, te paso con el pasajero en cuestión, creo que quiere explicarte cómo es la cartera que ha perdido. —Apenas he terminado la frase y ya tiene el móvil en la oreja.

—¿Quién es? —pregunta sin apartar su mirada de la mía.

Agacho la cabeza hacia sus botas desgastadas, incapaz de soportar la tensión. Me aferro al asiento con la mano que él no ve en un intento de mantener la postura erguida. Me muerdo tan fuerte la lengua que me hago sangre, pero consigo controlar las lágrimas.

—Vale, gracias, Kate. Esperaremos. —Connor cuelga y lanza mi teléfono hacia los asientos vacíos a su derecha, lejos. Luego me perfora con su iris gris pálido y aterrador, carente de brillo y vida—. ¿Por qué has hecho eso?

Me encojo de hombros. *Controla tus emociones, piensa. No llevo nada encima con lo que atacarle. Tampoco tengo forma de huir. Eso solo me deja con una opción: defenderme.* Doy un paso atrás para ganar margen de maniobra y me juro que no voy a empezar a llorar.

—No quería que se fuera sin su cartera. —Sonrío—. No sería buena publicidad para la aerolínea.

—Ambos sabemos que no he perdido mi cartera, Juliana. Deja de jugar.

El ambiente se vuelve cristal, un filo contra mi garganta, el aire pesa en mis pulmones y se espesa intoxicándome.

—Has empezado tú. ¿Qué quieres de mí, Connor?

—Por fin. —Sonríe al oír su nombre en mis labios, los mira revolviéndome el estómago—. Te he echado tanto de menos.

—Connor, no te acerques —retrocedo más, y más.

Él rebusca en su bolsa azul, tanto como los asientos.

—Estoy listo para irme contigo.

—¿A dónde? *Dios santo* —musito cuando la luz se refleja en el filo del cuchillo.

Toda mi vida pasa por delante de mis ojos.

—Estoy listo para irme contigo, hagámoslo juntos. Empecemos de cero.

El sollozo estrangulado apenas sale de mi garganta.

Me giro y corro, corro hasta el final del avión metiéndome de lleno en la boca del lobo con la última esperanza de que eso me salve. *Si está cerrada con llave, se acabó.*

Dios mío, Duncan.

Me estrello contra la puerta del baño justo para recordar que se abre hacia fuera, tiro y Connor ya está ahí, casi encima de mí. No tengo tiempo de entrar, lo encaro y estrello mi pie contra su entrepierna con todas mis fuerzas. Su filo me hace un corte en la pierna, uno que la adrenalina apenas me permite notar, y luego se le cae al suelo. Un segundo después el ruido seco de la puerta del baño se cierra y lo hace conmigo dentro. *El cerrojo no aguantará. No aguantará.* Sujeto la puerta y tiro de ella para que no se abra y hago lo único que me queda: grito. Con todas mis fuerzas, entre sollozos, grito.

—¡Abre la puerta! —la golpea con rabia, con algo que suena como la empuñadura del cuchillo—. ¡Juliana!

Por favor. Por favor, que alguien me ayude. La puerta se ve magullada desde mi lado. *Es más fuerte que yo. Si el cerrojo cede… dios mío. No hablamos de cuchillos en los entrenamientos.*

Grito hasta que dudo si me he quedado sin cuerdas vocales del dolor que siento, si las he roto. De repente oigo golpes fuertes, como de cuerpos humanos. Varios. Chocan contra las paredes, contra la puerta.

—¡Hijo de puta! —Más golpes y más—. ¿Ibas a usar esto contra ella?

Esa voz. Lo siguiente que oigo debe ser un animal, o alguien muy fuera de sí. Miro mis manos temblorosas y blancas de tanto tirar y dudo.

—¡Duncan, detente! —este es Iksáia, cuya voz ruge de un modo espeluznante—. ¡Lleváoslo si queréis tener alguien que meter en la

cárcel!

Alguien intenta abrir la puerta del baño y por inercia sujeto el pequeño pomo. Las lágrimas no paran. El miedo lo oscurece todo.

—Amy, soy yo —dice su voz, porque es *su* voz, lo sé.

Ha venido. Ha venido a por mí. Abro la puerta y sus brazos son lo siguiente que conozco. Me mancha de sangre, pero no es suya. Oigo mis sollozos y no los reconozco.

—No vas a morirte, estás a salvo. Siempre te protegeré, ángel —su mantra sigue conmigo tanto tiempo que dudo quién lo necesita más de los dos.

Me acuna y me aprieta contra sí con tanta fuerza que duele, pero lo agradezco porque el miedo amenaza con no soltarme nunca.

Estoy tan asustada que no soy consciente del todo cuando salimos del avión. Lo siguiente que sé es que Duncan me tiene cogida en brazos y mientras me aferro a su cuello con pura desesperación, me saca de allí.

22

Jay-Duncan

Sin el localizador de Iksáia, si no hubiera señalado la dirección correcta a la policía con la brevedad con la que lo hizo… Bloqueo toda posibilidad cuando la mujer en mis brazos tiembla, todavía aferrada a mi cuerpo con todas sus fuerzas.

—No me sueltes —suplica.

—No voy a soltarte —*tengo mi vida entera en mis brazos, si la suelto, me muero*—. Iksáia, date prisa.

—Sí, señor. —Levi-Ryan y Kadmus han llegado a la escena antes de que nos fuéramos, dando gritos y órdenes a quienes debían haber hecho un mejor trabajo.

Reconozco que ha sido satisfactorio ver hasta qué punto les importa Amy. Reconozco que fue todavía mejor cuando Ryan se ofreció a escoltar a Connor al hospital, con tal de asegurarse de que el puto Houdini llegaba esposado como debía. *Inconsciente dudo que pueda, pero me alegra.*

—Vuelve al aeropuerto —le digo a Iksáia cuando detiene el coche frente a mi edificio, Amy y yo estamos en la parte de atrás—. Averigua cómo ese hijo de puta ha conseguido llegar hasta su avión y quedarse a solas con ella.

—Sí, señor.

—Iksáia, haz lo que sea preciso. *Lo que sea.*

—Lo haré.

Cojo agua de la cocina e intento que beba, pero no se mueve ni un ápice. No pienso obligarla a nada, así que me la llevo en silencio a la cama. La ciudad sigue viva ahí fuera, por lo que ni siquiera enciendo la luz. Me tumbo con ella en brazos, la tapo y acaricio su espalda mientras su corazón bombea con fuerza contra el mío.

Ahora sé que sí tengo. Lo sé porque oigo cómo se desangra por ella.

—He pasado tanto miedo —dice contra mi cuello, todavía con lágrimas sacudiéndola.

—No volverá a pasar, ángel. —Cierro los ojos con fuerza—. Se acabó.

—Intenté controlar mis emociones —se le mueven los hombros.

—Lo has hecho muy bien —aprieto los dientes cuando el nudo quema demasiado.

La vi. Vi cómo le daba una patada con todas sus fuerzas y lo empujaba aprovechando su fragilidad momentánea, cómo se encerraba en el baño y también oí cómo pedía ayuda. Un avión nunca me había parecido tan largo, pero ese pasillo estuvo cerca de ser infinito.

Me asfixio reviviendo la escena. Connor con el cuchillo repitiendo que era suya. *Iba a arrebatármelo todo.* No entiendo cómo no he acabado con él. Sé que los de la ambulancia han dicho costillas, nariz, brazo derecho y pierna izquierda rota, pero la lista debería haber sido más larga. *Todavía la oigo gritar mi nombre. Porque era a mí a quien llamaba.*

Los demonios del pasado han vuelto a mí en el peor momento posible, convirtiéndome de nuevo en lo que más me aterra: el espectador de mi propia pesadilla. *Pero esta vez ha sido diferente. Ya no soy un crío. Nadie va a volver a quitarme lo que es mío.*

Su cuerpo cede y durante un tiempo indefinido, sus ojos se cierran pese a que su corazón sigue martilleando frenético. Pasa mucho más hasta que se duerme de verdad. Yo nunca seré capaz de volver a cerrar los ojos, ni de bajar la guardia. La necesidad de curarle la herida de la pierna me puede, así que horas después, solo cuando deja de temblar, la dejo en el centro de la cama y voy a por el botiquín. Me quito la chaqueta del traje y me remango. La herida de su muslo no es profunda, pero tengo que tomarme un segundo para no gritar y destrozar mi apartamento. Lo siento por su pantalón, pero agrando el corte para poder maniobrar y colocar una gasa.

Vuelvo a taparla y al acercarme a su cara tiene los ojos abiertos.

—Estás herido. —Se le abren aún más las gemas de obsidiana que tiene por ojos—. Oh, dios mío, ¿ha sido…? ¿Su cuchillo ha…?

—No me ha tocado. A diferencia de ti. —Mi mano llega hasta la gasa de su muslo, la razón por la cual quiero acabar con el mundo esta misma noche, la suya llega hasta mi mejilla.

—¿Quién te lo ha hecho? ¿Cuándo ha pasado?

—Nunca había estado tan asustado en toda mi vida, ángel. No sé lo que habría hecho si te hubiera… —Pego mi frente a la suya cuando mi voz me traiciona—. Eso es lo único en lo que puedo pensar.

Se le vuelven a inundar los ojos de lágrimas. Tira de mí y me besa. Sus labios alejan el miedo, la culpa, la ira y todo lo demás. Le devuelvo el beso porque es todo cuando mi alma anhela. *Mi lugar seguro.*

—Ven aquí —separa las sábanas para que me meta debajo con ella y me aferro a su cuerpo como si tuviera derecho.

Ninguno de los dos se molesta en fingir que no necesita la proximidad del otro. *Una vida entera así no será suficiente.*

A eso de las cinco y media de la mañana, abro la puerta de mi casa para encontrarme al agente Levi-Ryan con marcas por la cara,

marcas que huelen a puñetazo.

—¿Qué te ha pasado?

—Connor se despertó y se me soltó el puño. Luego vino el de seguridad, se puso de su parte y se me volvió a soltar.

Creo que este es el principio de una bonita amistad.

—¿Cómo está Amy? —pregunta.

—Puedes hacerte una idea.

Aprieta la mandíbula como para rompérsela y asiente. Oigo su mente cagándose en todo y dudo si estoy mirando mi reflejo.

—Solo venía a decir que después de que los enfermeros hicieran lo suyo, la policía local se ha ofrecido a explicarle lo que ha pasado y Connor ha tenido un breve momento de lucidez. —Desvía la mirada —. Ha suplicado que lo enviaran a un lugar donde no pudiera hacer daño a nadie nunca más.

Debería aliviarme la noticia o avivar algo más que rabia en mí, pero en lo único que pienso es que si ha podido hablar tanto, es que no le di su merecido. *Tenía un puto cuchillo, iba a matarla, me importa una mierda cómo se sienta.*

—Sé lo que estás pensando, yo también me quedé con ganas de más, razón por la cual el guardia de antes acabó echándome del hospital. —Se pasa una mano por el pelo y desearía oír la continuación de la historia—. En cualquier caso, un juez dictaminará hasta qué punto no está en sus cabales. Ya sea en un sanatorio mental o en la cárcel, Connor Hanes no volverá a dar problemas. Amy está a salvo. Se ha acabado.

Suelto una larga exhalación.

—Gracias —le choco la mano y le doy unos golpes en la espalda que me devuelve—. Por todo, Ryan.

—Lo que sea por Amy.

—Ahora mismo no está en condiciones de hablar —miro hacia el

interior del piso—. En cuanto a tomarle declaración a la víctima…

—Sé todo lo que necesito saber. Por cierto, toma —me entrega el móvil de Amy, después se marcha.

Si ella quiere testificar, lo hará. Si quiere contarlo todo desde el principio, lo hará. Pero diga lo que diga, no permitiré que Connor vuelva a ver la luz del sol.

Me doy la vuelta y la veo desperezándose. Se ha cambiado de ropa, ya no lleva el uniforme, sino una camiseta mía que le llega casi hasta la rodilla, ocultando la gasa.

—¿Quién era?

—Ryan, ¿qué haces levantada? —Me acerco.

—No puedo dormir si no estás en la cama. ¿Qué quería Levi-Ryan? ¿Duncan? —pregunta de nuevo, pero no puede esperar que su confesión no me deje en puto trance.

Le cuento lo de Connor y pide hablar con mis abogados para contarlo todo. Necesito que deje de pensar en ello durante al menos dos minutos seguidos, así que muevo la cabeza hacia la cocina.

—Vamos —entrelazo su mano con la mía y tiro de ella, no se queja.

—Madre mía —dice jadeando—, pero si esto parece una panadería. ¿Eso es hojaldre? Espera, ¿eso son galletas de chocolate y caramelo de masa blanda?

La siento en la isla y suelta una carcajada que detiene mis manos y electrifica mi columna vertebral.

—Podrías alimentar a toda la manzana con esto, ¿por qué sigues sacando cosas? —señala el mar de fruta, zumo, sándwiches y dulces que la rodean.

Porque tienes los ojos hinchados, rojos, y el miedo dibujando cada gesto.

—Quiero que tengas todo lo que necesitas.

—Lo tengo —asegura aguantándome la mirada, luego se vuelve hacia sus galletas y mordisquea una sin mucho entusiasmo.

Sé que el hecho de estar a salvo no implica sentirse a salvo, así que finjo no darme cuenta.

—¿Puedes parar? —pregunta al cabo de unos minutos.

—¿A qué te refieres?

—Has vuelto a darte la vuelta para cortar los sándwiches. No le tengo miedo a los cuchillos. Se lo tuve a quien lo empuñaba. Pero tú me salvaste.

—Tú te salvaste avisando a Iksáia, a emergencias y metiéndote en ese baño. Estoy tan orgulloso de cómo reaccionaste, Amy.

Lo de no hablar del tema se me da de puta pena.

—Fue gracias a ti. Era tu voz la que oía en mi cabeza. En parte, estuviste allí conmigo, en mi peor momento.

Me acerco y le doy un beso en la frente.

Mensaje de Sylas

23:07 Tras los numerosos conflictos laborales y la recién problemática publicada en los medios, la compañía SkyWave Airlines va a prescindir de sus servicios como piloto. Amy Harleen, puede dejar su uniforme de piloto en el mismo mostrador en que lo obtuvo.

Leo el mensaje de ayer por encima de su hombro y envío yo un par mientras despotrica sobre el capullo ese. *Me encanta oírla maldecir, es música para mis oídos.*

—Modificaba nuestras rutas sin consultarnos, nos exigía hacer turnos dobles sin aviso, durante las reuniones siempre soltaba comentarios machistas insinuando que una piloto sin maquillar era peor piloto y retenía aprobaciones de permisos o vacaciones solo para quitarnos tiempo de planificación. Es un cretino de manual y un hombre muy, muy pequeño. —Miramos su móvil cuando le vibra de

nuevo.

Mensaje de Sylas

06:57 Tras una reconsideración de la situación actual y un estudio de su caso en particular, la compañía ha decidido no prescindir de sus servicios como piloto.

—¿Qué has hecho, Duncan? —pregunta y cuando intento alejarme, agarra mi camisa.

Estoy borracho de tanta cercanía.

—¿Yo? Nada. —Muerdo mi sándwich y me encojo de hombros.

La dejó sola con Connor. El hijo de puta ignoró sus advertencias alegando que eran exageraciones. *Sylas tendrá su merecido muy pronto.*

—No deberías excederte tanto —suelta su galleta casi entera, pero no a mí. A mí me acaricia y cuando habla, su voz se vuelve un susurro —. Duncan, no soy tan fuerte para luchar contra ti.

Soy un capullo por sentir alivio, pero su confesión me hace feliz.

—Solo necesito asegurarme de que estás bien. De que vas a estar bien.

Asiente, guardándose para sí muchas palabras que desearía oír.

—Alguien tiene que curarte esas heridas. Tal vez alguien que sí sepa cómo te las has hecho.

—Mis heridas no importan.

Aprieta los labios con frustración y se baja de la encimera. Mi cuerpo se tensa de pies a cabeza. Lo último que quiero es que se vaya, así que hago lo necesario.

—Haz tus preguntas.

Suelta el aire despacio, con recelo, sin fiarse del todo.

—¿Cómo te las has hecho? Las nuevas.

—¿Recuerdas lo que te conté de Kiara sobre traerme problemas? Cierta escoria humana le prestó dinero y al no poder pagarles Kiara

apuntó en mi dirección.

—¿Por qué haría eso? —El enfado crece bajo su preciosa piel—. ¿Y por qué la creerían?

—Porque durante años estuve financiándola, estuve dándole dinero para que no se lo pidiera a Liam y evitar que se acercara a sus hijos —sus ojos pasan a ocuparle toda la cara—. Intentamos advertir por las buenas a Huxley y los suyos de que no sacarían nada de esto. O les advertimos más o menos por las buenas, pero insistieron en zanjar el tema por las malas.

—¿Y ya se ha acabado?

—Sí, se ha acabado.

Asiente.

—Me alegra. Siento lo de Kiara. —Un destello nace en sus ojos negros, luego se humedecen—. Y lo de Magnolia.

Beso su palma cuando sube hasta mi mejilla, ella cierra los ojos, pone las manos en mi pecho y me aparta.

—Tengo que irme ya, Duncan.

La encuentro en el salón, con el fantasma de sus labios todavía encima.

—¿Por qué? —Mi voz suena floja—. He cedido, te lo he contado.

—No vas a querer contestar a las preguntas que quiero hacerte.

Te daré todo lo que quieras de mí. Todo cuanto pidas. Pero no te vayas.

—Hazlas, Amy.

—Bien, ¿qué hay de las cicatrices de tu espalda? ¿Por qué insistes en apartarme si en cuanto te necesito me aferras a ti con fuerza? ¿Por qué te empeñas en decir que no puedes darme lo que quiero y luego haces justo eso? —Sacude la cabeza—. Sabía que no contestarías. —La alcanzo antes de que salga al dormitorio, recupere su ropa y se vaya.

—No fue una sola vez —miro mis dedos, agarrándola con fuerza

—. A los cinco fue contra una mesa de cristal que se hizo añicos en mi espalda. Mi padre me lanzó sin fijarse dónde, no fue intencionado, aunque tampoco le importó. A los seis me empujó por las escaleras, la barandilla cedió y el impacto hizo que los pedazos de madera se me clavaran como cuchillas. A veces, cuando cometía errores, me arrastraba por el asfalto sin camiseta.

—*Duncan*. —Llora echando más leña al fuego de mi dolor, pero no me frena, así que sigo.

—Yo nunca fui su enemigo, ni relevante. Mi madre sí lo era, ella era la que me había traído al mundo. Ella se llevaba todas las palizas, yo solo recibía cuando me metía. Pese a que ella me advertía que no lo hiciera, no podía evitarlo. Mi padre solía quitarme de en medio con facilidad, así que no puede decirse que lo frenara en absoluto. —Una risa amarga rebota en mi pecho.

—¿Y tu…? —traga con dificultad—. ¿Tu madre no te defendía?

—Solía decir mucho para protegerme. «No lo mires, Jakub, él es insignificante. Esta es nuestra casa, *solo* nuestra». Sé que su desprecio no era del todo sincero, que era su forma de hacer que los focos de Jakub fueran en su dirección. A veces Kasia Vojak evitaba una pelea dejándome sin cenar o encerrándome en mi habitación durante días. Tengo que admitir que me libró de muchos golpes y que si sigo vivo es gracias a ella. Pero a veces parecía olvidarse de por qué lo hacía, a veces parecía odiarme de verdad. Lo más dulce que me dijo nunca fue «finge que estás muerto, Jay, finge que no existes. Eso te mantendrá a salvo». Por eso no entendí lo que hizo cuando cumplí siete años.

—¿Qué hizo? —pregunta la voz de Amy en alguna parte, no consigo verla, la oscuridad lo engulle todo.

—Mi padre estaba trabajando en el hospital cuando Kasia vino a recogerme al colegio. Nos fuimos de la ciudad de Oklahoma con un par de bolsas con ropa y un fajo de billetes. Recuerdo lo nerviosa que

estaba, que estuvimos a punto de tener un accidente varias veces. Mi madre aseguraba que Jakub le había dado permiso para que hiciéramos este viaje solos, pero sabía que no era cierto. Pasamos semanas de motel en motel, puede que llegara a dos meses. Fueron varias las veces que tuvimos que irnos sin pagar de un restaurante por verle aparecer en el aparcamiento. Mi padre siempre repetía una frase cuando pegaba a mi madre: si alguna vez te vas de esta casa, te encontraré y te mataré. —Reprimo las náuseas, pero vuelvo a tener cinco años y siento que voy a morirme—. Una noche en un motel cualquiera, a las tres y diecisiete de la mañana, mi madre me dijo que volvía a casa, pero sin mí. «Lo amo, Jay, y si tu corazón nunca hubiera latido, él todavía me amaría. Le fallé trayéndote al mundo. No me sigas, ¿de acuerdo?».

Amy se aferra a mi cuerpo. Estamos sentados, ahora.

—Sigue, por favor, ¿qué te pasó después? ¿Qué te hicieron?

¿Cómo podría negarme a su desesperación? Le daría todo cuanto poseo para cesar su sufrimiento. Me llevo su mano a los labios, aferrándome a mi control. Mi voz sale cada vez más grave.

—Mi madre se fue del motel y a las siete de la mañana me encontró la policía. Resulta que ya no estábamos poniendo distancia de por medio, sino que llevábamos semanas acercándonos más y más a casa. Mi padre la mató aquella noche, luego se suicidó. Fue una suerte de que ni siquiera entonces se acordara de mí. Pasé del motel a un centro de acogida y ese fue otro infierno distinto. Uno menos personal. Aquellas personas que ahora estaban a mi cargo y de tantos otros niños no me odiaban a mí, pero tampoco me tenían el más mínimo aprecio. Nunca me adoptaron, así que salí del centro en cuanto cumplí dieciocho. Svetlana no solo me dio trabajo, me dio algo que no había tenido nunca. Un hogar.

—Duncan, lo siento tanto. —Sus hombros se sacuden con fuerza y

cuando me mira, veo lo que le hace—. No merecías vivir ese horror.

—Por favor, no llores así, Amy. Estoy bien ahora.

Debería haberla protegido de la oscuridad que llevo dentro, de mis demonios, de mis cargas. Aprieto los puños. Otro fracaso más.

—No estoy llorando. —Se aferra a mi cuello, se sube a mi regazo y me abraza con todo su cuerpo, y así es como vuelvo a tener el mundo en mis brazos.

—Yo no le… —carraspeo—, no le guardo rencor a mi madre, ¿sabes? Sé que estaba enferma y que necesitaba ayuda —acaricio su espalda y mi garganta quema menos—. Una parte de mí duda si aquella noche se marchó porque sabía que no podía luchar contra mi padre, que no se rendiría nunca, que nos acabaría encontrando. Todavía hoy dudo si se sacrificó para salvarme. Tal vez no, tal vez estaba demasiado rota llegado el final y solo quería volver con el monstruo al que amaba. Pero siempre he creído que si alguien la hubiera encontrado a tiempo, ella se habría salvado, que habríamos podido tenido una oportunidad juntos, lejos de él. Crecí sabiendo que quería ser la ayuda que no tuvo, que no tuvimos. Tener un objetivo fue lo que hizo que tanto dolor tuviera sentido. —Le aparto las lágrimas, pero no paran de brotar nuevas—. ¿Lo entiendes ahora, ángel? ¿Ves por fin que no tengo nada bueno que ofrecerte, que no me queda nada?

23

Amy

Mi alma se resquebraja, mi golpeado, torturado, herido y vulnerable corazón nunca ha sentido tanto dolor. Me arde, me quema, no puedo desprenderme de la fuente y va a acabar conmigo. *Pero no es eso lo que me preocupa.* Necesito arrancárselo a él, liberarle de la carga tan pesada que ha llevado sobre sus hombros toda su maldita vida.

—¿Lo entiendes ahora, ángel? ¿Ves por fin que no tengo nada bueno que ofrecerte, que no me queda nada?

El amor siempre ha sido una fuente de dolor para él. *«A él no le dijeron te quiero de pequeño y ahora no puede decirlo».* Ha sufrido más de lo que ningún corazón puede soportar.

—Te queda mucho amor por dar, Jay-Duncan Vojak. No eres como ellos. Tú arreglas todo lo que tocas, lo mejoras, lo curas, lo proteges y lo cuidas. Tienes muchísimo que ofrecer, aunque tu corazón esté hecho pedazos.

—Nunca podría hacerte eso, Amy —susurra en mis labios, haciendo que anhele un beso que nunca llega—. Nunca lo haré.

Mi pulso se detiene. Su sentencia se imprime en mi piel como una cicatriz que siempre estará conmigo. *Es mi escudo y el arma que me atraviesa*. Es una suerte que el amor nunca haya estado escrito para mí.

—Eres un hombre valiente, Duncan, y más fuerte de lo que crees. Encontrarás a una mujer especial por quien estarás dispuesto a arriesgarte a sufrir de nuevo. Solo espero que seas lo bastante valiente como para no dejarla escapar cuando la encuentres.

Hunde las manos en mi pelo, me coge la base del cuello y me obliga a mirarle inclinándome la cabeza.

—Nunca vuelvas a decir algo así.

Cuántas cosas quiere que me guarde para mí.

Él y sus normas. Voy a echarlas de menos.

Pongo las manos en su pecho y me separo de él, no sin antes depositar un beso en su mejilla.

—Gracias por contármelo. —Camino hasta el dormitorio y me visto.

Duncan tarda en llegar, pero cuando lo hace, trae consigo cólera, negación, incredulidad y traición. En su mirada: un bosque entero en plena tormenta.

—¿Te marchas?

—Sé que estoy a salvo —me pongo mi camisa de vuelo sobre su camiseta y espero que no se dé cuenta—, sé que Connor no va a molestarme más y que ya no hay razón para que sigas protegiéndome. Pero me gustaría avisar a Iksáia para que me lleve a casa, si te parece bien. *—La idea de subirme a un coche con un desconocido me aterra y es algo a lo que tendré que enfrentarme, pero no hoy.*

—Amy, para —llegamos a la entrada—. No quiero que te vayas.

Me muerdo la lengua con fuerza y al girarme, consigo hacerlo con una sonrisa en los labios. Acaricio su mejilla herida, sumergiéndome en la impotencia de todo lo que no puedo cambiar. Me muerdo el labio para que deje de temblar. *Un segundo más, aguanta.*

—Te entiendo, Duncan, por fin lo hago. Entiendo por qué me apartas y no voy a pedirte que elijas quedarte conmigo. Pero necesito

un tiempo lejos de ti, esta vez de verdad. Si me ayudas una última vez, con un poco de suerte, algún día conseguiré dejar de quererte.

Sus ojos se abren con el mismo miedo que la primera vez que lo escuchó.

Cierro tras de mí y dejo salir las lágrimas contenidas. Todas.

Los días pasan y me obligo a no centrarme en los huecos que Duncan ha dejado en mi vida. Por desgracia lo que tengo en el pecho es absorbente, como un agujero negro que va a engullir el universo y acabar con todo. Jamás había sentido algo así y eso que ni siquiera éramos novios de verdad. *Respira. Dentro y fuera. En algún momento dolerá menos… digo yo.*

Me apetece mucho pasar tiempo con Erik y Dallas, pero irme será más difícil si no empiezo a distanciarme, así que lo hago, me distancio. Además, la tristeza me persigue como si fuera mi sombra, no me apetece deprimirlos.

—Das mucha pena, ¿sabes?—pregunta la mujer sentada a mi lado en el suelo, con la espalda pegada a mi sofá—. ¿Hace cuánto que no te duchas?

Jasmin también me sigue como una sombra. La muy tonta se siente culpable por no haber estado ahí el día que Connor se coló en el avión. Ahora sabemos que logró traspasar algunas puertas de «solo personal autorizado» con una identificación robada y un mono de mantenimiento conseguido en una tienda de disfraces. La policía cree que consiguió la identificación cuando trabajó de operador de rampa. *Pero en cualquier caso, la seguridad del aeropuerto debería mejorar.*

Reconozco que me gusta tener a Jasmin en casa, siempre trae luz consigo.

—Dijo la que tiene manchas de chocolate en la cara.

—¿Es tu manera de torturarme? —bebe de su humeante taza de chocolate—. ¿De demostrar lo horrible que soy por pillar anginas?

—Desde luego —intento sonreír.

—Joder, ni meterte conmigo puedes. Esto es grave.

Sí, lo es, y necesito que pare.

—¿Llamo a Lexi? ¿A Daisy? ¿A Sawyer tal vez?

—Estoy bien, Jas, te preocupas demasiado —desvío la mirada hacia la tele, donde sigue en marcha una peli a la que no estamos haciendo ni caso, porque esta mujer me conoce demasiado bien.

Pasa una mano por encima de mis hombros y apoya su cabeza contra la mía.

—Te quiero, Amy Harleen. Por si sirve de algo.

Mi visión se vuelve borrosa. No muevo ni un músculo.

—Sirve de mucho, Jas —susurro.

Cada latido de mi corazón resuena con un eco que grita su nombre. El dolor es un invitado no deseado que no puedo esperar a echar de mi casa. Cuando acaba la película, se sienta a lo indio delante de mí y me dice:

—Tengo que pedirte un favor.

—Sí, puedes llevarte los brownies de la nevera. —Los había comprado para Iksáia, pero como no voy a volver a verle, se van a echar a perder.

Compré de más para su mujer y su hija. Dios, tengo que irme de este piso ya.

—Perfecto, pero no es eso. Sabes cuánto me gusta Liam, ¿verdad?

—Fuiste muy explícita cuando me dijiste hasta qué punto te gusta, sí. —*El de los hoyuelos no solo es buen padre.*

—Necesito que me ayudes a caerle bien a sus hijos. —Junta las manos—. Te lo suplico.

—Hasta donde yo sé, eres la primera mujer que Liam presenta a Erik y Dallas como su novia. Tienes ganados a los Brodly desde el primer segundo. ¿No te hizo Erik un dibujo el otro día?

—Sí, pero no es lo mismo, cada plan que Liam propone ellos preguntan si pueden invitarte a ti. Les encantas a los dos y no puedo culparles, a mí también me encantas —baja los hombros—. Pero quiero cargarme el rol de la madrastra mala de Disney, quiero caerles bien, muuuy bien, pero no sé ni cómo comportarme. Sobre todo con Dallas, ¿te has fijado alguna vez en Dallas? Es intimidante de narices y cuando me mira me pongo nerviosa y empiezo a decir chorradas y a sudar. Me alegra que sonrías por fin, pero además de reírte de mí podrías ayudarme.

—Primero de todo, esos dos niños tienen mucha suerte de que vayas a ser su futura madrastra. Les ha tocado la lotería.

—Segundo: lista de tips.

—Segundo, solo tienes que ser amiga suya. Escúchales como haces conmigo, gástales bromas, vuélvete loca. Sé full-Jasmin-en-su-máximo-esplendor. Fin de los tips. —Me levanto—. Voy a la ducha, vete a casa.

—¿Qué dices? Hoy también me quedo a dormir, todavía estoy convaleciente —tose.

Finge que la estoy cuidando yo a ella. Es un tesoro, pero me está chafando la fiesta de autocompasión que tenía pensada.

—Entonces supongo que no necesito una ducha.

—Fuera —me empuja hacia el baño—. Necesitas jabón y cambiarte de ropa. Mañana trabajamos y si no empiezas a erradicar esa peste, dejarás inconsciente a todos los pasajeros.

Una forma muy sutil de decir que me quite la camiseta de Duncan antes de que acabe fusionándose con mi piel.

Me lo pienso mucho, más que eso, pero golpeo su puerta con los nudillos. Sintiéndome fuera de lugar, me doy la vuelta justo cuando la puerta se abre y Svetlana pregunta:

—¿Se te ha olvidado a lo que venías? A mí me pasa todo el

tiempo. Katerina ha hecho galletas, ¿quieres? —No espera mi respuesta, se mete en casa dejando la puerta abierta.

—Siento molestar…

—Eso díselo a quien molestes, toma asiento.

Katerina no está, me doy cuenta enseguida, y por algún motivo eso me pone aún más nerviosa. Cojo una galleta y la mareo, porque tengo el estómago como el corazón: en un puño.

—Me voy.

—¿Ya? Pero si no has comido nada.

—De High River. En diez días. Quería despedirme y darte las gracias por tu ayuda, amabilidad y compañía.

—Mi ayuda, amabilidad y compañía solo han sido un reflejo de la tuya. ¿Vas a contarme por qué estás aquí de verdad, muchacha? —pregunta con total naturalidad.

Meted a Ridelmunt y Svetlana en una habitación treinta minutos y solucionan todos los problemas del mundo. ¿Llegaremos a ser tan sabias nosotras cuatro?

—Duncan me contó lo de sus padres —carraspeo—, todo. Mmm, no sé hasta qué punto Liam conoce su historia, pero sé que tú la conoces toda.

—Así es —me pasa una caja de pañuelos sin hacer alusión alguna—. Liam también la conoce, pero ya sabes cómo se cuentan las cosas los hombres. Seguro que utilizaron muy pocas palabras y lo dieron todo por entendido.

Me pega, la verdad.

—Duncan me habló… —carraspeo de nuevo, miro hacia el techo, respiro hondo—, del hogar de acogida. Puede que esté excediendo tu confianza, pero, ¿crees que podrías decirme dónde está?

—¿Para qué vas a ir? —se levanta, me da la espalda, camina hasta un pequeño y alargado armario de color marrón oscuro, y saca una

hoja de libreta y un boli.

—Necesito verlo.

Empieza a escribir nada más sentarse.

—¿Sabes por qué el atardecer es mi momento favorito del día, Amy? —pregunta sin levantar la cabeza—. Porque demuestra que no todos los finales son tristes. Algunos pueden ser preciosos.

Este no. Este no lo es.

No hace preguntas y yo no tengo garganta para seguir hablando, pero cuando me levanto para marcharme y ella para acompañarme a la puerta, la abrazo fuerte.

—¿Estás segura de que quieres bajar? —pregunta Jasmin desde el asiento del conductor cuando apaga el motor.

—Sí, necesito verlo. —Está al final de la calle, a unos cuantos pasos.

—Te espero aquí, campeona. Emite el sonido del colibrí en celo si quieres compañía.

La abrazo otra vez y ella me corresponde tras el mini sobresalto inicial porque la he abrazado más estos últimos días que en los últimos años.

Bajo la calle y mis pies se frenan junto a la entrada del ancho edificio de tres plantas, ladrillos grises desgastados por el tiempo y pequeñas ventanas cuadradas. La puerta está abierta y al entrar, veo que las paredes están pintadas de un blanco pálido, casi clínico, sin adornos, ni cuadros, ni vida, solo un perchero metálico con algunas chaquetas colgando de manera desordenada.

—De aquí vienen tus artes decorativas, sin duda —me río sola y me froto los ojos.

Se oye jaleo fuera, en el jardín, pero uno controlado. Hay varias salas que tienen las puertas abiertas, algunas parecen de estudio, otras de ocio.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta un hombre de unos sesenta y tantos, gafas de pasta oscuras, camisa a cuadros y cara de pocos amigos.

Ufff, ¿cómo no había pensado en esto?

—Mmm, yo… perdón.

Sonríe. No sé por qué, pero sonríe. Me obligo a no fiarme de su forma de enseñar los dientes porque siento que no odiarle sería traicionar a Duncan.

—¿Le apetece una taza de café? —señala una de las salas de ocio y noto que asiento, aunque no soy muy consciente.

El sol de la tarde entra por las ventanas y cae sobre los sillones que ocupamos. Desde aquí puedo ver a algunos de los niños y parte del jardín, hay una fuente muy bonita alrededor de la cual juegan.

—Gracias —acepto el café y tras un sorbo lo suelto para que no se note mi temblor de manos.

Las aprieto en mi regazo hasta que se quedan blancas y el tío vuelve a sonreír con simpatía.

—Hay dos razones por las que alguien parecería asustado al pisar un centro de acogida así que dígame, ¿futura madre o ex-residente?

—Ninguna de las dos. Un… *—falso novio, guardaespaldas, el mejor sexo de toda mi vida, el hombre al que quier…—*, un amigo estuvo aquí once años. Quería ver… lo siento, soy una entrometida.

—No lo es en absoluto. Mi nombre es Pete Adams, ¿puedo saber cómo se llama usted y su amigo?

—Yo soy Amy Harleen, el nombre de mi amigo preferiría no decirlo, si no le importa.

—Lo comprendo.

—Pete, ¿estaba usted aquí hace veinticinco años?

—No, compré este sitio hace solo diez.

—¿Lo compró?

—Sí —bebe otro trago de café y lo deja en la mesita coja y astillada a nuestro lado—, hice un buen trato con el gobierno. Verás, yo también residí aquí hace tanto tiempo que parece que sucedió en otra vida. Quería cambiar las cosas.

Miro a mi alrededor. *Pues si la decoración era peor antes yo no sé…* se ríe.

—Tal vez haya cosas que mejorar todavía. —Procede a limpiarse las gafas con la camisa—. Los primeros cambios que hice no fueron de los que se ven.

—¿Se refiere a los cuidadores?

—Veo que su amigo le ha hablado de ellos. —Asiente—. Ahora se realizan exámenes para evaluar si las personas a cargo de los niños están o no capacitadas para darles el trato que se merecen.

Oímos risas y la vista de ambos va de vuelta al jardín. Con una diferencia, esta vez cuando mis ojos se posan en el borde de la fuente, veo una placa. Me levanto con el corazón acelerado y leo la placa a través de la ventana, estrechando la mirada. J-D Vojak.

—¿Duncan? —Me giro hacia Pete—. ¿Duncan volvió aquí?

—Su amigo viene cada mes.

—¿Cada mes? —casi se me salen los ojos de las órbitas.

—Es el tutor o figura de apoyo de los chicos.

—¿De todos? —casi lo chillo—. Pero si deben ser…

—Cincuenta y siete, sí. —Su sonrisa es amplia y orgullosa—. Jay-Duncan no ejerce un rol de padre, ni evita que sean adoptados por familias, pero procura que nos les falte de nada mientras están aquí y también los hace sentir que no están solos. Una vez al mes viene y come con todos nosotros.

Estoy jodida para siempre. Para. Toda. La. Eternidad.

—¿Y desde hace cuánto que se encarga de ellos? —sorbo, frotándome la nariz.

—Lleva haciéndolo desde hace siete años y no ha fallado a ni una sola comida. Como siempre cumple su palabra, promueve que los chicos aprendan valores importantes desde pequeños.

Siete años. La edad de Erik y Dallas.

Entonces lo sé, que voy a tener que mudarme a la otra punta del mundo y que muy probablemente, no sea suficiente.

24

Jay-Duncan

💌

Cierro el portátil, cojo la chaqueta y salgo de mi despacho.

—Te lo aseguro, Duncan, quiere irse —insiste Daisy Dooren al teléfono—. Jasmin lo ha dicho.

Si Amy Harleen cree que voy a dejar que se vaya de High River es que no me conoce en absoluto.

—No tienes de qué preocuparte.

—Pero está mejor ahí que en cualquier otro piso.

—Es verdad.

—No puedes dejar que se vaya.

—Daisy, yo me encargo. Respira.

—Señor, los abogados… —dice Kadeem pillándome por banda.

—¿Qué haces aquí, Kadeem? —tapo el móvil con la mano—. Tenías que estar vigilando a Amy. Hoy trabaja.

—Esta mañana se ocupa Jonede, señor, ¿lo recuerda? No quiere que se percate de que aún la seguimos, así que nos turnamos y cambiamos de coche con frecuencia.

—Cierto, perdona —bajo las escaleras con él y Daisy, pensando en lo que haré si me entero de que Amy sigue teniendo ataques de pánico. *Probablemente ir a la cárcel y zurrar al que hace dos días metieron en prisión preventiva, luego pensar en algo mejor.* Daisy sigue

con sus preguntas y hago lo que puedo por tranquilizarla, aunque lo mío es dar puñetazos—. Daisy, dame un segundo, ¿qué Kadeem?

—Ayer por la tarde, señor, Amy fue con Jasmin a Silver Oak Avenue, número treinta y nueve.

Mis pasos se frenan. Me trago la noticia y lidio con la esperanza como puedo, pero tengo ganas de sonreír como un gilipollas. *Aún no me ha cerrado la puerta. No me malinterpretes, si la cierra, la echaré abajo, pero es bueno saber que todavía…* Una vez más mi alma rota encuentra refugio en su atención.

—Gracias, Kadeem, buen trabajo. —Vuelvo al teléfono—. Daisy, tengo que dejarte.

—Prométělo, Duncan.

—Te prometo que os mantendré informadas de todo lo que pase, igual que he hecho hasta ahora.

—¿Yyyy? —insiste.

—Y que os mandaré fotos para que Lexi vea que no miento.

—Gracias.

Me reconforta y alivia que Amy haya tenido a sus tres hermanastras desde pequeña, se las merece. Me guardo el móvil, salgo a la calle y los veo llegar. Winchester da dos golpes en el capó del coche para que me suba.

—Os prometo que está bien —oigo decir a Levi-Ryan Diago cuando le doy la mano a Winchester, ya desde el asiento de atrás—. Supongo que os llegará su carta en unos días. Nina, ¿cuándo os he mentido yo a vosotras? Eso era trabajo, Rapunzel, esto es diferente. Daisy, échame un cable. Exacto, gracias. Os volveré a llamar. Adiós.

—¿Te han creído? —pregunta Winchester.

—Voy a tener que enviarles una foto de Connor esposado para que se tranquilicen —dice con genuina preocupación, y por primera vez en días quiero reírme.

—Ryan —Kadmus le da en el pecho—, ¿has pensado alguna vez lo fácil que sería tu vida si las cuatro vivieran todavía en ese castillo?

Golpe bajo. Le aparta el brazo lanzándole una mirada asesina, luego se gira para chocarme la mano y saludar.

—¿Cómo estás, tío?

—Bien. Mis hombres han descubierto que Connor se hospedó en un par de moteles a las afueras de la ciudad cuando la policía empezó a buscarle. Están intentando hallar pruebas.

Ryan y Kadmus recibieron un soplo: un lugar en el que Connor podría haber estado escondiéndose cuando desapareció de su casa. Conocer su paradero puede ser una fuente de pruebas y no solo eso, también facilitar el proceso legal antes de que se vuelva largo y tedioso y tenga que arrancarme la puta cabeza de los hombros por no cerrar este capítulo y seguir viendo sufrir a Amy desde las sombras.

—Pagó en efectivo —sigo—, pero le pillaron varias cámaras de seguridad. Si lo pensáis, tiene sentido que esperara días a volver a la ciudad, será muchas cosas, pero estaba en sus cabales para lo que le interesaba. En cualquier caso, frecuentó un café justo al lado del aeropuerto y estoy bastante seguro de que seguía estudiando los patrones de vuelo de Amy.

—Pregunta rápida, ¿tus hombres son de la puta policía secreta de Chicago o qué? —suelta Kadmus.

—Duncan, llevas días trabajando sin descanso entre abogados, policías y pruebas —Ryan no dice esto como un elogio, sino preocupado.

—Sí, joder, ¿tú duermes?

—No necesito dormir, necesito acabar con esto, librarla de una vez por todas de esta mierda. Que dejen de llamarla abogados día y noche, que deje de tener miedo a salir de casa y eso solo pasará cuando ese desgraciado esté encerrado definitivamente y no solo en

prisión preventiva.

—Oye, lo entiendo, he estado ahí. Sé lo que es que amenacen a la mujer que amas, pero Connor está entre rejas.

Mi padre también estuvo detenido varias veces y no significó nada, siempre volvía a casa. Sé que el caso de Connor es diferente, pero necesito ver el punto final a esta historia.

Ryan arranca el coche y nos largamos.

—¿Qué sabemos del local? —pregunto.

—Es un trastero situado en un complejo de unidades de almacenamiento en South Loop —explica Ryan—. Nos había pasado desapercibido porque fue Juliana la que pagó su alquiler por dos años.

—Según los registros del aparcamiento, Connor estuvo caminando hasta allí el último mes con sospechosa frecuencia —concluye Kadmus.

Dejamos el coche en la entrada y buscamos la unidad nueve tres siete. Una bombilla colgando del techo ilumina cuatro pares de cubículos del pasillo, aunque puede que «iluminar» sea ser muy generoso. Hay humedad y polvo en el ambiente, y no demasiada ventilación.

—Cinco minutos aquí dentro y Lexi ya tendría que usar su inhalador —Ryan alza su linterna y me da otra.

—¿Tiene alergia al polvo?

—Sí, y a muchas otras cosas.

—Es una suerte que su marido siempre lleve uno encima, ¿eh? —Kadmus le da un codazo.

—La suerte sería que no le hiciera falta. Tengo pesadillas con que necesita uno y no lo encuentra —resopla—. Todavía no entiendo cómo consigo separarme de ella más de dos putos segundos al día.

Al final el que necesita un inhalador es él.

El edificio solo tiene un nivel, pero es extenso de cojones. Después

de recorrer quince pasillos distintos, pero de aspecto idéntico, nos paramos frente al trastero nueve tres siete. Ryan y yo inspeccionamos la puerta de acero desgastado mientras Kadmus suelta su caja de herramientas. Las bisagras están oxidadas y pese a que la puerta lleva candado, sé que no va a ser un impedimento para abrirla. *Si hace falta la atravieso.*

—Guarda los puños, Hulk —Kadmus me hace a un lado y parte el candado en dos con sus cizallas.

Un estruendo después la puerta sube por encima de nuestras cabezas y la tenue luz de una bombilla parpadeante ilumina los veinte metros cuadrados de desorden. Veo un saco de dormir, pero enseguida dejo de verlo.

Mi cuerpo se tensa y la angustia se instala en mi pecho a medida que mis pasos avanzan.

—Hijo de puta —murmura Ryan.

Pegados con celo a un armario metálico hay una larga lista de horas y fechas de vuelos, todos con un denominador común: ella. Tenía pinchada una de las radios de comunicación, el tío sabía lo que hacía. También hay fotos, tanto de lugares donde ha vivido como de Amy. En el aeropuerto, en el avión, de noche en la calle, con Jasmin… «Mía» se lee a pie de foto en todas y cada una de ellas.

Lo veo todo rojo. *Voy a matarlo, a hacer que deje de respirar para siempre, pero antes voy a hacer que se arrepienta.*

—Y pensar todo lo que podría haber evitado el hijo de puta de Sylas si la hubiera escuchado cuando dijo que alguien le acosaba. —Oigo decir a Diago.

Mis nudillos se estampan contra el primer armario que pillo. Las astillas se me clavan en la piel y solo entonces me doy cuenta de que he atravesado el de madera.

—Tengo que ir a la cárcel. —Les doy la espalda.

—No, no, ni hablar —Ryan me corta el paso—. Tranquilízate.

Esa palabra me hace gracia. Creo que ni siquiera la entiendo. *Hay una razón por la que yo no poseo armas de fuego y es esta.*

—Iremos a comisaría, pero cuando hayamos requisado todas las pruebas. Déjame llamar a mi equipo antes —sigue con su voz de jefe, tres tonos más grave y tajante que de costumbre.

Le jode y le da rabia, y creo que con un poco de suerte, puedo usar eso a mi favor. *¿Podría conseguirme tiempo con Connor?*

—Esperad —dice Kadmus en tono de alerta—, esto es muy raro, es... ¡¿qué mierda es esto?!

Levi-Ryan me empuja hacia las carpetas que sujeta Winchester, las que no para de sacar de los cajones del armario abierto. Mis pies se clavan al suelo mientras las palabras de Kadmus se ordenan y entran en mi cabeza. Entonces veo a qué se refiere.

«Evitar que Frank de mantenimiento haga las revisiones, ocupar su lugar sin ser visto.

Causas principales del accidente: fisuras en el tanque, problemas de ventilación que varíen la presión interna, problemas de mantenimiento en las líneas de combustible y acumulación de objetos extraños en el motor.

*Nos lleva a **Fuga de combustible***

Falsificar sistema de monitoreo desde aquí, apagar luces de advertencia de forma automática.

Explosión inmediata al encender motores.

Muerte instantánea de la tripulación y pasajeros».

—Hijo de puta —murmura Diago.

—Este tío no va a salir de la cárcel en su vida —oigo decir a Winchester, pero mis ojos no dejan de buscar la pieza de información más importante de todas.

«Vuelo: 557-3201-0009 de SkyWave Airlines, hora: diez treinta y cuatro de la mañana, con destino a Kansas.

La hija del jefe Madelin Claide irá a bordo, Sylas presionará a la tripulación para salir a la hora.

Ocupar el asiento veinticinco b antes de que se cierren las puertas».

—¿Dónde está Amy ahora, Duncan?

Es hoy. El vuelo es hoy.

Veo mi vida pasar en flashes.

Llegamos al coche, oigo la sirena, avanzamos a toda velocidad por la carretera, tan deprisa que ni veo el resto de coches. *No puedo perderla.* Faltan quince minutos para la hora exacta. *No vamos a llegar a tiempo.*

—A todas las unidades, necesito asistencia inmediata en el aeropuerto de Chicago, repito, necesito asistencia inmediata —Diago acelera más.

Si despega ese avión, se acabó. Estallarán por los aires. El mundo se desdibuja a mi alrededor. Su nombre suena en cada rincón de mi mente, cada palabra que no le he dicho se convierte en un grito desgarrador. *Debí protegerte y te he fallado de todas las formas imaginables.*

—Iksáia, soy Kadmus. ¿Cómo de cerca estás del aeropuerto?

Hablo con la seguridad del aeropuerto y pierdo los estribos con el becario de turno que me coge el teléfono.

—¡El vuelo 557-3201-0009 de SkyWave Airlines no puede moverse de la pista! ¡Si han quitado el puto túnel de embarque hablad con la central! —grito.

—Sigue ahí, Duncan, el avión no se ha movido del sitio —sentencia Winchester—. Todavía no es tarde.

«Todavía» no nos da seguridad de nada. Siento que estoy jugando a la ruleta rusa y cada segundo alguien aprieta el gatillo apuntando con el cañón a mi cabeza. La angustia provoca que el aire que inhalo se vuelva venenoso. Cada latido amenaza con ser el último. *Puedo perderla de verdad.*

Sin un solo rincón donde la calma pueda esconderse, mis demonios vuelven, las sombras lo engullen todo. *Vamos, Amy, no me falles. Date cuenta.*

Las puertas del coche se cierran con un golpe seco, nuestros pasos golpean el suelo del aeropuerto mientras nos abrimos paso entre la gente, corriendo hacia un posible accidente.

—¡Policía, abran paso! —La voy de Ryan es un rugido gutural al que la gente responde de inmediato y asustada, pero yo solo oigo el eco de nuestras pisadas y un inmenso vacío.

Me imagino las llamas devorando el avión. Me imagino gritos antes de que todo acabe, *sus* gritos, el dolor que sentiría y del que no podría protegerla. Me imagino presenciarlo y no poder hacer absolutamente nada.

Mi alma se desgarra poco a poco en una tortura lenta y profunda. Jamás me perdonaré haber sido tan débil. Haber cedido a todo lo que me daba miedo en vez de luchar. *Miedo a hacerte daño, a cederte el poder que tienes sobre mí, miedo a no ser suficiente y por encima de todo, a perderte después de haber sido mía.*

El avión sigue ahí.

La seguridad del aeropuerto ha solicitado que vuelvan a acoplar el túnel de embarque, lo sabemos porque oímos hablar a los agentes del aeropuerto. Las puertas al túnel están abiertas, así que imagino que ya está colocado y listo. *Lo espero. Igual que espero que no se convierta en un túnel de fuego, que es justo lo que pasará si el avión explota.* No dejo de correr y sé que Ryan y Kadmus me siguen.

Entonces oigo su voz agresiva, violenta, luchando por aquello en lo que cree.

—Toda la cabina apesta a combustible, hemos verificado la presión y los niveles no cuadran con lo que debería, y Frank ha dicho que ha escuchado ruidos inusuales de goteos. ¡Es evidente que tenemos una fuga y si no lo ves, deberías dedicarte a otra cosa!

—Las luces de monitoreo no han dado error, Amy, encended motores —brama Sylas.

—¡Me importa una mierda lo que diga el sistema de monitoreo! —Entre los cristales, la veo dar un golpe a la puerta de la cabina.

—No podemos poner en peligro a ciento ochenta y cuatro personas porque tú no quieras retrasar el vuelo, ¡el avión necesita una revisión! —grita Jasmin.

—Ya está, se acabó, voy a pedir que os sustituyan. Daos por despedidas las dos.

—¡Escúchame, condenado cretino! —grita Amy—. ¡Si hay una fuga de combustible en la zona de motores el avión explotará en cuanto se ponga en marcha!

No somos los únicos que la oímos.

El caos se desata y los pasajeros empiezan a bajar del avión a empujones y sin siquiera coger sus maletas. Llegamos a la entrada, pero decir que nos placan se quedaría muy corto. Cunde el pánico. Amy sigue gritando a Sylas y él la empuja dentro de la cabina de malas maneras. Hago todo lo que está en mi mano para abrirme paso entre la gente.

—¡¿Sabes lo que va a costarme tu pataleta, niñata?! —La tiene cogida de la chaqueta, con la cara pegada a la suya, con Jasmin haciendo de todo porque la suelte.

Los pies del gilipollas pasan a estar en el aire. Estampo a Sylas contra el suelo con tanta fuerza que si el avión necesitaba una

reparación, ahora va a necesitar una más grande.

—Vuelve a tocarla y acabo con tu patética existencia. —Aprieto la rodilla en su pecho, lo aplasto contra el suelo y lo zarandeo. Una vez. Y otra más—. ¡¿Me has oído, misógino de mierda?!

—¡Duncan, para! —Sus manos llegan hasta mis hombros, tirando de mí para que reaccione—. ¡Estoy bien, mírame!

Algo se desconecta en mi cabeza. Una emoción pasa por encima de la furia en cuanto me toca y se vuelve de fuego en cuanto la miro.

—*Ángel.* —La beso en cuanto me levanto, me cercioro de que de verdad está conmigo, pero la sensación de pérdida no desaparece.

Ni desaparecerá. Me asusta creer que estoy soñando cuando ella me corresponde con la misma fiereza. Sus labios son todo cuanto quiero en esta vida, junto con su corazón.

—Duncan —cuando se separa de mí lo bastante como para decir mi nombre veo que tiene las mejillas ardiendo, los ojos muy abiertos y tengo las manos bajo su camisa de vuelo ahora desordenada—. ¿Q-qué haces aquí? ¿Cómo has pasado el control? ¿Y qué haces aquí?

—Teníais toda la razón con los motores. —Ambas palidecen y en el caso de Jasmin, eso es decir mucho—. Tenemos que bajar del avión.

Tiro de ambas haciendo oídos sordos de las preguntas de Sylas. *Puede dar gracias que no cierre la puerta y le deje dentro.*

—¿Ryan? ¿Kadmus? —pregunta Amy—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo os habéis enterado del fallo del avión?

La abrazo con todo mi cuerpo, envolviéndola en un escudo que nada rompa. Vuelvo a besarla. Sus labios se separan dejándome entrar una vez más, pese a que no me lo merezca en absoluto.

—Duncan, me estás asustando, ¿qué te pasa? —jadea confusa, intentando aclararse las ideas, retrocediendo con su cuerpo y al mismo tiempo, tirando de mí para acercarme.

—Connor lo planeó todo —respondo—. Iba a provocar la

explosión del avión, tal y como has dicho. Pensaba ser uno de los pasajeros.

—Encontramos las pruebas de su plan en un trastero que tenía alquilado cerca de aquí —explica Ryan—. Hemos venido en cuanto hemos visto la fecha y la hora del vuelo.

—Nos habéis dado un susto de muerte —dice Kadmus—, ¿a que sí, Vojak?

—Sí —me obligo a soltarla—, me alegra que estés bien. Que lo estéis todos.

Sus ojos se humedecen brillando más de lo que debería. *Juro que si llora voy a volver a besarla.*

—¿Pero cómo ha podido hacerlo? Está en la cárcel —dice Jasmin.

—Este avión llevaba en pista una semana sin volar —responde Amy—. Le hicieron las comprobaciones de seguridad entonces y hoy Frank ha hecho las rutinarias. De no ser así…

—Tú te habrías dado cuenta igual —digo—, las dos.

—Ufff, cuánta intensidad para ser tan temprano, jolín —Jasmin se abanica intentando asimilar el susto, limpiándose los ojos antes de que las lágrimas los desborden.

—Esto es inadmisible, tendrás noticias de mis abogados —Sylas pasa por delante de nosotros y camina hacia la marabunta de gente asustada que ya no quiere volar, y menos en este avión.

Se detiene en la entrada del túnel de embarque cuando se cruza a Morris SantMadden. Su cara de pelota relamido va cambiando a medida que Morris habla. Empujo a Amy hasta ellos con escaso disimulo.

—¿A dónde me llevas?

—Tienes que oír esto —susurro cerca de su oído.

—La compañía prescinde de sus servicios con efecto inmediato.

—¿Cómo? Eso no es posible. —Sylas da un paso atrás y señala a

Amy—. Señor, he intentado evitar todo este conflicto, ¡pero no…!

—Esa sería razón suficiente para despedirle, señor Bledsoe, el avión sí está en malas condiciones y la hija de un compañero iba en el avión, además de casi doscientas personas. Si vuelve a trabajar alguna vez en un aeropuerto, le aconsejo que escuche a aquellos que saben más que usted y se limite a dar órdenes en el campo que maneja, por pequeño que sea. Que tenga un buen día. —Morris lo deja atrás y se nos acerca.

—Prometo, por todo lo que poseo y poseeré, que quiero tener una foto de la cara que tiene Sylas decorando mi salón hasta el fin de los tiempos —digo contra el pelo de Amy antes de besarla.

Ella se ha quedado congelada en mis brazos, aspirando todo el aire como si nada sirviera a sus pulmones. Sylas se marcha rojo de rabia y vergüenza.

—Morris.

—Jay-Duncan Vojak, hacía ya tiempo que no nos veíamos cara a cara.

Hablar, hablamos por teléfono hace bien poco. Morris me estrecha la mano y me da un golpe amistoso en el brazo.

—Demasiado, me alegro de verte. Ella es Amy Harleen, la piloto de la que te hablé.

—Buenos días, señor SantMadden.

—La mujer a la que debo una sincera disculpa —Morris se pone serio e inclina la cabeza en su dirección—. Siento todo lo ocurrido con Connor Hanes, señorita Harleen, me disculpo en nombre de su antiguo jefe y de toda la compañía. Lo que pasó podría haberse evitado y no quedará impune. A partir de ahora toda la tripulación contará con un teléfono al que llamar para denunciar este tipo de acoso y de cualquier otro.

Sí, su teléfono. SantMadden es un buen tío y lo de Sylas le ha jodido

mucho.

—G-gracias, señor.

Dudo si cogerla porque parece a punto de desplomarse. Ella, la mujer más segura, rebelde y respondona que conozco está sufriendo un ataque de timidez.

—También quiero darle la enhorabuena por lo de hoy. Ha llegado a mis oídos que la piloto al mando se negaba a dar el visto bueno a la central. La compañía admira a los pilotos con semejante tenacidad, y también los premia.

—Pues divida ese premio en dos, señor SantMadden, porque no lo he hecho sola. La piloto Jasmin Akbulut ha insistido tanto como yo en denegar el despegue del avión.

Le repite el nombre y apellido de Jasmin cinco veces e incluso la señala varias. Tengo que desviar la mirada para ocultar mi risa. Por el codazo sutil que me llevo, diría que no la oculto bien. SantMadden se despide de nosotros y camina hasta el final del túnel de embarque para hablar con Jasmin.

—¿C-c-conoces…?

—Venga que tú puedes. Dame una frase, ángel. Aunque sea corta, tú puedes.

Me pega. Cuánta agresividad.

—¿Conoces a Morris SantMadden? —susurra a gritos.

—Enseñé defensa personal a su hija después de que sufriera acoso callejero y le robaran. No tenía ni idea de que era jefe de Sylas, te juro que de saberlo habría dejado de ser tu jefe mucho antes.

—¿Lo ha despedido de verdad?

—Y tan de verdad. —Sonrío—. No voy a olvidarme de la cara que ha puesto en mi vida.

Respira con dificultad, su mirada se vuelve intensa y me hace de todo, luego cierra los ojos con fuerza.

—Gracias por todo, Duncan. —Se acerca y me besa la mejilla.

La policía interviene y tengo que callarme lo que tengo en la punta de la lengua. No me importa, está sana y salva, puedo esperar. *Puedo esperar lo que haga falta, ángel.*

A mediodía seguimos en el aeropuerto. Han recolocado a los pasajeros en un nuevo vuelo, pero Jasmin y Amy no serán las pilotos, por razones obvias tienen el día libre. Ahora mismo están hablando con personal del aeropuerto y policías.

Mientras tanto, Kadmus y yo estamos organizando una partida con nuestros mejores hombres para que vuelvan al trastero de Connor y lo vacíen, llevando todo lo necesario a comisaría. Iksáia por supuesto, lidera la partida.

—Tengo noticias —dice Diago apareciendo en nuestra improvisada mesa de trabajo, no muy lejos de Jasmin y Amy.

—¿Malas? —pregunto viendo el aura tensa que trae y que ha hecho que Winchester cuelgue su llamada a medias.

—Sobre Connor —sentencia.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Winchester—. No han podido liberarlo. No después de lo que hizo.

—Y ya hemos informado de las pruebas que vamos a entregar hoy, es imposible que…

—Se ha suicidado. Lo han encontrado en su celda.

Horas más tarde nos enteramos de que la hora de la muerte son las diez y media pasadas. *Creía que su plan funcionaría.*

Se acabó, por fin se acabó.

25

Amy

💌

No somos amigos. Pero Duncan dijo que se sentía muy culpable por no haberme protegido porque en su enfermiza mente masoquista y sobreprotectora, debería haber predicho el plan de Connor y el avión. Yo le dije que era absurdo y él dijo que para absurda yo, luego dijo que quería compensármelo y entonces me pidió una tregua.

¿Asdfghjklñ?

Sí, una tregua, una pausa en nuestra distancia, una que dure hasta que me vaya de High River. *Socorro.* Me encantaría decir que fui lo bastante desalmada y cruel como para regocijarme en mi negativa mientras le explicaba con toda clase de detalles por qué su tregua era una idea horrible. Me ultra-encantaría decir que no acepté algo que, sin duda, me pondrá las cosas mucho más difíciles al abandonar High River. Pero no sería verdad. Acepté. *Me contento con no haberlo hecho en los primeros siete segundos.*

Pero contando las canastas a mi favor: me mudo dentro de poquísimo. Ya, la idea era en cuatro días, pero Liliana, mi futura casera, me llamó hace dos para pedirme una semana más de margen por no sé qué problemilla con las tuberías. *Suerte que la empresa de mudanzas amiga de Jasmin no se había llevado ya mis cosas.*

Además, puedo fingir no quererle, igual que fingí tener una

relación con él, ¿no? Quiero decir… al menos, durante una semana.

Miro por la ventana del avión y pienso que se me hace raro estar en uno sin Jasmin, pero es que hoy soy pasajera, no piloto. Y además, ella estará muy ocupada encima o debajo de Liam Brodly. Desde que se enteró de lo que casi-pasó en el avión no se despega de ella. *Dan bastante asco, la verdad que me encanta.* En cuanto a lo que casi-ocurrió ese día, les pedí a Duncan, a Levi-Ryan y a Kadmus que no dijeran nada a mis hermanastras. Los tres aceptaron. No albergo ninguna esperanza de que cumplan su palabra.

Me giro hacia mi compañero de viaje y pregunto sin más:

—¿Por qué vienes conmigo a Mountville si ya no tengo ningún acosador?

—Duérmete, anda —hace eso que hacen los hombres de fingir que duermen, dejando expuesto un rostro que más bien es un lienzo relajado y sin problemas, y una nuez por la que delirar.

—No tengo sueño, tengo hambre. Y nervios, lo cual me da más hambre. —*¡¡¡¡¡Nina va a tener un bebé!!!!!!*

—¿Azafata?

—Siempre he querido hacer eso.

—Eres piloto, ¿en serio nunca has llamado a una azafata?

—¿Para que me traiga un bourbon a la cabina? Te sorprenderá, pero no. La cruda verdad es que tenemos un canal secreto por el cual me va llegando el alcohol de forma automática a la cabina. «Barra libre de vuelo», que lo llaman.

—¿Que desean? —pregunta una mujer todo lo opuesto a Aurora.

—¿Tienen tarta de chocolate? —pregunta.

Le miro ojiplática. Mi corazón da sacudidas raras, giros y volteretas. *Quiero besarle y muchas más cosas.* La azafata se marcha después de decir «sí» y yo sigo mirándole.

—Por favor, déjate las bragas puestas.

—Eres odioso. Pero gracias por la tarta. —Sonrío dejando salir un pelín de mi euforia interna.

—De nada, ángel.

—Me prometiste que dejarías de llamarme eso.

—Te prometí que lo haría cuando te fueras de High River —dice con una voz mucho más dulce tras una pausa.

Me pilla tan desprevenida como la caricia que roza mi mejilla. Duncan me aparta el pelo y me mira como si fuera la única mujer en la faz de… *No.*

—Duncan, en serio, ¿qué haces aquí? —Mi mano llega hasta su antebrazo y ninguno de los dos rompe el contacto.

—Sé que ya hemos acabado —baja la vista hasta mi mano, sobre la que pone la suya—, digamos que esta es la despedida.

Asiento. *Suena fatal.* Justo entonces sé que, por muy dulce que sea la tarta, se me va a atragantar.

Salimos del aeropuerto y la primavera de Mountville nos recibe con esa brisa cálida maravillosa. *Qué recuerdos. Parece que fue ayer cuando llegué con Daisy tras recibir la carta de Lexi pidiendo refuerzos.* Conducimos el coche alquilado cuarenta y cinco minutos o así, y lo hacemos a través de pura jungla exótica, exuberante y salvaje. *Cuánta vegetación, menudos árboles. Tan verdes como los ojos de… Nop.* Bajo la ventanilla y hago una respiración profunda llenándome los pulmones de naturaleza. Me encanta el olor a hojas frescas. El murmullo de las olas se cuela entre los árboles, recordándonos que más allá de esta selva esmeralda, el mar nos espera.

Llegamos al resort de Nolan-Kane Taylor y finjo que no me alegra horrores que Duncan esté aquí. Al fin y al cabo, él me ha permitido ver a su familia. Es hora de dejarle ver a la mía en su máximo esplendor.

—¡Vamos, chicas! ¡Expulsemos esos nervios fuera de nuestro

cuerpo! —Lora encabeza su séquito de mujeres deportistas, vestida con un mono fucsia ajustado bajo un bañador amarillo chillón—. ¿Cuál es el mantra?

—El bebé nacerá hoy, Nina ya no puede más.

—Eso, decidlo bien fuerte para que el destino os oig… ¿Amy Harleen?

—Hola, Lora —mi voz suena mucho más aguda de lo que debería, pero pese a la distancia la oye. Ella se acerca a toda prisa y yo susurro en pánico hacia Duncan—: No hemos aclarado cómo voy a presentarte.

—Puedes decir que soy tu novio —se frota el mentón en la típica pose de tío guay.

—No hace falta.

—Tienes razón: exnovio falso guion “persona con la que mantienes una tregua estable” es mucho más fácil de entender.

Lora, madrina de Lay y amiga de todos, llega y me placa con fuerza, levantándome del suelo. La abrazo a ella y a toda su energía mañanera.

—Cuanto tiempo, Lora.

Me pone en el suelo de golpe y me da en el brazo.

—¡Hace meses que no te veo! ¿Es que desconoces tus deberes como ciudadana? —sigue diciendo que pertenezco a Mountville y estoy muy a favor del tema.

—Perdona, no volverá a repetirse —digo, pero Lora ya no me está mirando a mí, se le ha caído la mandíbula mirando al metro noventa y cinco de odioso despliegue de belleza masculina.

—Encantada de conocerte, ¿tu nombre es…? —Lora canturrea mientras acerca la mano hacia él.

—Jay-Duncan Vojak.

Lora se ríe y se tapa la boca con timidez.

—Es un nombre imponente, sin duda. —Suelta y entonces veo que todo su equipo de deportistas ha dejado de calentar y nos está mirando y cuchicheando.

No, rectifico, está mirando a Duncan como si quisieran comérselo entero y no dejar ni las raspas.

—¿Y trabajas con Amy? ¿También eres piloto?

—No, solo soy el novio de una. —Duncan pasa un brazo por encima de mis hombros, me atrae hacia sí y me besa el pelo.

Apenas siento el latigazo de placer. Casi no me tiemblan las piernas.

—Es mucho más que eso, posee una cadena de gimnasios de éxito centrados en la defensa personal y el boxeo dond…

—¿Gimnasios, eh? —Lora me corta deslumbrada, mirándolo de arriba abajo en un inocente gesto por el que me siento extrañamente protectora—. Eso explica muchas cosas.

—Ha sido un placer verte, Lora —digo como ente invisible en el que acabo de convertirme.

—Sí, cielo, para mí también —consigue apartar los ojos de Duncan y me pellizca la mejilla—. Bienvenida a casa.

Lora se marcha, la oigo avisar a sus amigas diciendo algo sobre que la clase continúa, pero no estoy muy segura con toda la desconcentración que acabo de tragarme. Duncan sonríe de un modo que casi pongo un cartel amarillo a sus pies, advirtiendo a todos los corazones delicados de que tengan cuidado.

—¿Por qué sigues diciendo todo lo que tengo?

—Porque te empeñas en no darte importancia. Eres Jay-Duncan Vojak, lo cual significa un impresionante montón de éxito que has creado de la nada con tu durísimo esfuerzo. Tienes que estar muy orgulloso de ti, tanto como lo estoy… —dejo de hablar cuando me besa.

Despacio. Profundo. Como si lo sintiera. Como si no quisiera hacer otra cosa en su día que pasárselo en mi boca. Jadeo contra sus labios, por vergonzoso que sea a duras penas he controlado el gemido. *No puedo soportar semejante nivel de calambres, menos aún si son de improviso.* Sus manos en mis mejillas son lo único que me mantienen en pie cuando se aparta.

—No deberías decir esas cosas, ángel.

—D-Duncan, ¿por qué me has…?

—Nos están mirando.

Me giro y veo a un grupo de mujeres en absoluto interesadas por el yoga, Lora nos saluda y Duncan saluda también. Me pongo roja como un tomate y lo empujo lejos del peligro. No nos detenemos hasta llegar al jardín de la villa TYL.

—¿Qué ocurre? —su pulgar acaricia el dorso de mi mano porque aún vamos cogidos.

Fijo la mirada en las rosas del jardín, en trance, casi en shock.

—Nina va a tener un bebé —musito.

Pero no es posible, todavía somos unas niñas y vivimos en el castillo con mamá, todavía jugamos a ser guerreras que robaron su reino a un malvado villano, todavía tenemos toda la vida por delante, un millón de aventuras que vivir juntas.

—Eh —me coge la otra mano y de repente, Duncan es lo único que veo—. Respira.

—No puedo.

—Sí que puedes. Hazlo. —Tira de mí y me acerca a ese olor ardiente, irresistible y excitante—. Va, obedece.

—¿No te he dicho mil veces que no llevo bien lo de las órdenes?

—¿Quieres que te bese? —pregunta, doy un respingo y él responde con una sonrisa arrogante en los labios que *no* miro—. Lo digo porque parece ser lo único que te ablanda.

—Eres odioso.

—Sí, tu hermanastra va a tener un bebé. No puedes frenar el tiempo, pero ayuda estar presente —de repente su tono cambia—. No pensar en lo que vendrá, sino que lo que pasa ahora. No tienes que acompañarla a la graduación de su hija, por ahora solo está embarazada.

—Paso a paso, vale, lo pillo. Puedo hacerlo —asiento un número exagerado de veces.

Avanzamos, dejamos atrás la piscina con el flotador de donut rosa y purpurina, y ni siquiera tengo tiempo a llamar a la puerta, Daisy me ve a través del cristal, chilla y abre la puerta.

—¿Estás aquí? ¿Lo estás? ¡Amy está aquí! —grita dejándome sorda, abrazándome tan fuerte como para partirme—. ¡No me lo creo! ¿De verdad has venido?

—No soy un holograma, ¿a que parezco real? La inteligencia artificial está avanzando a pasos… —Lexi se lanza contra nosotras como si fuera esto un combate de lucha libre.

—¡Nina! —grita después de aplastarme las mejillas—. ¡Amy ha llegado!

—Tendré que conformarme con ver al bebé cuando nazca, porque lo que es oírlo —miro a Duncan, tiene una gran sonrisa en la cara cuando tiran de nosotros al interior de la casa.

—Cuánto me alegra verte, Duncan —oigo a Daisy, juraría que él tampoco se libra del súper abrazo.

—¡Nina! ¿Te lo puedes creer? —grita Lexi, todavía a mi lado.

Voy a matarla en cuanto consiga un sonotone. Me quedo sin habla al ver los ojos brillantes y llorosos de Nina. *Aguanta.* Mi garganta se vuelve de fuego.

—Nina, Mini-Taylor, os veo bien. —Me las apaño para sonreír.

—Amy, lo he pasado fatal —llora y extiende los brazos para mí,

no puedo hacer otra cosa que abrazarla—. Me tenías tan preocupada. Ni siquiera Duncan, Levi-Ryan, Kadmus, Lexi y Daisy conseguían calmarme. —Me aprieta contra sí—. No vuelvas a tener un acosador en tu vida, ¿de acuerdo?

—Prometido. —*A la mierda el rímel.*

—¡Ni a subirte un avión! —me pega en el brazo—. ¿Puedes explicarme cómo voy a dar a luz a una criatura teniendo un maldito ataque al corazón? ¿Una fuga de combustible? ¿Es que ninguna puede tener una vida tranquila y aburrida en la que no pase absolutamente nada?

Me giro hacia Duncan, hacia Ryan. ¿Qué hago yo con estos dos, los mato?

—Guardando secretos sois lo más, ¿eh? —estrecho la mirada hacia ellos y abrazo a Levi-Ryan con rencoroso afecto mientras Nina tira de Duncan para que le dé su primer abrazo, pero no el último.

—Traidor.

—Harleen —me despeina el pelo en un gesto cariñoso—. Me alegra que nos encontremos en unas circunstancias mucho más felices.

—Duncan, me disculpo por tantas llamadas nocturnas, aunque te las agradezco. No sé qué habrían sido de mis nervios sin ti —dice Nina aceptando los pañuelos que Daisy le ofrece asintiendo como la alumna favorita de la profe.

Lo miro y mi estómago se retuerce con un calambre pasional. *¿Es que nunca dejará de ocultarme cosas? ¿De hacer lo que no debería? ¿De ponérmelo tan difícil?*

—Hemos pensado en un nuevo enfoque laboral para ti con tal de que dejes de volar.

—Lex, sé que te he asustado, pero…

—Paso número uno, estudiar la carrera de periodismo.

—Estarás tan guapa saliendo por la tele —suspira Nina.

—Doy fe de que sí —dice Duncan a mi espalda, poniendo una mano en mi hombro después de saludar a Ryan.

—Saliendo por la tele podría tener cientos de acosadores, ¿no lo habéis pensado? —sonrío con sus nuevas caras de pánico.

—Borra periodista de la lista. Borra, borra ya —pide Daisy a Lexi, con el móvil en la mano.

Ah, que lo de la lista va en serio. Puede que sea la menor de las Daughbeth, pero puedo asegurar que las que deben tenerme miedo son ellas.

—¿Queréis que duplique mis horas de trabajo? ¿Que obligue a Jasmin a manteneros en las sombras y no saber nada de lo que pase de ahora en adelante?

—Nosotras solo estábamos…

—Ya sabes, la decisión es tuya, claro.

—Era una sugerencia, por si te apetecía un cambio de aires, sí…

Murmuran las unas encima de las otras. Vuelvo al sofá con Nina, me dejo caer agotada tras el primer combate.

—¿Dónde está el amor de tu vida?

—Está con Ridelmunt y Lay, organizándome una fiesta en el *Boogie*. Ya no saben qué hacer para entretenerme. Estoy tan grande que voy a explotar.

Le limpio el sudor de la frente cogiéndole otro pañuelo a Daisy. Luego le aparto su larga melena de la cara en una improvisada, pero favorecedora coleta. *Lo que está es guapísima.*

—Lo cual me recuerda que tengo que llevarles hielo. Vojak, ¿quieres ayudarme? —Levi-Ryan no ganará el premio al policía sutil del año.

—Claro. —Duncan se acerca y me besa la frente.

Me obligo a no curvar los dedos de los pies. No funciona.

—Si te pierdes, puedes enviarme un mensaje —susurro y no me

gusta *nada* lo que veo en sus ojos.

Asiente y hace eso de jugar con su lengua dentro de su boca, eso que hacen los hombres tan masculino y que es una de mis muchas debilidades.

—Esa fiesta no es más que una pantomima para dejarnos solas, ¿a que sí? —pregunto señalando el jardín en cuanto los hombres más atractivos del planeta desaparecen.

—Sip —dice Daisy sentándose en el brazo del sofá.

—Una pantomima total —dice Lex sentándose a mi lado, subiendo las piernas a mi regazo.

—Y bien, Amy —Nina hace un movimiento de cejas provocativo —. ¿La distancia de la que hablabas en las cartas es uno de esos errores de guion que nunca llegan a la gran pantalla? Porque no se os ve muy distantes que digamos.

Me dejo caer en el respaldo. *Una emboscada total. Pfff, debería haberla visto venir.*

—Hemos acordado una tregua, hasta que me vaya de High River. Pero de lo que deberíamos hablar es de Mini-Taylor.

—Keith-Jakaris Taylor no quiere ser el protagonista, lo que quiere es saber —insiste su madre.

—¿Keith-Jakaris? ¿Ya sabemos el nombre del bebé? —salta Daisy entusiasmada.

—¿Os caísteis encima del teclado y os pareció que sonaba bien? —pregunta Lexi.

Nina suelta una carcajada melodiosa.

—Lo eligió Lay, no pudimos decirle que no.

—¿Quieres que se lo digamos nosotras? —insiste Lexi.

—Cállate, Jakaris se asocia con la valentía y la grandeza, y el nombre compuesto me encanta —insiste Nina, desviando la mirada hacia mí.

A mí también.

—¿Qué quiere saber el pequeño futuro terremoto? —acaricio su tripa con suavidad.

—Todo, desde el principio. Quiero saber qué clase de hombre ha puesto el mundo de mi hermana pequeña patas arriba.

—El hecho de que esté guapo incluso con la cara hecha un cristo, ya dice mucho —suelta Lexi por lo bajo.

—Él y yo no…

—Antes de que empieces a negarlo, he traído algo —Daisy desdobla un papel que se saca del vestido de flores amarillas que lleva hoy.

Parece una carta. Una mía. Me la entrega sin decir palabra y yo leo las palabras que escribí hace ocho años.

De: Amy

Para: Lady-Daisy

Me habéis obligado a esto y me negaría, si no fuera porque las tres estáis en la universidad y me sentiría mal enviándoos una carta en blanco. (**Pffff, ¿y encima voy a tener que escribirlo tres veces?)** Bien, aquí va: esta es mi cápsula-chorra-del-tiempo o lo que sea.

Mi plan de vida es: convertirme en la mejor piloto del mundo, poseer toda la discografía de Britney Spears y tener el armario más grande de la historia, (y llenarlo de lencería cara y ultra-sexy, por supuesto).

¿Pienso casarme? **Nop**.

¿Tener hijos? **Nop x2.**

¿Mascotas? Puede que un perro, pero solo si Lexi puede olerlo sin estornudar.

¿Puedo fingir que ya no había más preguntas en vuestra ridícula plantilla? ASDFGHJKLÑ, ¡vale, me rindo!

¿Qué tendría que tener un hombre para que yo, Amy super-Harleen lo considerara el amor de mi vida? (Daisy eres una cursi de remate)

Tendría que ser alguien que me pusiera nerviosa (imposible), que me enfureciera y me diera ganas de callarlo con un beso… *y muuucho más.* Supongo que su ausencia debería dejarme…, no lo sé, una sensación de vacío, de **asfixia inaguantable**. Debería provocar que me replanteara **todo aquello en lo que creo,** convertirme en una mejor versión de lo que soy y hacer cosas que jamás haría como… no lo sé, ¿relacionarme con niños? ¿Ponerme ropa fea? Si usáis esto contra mí os daré una paliza, pero debería ser mi héroe, alguien con quien pudiera contar en mi peor momento, **a quien ceder todo mi control** y que a su vez, fuera recíproco.

O lo que sea.

Os mato, ¡¡lo que me hacéis escribir!!

Os odio y os quiero (pero no a partes iguales)

Vuestra siempre: Amy Spears

Nada las frena después de verme llorar con esa carta. *Después de lo que a mí me hace leerla y ver que mi peor pesadilla se ha cumplido porque sí, Duncan es todas esas cosas, pero nunca vamos a estar juntos porque yo no las soy para él.*

Nina, por supuesto, consigue lo que quiere de mí y lo suelto todo, porque desde el día en que Nolan-Kane la dejó embarazada, me volví una esclava sin remedio de sus peticiones. *Una vez más, mis hormonas*

juegan a colarla en propia, es que no aprenden.

No les hablo solo de él, sino también de lo que supuso para mí lidiar con Connor, las emociones tan confusas que me produjo la repentina noticia de su muerte y todo lo de en medio. También de Erik y Dallas, cómo se han quedado con mi corazón y cuantísimo los voy a echar de menos. Nina insiste en que necesita conocerlos con urgencia. Creo que ninguna ha entendido lo de que se acabó y que vamos a distanciarnos.

Estamos rodeadas de palomitas, de pañuelos, risas y llantos cuando pasa: Nina rompe aguas.

—Oh, dios mío, ¡¡oh dios mío!! ¡Pero si todavía teníamos una semana y media de margen! —Daisy camina en círculos frente al sofá, esperando a que Nolan-Kane conteste al teléfono.

—Tranquila, Nina, ¿vale? Respira, respira conmigo —pide Lexi respirando fuerte al tiempo que llama a Levi-Ryan sin soltarla de la mano.

—¿Te duele mucho? ¿Te duele muchísimo? ¿Cada cuánto son las contracciones? ¿Debería contarlo? —pregunto cogiéndole la otra, a la espera de que Duncan me lo coja.

—¡Tranquilizaos, por dios! —ordena como hermana mayor, poniéndonos firmes. Pero enseguida se desmorona y empieza el llanto —. ¿De verdad voy a tener un bebé? ¿Y va a salir de *mi* cuerpo? Ay, madre mía, ¿pero cómo lo va a hacer si no hay espacio? Ay, dios, ¡ay, dios! ¿Dónde está Nolan?

—¡Nolan-Kane, ven corriendo! —grita Daisy al teléfono—. ¡Estás a punto de ser el hombre más afortunado del mundo!

Llegan antes de que llamemos a cinco ambulancias. Entramos en el hospital apartando a todos de Nina, haciéndole de escudo al tiempo que llamamos a Abbie, Benedict y a todos los especialistas que escuchen.

—¡Cuidado, hay un charco en el suelo! —Lexi grita alertando a Sawyer que empuja la silla de Nina.

—Dios mío, ¡dios mío! —Cojo papel, Daisy coge más, pero las ruedas los esquivan.

Cuando Sawyer nos mira, no dice nada, pero su cara grita alto y claro que estamos locas.

—Nins, estoy contigo, ¿de acuerdo? —El corazón de Nolan-Kane parece a punto de salir por su boca—. Todo va a salir bien, tú puedes con esto. Eres increíblemente fuerte, y valiente, puedes con esto.

—Mi amor, cálmate, que te estás quedando pálido —dice su mujer, ser de paz y luz desde que le ha cogido la mano.

Un gesto sutil que significa tanto, que lo es todo. Un «estamos juntos en esto» silencioso y cargado de poder.

—¡No cabemos todos en el ascensor! —alerta Daisy, que no tiene otro tono de voz que no sea de pánico y que hace que Lay no pare de reír.

—¿Ves lo que hay justo ahí, alma de cántaro? —pregunta Ridelmunt—. Más ascensores.

Duncan ha llamado a uno y sujeta las puertas abiertas cuando Nina y Nolan-Kane se van en el otro. Le planto un beso en los labios conteniéndome porque lo desnudaría ahí mismo. Él se pasa la lengua por ellos cuando me aparto y soy un mar de terror y excitación. Duncan, Levi-Ryan, Ridelmunt, Lay, Lora, Sawyer, Daisy, Lexi y yo entramos en el ascensor y las puertas se cierran.

—¿Por qué nadie ha ido con ellos? —salta Lexi—. ¿Y si les pasa algo?

—A ti si te va a pasar algo como no te calmes —suelta Sawyer.

—No aprecio el tono, tío —La voz grave y a la defensiva de Levi-Ryan Diago no intimida a Sawyer, pero Lexi empieza a babear.

Babear y pánico, definitivamente compatibles.

—Un poquito de calma, por favor, que no sois vosotros quienes vais a dar a luz —dice Ridelmunt.

—Además, Nina es muy fuerte —dice Lay con una convicción que me recuerda a Dallas hablando de Duncan.

—Claro que sí, cariño —Daisy se agacha a su lado haciéndole una caricia en el brazo—. Todo va a salir bien, no hay razón para estar nerviosos. ¡¿Por qué tarda tanto este ascensor?! ¡¿Nos hemos parado?!

—No —responden Duncan, Sawyer, Ryan y Ridelmunt a la vez.

—¡Abbie! —chillo en cuanto la veo y del susto se le cae la carpeta que sujeta—. Dios mío, Abbie, es Nina. El bebé ya viene y… —entonces veo a Nolan y a Nina, justo a su lado—. Ya lo sabes, bien. Bien. ¿Cuál es el plan?

—¿Cómo estás, Nina?

—Igual que antes de subir al ascensor, Lex. —Su sonrisa se pierde cuando el dolor vuelve a intensificarse.

Las tres nos agachamos frente a ella, y hacemos fuerza en compañía.

—¿Cada cuánto son las contracciones? —pregunta Abbie.

—Cada tres minutos —decimos Daisy, Lexi y yo al unísono.

—Hay que entrarla ya —dice Nolan-Kane, quien ha llamado a la matrona de Mountville cuando veníamos de camino.

—Está todo preparado, pero aún tardará horas en nacer.

—Aun así, le vendrá bien descansar, relajarse —insiste Nolan y Abbie se enternece al ver sus deseos de tener a la matrona esperando a los pies de la cama de Nina las horas que hagan falta.

—De acuerdo, pues vamos —dice la mejor enfermera de Mountville.

Todos nos movemos, pero nos cortan el paso enseguida. Una mujer llamada Olga, que ha aparecido de la nada.

—Solo una persona puede entrar con la embarazada, normas del

hospital.

—¿Nina? —La voz de Lay se abre paso entre todo lo demás.

—¿Cómo va a dejar a una niña lejos de su madrastra? —salto.

—¿Es que no tiene corazón? —sigue Daisy—. ¿Es que no sabe que es un momento clave en la vida de esta familia?

—De acuerdo, solo la niña y el marido —cede con desgana moviendo la silla de Nina.

—Dios mío, ¿ya? ¿Ya se la llevan? Nina, dios, Nina —Lex solloza —, ¡mucho ánimo!

—Tú puedes con esto y con todo —digo al borrón que me dejan adivinar las lágrimas.

—Estaremos aquí hasta que termines, ¡tómate tu tiempo y hazlo bien! —termina Daisy.

—En serio, estáis dando el espectáculo —dice Sawyer por lo bajo y seguido de sus palabras se hace un silencio y las tres somos conscientes de *toooda* la otra gente que hay en el hospital y que nos mira.

Ups.

—¿Un último abrazo? —pide la primogénita de Victoria Daughbeth derramando lágrimas y corremos hasta ella los dos metros que nos separaban.

—Te quiero, Nina. —Aparto sus lágrimas arrodillada junto a ella —. Puedes hacerlo, ¿de acuerdo? Podrías aunque fueran quintillizos.

—Eso, eres una campeona, ¿me oyes? —dice Lex con las manos en su tripa—. Te queremos y vas a hacerlo increíble.

—Sí, los neutrinos te acompañan, no lo olvides —interviene Daisy aferrándose a ella—. Te queremos mucho y estaremos esperándoos.

—Os quiero —reparte besos—. Gracias por estar aquí.

—Siempre —otra vez al unísono, joder qué panorama.

Nos quedamos arrodilladas cuando los Taylor cruzan las puertas.

Las camillas y los pacientes pasan a nuestro alrededor, pero seguimos cogidas de las manos, todavía debatiendo si hemos acabado con el llanto. Levi-Ryan, Sawyer y Duncan se plantan delante de nosotras. No oigo lo que dicen el resto porque Duncan me atraviesa con la mirada ardiendo de forma pura y sentida, y dice solo para mí:

—Ángel, me estás matando.

Me lanzo a sus brazos y cedo porque aunque no lo parezca me he estado conteniendo. Hay muchas cosas que pueden salir mal en ese parto y me aterra como pocas cosas en la vida.

Pasan las horas y hacemos nuestra la sala de espera. Lay va y viene, dándonos las noticias, pero no sin antes convertirse en un mini demonio.

—Ha habido complicaciones… su estado… ya no es el que era.

—Láhria Taylor —gruño levantándome, viendo la sonrisa que intenta ocultar sin resultado.

—Lay, no juegues con nosotras —Lexi utiliza el tono-mami de reprimenda que ha aprendido a usar con las trillizas Winchester.

—¿Podéis culparla? Se lo habéis puesto a huevo —dice Sawyer, a lo que Duncan le lanza la botella que tiene entre manos, una que le cae en pleno estómago.

—Perdón, ¿has dicho que tenías sed?

Si las miradas mataran, Sawyer no sobrevive a esa.

Sé que lo hace para calmarnos y que fastidiarnos como el hermano mayor que nunca tuvimos es su forma de mostrarnos el aprecio que nos tiene, de ayudar en un momento como este. *Pero Duncan acaba de quedarse con mis bragas.*

—No lo voy a soportar, ¡Lay, dinos! —pide Daisy llevándose las manos al corazón.

Lay se ríe y se balancea sobre sus deportivas rosas. *Esa cara que pone… es imposible, pero me recuerda a Nina-Dinamita de pequeña.*

—¿No le veis la cara? —pregunta Ridelmunt volviendo a su ganchillo—. Nina está perfectamente.

—Ya, pero necesitamos oír los detalles —insisto acercándome cual serpiente venenosa—. Por las buenas o por las malas.

—Vale, ¡vale! —Alza las manos en son de paz cuando le cae encima un ataque de cosquillas que no puede manejar—. Nolan ha dicho: Nina está dilatando a un ritmo óptimo, pero aún tenemos que esperar, ves a decírselo, Lay.

—Ufff, menos mal —Lexi se deja caer sobre el pecho de su marido y yo por poco me desplomo.

Soy débil, minúscula, y como este parto dure mucho me va a dar un ataque. Duncan me tiende la mano y me lleva de vuelta a mi asiento: sus piernas. Compramos bocadillos para sobrellevar la espera y cuando Daisy me ofrece ir a ver a los recién nacidos me aferro a la idea de hacer algo que no sea mirar a las musarañas.

Mensaje de Liliana (futura casera)

20:01 Amy, quería informarte de que necesito unos días más antes de darte las llaves del piso. El problema con las tuberías resultó ser una falsa alarma, pero se nos ha roto el ventanal del salón y van a tardar unos días en repararlo. De nuevo, pido que me disculpes por tantos imprevistos.

Mierda. La tregua se alarga. A mí me han hecho vudú o algo.

Me cojo al brazo de Daisy, que después de tanto llanto está tan callada como yo, y caminamos en silencio por el pasillo de paredes blancas y suelo que llegado un punto cambia a vinilo azul pastel, bajo las mismas luces neutras de los fluorescentes de siempre. El olor a desinfectante lo invade todo, pero nunca, jamás, un hospital me había parecido un lugar tan lleno de vida. Siempre lo había relacionado con enfermedad o muerte, pero Nina lo está cambiando. La esperanza late con mi corazón acelerado sin soltarle la mano ni una sola vez.

Llegamos a la zona de maternidad donde, tras un cristal, podemos ver a los recién llegados al mundo. Todos los mini-alguien, con el mundo muerto de ganas de acogerlos en su seno. Aunque nadie tendrá tanta suerte como mini-Taylor. *Te han tocado unos padrazos que te cagas, y aún no lo sabes, pequeño.*

Daisy sorbe a mi lado. Al ladear la mirada veo sus ojos inundados.

—Si empiezas otra vez juro que vas a contagiarme —le advierto porque soy una ficha de dominó que ya se tambalea hasta sola.

—¿Puedo confesarte algo horrible?

—Siempre. —Mientras busca las palabras, tiro de ella hacia el banco más cercano.

—Me alegro muchísimo por Nina y Nolan…

—¿Eso es horrible? —alzo las cejas curvando las comisuras de los labios.

Sacude la cabeza y las lágrimas empiezan a desbordarse.

—Una parte de mí siente mucha pena, Amy. Y sé que es horrible, soy horrible, pero lo deseo *tanto*.

Me rompe el corazón.

—Daisy, sé lo que quieres decir y no te hace horrible en absoluto. —Le limpio las lágrimas—. No deseas que ellos no lo tengan, deseas tenerlo tú también, que es muy distinto. Nunca deberías acallar tu sueño porque a veces sea difícil de llevar.

—Pero es que a veces es tan… —se calla y aprieta los labios, le cojo ambas manos y las aprieto también.

Sé que lo ha intentado sin descanso, que se saltó la fase alocada y que desde la universidad ha estado buscando una relación estable, a su mitad, y que ha tenido lo opuesto a suerte pese a ser un puto rayo de sol perfecto.

—Siempre he querido tener hijos, las tres lo sabéis —continúa—. Empiezo a asumir que, si quiero tenerlos, voy a tener que ser madre

soltera y la idea me aterra porque hacerlo sola es otro mundo de complicaciones. No sé si soy tan fuerte.

Lo eres.

—Daisy, todavía es muy pronto, solo tienes veintiséis años. —Me trago el nudo que se agranda con cada segundo—. Date tiempo.

Asiente poco convencida.

—No le puedes decir nada de esto a Nina, ¿vale? A nadie de Mountville. Prométemelo, Amy. Les arruinaría su momento y jamás podría perdonármelo a mí misma.

—¿Pero? —insisto tras prometérselo, porque necesito que lo saque todo.

—Pero siempre pensé que nuestros hijos tendrían la misma suerte que nosotras, que serían compañeros de vida. Nunca pensé que la posibilidad de que yo no tuviera la familia que siempre he soñado estuviera sobre la mesa, mucho menos que terminara siendo mi realidad.

—Daisy Dooren, escúchame bien —le cojo ambas mejillas perdiendo la batalla con las lágrimas—. Tú vas a cumplir tu sueño, ¿te enteras?

—Eso no lo sabes.

—Sí, lo sé. Eres una maldita pasada, dulce, preciosa y lista como el puto hambre, vas a conseguirlo y punto. Utiliza a nuestra hermana mayor de ejemplo: todo esto empezó por un despido. No le quedaba nada en Nueva Jersey, así que vino aquí y lo consiguió todo. Daisy, solo tienes que ser perseverante y no ceder en tu empeño. Prométeme que no te rendirás. Eh, prométemelo.

Sorbe, se limpia las lágrimas y cogiéndome de las muñecas, asiente.

—Te lo prometo.

Mi corazón suspira de alivio y solo entonces la suelto. *Ella siempre*

cumple sus promesas.

—Además, Lexi no está embarazada y yo ni siquiera salgo con nadie. Tienes tiempo de encontrar a tu Nolan-Kane.

—¿Has visto a esos dos? Por favor, Lexi podría venir con barriga cualquier día de estos.

Es verdad que están muy pegajosos. Pero Lexi quería esperar, ¿no?

—Eso no lo sabes —insisto—. Y en cualquier caso, no estás sola en la soltería. Yo pienso quedarme en ella para siempre.

—Por favor —pone los ojos en blanco y se ríe.

—¿Por favor, qué?

—Estás ciega. —Me sonríe y vuelve a ser ella.

—Quien no se enamore de ti y tu sonrisa sí que está ciego. ¿Y de qué hablas? ¿A qué te refieres?

—A nada —me coge del brazo y nos levanta—. Anda, vamos a ver a los recién nacidos.

26

Jay-Duncan

💌

A las tres y cuarto de la mañana, tras horas de batalla, Nina trae al mundo a Keith-Jakaris Taylor sano y salvo. *Me guardo mis opiniones respecto al nombre elegido.*

—No vale.

—Has ido antes que nosotras.

—Menudo ultraje.

Daisy, Lexi y Amy se turnan para ponerle morros a Benedict, que llega con una sonrisa de oreja a oreja que no se aguanta.

Ha estado mucho tiempo con nosotros en la sala de espera y me parece un buen tío. Creo que sale con la enfermera que hemos visto al llegar, Abbie.

—Privilegios de ser médico, ¿queréis ver al recién salido del horno?

—No hables así de un ser vivo —Sawyer le da un empujón en un claro *«sí, queremos y cuanto antes».*

Amy me busca, como si no pudiera salir de la sala sin mí, coge mi mano y tira de ella. *Como si todas esas lágrimas y vulnerabilidad no me hubieran hecho polvo ya.* Me estruja la mano y la coge con ambas suyas y dudo si lo que busca es que haga aquí y ahora lo que tanto deseo. Cuando entramos en la habitación se petrifica.

—Dios mío —susurra—. Nina tiene un bebé en brazos.

Me. La. Como.

Comparto una mirada con Levi-Ryan cuando su mujer dice algo parecido y Daisy directamente ha enmudecido llevándose la mano al pecho.

—Keith-Jakaris, ¿quieres conocer a tus tías? —pregunta Nina en tono dulce.

Cuando acerco a Amy y veo al bebé, las alas de un inmenso halcón se agitan en mi pecho poniéndolo todo patas arriba. Tan pequeño y frágil, pero tan lleno de vida. Tan en calma sobre el pecho de su madre, sabiendo que está donde debe. Es hipnótico y el mundo se queda quieto y en silencio. Keith-Jakaris, con sus puños cerrados y apenas molestándose en abrir los ojos más de tres segundos seguidos, sopla a los demonios de mi cabeza durante un puñado de segundos. No puedo evitar preguntarme, qué sería capaz de lograr si su madre fuera mi ángel.

Miro a Nolan-Kane, recostado sobre la camilla abrazando a su mujer sin soltar a Lay. Tiene cara de ser el hombre más feliz de la tierra y por primera vez, puedo verme siendo como él… algún día.

—Nina, es un muñeco —dice Lexi en tono bajo—, y es diminuto.

—Y tiene todos los deditos —sigue Daisy—, lo has hecho perfecto.

—Bienvenido al mundo, Keith-Jakaris —Amy acaricia la minúscula cabeza de la criatura y al romper la caricia el bebé le agarra un dedo.

Se le separan los labios en un jadeo sordo y se queda inmóvil. Algo se rompe dentro de mí y luego se recompone. *Me recompone, a mí.*

—Mira, mamá, ahora Amy está tan blanca como antes Nolan —dice Lay, y las risas suenan por la habitación, en especial la de Lora, que se acerca para revolver el pelo al padre.

—Hola, chiquitín —susurra tan flojo que casi ni la oigo.

Cuando le pongo una mano en la cadera para estabilizarla y que no se caiga, Amy pone una de las suyas encima.

—¿Quién quiere cogerlo primero? —pregunta Nina con ojos de cariño.

—Yo —responden las tres al unísono.

—Mientras todas babean por la criatura, ¿puedo preguntar cómo está la madre? —interviene Ridelmunt, una mujer que sin duda se llevaría bien con Svetlana.

—Estoy mejor que nunca, Rid. Mejor que nunca. Pero querría preguntarles algo a mis hermanas. ¿Querrías ser las madrinas de Keith-Jakaris?

Decir que lloran sería quedarse muy corto.

Hacen turnos para coger en brazos a Keith-Jakaris y todas se mueren cuando les toca, Amy llora incluso más cuando lo coge Daisy. *Está torturándome como en su vida, pero es tan bonita que no puedo decirle nada.*

Acordamos volver por la mañana, en cuanto se haga de día. En principio Nina se quedará ingresada en el hospital hasta mediodía, ya que todo ha salido bien. Algunos traerán comida, otros acomodarán el dormitorio de villa TYL con todo lo que puedan necesitar los nuevos padres y otros llevarán la fiesta organizada al salón para todos aquellos ciudadanos de Mountville que se presenten de improvisto a conocer a la criatura.

Pero por el momento, estamos solos ella y yo, llegando a nuestra villa.

Mensaje de Jasmin

23:59 Peeeedazo de bonificación que acabo de recibir!!!

00:30 Oye, he estado pensando, ¿qué vamos a hacer con tanta pasta? ¡¡Somos ricas!!

01:29 ¿Y si SantMadden se ha equivocado y luego viene con sus mafiosos a por la pasta?

01:29 Envíame fotos del bebé en cuanto tengas porfiiiiiiii

Leo por encima de su hombro. Me encanta verla sonreír y Jasmin parece no ser capaz de sacarle otra cosa que sonrisas.

—Ya puedes soltarme —dice porque la llevo en brazos—, has oído a Abbie mi tobillo de madrina está perfecto.

El bebé se ha reído, a ella le ha dado de todo y saltando de un lado a otro ha acabado en el suelo.

—Espera a que subamos las escaleras —pido ralentizando mis pasos.

—¿Sabes? —se mira las manos—. Creo que sí querría tener hijos algún día.

Me aferro a ella.

—Me parece bien.

—Nunca había pensado que esa vida fuera para mí, pero desde que conocí a Erik y Dallas… y luego esto… —carraspea—. No lo sé. Tal vez si tengo la oportunidad, acepte la mayor responsabilidad que existe. Tampoco es que me vaya a poner a buscar marido, solo digo que si se tercia, puede que acepte.

Consigo dejarla en el suelo antes de decir alguna barbaridad que lo estropee todo. Le pido a mi corazón que se calme, pero me ignora. Su olor sigue drogándome como el primer día.

—Como solo hay una cama, he pensado que puedo dormir en el enorme sofá de aquí abajo —dice tan cerca de mi cara como yo lo estoy de su cuello—, hay espacio de sobra para mí. *¿Duncan?*

Esa forma que tiene de pronunciar mi nombre… *sin duda no tiene ni idea de lo que sería capaz de hacer con tal de oírla una vez más.* Deja de hablar cuando mi pulgar acaricia su labio inferior, al tiempo que mi mano llega hasta su cintura atrayéndola despacio hacia mí. Su

respiración se vuelve torpe, irregular.

—Duncan… —jadea sin apartar la vista de mi boca, mi polla recibe una poderosa descarga.

Justo entonces oímos a Levi-Ryan y a Lexi llegar a la villa de al lado, Amy aprovecha el momento para escapar.

Cierro tras de mí, sintiendo como la electricidad mueve mis pasos.

—Deberías subir ya, es tardísimo —señala el piso de arriba dándome la espalda.

Sus ondulaciones caen más allá de sus hombros cuando se quita la chaqueta y la deja sobre el sofá. Oigo la insistencia de sus pulmones por llenarse de oxígeno, es gracioso, yo ya he desistido en mi intento. Soy una hiena acechando su presa. Le aparto el pelo del cuello y la beso. Poder saborearla de nuevo es un privilegio que un tío como yo no merece y soy consciente, pero Amy arquea la espalda cuando mis manos encuentran sus pechos, y se frota contra mí.

—No vas a dormir aquí esta noche —susurro en su oído antes de morderle el lóbulo.

Mis labios exploran todo cuanto encuentran salvo sus labios. Cuando estoy a punto de dar con ellos, Amy se da la vuelta y retrocede un paso.

—Nuestra tregua no… —sacude la cabeza, traga con dificultad y niega con todo su cuerpo—, no debería llegar tan lejos.

«No quiero que llegue tan lejos», me habría hecho dar un paso atrás y dejarla tranquila. *Pero no es lo que ha dicho.*

—Tus ojos cuentan una historia distinta, Harleen. —La intensidad líquida que vibra en ellos me deja duro como una piedra.

Me acerco sintiendo lo pequeño que es su cuerpo en comparación al mío. *Y a pesar de eso la que ilumina toda la habitación es ella.* Acaricio sus brazos, cuelo las manos bajo su jersey porque necesito el tacto de su piel ardiente, inhalo en su cuello y ella se estremece. Cuando subo

la vista ella tiene la suya en un punto muy concreto de mi pantalón.

—Eres insoportable.

—Y tú preciosa.

—Nunca vas a dejar de discutirme, ¿a que no?

Se me curva la sonrisa, rozo su nariz con la mía mientras la piel me vibra con puta necesidad agresiva.

—Dime que pare y lo haré —susurro cerca de sus labios y jamás he tenido tanta hambre, es dolorosa.

Mi corazón, ese que solo late por y para ella, se da la vuelta cuando veo cómo le brillan los ojos, con una emoción a punto de derramarse.

—*No puedo.* ¿Es que no lo ves? —Su pecho sube y baja de forma abrupta—. ¿No entiendes que a ti no puedo negarte nada?

Tardo un cuarto de segundo en besarla y ella lo mismo en responder. Su lengua cálida, sus labios, su boca, *es perfecta*. La atraigo hacia mí, la cojo del cuello, de la cintura, de todas partes. Cada beso con ella es el mejor que he tenido en mi puta vida, pero este es diferente, es algo más. Su jersey desaparece, mi camisa también. Desabrocho su pantalón y aparto su, *maldita sea,* encaje rojo, para tocarla de verdad, sin romper el beso. Sus jadeos vulnerables me están haciendo polvo la resistencia, pero quiero que gima más y más fuerte porque soy un masoquista de tres pares de narices. Quiero que su placer sea lo único que oiga el mundo entero.

—Joder, estás… —gruño cuando mis dedos se empapan de su miel.

Está muy mojada. A la mierda con todos mis negocios, nada me va a hacer sentir tan poderoso como esto.

—Que seas irritante no solo me saca de quicio —una confesión peligrosa que va a lamentar el resto de su vida, sin duda.

La desnudo, la dejo en el sofá y en cuanto me arrodillo bajo su

atenta mirada, entierro la cara entre sus piernas.

—Duncan, tu barba…

Me la afeitaría si no fuera porque se retuerce cada vez más, gime cada vez más rápido, haciéndome entender tanto como necesito. Mi lengua deja de tener el coño más perfecto para ella sola porque mis dedos son unos envidiosos. Los meto y los saco muy despacio.

—¿Es que no sabes hacer otra cosa que torturarme? —gruñe—. Sonríes como un crío.

Es que estoy en el paraíso.

—¿Quieres correrte? —pregunto antes de lamer su clítoris en un círculo profundo—. ¿Es eso lo que quieres?

Se aferra al sofá como puede y yo le abro más las piernas. Dios, ni siquiera hemos echado las cortinas.

—*Por favor,* hazlo ya.

—No me supliques, ángel. —*Porque mi polla no puede entrar en el partido hasta el tercer juego y oírte me hace dudar de si voy a ser tan fuerte.*

Mis dedos resbalan por sus pliegues hundiéndose cada vez más, pero a una velocidad moderada. Se me hace la boca agua y vuelvo a lamerla. Palpita con tanta fuerza contra mi lengua que hasta mi erección lo siente.

—Duncan —se retuerce, arquea la espalda y me tira del pelo

—Aún no. —La masajeo observando sus espasmos de cerca, apartando sus manos cuando intentan intervenir—. No me obligues a atarte, sabes que lo haré.

—¿Sabes… lo que me gusta de… discutir tanto contigo? —dice llevándose las manos a los pechos, estimulando sus pezones—. Lo fácil que es ganar.

—Sé lo que intentas y es penoso —acelero un poco el ritmo—, quítate las manos de encima. —Me cojo la polla pidiéndole que se

comporte.

—¿Siempre te sale tan bien dar órdenes o solo cuando no me importan?

A la mierda.

Mi ego mi obliga a succionarla con fuerza bruta hasta que chilla y suelta toda clase de sonidos de placer que se me tatúan. Curvo los dedos. Taladro su punto G sin dejar de succionar y se pierde en cero coma. El orgasmo destruye su máscara y yo estoy ahí para verla. Para beber de ella y acompañarla de cerca.

Estoy a punto de correrme con ella siete veces, pero es que dudo que haya algo mejor que ver cómo se rompe entre espasmos salvajes. *Sí, estar dentro de ella*.

Me enderezo y me pongo en pie, incapaz de apartar la mirada de la imagen que va a perseguirme el resto de mi existencia. *Todavía tengo su sabor en la boca.* Me desabrocho el cinturón y ella llega hasta el borde del sofá, cerrando las piernas.

—Disculpa, si no te has desmayado es que todavía no he acabado. Abre las piernas.

No obedece. Libera mi erección y se le hunde el pecho como si incluso ahora le sorprendiera mi tamaño. Amy me tortura con su delicada mano, arriba y abajo.

—No haré nada que no quieras —promete sacando la lengua y resbalándola por toda mi erección.

Mis terminaciones nerviosas no gimen, rugen. *No te corras, joder, aguanta.* Mi corazón sufre arritmias por las que debería ir al médico. *Pero es ella. Y ya sé que para esto no hay cura.* Le cojo la mejilla y ella se detiene, ligeramente asustada, como si esperase que le pidiera parar.

—Sigue.

Su estómago se encoge visiblemente. No duda, pero sí lo hace

despacio. Se mete la punta en la boca y toco el puto cielo. Mientras tanto con la mano se ocupa del resto de mi longitud. *Qué barbaridad.*

—Tienes una boca increíble, joder —sueno con rabia, pero es que me estoy muriendo. Amy cierra sus piernas, las aprieta, se revuelve en busca de saciar su propio placer. Me contraigo haciendo grandes esfuerzos para controlarme, me tenso con brusquedad y ella se detiene —. No voy a pedirte que pares —le aseguro entre gruñidos. *No lo haré nunca más*—. Quiero que lo hagas.

Le doy todo mi control. Sin resistencia. Sin condiciones. No tengo que bajar todos mis muros porque me los ha tirado abajo, mi castillo se ha hecho añicos. Ahora soy tan suyo como ella es mía.

Me succiona reventándome la disciplina y gimiendo como si mi alivio fuera el suyo propio. Se aferra a mí para no soltarme, metiéndosela más adentro cada vez, y más, y más, hasta que da en el puto fondo de su garganta.

—Me cago en la puta, ángel. —Me aferro a su pelo sin empujarla porque ella manda, pero el placer hace que las caderas se me mueven solas.

Entonces lo hace, alza la mirada cuando sabe que estoy a punto. Sus ojos son de fuego y me están quemando vivo. Me deja de rodillas. Cojo su mejilla para sentirla y ella aprieta ligeramente sus labios en la siguiente embestida, recorriéndome entero sin dejar de atravesarme con su seductora mirada.

Le advierto que estoy a punto, pero por la forma que se aferra a mí justo después, por la que me impide apartarme, me deja claro el mensaje. *Maldita sea.* Cada vez se mueve más rápido. De mi boca sale de todo, pero solo parece motivarla más. Es delicada, pero tan segura como en todo lo demás. *Lo hace igual que discute: sin dar su brazo a torcer, sin rendirse.* Succiona, chupa, lame mi punta y al segundo después vuelvo a estar golpeando el fondo de su garganta. Su mano se

aparta de mi base y llega hasta mis huevos.

Eso es todo lo que hace falta para que se haga con los últimos vestigios de mi control y arrase con todo. Me derramo en su boca mientras el placer me hace polvo hasta los huesos. Casi me salgo de mi cuerpo. Ese orgasmo me transforma en otra puta persona.

Cuando se aparta de mí no puedo ni hablar. Ni siquiera me acuerdo cómo coño se hace. *Qué preciosidad. Nunca veré una mujer igual a ella.* Le limpio la comisura del labio con mi pulgar y espero que diga algo. Dudo si una parte de ella me odia.

—Duncan, me… —boquiabierta, en trance, incapaz de apartar sus ojos de mí, frunce el ceño—. Me has dejado.

Ya vuelvo a tenerla dura.

—Y esto es solo el principio —tiro de ella, la cojo en brazos y nos llevo al piso de arriba.

El principio de un nosotros.

—Me has dado el control —dice y dudo siquiera que me oiga.

—Te lo voy a dar todo, todo cuanto tengo —admito porque por lo visto, ahora solo sé decir la verdad.

La tumbo debajo de mí y la beso. *No necesito dinero, ni empresas, ni nada. Solo a ella.* Nos arranca un gemido a ambos cuando la forma en la que se agarra a mi cintura favorece el roce de mi polla con su clítoris. Sus pezones piden a gritos atención, así que me meto uno de sus pechos en la boca y le hago de todo hasta que grita. Cada cosa que hace me la pone todavía más dura. Trepo por su cuello, nada es suficiente, necesito tiempo.

La luz de la luna entrando por los cristales es la única iluminación que tenemos, pero es suficiente para ver las lágrimas en sus ojos.

—Eh, mírame. —Le aparto el pelo de la cara. Sacude la cabeza, busca mis labios, pero yo no la dejo—. ¿Qué ocurre?

—Bésame una última vez, Duncan —susurra—, por favor.

Lo hago, igual que haría cualquier cosa que pidieran sus labios. Amy se aplica a fondo, se aferra a mí con una intensidad que me asusta, que detesto. *Parece que se está despidiendo de mí, como si esta fuera a ser nuestra última vez.*

Es un puto sueño, y aunque la muerda, la bese y la haga mía, no consigo cerciorarme de que sea real. Mis embestidas se vuelven más y más profundas, y su coño prieto se queda con todo. Se le corta la respiración cuando llega al clímax, cuando el placer se estira a través de sus células, entonces estalla en convulsiones y sacudidas que sin pretenderlo acaban también conmigo.

Se duerme tirando de mi brazo, asegurándose de que la rodeo con fuerza y no la suelto. Por eso me sorprende que, horas después cuando me despierto y el cielo todavía está bastante oscuro, ella no está entre mis brazos. *He dormido. Otra vez gracias a…*

—¿Amy? —mi voz adormilada araña mis cuerdas vocales con aspereza.

Miro en dirección al baño, pero la luz no está encendida. Miro el reloj y veo que todavía faltan cuarenta minutos para que debamos reunirnos con el resto. Me giro en la cama con el fantasma de los orgasmos todavía vibrándome por el cuerpo y veo la nota.

No tengo la fuerza para alejarte de mí, lo he demostrado hasta la saciedad. Pero te aseguro que esta tregua me está destrozando.

Si te importo algo, por poco que sea, vete de Mountville.

Por favor, Duncan. Te lo suplico.

Me visto y salgo a buscarla. Las pisadas en la arena que da a la playa avivan mi esperanza. Corro por el sendero de madera cubierta de arena y la veo. Es la única junto a la orilla. Compruebo mi bolsillo para asegurarme de que no se me ha caído corriendo.

Sigue ahí.

—La próxima vez que vayas a dejarme algo, preferiría que fuera dinero.

Se da la vuelta y mi estómago con ella. *Ha llorado.* Sus ojos se entristecen al verme y es una sensación horrorosamente familiar.

—Veo que no he sido convincente —dice abrazándose el cuerpo por el frío.

—Lo siento. —Me quito la chaqueta y se la pongo por encima de los hombros.

—No pidas perdón por no corresponder a mis sentimientos. —Baja la cabeza—. No debimos despedirnos así, debimos parar antes.

—No me estaba despidiendo de ti, Amy. Y no te he pedido perdón por eso.

—Ya, ya, la maldita tregua —maldice sacudiendo la cabeza.

—Vas a dejarme que me explique. ¿Por favor? —Le alzo la barbilla cuando no contesta y mientras mis ojos buscan los suyos en un intento de que cesen las lágrimas, los suyos caen hasta mi boca y da un paso atrás con rabia.

—Si no puedes hacerlo tú, lo haré yo.

—Amy, para —le corto el paso metiéndome sin querer en el agua fría de cojones.

—¡Deja de darme órdenes!

—¿Vas a ser de así de rebelde y desquiciante toda la vida?

—¿Insultos en una disculpa? ¿De verdad, Duncan? ¡Haz el favor

de aceptar mi petición!

—No hasta que tú hagas el favor de casarte conmigo.

Se detiene. Enmudece. Luego susurra:

—¿Q-q-qué acabas de decir?

Inspiro como puedo.

—He sido un cobarde porque desde el día en que te conocí he vivido aterrado.

—¿De qué?

—De ti, Amy Harleen. De todo lo que me haces. De lo que podrías llegar a hacerme si quisieras destrozarme —la ironía me arranca una carcajada—, pero no me importa ¿sabes? Porque renunciar a ti es otro infierno al que tampoco sobreviviría, y de los dos, es el único que está en mis manos. Es cierto que soy débil, pero *esto* no lo es. —Pongo una mano en su pecho, cojo una suya y la pongo en el mío—. Lo que sientes por mí, yo lo siento el doble, si no el triple. Temía hacerte daño, a cargarte con mi pasado, a que tuvieras que lidiar con una persona rota.

—No estás roto. —Se le llenan los ojos de lágrimas por un motivo mejor.

—De crío, pensaba que todos los que eran felices en realidad fingían y eran tan desgraciados como mis padres. Así que en cuanto me quedé solo en el mundo, me prometí a mí mismo que jamás tendría familia, que no me casaría. Que no formaría parte de toda esa mentira, ni jamás volvería a ser vulnerable. Y si te amara un poco menos, tal vez habría sido capaz de alejarme de ti.

—¿Acabas de…? —Coge mi camisa con el puño cerrado.

—Sí, te amo. Te quiero. Te adoro. Y te admiro. Para mí lo eres todo, Amy. Eres mi ángel, eres toda mi fuerza. Durante mucho tiempo estuve seguro de no tener nada que ofrecerte —busco en mi bolsillo la caja de terciopelo—, que ni siquiera tenía un corazón con el que

corresponder al tuyo, que el mío murió cuando dejé aquella vida atrás.

—Dios mío. *Duncan.* —Se le hunde el pecho.

—La cosa es que tú has devuelto el mío a la vida —abro la caja—, ahora sé que puedo hacerte feliz. Que puedo hacer cualquier cosa por ti, incluso dejar que me quieras.

—No es un arrebato, lo has pensado, lo has traído a Mountville —hiperventila—. Dios mío, en el avión ya lo tenías. *Madre mía.*

—Te conté mi historia porque ya era tuyo. Hace tanto tiempo que lo soy que ya no sé ser otra cosa y si me dejas, lo seré toda la vida. —Clavo una rodilla en la arena, saco el anillo de la caja y se lo ofrezco, junto con todo lo demás—. Amy Harleen, ¿quieres casarte conmigo?

Se coge a mi cuello y se tira encima de mí con tal fuerza que caigo hacia atrás con ella encima. *Todo mi mundo en mis brazos.*

—Duncan, no estás roto, te quiero tal y como eres —solloza—. Tienes un corazón inmenso y eres todo lo que necesito y quiero.

No puedo controlar la lágrima que se me escapa.

—¿Eso es que sí quieres?

—¡Siento no haberme dado cuenta de lo que intentabas decirme manteniéndome cerca! Lo que gritaban tus actos y yo tonta de mí no supe ver.

—¿Quieres hacer el favor de contestar a mi pregunta para que pueda besarte?

—¡Sí! ¡Sí quiero! ¡Quiero casarme contigo!

Me hundo en la boca de mi futura mujer y oficialmente empieza el principio de nuestra nueva vida.

Después de mancillar el honor de la playa (unas siete veces) nos duchamos y nos vestimos, eso sí, sin quitarnos las manos de encima. Llegamos al hospital con más comida de la que la planta entera podría comerse. Entramos en el ascensor y empiezo a meterle mano a mi futura mujer.

Que. Bien. Suena. Joder.

—No podemos decírselo todavía a nadie, ¿vale? —Me besa y lo hace tan bien que casi se me olvida lo que me ha dicho.

—¿Por qué no? —le como el cuello. Inspiro con fuerza y gruño—. Un día me voy a correr solo con olerte.

—P… guau —parpadea mucho. Carraspea—. Porque es el momento de brillar de Keith-Jakaris, el esfuerzo de Nina no puede verse eclipsado. ¡Acaban de ser padres!

—A mi parecer, ellos han traído una tarta a la fiesta y nosotros llevamos otra —lamo el lóbulo de su oreja y enseguida paso a sus labios—, a todo el mundo le encanta la tarta.

—Pero podemos esperar unas semanas —insiste entre carcajadas.

Me separo y la miro fijamente.

—Entonces tendrás que quitarte el anillo.

De forma instantánea hace pucheros.

—Podría darle la vuelta para que no se viera el pedrusco por el que no puedo ni levantar la mano —propone, pero sacudo la cabeza y abro la mano hacia ella—. Eh, tú me lo has dado, ahora no puedes echarte atrás. Si decido quitármelo, pienso guardarlo muy cerca de mí. Ultra cerca.

—No me echaría atrás por nada del mundo. —Le cojo la mano del diamante y sus ojos brillan más que el anillo—. ¿Y si nos casamos hoy mismo? La espera se me va a hacer insoportable.

—¿Has tardado un montón en declararte y ahora quieres correr? —su sonrisa melosa se extiende por toda su resplandeciente cara—. Me gustan esas prisas, señor Vojak, pero quiero un vestido.

—Te compro mil. ¿A las cinco te viene bien?

—Duncan, una boda necesita una planificación, ¿a ver, de qué sabor será nuestra tarta? ¿Y a quién invit…? —se le abren mucho los ojos, y la boca, pero no me mira a mí.

Me giro y veo las puertas del ascensor abiertas y Lexi Diago tan petrificada como su hermana. ¿Qué hace Amy? Apretar el botón de la primera planta para que las puertas se cierren. Pero Lexi es una mujer rápida y las frena, eso sí, sin parpadear. La empujo fuera del ascensor y cojo las bolsas repletas de delicias que hemos traído.

—En algún momento, una de las dos tendrá que romper el silencio de euforia contenida.

—Es que en los hospitales no se puede gritar —musita Lexi.

—Ayer las tres estabais… —no termino.

—¿Ese es el anillo?

Amy extiende la mano para que lo vea.

—¿Se lo has dado tú? —pregunta Lexi, a lo que asiento—. ¿De verdad la quieres?

—Sí, la amo tanto que ni siquiera lo entiendo. Es surrealista lo que me molesta que su trabajo no pueda hacerse desde mi despacho y que la idea de separarme más de un palmo de ella me cabree. —La miro a ella—. Pero me consolaré con que siempre vuelvas a mí. —Le limpio la mejilla—. Maldita sea, ángel, me has hecho prometer que no te dejaría llorar, llevas máscara de pestañas para las fotos.

El grito de Lexi me deja sordo temporalmente. Se lanza hacia Amy, la abraza y ambas gritan, se separan, miran el anillo, gritan otra vez y vuelven a abrazarse. Entonces llega Daisy. Ni siquiera hacen falta palabras. Eso sí, gritos hay muchos más.

—Buenos días —dice Daisy en tono melodioso y flojo.

Amy se aplasta contra mí para ocultar el anillo y no sé si voy a ser capaz de soltarla. *Lo que se da no se quita.*

—¿Cómo está esa mamita-Dinamita? —pregunta Lexi.

—En una nube —susurra Nina, puesto que el bebé duerme.

Saludo a Nolan con un movimiento de cabeza.

—Nolan-Kane, ¿puedes coger a tu hijo un segundo? —pregunta

Amy.

—Tenemos una noticia que dar a nuestra hermanastra —explica Lexi y el médico se espabila como si se lo oliera.

—Nina, cógeme la mano —ofrece Daisy—, y recuerda, si gritas: hazlo en susurros.

—¿De qué va todo esto, chicas? ¿Qué estáis…?

Amy le enseña el anillo y se desata el mayor caos silencioso de la historia.

27

Amy

Meses después, en un castillo a las afueras de Londres…

Todo el mundo sabe que las hijas de Victoria Daughbeth, dignas hijas de su madre, no tardan en dar el «sí, quiero» cuando saben que es que sí. Y con Duncan… ay, mi amor, ¡soy un sí tan grande como la ciudad de Chicago!

—Mamá, no te preocupes, vamos a cuidar muy bien del castillo —dice Daisy mientras las cinco caminamos hacia la salida.

—Más os vale, si no, no tendréis nada que heredar cuando me muera. Serán dos disgustos en uno, fíjate tú.

—¿Algún día podremos tener una conversación grupal sin hablar de la herencia? —pregunto.

—Como madre protectora, me gusta dejar claro que a mis niñas nunca les faltará de nada. Ni siquiera cuando yo no esté.

—No nos la merecemos —dice Lexi parándose frente a ella, mirándonos una a una.

Sacudimos la cabeza como esos muñecos cabezones y bailongos.

—No seáis pelotas —mamá nos recrimina apartándose su melena roja de los hombros que tanto me gustaba de pequeña y ahora comparto. *Tan larga como la suya.* Aparta a Lexi de un golpe de cadera

descolocándose la boina clara representación de su nuevo delirio: la moda francesa—. Acordaos de vigilar que la obra siga su curso. Necesito que el salón comedor esté como nuevo.

—Dirás como viejo —corrige Nina—, es una restauración y tus muebles tienen más de doscientos años.

—Sí, no es como si fueras a poner una mesa de billar en la que subirte a bailar y grabar videos para… —Daisy se calla—. Lo vigilaremos.

—Ridelmunt ya te está esperando en Mountville con los brazos abiertos —dice Nina.

Mamá va a cuidar de K-Jakaris mientras Nolan-Kane y Nina están aquí. Todas sabemos lo amigas que se han hecho Ridelmunt y ella, y que visitar el resort es algo que disfruta y que hace siempre que el padre de Lexi está de viaje haciendo conferencias y charlas de psicología por el mundo.

—Lo vais a pasar genial —digo mientras coge el abrigo, Lexi le sujeta el pelo, Nina y Daisy le suben las mangas y yo le coloco las solapas—. Mamá, ¿de verdad no vas a decirme de dónde es tu abrigo? —La toqueteo, *tiene capa, ¡capa!*—. Mamá, soy tu hija, ese título debería venir con ciertos privilegios, como les pasa a los duques y vizcondes.

Digo yo.

—No hagáis muchas maldades en mi ausencia, ¿vale, niñas? —dice haciéndonos un cariño a cada una—. Confío en que Levi-Ryan Diago infundirá algo de cordura en el grupo y evitará que os volváis locas.

—Pero si nos hemos vuelto súper aburridas, mamá —dice Nina.

—Sí, ya hemos crecido —dice Lexi—. Las locuras son cosa del pasado. Ahora nos va más mirar a la nada y pensar en todo.

—No te pases —susurro mientras la pellizco—. Mamá, siempre

puedes confiar en nosotras, ya lo sabes.

Daisy, que es la que peor miente, elige callarse y justo por eso es a quien mira. Nos dedica su sonrisa característica y se marcha.

La puerta se cierra cuando el coche desaparece. Se hace el silencio.

—Pfff, definitivamente, no nos la merecemos —dice Lexi.

—Vamos a ir directas al infierno —corroboro.

—Pero oye, después de la fiesta —Nina me da un apretado abrazo desde detrás y las tres chillan:

—¡Empieza la despedida de soltera de Amy Harleen!

Todavía estamos en el abrazo conjunto cuando Gimme More de Britney Spears empieza a sonar por los altavoces. *Tenemos que ir a buscar a Sawyer, Abbie, Lora, Ashia, Constance y Jasmin al jardín y decirles que ya pueden dejar de esconderse.*

—Disculpad, ¿solo la de Amy Harleen? —pregunta Jay-Duncan Vojak seguido por Liam, Nolan-Kane, Benedict, Kadmus, Levi-Ryan, Iksáia y Jeremiah.

—Eh, ¿qué hacéis aquí? ¡Tramposos! —esta es Lexi.

—Lo que nos has pedido es muy difícil de cumplir, Rapunzel.

—Nada de eso, ¡tenéis prohibida este ala del castillo! —Nina pone los brazos en jarra y saca su voz de mami.

—Pero *Nins*…

Mientras ellas hiperventilan, Duncan se abre paso entre su escuadrón y cruza al bando rival.

—Por favor, vigila lo que haces, eres mi hogar, mi sueño y todo mi amor —susurra en mis labios afilando las alas puntiagudas de las mariposas de mi estómago, curvándome los dedos de los pies con su cercanía y dándome todo tipo de calambres.

Salto a su cuello y le beso largo y tendido, oyendo algunos silbidos y risas de fondo. *No lo digas. No lo digas. No. Lo. Digas.*

—Voy a echarte muchísimo de menos esta noche —admito.

Duncan ha llegado a coger vuelos con tal de no apartarse de mí. Estamos enfermos, no sé qué nos pasa.

—Pues a mí me va a volver loco saber que estás tan cerca y no puedo estar contigo.

¿Ves? De todas las barbaridades que se me escapan, las suyas siempre son peores.

—Por esto no podéis estar juntos —Sawyer, el piloto sexy, entra en escena seguido por el grupo dando palmadas y luego sacudiendo las manos—. ¡Esta es vuestra despedida de solteros y estáis quebrantando las normas! Agentes, ¿es que no van a hacer nada?

—¿Alguien tiene una pala para separar a dos lapas? —pregunta Winchester mientras Jasmin corre a dar un beso bien dado a Liam.

Constance llega vestida de azafata y a Kadmus se le va la fuerza por la boca.

—Lo siento, tío —Nolan y Ryan cogen a Duncan uno de cada brazo y me lo quitan, al tiempo que mis hermanastras malvadas me retienen.

—Es lo mejor para todos —dice Constance poniéndole ojitos a su marido mientras Lora la empuja lejos.

—Este es un castillo muy grande, ¡no podemos volver a encontrarnos hasta que salga el sol! —sentencia el Sr. Eyeliner perfecto—. Cada grupo se quedará en el ala asignada y recordad, lo que decida hacer cada despedida de soltero, quedará para siempre entre las partes afectadas. ¡Que empiece el juego!

No rompo el contacto visual y espero que Duncan se haya quedado con la misma frase que yo resonando con eco en su cabeza: este es un castillo *muy* grande. Su mirada felina ruge «te encontraré» antes de que las puertas se cierren a mi espalda, suban la música y empiece la fiesta de verdad.

—¡Primero los uniformes!

Daisy, Nina, Lexi y yo nos ponemos los disfraces de la fiesta: una falda cortísima y súper provocativa azul marino, una camisa tres tallas más pequeña revelando gran parte del sujetador de encaje y una corbata roja deshecha. Ah, y el sombrero de piloto.

—Si Duncan te llega a ver así, adiós a nuestra despedida —Nina me pone las manos en los pechos—. Eres mi amor, mi sueño y mi todo.

—¡Cállate! —Le doy un empujón mientras las otras dos se parten.

Volvemos a la fiesta.

De mojitos a bourbon, de sombras coloridas a eyeliner neón, de Britney Spears a Rihanna pasando por Beyoncé y Madona, bailamos sin descanso.

—Yo a mi marido, en su día, le dije que si por algún motivo no llegaba a tiempo al hospital, le pondría a nuestro hijo el nombre de mi ex —suelta Lora mientras cenamos helado y cupcakes en el jardín de atrás.

Mi lugar especial.

Pese a que ya ha entrado septiembre, la temperatura sigue siendo de verano. *Aunque con esta falda no hay quien se siente sin enseñar las bragas.*

—Es una idea brillante —suelta Constance con un delineado azul de infarto resaltando de forma impecable y soberbia sobre su piel.

El mío es rojo, como no.

—¿Qué pasa, que con tres hijas preciosas no has tenido ya bastante? —tantea Sawyer rellenándole el vaso.

—No lo digo por mí. Yo me sé de una que debería tomar nota cuando se decida a dar el paso. Nuestros maridos tienen un vicio al trabajo insano.

La aludida se pone roja. Es un secreto que solo las hijas

Daughbeth sabemos y es que ha llegado la hora: Lexi y Levi-Ryan van a intentarlo ya. Y aunque no quiere decirlo antes de tiempo para no gafarlo, algunas se lo huelen.

—No me puedo creer que Ridelmunt y Svetlana hayan rechazado nuestra invitación —suelto—. ¡Deberían estar aquí!

—Yo creo que Svetlana estará con Victoria y Ridelmunt en el resort mañana —predice Jasmin ayudándome a desviar la conversación sin saberlo—. Desde que se conocieron con el tema de las preparaciones de la boda se han hecho muy amigas.

Me levanto del trono que hemos sacado al jardín (*como le pase algo, mamá nos mata*) y me acerco a la mesa con el infinito despliegue de cupcakes, pasteles y dulces cuando me vibra el móvil.

Mensaje de Liliana (futura casera)

19:20 Amy, siento mucho avisarte con solo veinticuatro horas de margen, pero tengo que pedirte que no vengas todavía al piso. Tenemos un problema eléctrico que nos urge solucionar.

—¿Me puedes explicar por qué esa mujer te está enviando mensajes cuando vives felizmente pre-casada con tu prometido en High River y no tienes la más mínima intención de mudarte? —pregunta Nina con un mojito de fresa en la mano, leyendo por encima de mi hombro.

Descubrí que mi piso no tenía ningún problema y que todos los fallos de tuberías, plagas de bichos o ventanas rotas eran una mera treta de Duncan para alargar nuestra tregua. Para que me quedara. Para tener tiempo antes de darme la noticia de que en realidad, estábamos manteniendo una relación seria de narices y yo no había sido avisada.

—Un día Liam se fue de la lengua y me contó que Duncan le había pagado el alquiler de un año entero a Liliana y que le dio un extra con

tal de que me diera largas. Lo hizo en cuanto se enteró de que me mudaba. Aún no le he dicho que lo sé. Cada vez que me llega un mensaje, es como si me recordaran la suerte que tengo de ser su prometida.

—Como si no suspiraras por él cada vez que te lo cruzas. —Mira su propio teléfono.

—No estés nerviosa, mami, sabes que el bebé está en las mejores manos. —La cojo de los hombros—. Y solo es una noche.

—¡La mejor de todas! —alza su copa, subimos la música y nos olvidamos de los dulces.

DUNCAN

En una sala perdida del ala que se nos ha permitido ocupar, el sonido de las fichas y del hielo en las copas es de lo poco que rompe el silencio.

—No voy a dejarte ganar porque sea tu despedida de soltero, ¿sabes? Prepárate para morder el polvo. —Liam usa su tono más amenazador desde la otra parte de la gran mesa.

Doy un trago al mejor bourbon que he bebido en años.

—No vas a dejarme ganar, vas a *soportar* que te dé una paliza —aclaro, lanzándole una mirada pese a la luz tenue que Nolan-Kane y Levi-Ryan se han empeñado en poner para dar ambiente.

—¿En serio? —Liam chasquea la lengua y se le caen los hombros—. ¿Tan buenas cartas tienes?

El resto se ríe por lo bajo. *Liam nunca ha sabido jugar al póker, principalmente porque no sabe poner cara de póker. Es del todo transparente.*

—Señoritas, dejen la discusión marital para después —pide Kadmus Winchester.

—Voy —Liam suma sus fichas.

—También voy —dice Ryan.

—Voy —digo.

Iksáia, Jeremiah y Winchester se retiran, Nolan y Benedict se suman. Liam no tiene la mejor mano, ni siquiera la segunda mejor, que era de Kane, pero cuando solo quedamos él, Nolan y yo, y Nolan se retira sin darle la vuelta a sus cartas, pongo mi escalera real de color boca abajo y digo:

—Has ganado.

Liam se levanta de su asiento y empieza su baile de victoria, y ni siquiera entonces me arrepiento. Con todos los gastos del colegio de Erik y Dallas, y todos los sitios a los que quiere llevarlos a ellos y a Jasmin, los cuatrocientos dólares le vendrán bien. *El muy insoportable ya nunca acepta mi dinero.*

—Oíd, ¿no deberíamos hacer otra cosa? —pregunta Ryan.

—¿Como el Blackjack? —Winchester alza una ceja.

—No, como jugar a algo que no nos deje sentados en una mesa.

—No querrás ponerte a bailar, ¿no? Porque preferiría no tener que arrancarme los ojos. Mis hijas no pueden jugar al escondite con un invidente.

—La mía tampoco —se suma Iksáia.

—Olvidad que he abierto la boca.

Mientras Nolan-Kane baraja las cartas para empezar con el Blackjack yo me acerco a la barra con Jeremiah y la sexta spice girl a rellenar bebidas.

—Oye, tío —me susurra Liam, dándome un codazo y apartándome un par de pasos de Jeremiah—, he pensado que, si no estáis muy ocupados después de la luna de miel y todo eso… se me ha ocurrido que, si os apetece, podríais venir con nosotros a Fade-Lake. Sé que solo es un camping de montaña, pero a los niños les haría ilusión que

vinierais. Y a mí invitaros.

Joder. Y luego querrá que no le deje ganar. Acepto antes de que entre en un bucle educado y repetitivo y tenga que matarlo.

—Nos hemos quedado sin hielo —dice Jeremiah—. Sí que hemos bebido.

—Voy yo.

—Te acompaño —dice Ryan poniendo una mano en mi hombro. En cuanto salimos añade—: Sé dónde están. Sígueme.

AMY

A Abbie y Daisy no se les ocurre otra cosa que llevar un karaoke al centro de los senderos sinuosos y empezar a cantar a pleno pulmón una versión guarra de Oops!… I did it again cambiando la palabra menos indicada por Duncan. *Y con "cantar" me refiero al sonido que emiten unos ñus que se odian al aparearse.*

—Por mucho que este lugar sea inmenso, me da que lo escucharán igual estén donde estén —dice Lexi "ayudándome" a buscarlas mientras está cerca de caerse al suelo de la risa.

Cuando las encuentro están subidas sobre *ese* banco en concreto, nada menos, dándolo todo y pasándoselo en grande. Una parte de mí quiere dejarlas y grabarlas, pero «perderme ante el *graaan* poder de Duncan es tan típico en mí, oh baby, baby» me lo impide.

—¿Queréis que os mate? ¡Dadme eso! —gruño cogiéndoles el micrófono, aguantándome la risa como puedo—. Os juro que si lo ha oído estáis muertas. Las dos.

—Supongo que nuestra improvisada banda necesita algunos retoques —Abbie salta del banco y Daisy la sigue.

Una repentina emboscada me arrasa y entre las tres me llevan de vuelta con las demás. Cuando llegamos, Jasmin, Sawyer, Nina, Lora,

Ashia y Constance están en pie y formando una fila horizontal con las manos guardadas tras la espalda. Abbie deja caer el altavoz junto a mí cuando (You Drive Me) Crazy de Britney empieza a sonar, Lexi y Daisy me plantan un beso en la mejilla y corren a unirse al grupo, cogiendo algo de las mesas que no llego a ver.

El séquito de personal de vuelo sexy empieza a bailar con coordinación perfecta pese a las carcajadas y las sonrisas radiantes. Giran, intercambian posiciones, mueven el pelo y se convierten en estrellas del pop. *¿Eso que tiene Jasmin en la cabeza es una ridiculísima linterna con luces de colores? ¿Y Nina otra? ¡¿Y Constance?!* Se acercan a mí y me envuelven en un círculo como si quisieran seducirme mientras mi visión se vuelve más y más borrosa. Tengo la piel de gallina.

Entonces el estribillo explota y tras una serie de estruendos, confeti plateado vuela por todas partes. Nina se arrodilla frente a mí entregándome un anillo invisible, me lo pongo y un segundo después mis pies dejan de estar en contacto con el suelo. Sawyer me coge en brazos sin dejar de cantar ni salirse de su papel arrebatador y me deja en el trono, no sin antes darme un beso en la frente. Cuando el resto vuelve a ponerse delante de mí lo hacen con una camiseta sobre los disfraces en la que se lee «la mejor despedida de la historia». Estoy atrapada entre risas y lágrimas.

Cantan, mueven las caderas y lo dan todo. Terminan en pose, con un brazo extendido en mi dirección, ofreciéndome… *pfff, pues un lirio morado, ¿qué si no?* Puede que me venga un poco abajo. Es posible que la gratitud me pueda. Quizá me siento tan afortunada que no sé cómo lidiar con ello.

Acabamos en un abrazo grupal del que no quiero escapar.

—Señoritas Daughbeth —Frederic, empleado de la cocina, *les hemos obligado a llamarnos así*—. Los sorbetes de tequila y chuche

están servidos.

—¡Más a tiempo imposible! —exclama Constance.

—Vamos, Amy Vojak —Nina tira de mí—, todavía hay mucho que celebrar.

—¿Se supone que Victoria os ha dejado el castillo porque estáis a prueba? —pregunta Ashia alcanzándome un sorbete.

—Sí, es una prueba que debemos pasar las cuatro solas —explico—. Así le demostramos a mamá que podremos cuidar de su legado.

—¿Y no te parece irónica la situación?

—Sip.

Ashia tiene la consideración de reírse en mi cara, como hacen las amigas.

Mi falta de estabilidad me vuelve torpe y acabo con la camiseta de mejor despedida manchada de sorbetes coloridos. Me la quito y corro a la cocina a meterla bajo el grifo antes de que la mancha se quede. De repente, una mano grande llega hasta mi tripa y en un momento mi cuerpo pasa a estar aplastado contra una roca grande, dura y llena de músculos que conozco muy bien.

—¿Qué haces aquí? —intento controlar la alegría de mi voz—. Te estás saltando las normas.

—¿Qué narices llevas puesto? —murmura en mi oído rozándome el cuello con su nariz—. Joder, hueles a felicidad.

Siempre está oliéndome, no es un felino, es un lobo.

—La parte de delante es mejor —su mano sube hasta mis pechos. Gimo—. Huelo a alcohol y tú también, ¿estás borracho? —me vibra la piel con expectación.

—De ti, sí. En exceso. —Me pega contra la encimera, cierta parte de su cuerpo frotándose contra mi culo y provocándome de todo—. No entiendo cómo no estoy muerto.

—¿Dónde están los demás? —me muevo contra él, me muerde

donde quiere y me chupa más allá, dejándome los pezones duros y el encaje entre mis piernas empapado.

—Arriba, en alguna sala a la que dudo que sepa volver. Aunque tampoco quiero todavía.

Es tan mono.

—¿Por qué no? —consigo darme la vuelta en sus brazos, mi culo pasa a estar contra la encimera y su erección contra mi…

Glup.

—Porque me muero por estar contigo. —Se aleja de mí lo justo, sin apartar sus manos de mis caderas—. Y ahora me muero de abrirte las piernas y comerte hasta que salga el sol.

Dios mío.

—¿Alguien ha pedido un striptease? —La voz de Levi-Ryan Diago suena en el jardín y solo entonces soy consciente de las ventanas.

Oímos gritos. *O los oigo yo, porque Duncan no responde, tiene los labios entreabiertos, su pecho sube de forma abrupta y su mirada… no me la merezco.*

—¡Un intruso! —gritan las invitadas hablando de romper normas.

Consigo sacar a Duncan de la cocina, pero en cuanto estamos en el pasillo me aplasta contra la primera pared que encuentra, me sube la falda, me baja las bragas y se frota contra mi culo, luego me besa con el ansia de un hombre profundamente enamorado.

Me aferro a él con todo lo que tengo y ni siquiera me percato de aquello con lo que vamos chocando al ir de sala en sala, ni de dónde va cayendo nuestra ropa, pero sí de la forma en que el placer muerde mi sensibilidad con insistencia. Su torso desnudo me deja babeando. *Y a mi vagina también.*

Retrocedo para que no me alcance, entro en una nueva sala y esta vez Duncan cierra la puerta. Todavía llevo la falda y el sujetador, pero nada más. Me quedo solo con la falda y me trago la lujuria que

desprende su mirada.

—Déjatela —pide desabrochándose el cinturón, liberándose justo antes de llegar a mí.

—¿Vas a follarme aquí? —Mi espalda choca contra una pared cualquiera—. ¿De pie?

No parece oírme muy bien desde que la tela azul ajustada se me ha subido hasta la cintura dejándome más que expuesta. Duncan alza una de mis piernas hasta que mi tacón se clava en el brazo de un sillón dorado de terciopelo esmeralda, dejándome bien abierta para él.

—Voy a follarte de todas las formas posibles, sobre cada superficie que haya inventado el ser humano y las que vendrán después —acaricia mi clítoris y el placer extremo me deja mareada, cachonda, borracha de amor y feliz—. Pero me gustaría empezar… —baja la mirada—, sí, justo por aquí.

Su forma de mirarme ya podría masturbarme. Antes de que se acerque le pongo una mano en el pecho.

—¿Y cómo sabes que me apetece siquiera?

Acaricia mi entrada de forma superficial, pero ya es bastante como para que lo sepa todo. Inspira con dificultad regalándome escalofríos. *Lo estoy torturando, pobre. ¿Debería darme pena? Amy sé fuerte.*

—Puede que quiera, ¿pero qué te hace pensar que voy a dejarte?

—Esto —alza mi mano con el anillo y la besa.

Vale, me derrito. Sonrío, asiento y me muerdo el labio. En un segundo su polla me penetra bien profundo, arrancando cada gramo de oxígeno de mis pulmones. Gimo su nombre con fuerza y cuando dice que va a darme el tiempo que necesite casi me da risa, porque no necesito tiempo. Con él ni tiempo, ni espacio, ni espera. Lo quiero todo y lo quiero ya.

—¿Por qué sonríes? No he contestado.

—Te lo veo en la cara, ángel —vuelve a besarme y dios, lo hace demasiado bien.

Su forma de tocarme, de aferrarse a mi cuerpo con tal de darse placer y dármelo a mí. *No puedo. Ya casi. Oh, dios.* Duncan es certero. Me penetra como si conociera mi cuerpo mejor que yo. Mi punto G y él son mejores amigos desde el primer día y casi da rabia. Pero no sé de qué me extraño, si ya sabía lo odioso que era cuando lo conocí.

—Te quiero —dice cuando se resbala de mi boca, pero no de mi entrada.

—Ah, ¡Duncan! —*¿Quién iba a pensar que esas dos palabras me pudieran volver más loca que cualquier otra cosa?*

Es inmediato. Instantáneo. En cuanto las oigo me corro y él tiene la indecente costumbre de mirarme de cerca cuando pasa. Contra la erección más dura que una persona ebria ha conseguido jamás, palpito con descontrol y me dejo llevar.

Mi orgasmo se alarga cuando sus embestidas no cesan. Dejo de saber quién soy, lo único de lo que estoy segura es de que estoy con mi alma gemela.

Busco su mano y la entrelazo con la mía. Centímetro a glorioso centímetro, Duncan llega hasta el límite, llenándome por completo. Verle en semejante estado de delirio me hace algo. No sé si es por el alcohol, pero estoy ardiendo y necesitada de nuevo, sintiendo cada fragmento de mi ser hipersensible. Desde que nos prometimos, no hemos podido hacer otra cosa que esto y empiezo a dudar si quiere batir algún tipo de récord mundial.

Acerco mi lengua a la suya sin ceder al beso, solo mínimos roces. El creciente deseo funciona como cuenta regresiva. Una vergonzosamente-breve espera después, su lengua folla mi boca como quiere y entonces competimos por ver quién tiene el mayor orgasmo.

Empatamos.

Un tiempo indefinido después, sigo a Duncan de cerca mientras busca mi ropa. Solo para que, cuando se dé la vuelta, descubra que ya ni siquiera llevo la falda. Conseguimos vestirnos en algún momento, y me jura que Iksáia lo encontrará si se pierde por el castillo, así que vuelvo a mi loca despedida de soltera y él a la suya. Estoy segura de que también es épica.

Muchas horas después, cuando los primeros rayos del sol cruzan el cielo, damos la noche por concluida. Mientras Daisy, Lex y Nina se lavan los dientes me escapo para asegurarme de que tiene todo lo que necesita, pero no le digo nada porque nos conozco. Solo oigo a Liam decir:

—Hazme el favor de quitarte los zapatos tío, ¿sabes cuántos años tiene esta colcha?

—No —dice Duncan—. ¿Cuántos?

—Miles.

Nota mental: emborrachar a Liam más a menudo.

Vuelvo a la habitación y veo a Lexi y a Daisy fuera de combate, fritas como en su vida. En la misma cama, Nina sonríe con los ojos cerrados, como si oyera mi presencia, y aparta las cobijas para que me meta debajo. *Solas las cuatro, igual que cuando éramos pequeñas.* Las sábanas parecen más suaves que nunca cuando me tumbo.

—Alguien huele a sexo y alcohol —murmura, siguiendo con los ojos cerrados.

—*Mea culpa.*

Me pongo de lado invadiendo su espacio, poniendo una mano encima de la tripa de mi hermana mayor hasta llegar a Lexi, que tiene cogida a Daisy. *Estoy hecha polvo, pero no se me borra la sonrisa.* Cierro los ojos.

—¿Te lo has pasado bien? —pregunta apoyando su cabeza contra la mía.

—Ha sido la mejor despedida de soltera de la historia.

Epílogo

Jay-Duncan

💌

Dos semanas después de la despedida: faltan setenta y dos horas para la boda.

Sábado, hace un sol radiante que no veas, tengo a la mujer que quiero en el asiento del copiloto y por algún motivo insiste en ponerme las cosas difíciles.

—Amy…

—Qué pelma —refunfuña.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? Faltan solo tres días para la boda.

—Y vamos a pasárnoslos en este coche, por lo visto. No me malinterpretes, AM, molas como vehículo, pero preferiría estar desnuda en alguna parte. ¡Anda mira, los Brodly! También Svetlana y Katerina. Tenemos que bajar ya.

Le cojo la muñeca y tiro de ella para que me mire. *Amy ha tenido la idea. Los ha movilizado a todos y ahora… se va a hacer realidad.*

—¿Estás segura de que no quieres echarte atrás? —pregunto cuando Iksáia se para tras nosotros con la pickup—. Porque puedes. No tienes obligación de esto.

—No quiero echarme atrás ni con esto, ni con nada que tenga que ver contigo Jay-Duncan Vojak. Ni ahora, ni nunca —me besa y luego

se escabulle.

Hago una respiración profunda intentando lidiar con lo difícil que me lo pone todo, y luego la sigo. Dallas y Erik han corrido a saludarla y hacen lo mismo conmigo cuando me ven. Jasmin venía con Dallas a la espalda y Liam con Erik. Puede que todavía no se apellide Brodly, pero sin duda, Jasmin es una más desde hace meses.

—Mírate, todo preocupado —me dice Liam antes de darme unos golpes en la espalda en su abrazo, mientras los demás hablan.

—Me inquieta que no tenga tiempo para hacer lo que quiere. Ayer trabajó y tiene una lista muy larga de cosas que hacer.

—Entonces nos daremos prisa, pero, eh, yo también me alegro mucho de estar aquí.

Eso, tú pónmelo más difícil, capullo.

—Todo está listo, señor Vojak —dice Iksáia.

—Iksáia, ya te dije que fuera del trabajo me llames Duncan. —Saludo a su mujer y a su hija.

—Se le olvida siempre —dice Erik revoloteando a su alrededor.

Nos acercamos a la entrada y el jefe ya está esperándonos.

—Familia, él es Pete Adams —los presento y todos saludan uno por uno—. Pete, gracias por dejarnos hacer esto.

—¿Bromeas? Sois vosotros los que estáis haciendo un inmenso favor al centro de acogida.

—Es cierto —sueltan Dallas, Erik y Amy a la vez.

Le lanzo una mirada a ella, y él resto se ríe, pero yo no. Cuando se disponen a entrar, vuelvo a frenarla.

—Sigue con esta actitud y te meto en el primer juzgado que encuentre con tal de hacerte mi mujer.

Se revuelve desviando la mirada, se le escapa la risa y se pone roja.

—Eso sería… —carraspea y sacude la cabeza—, inaceptable,

nuestras familias no nos lo perdonarían nunca.

—Entonces ayúdame a lidiar con la espera —susurro cerca de su boca.

—¿Qué pasa, te estamos poniendo el corazón blandito? —Sonríe —. Pues no prometo nada. —Sacude la cabeza y se aleja de mí antes de poder regalarme el beso que ya creía mío—. ¡Vamos, Vojak! Tenemos mucho que cambiar de la apestosa decoración, ¡estos niños se merecen algo mejor!

Mientras algunos se dedican a apartar todo lo «espantoso-rollo-apocalipsis», otros nos dedicamos a descargar todo lo que compramos el fin de semana pasado por internet.

—¿Y podemos ayudar? —le pregunta Thomas a Amy, todos han salido a recibirnos en cuanto han oído jaleo.

—Es vuestra casa, claro que podéis —responde.

Si Iksáia no llega a llamarme justo entonces, me la llevo.

Liam se lo pasa bien a mi costa porque soy muy transparente para según qué o eso dicen. No es ningún secreto que se me ha asignado el transporte porque según ellos no se me da bien decorar. No estoy de acuerdo, pero como cada vez que Liam, Iksáia, Pete o yo traemos algo nuevo del coche me siento como Santa Claus, me lo callo.

—¿Quién eligió este cuadro? —oigo preguntar a Svetlana al fondo del pasillo—. Es precioso.

—Fui yo —dice Amy terminando de arreglar las cortinas—. Pensé que el océano daría calma y pega con las conchas y estrellas de mar que vamos a poner encima.

—Qué buen gusto tiene esta chica —le dice a Katerina.

Mensaje de Liliana (ex-futura-casera-de-Amy)

10:21 Mensaje enviado, jefe. Hasta la semana que viene.

Veo a Amy sacarse el móvil del bolsillo trasero justo entonces y en cuanto lee su mensaje, sonríe, ladea la cabeza y se muerde el labio. Todavía no hemos hablado del tema, pero creo que no hace falta. *El dinero mejor invertido de la historia.*

Cambiamos y redecoramos toda la entrada. Una ristra de cuadros de animales fucsias, naranjas y amarillos decoran la pared izquierda y en la derecha, lo primero que vemos es el pequeño y colorido mural (todavía en proceso) en el que cada niño dejará la huella de su mano y escribirá su nombre en la palma.

El colgador ha sido remplazado por y cito «uno que no dé ganas de morirse» y hemos colocado un grupo de sillas de colores a mitad del pasillo para que los padres tengan un sitio en el que sentarse mientras esperan. Cada hueco restante ha sido invadido por plantas y a los niños les encanta, dicen que parece la selva.

Encuentro a Svetlana en una de las salas que da al jardín, admirando unas fotos que no he visto nunca. Son actuales, de todos los niños, pero también hay una de Pete. *Y otra mía.* Un regusto amargo se asienta en mi paladar.

—¿Puedo pedirte una copia de esta, Pete? —se gira hacia mí y se sorprende—. Oh, eres tú, muchacho. Tal vez podrías dármela tú entonces.

—No se la he dado yo, no poseo fotos de aquella época —*tampoco me gusta la idea de tenerlas.*

—Lo entiendo y también que para ti no sea un buen recuerdo. —Deja el bastón contra la pared, aparta la chincheta del corcho y la coge—. Pero para mí sí lo es. Cuando una versión un año mayor de este muchacho de ojeras marcadas se presentó en mi puerta, no tenía ni idea de que iba a convertirse en el hijo que nunca he tenido.

—Tú siempre has sido la madre que me habría gustado tener —admito y mientras el fuego arde en mi garganta, la luz brilla en sus

ojos azules cansados.

Suelta una carcajada suave cuando me coge la mano.

—¡Tú hablando de sentimientos, habrase visto! Lo que te está haciendo esa chica no tiene nombre.

Sí, sí lo tiene. Una palabra de cuatro letras.

—Te habría adoptado, ¿sabes? —dice volviendo a mirar la foto—. No lo hice para no asustarte. Fui la única persona a quien contaste tu historia, pero eso no me hizo confiada, sabía lo delicado que era ese vínculo. Tu independencia, la sensación de poder valerte por ti mismo, era lo único que mantenía a tus demonios a raya y yo más que nadie podía entender por qué. No quería que tu miedo te alejara de mí, así que me mantuve a cierta distancia, y estarás de acuerdo conmigo en que funcionó. —Acaricia mi mejilla—. Ya entonces sabía quién dejaba una rosa en mi despacho cada Día de la Madre, año tras año.

Pongo una mano sobre la suya. Hay mucho que quiero decirle, agradecerle, pero dudo que las palabras me sirvan.

—Siempre he oído muy alto tus silencios, muchacho. No hace falta que digas nada.

—Svetlana, yo siempre te he querido.

Por primera vez en toda mi vida, la dejo sin palabras.

—Duncan, Duncan, ¡Duncan! —Rudy, Mitchell y Calum se estrellan contra mis piernas—, ¿nos ayudas a colgar los lazos de madera? ¡Van sobre las puertas y no llegamos! Porfa, porfa.

Carraspeo, sorbo mis emociones y asiento.

—Por supuesto —despeino a Calum que se niega a cortarse el pelo aunque esté a punto de taparle los ojos.

—Pero lo queremos poner nosotros —aclara Rudy—. Tú solo nos levantas, ¿vale?

Svetlana se ríe. *Dos pesadillas que juntas dolían menos. De un cúmulo de situaciones malas puede nacer una buena. De hecho, una*

increíble.

—Venga, va, di que sí, porfi —insiste Mitchell.

—Claro, sí, yo solo os levanto —me los llevo cruzándome con Katerina, que comparte una mirada cómplice conmigo antes de volver con su mujer.

Cuando las pizzas llegan al mediodía, todos vuelan al jardín donde Pete y otros monitores han preparado las mesas de picnic. Liam y yo estamos entrando un sillón naranja chillón en una de las salas del fondo cuando nos encontramos a Amy, Jasmin, Dallas y Erik buscando el lugar perfecto para un grupo de plantas pequeñas.

—¡Mami, mira este sitio me gus…! *Uy*. —Dallas se calla y se pone rojo sin poder apartar la mirada de Jasmin.

Se hace el silencio y las pisadas de Erik son lo único que lo rompe.

—¿Ibas a decir *mamí*-fero? —propone Erik, pero ni con esas Dallas recupera su color.

Jasmin se agacha frente a ambos doblando las rodillas.

—Sé que no tengo la suerte de ser vuestra madre, de haber cargado con vosotros en la tripa, ni de haber visto cómo pasabais de ser unos adorables bebés diminutos a los hombrecitos que sois ahora. Pero ojalá la hubiera tenido. Me encantaría que se os escapara esa palabra de vez en cuando. O incluso con frecuencia. Madrastra también es una palabra preciosa que me haría sentir muy orgullosa. Pero no quiero que hagáis nada para lo que no os sintáis listos, solo quería dejar claro mi punto de vista. —Va a ponerse de pie dando la conversación por zanjada cuando Erik la frena.

—A mí me gustaría también —dice Erik desviando la mirada, haciendo muecas—. Esa palabra solía ponerme muy triste. Ahora ya no.

Le acaricia el pelo, luego la mejilla.

—A mí solía darme rabia —dice Dallas con la cabeza gacha—.

¿Puedo pensarme si prefiero mamá o madrastra?

—Por supuesto que puedes —Jasmin lucha por mantener las lágrimas a raya, pero cuando Erik se le acerca despacio y se acurruca contra su pecho, está perdida.

Dallas los abraza a ambos. Alguien sorbe a mi lado. Entonces es mi mundo el que se derrite. Cojo a Amy de la cintura y me la llevo mientras Liam se une al abrazo Brodly.

—¿Qué dijimos? —le pregunto a ella y a su empatía desbordante.

—Nada de llorar antes de la boda para no tener cara de culo en las fotos —sorbe y se aplasta la nariz contra un pañuelo—, pero es que son tan bonitos. Han tenido suerte de encontrarse.

—Yo sí he tenido suerte de encontrarte a ti, ángel. La mayor suerte del mundo. —Le cojo las mejillas y la beso.

—Tú prometiste no decir esa clase de cosas hasta después de la boda, sabes cómo me pongo.

El corazón me hace cosas raras en el pecho. Son tan frecuentes que ya me estoy acostumbrando a ellas. *Más o menos.* Vuelvo a besarla.

—Ew, como en el *National Geografic* —dice Trace a Aaron, de ocho y nueve años.

—¿Es tu novia, Duncan? —pregunta Aaron.

—Es mi novia, mi prometida, mi futura mujer y todo lo que se os ocurra de por medio.

Se ríen.

—Veníamos a avisar que la comida está servida y Pete os llama —sigue Douglas, de cinco, tapándose los ojos, luego echa a correr.

—¡Mmm! ¡Me muero de hambre! —dice Amy entrelazando nuestras manos, tirando de mí hacia la salida mientras los niños siguen a Douglas.

Al principio estaba seguro de que ella no querría tener, pero luego

conoció a Dallas y Erik, y empecé a dudar.

—Amy, no hemos hablado de cuántos hijos vamos a tener.

Se le clavan los pies al suelo y se me curva la sonrisa.

—¿Quieres tener hijos? —tantea .

No me tomo a pecho que no se acuerde de que ya hablamos del tema. Aquel día, en la villa de Mountville.

—Contigo lo quiero todo. Aunque si no te apetece pasar por el embarazo podríamos adoptar. Y si has cambiado de idea y ya no quieres tenerlos, tampoco pasa nada porque mi mayor sueño eres tú.

Jadea y me aprieta la mano. Sus ojos empiezan a brillar.

—Estaba segura de que ver al pequeño Jakaris le había dado una buena sacudida a mis hormonas, así que esperé antes de sacar el tema. Pero lo cierto es que la idea sigue pareciéndome increíble. Aunque después de conocerlos a ellos —mira a su alrededor—, no lo sé, creo que también podríamos hacer muy felices a dos o tres. Deberíamos pensarlo bien. Tenemos opciones. Y tiempo.

Sí, lo tenemos. La aplasto contra la pared y la beso.

—No te cansas de hacerme el hombre más feliz del puto mundo, ¿eh?

Esta vez no huye, se aferra a mí y me devuelve el beso.

Cuarenta y ocho horas para la boda.

Dallas y Erik están en el sofá, Amy sigue colocándoles cojines por todas partes para que estén cómodos eso sí, sin soltar a Rex.

—Ya no es un cachorro, no deberías mimarlo tanto.

—Solo sé tratar así a los que quiero —tira de mí y los tres caemos en el sofá causando risas—. Me encantan los jueves de citas.

—A mí también —dice Erik entusiasmado.

Jasmin y Liam salen a cenar y a nosotros nos toca hacer de

canguros. Debería odiar a Liam por quitarme tiempo a solas con mi prometida, pero estos momentos son jodidamente mágicos.

—¿Qué vamos a ver hoy? —pregunta Dallas cogiendo palomitas a puñados.

—¡Shrek doce! —exclama Amy.

—No hay Shrek doce —le contesta—, solo hay cuatro y la mejor es la uno.

—¡Pues Shrek uno!

—¡Bien!

—Erik, ¿no te alegras? —le pregunta Dallas y entonces me fijo y lo veo bastante triste y cabizbajo.

—¿Qué pasa, Erik? —me incorporo y le doy un toque a su rodilla —. ¿No te gusta la idea? ¿Prefieres ver otra cosa?

—No es eso —sacude la cabeza. No estoy preparado para lo que veo cuando la levanta—. Cuando os caséis, ¿dejará de haber jueves de citas?

—Claro que no, si nos encanta —dice Amy acariciándole la cabeza al tiempo que Rex se sube a su regazo sintiendo su cambio de ánimo.

—Pero tendréis vuestros propios hijos algún día, ¿no? —sigue, con ese tono con el que conseguiría cualquier cosa de mí—. No tendréis tiempo para estar con nosotros cuando eso pase. Al fin y al cabo, nosotros no somos hijos vuestros. No podemos competir.

Dallas ahora también se ha quedado con la cara descompuesta, pero él lo disimula como puede. Miro a Amy, sin decir una palabra ella se pone a Erik en el regazo y yo cojo a Dallas del brazo y lo hago volar hasta el mío. Algunas palomitas salen desperdigadas en todas direcciones y eso casi la arranca una sonrisa.

—Vamos a dejar las cosas claras, renacuajos del demonio —los señalo con el índice—, soy vuestro tío, aunque no sea de sangre. Sois *mi* familia. Tenga ciento quince perros, catorce hijos o setenta

empresas, ese hecho no cambia. Siempre voy a tener tiempo para vosotros.

—Y yo también —dice Amy con voz gangosa y rara. *Llorando, otra vez. Joder, ángel*—. Y en cuarenta y ocho horas seré oficialmente parte de esta familia.

—Ya lo eres —decimos los tres al unísono.

—Menos mal —dice Dallas.

—Me alegra mucho —dice Erik conteniendo el llanto como de costumbre: fatal.

Se reparten abrazos, las lágrimas se secan y empieza la película. Me paso buena parte mirando a Amy preguntándome cómo es posible que ella solita haya conseguido cambiar tanto las cosas.

—Eh —Erik susurra y me hace un gesto para que me acerque cuando Dallas y Amy van a hacer más palomitas—, te quiero tito.

—Yo también te quiero, Erik.

Se le abren mucho los ojos y pone la mayor cara de susto de la historia.

Epílogo extra

Amy

💌

Día de la boda. Once y uno de la mañana. Mountville.

Estoy en la villa donde empezó nuestra historia, con mis cuatro damas de honor y mi hombre de honor sentados en la cama: Nina, Lexi, Daisy, Jasmin y Sawyer.

—¿Puede alguien, por favor, traerme un poco de tequila? —pregunto paseándome delante de ellos en busca de un aire que no encuentro.

—Nada de tequila hasta después de la ceremonia, pequeñaja —dice Lex.

—Me falta el aire y el vestido pincha —miro a Nina desesperada por atacar su empatía de mami.

—No pincha, tiene diamantes y brilla, que es diferente —Sawyer me da un manotazo—, y no los toquetees tanto, ¿quieres que se caigan?

—Lo que querría es ir en lencería y acabar con todo —se burla Jasmin.

El vestido es una obra de arte y para variar, fue Sawyer quien se encargó de conseguirlo haciendo su magia. *No me lo merezco*. Tiene una cola larguísima que me encanta y decir que realza mi pecho es quedarse muy corta. *Estoy pibón y sexy.* Desde luego que el mar de

seda blanca, brillantes, perlas y encaje no es el problema: lo soy yo.

—¿Cuánto falta? —pregunto abanicándome.

—Una hora y cincuenta y nueve minutos —dice Jasmin con preocupación en el rostro.

—¿Estás empezando a flipar, rompecorazones? —pregunta Sawyer —. Porque como hombre de honor te advierto que estoy contigo en lo que sea que decidas, pero si vas a cancelar la boda te advierto que se te está haciendo un pelín tarde.

—No va a cancelar nada —dice Nina levantándose, poniéndome las manos en los hombros, mirándome con esos ojos únicos que tanto me conocen—. Lo que pasa es que necesita que la espera acabe ya, ¿a que sí?

—Sí, ¡dios, sí! —cojo un cojín para hundir la cara, pero Lexi me lo arrebata y salva mi maquillaje—. Necesito ser la mujer de Jay-Duncan Vojak ya. Nunca imaginé que la espera pudiera ser tan dolorosa, pero es demoledora —me llevo una mano al pecho y Sawyer me sacude otra vez—. ¿Y si se arrepiente? ¿Y si ya no se quiere casar conmigo? ¿Y si no aparece en el altar? Él me dijo que quería hacerlo cuanto antes, ¿y qué hice yo? Ignorar sus peticiones por una despedida perfecta, por un precioso y estúpido vestidazo desencaja-mandíbulas y por tener una ceremonia en condiciones porque esto solo pasan una vez en la vida. La muerte también y no veo a nadie preparándose.

—Eh, nada de llorar —Jasmin me sopla en la cara.

—Estará ahí —asegura Daisy con esa dulzura natural que parece brotarle de cada poro.

—Podrías haberle hecho esperar cuarenta años y Duncan seguiría en el altar —sigue Nina—. Porque te ama tanto o más de lo que lo amas tú a él.

—Así que disfruta del momento —dice Lexi.

—Y del vestido —puntualiza Sawyer.

—Porque solo va a pasar una vez en la vida —termina Jas.

Se me curvan los dedos de los pies y hasta las mariposas de alas puntiagudas sufren espasmos. *Creí que ya habrían echado a volar a estas alturas, pero ahí siguen y cada vez son más. Yo diría que piensan quedarse para siempre en mi estómago.*

—Sois mejores que el tequila, tengo que admitirlo —pero sigo nerviosa.

Entonces llaman a la puerta y cuando Sawyer el servicial pregunta quién es y la respuesta no es «Duncan» abre. Nolan-dios-santo-Kane hace su entrada con un carísimo frac de Armani puesto, seguido por Levi-madre-de-dios-Ryan vestido de la misma guisa. El exceso de O2 a base de jadeos está más que justificado, igual que el hecho de que nuestras babas hacen subir un metro el nivel del mar.

—Sigo sin acostumbrarme a esto —susurra Jasmin.

—Ni yo —comenta Nina ojiplática.

—A mí esta imagen acaba de dejarme embarazada —jadea Lexi.

Sus maridos se relamen del gusto.

—Estoy profundamente enamorada de mi futuro marido, pero parecéis dos demonios salidos del purgatorio listos para enseñar al mundo lo que es el sexo —admito, pero mi miedo es más fuerte que mi shock—. ¿Habéis venido a decirme que me ha dejado? ¿Que se ha ido? ¿Que ya no quiere casarse conmigo?

Jasmin me pone una bolsa de papel en la boca y respiro dentro.

—Más bien lo contrario, Harleen —dice el demonio policía—. Duncan nos ha pedido que viniéramos a verte para tantear si es posible adelantar la ceremonia.

—Oh, madre mía, menos mal —me abanico con la bolsa lidiando con la euforia que siento.

—No diríamos que está ansioso, porque es un tío duro que nos ha amenazado con partirnos las piernas si le dejábamos mal, pero sí

estaba… —el demonio médico balancea la cabeza buscando las palabras adecuadas.

—Más ansioso que en toda su vida —concluye Ryan—. Y estoy seguro de que lo vas a rematar y a dejar de rodillas cuando te vea con ese vestido, piloto.

—Decidle que sí, adelantemos la ceremonia una hora.

—¡Pero si todavía falta el peinado! —exclama Nina.

—¡Y los últimos retoques de vestuario! —sigue Lexi.

Médico y policía tenían un mensaje que venir a entregar y parece que no es hasta después de llevar a cabo su cometido que se permiten *ver* de verdad a sus despampanantes mujeres. Lo digo por el sonido repentino que sale de la garganta de Nolan-Kane Taylor. Y por supuesto, por el deseo con el que Levi-Ryan Diago atraviesa a su mujer.

El color elegido ha sido el rojo, por supuesto. Vestido largo, espalda cubierta por finos tirantes enredados y repletos de pedrería, un escote generoso y una raja lateral que vuelva locos a sus enamorados. *Sí, ya sé que es otoño, pero si la novia puede, sus Britneys también.*

—Daos la vuelta un segundo —les pido y las dos se petrifican en cuanto lo hacen.

—N-Nolan…

—Joder, *Nins*.

Segundo hijo en tres… dos… uno… Ryan se acerca a Lexi.

—Si yo soy un demonio del sexo, señorita Love, usted es…

—Guárdate las metáforas sexuales para luego, Diago —Sawyer da dos palmadas y rompe la tensión del ambiente—. ¡Si la novia tiene una hora menos para prepararse, tenemos que darnos prisa!

Sawyer parece el arcángel más poderoso del cielo que ha decidido aliarse con Lucifer a escondidas, porque con semejante esmoquin rojo

oscuro y el maquillaje de ojos que se ha hecho, es arrebatador hasta rozar lo obsceno y consigue lo que se propone.

Mi pelo se vuelve un mar de ondas, que pronto se transforma en un recogido romántico con detalles brillantes decorando los rizos. Jasmin no para de hacer fotos con la polaroid de Daisy, pero no me doy cuenta de que el tiempo de verdad corre hasta que se marcha con Sawyer para hacer sus respectivas entradas.

Miro por la ventana hacia la playa donde los invitados, seguro, ya estarán en sus asientos. Svetlana ya habrá acompañado a Duncan hasta el altar, él ya estará esperándome allí. *«Te lo dije, muchacha, los atardeceres pueden llegar a ser preciosos y tú eres la prueba. Amy Harleen, eres el atardecer de Jay-Duncan Vojak»,* sus palabras no me abandonarán hasta el día en que me muera. *Desearía poder estar ya allí con vosotros.* Miro a Nina limpiándose las lágrimas en un pañuelo. *Tu hogar ahora forma parte de nuestra historia. Mountville. Ufff, el tiempo no se para.*

Me acerco a ellas y se ponen rectas.

—Es la hora —dice Daisy en tono grave.

—Sí, deberíamos bajar ya —sigue Lexi, también rara.

—Mamá estará aquí en cualquier momento —Nina carraspea.

—Ay, madre, qué guapas estáis —me abanico para secar las lágrimas—, vais a ponérmelo difícil ahí fuera, ¿verdad? —chisto la lengua.

—En absoluto —dice Nina.

—Nada difícil, solo fácil —dice Daisy.

—Las voces raras empiezan a darme mal rollo —se me escapa algo entre VillaRisa y el Valle del Sollozo.

—Nos estamos aguantando como parte de nuestro regalo de boda —sigue Lex.

—Sois tontas —se me mueven los hombros—, pero gracias.

—No hay forma de que podamos abrazarte sin arruinar algo de la obra de arte que llevas encima —sigue Daisy—, así que vamos a ahorrarnos los abrazos. —Me aprieta la mano y las otras dos se unen también—. Amy, eres la hermana pequeña que cualquiera querría, eres…

—Oh, no, no, no. —La señalo con la mano libre—. Mi regalo de boda es este, cortamos de raíz las palabras dulces. Nos queremos y punto.

Todo el mundo sabe que si hay unas lágrimas a las que no puedo resistirme, son las de estas tres. Aunque últimamente parece que no tengo filtro.

—Es un buen resumen —dice Lexi que no ha pestañeado en el último minuto.

—Nina, llévatelas —no se lo pido a ella, sino a su sentido de responsabilidad de hermana mayor.

Nunca falla. Vuelvo a coger la bolsa de papel en cuanto me quedo sola. Me rebosa el corazón de sentir tanto. Miro el ramo de lirios morados, lo cojo y camino hasta el espejo. La ilusión de que sus ojos caigan sobre mí cuanto antes es un horno encendido en mi estómago que va a acabar fundiéndome entera. *Juntos tú y yo, porque es evidente que luchar contra esto no se nos ha dado nada bien.*

—¿De verdad he hecho yo algo tan bonito? —pregunta una voz a mi espalda.

—Mamá. —Victoria Daughbeth aparece junto a la puerta abierta con un mono lila acampanado y muy favorecedor.

—Sin duda, las cuatro sois mi mayor logro. ¿Cómo he podido hacerlo tan bien?

No puedo aguantar los ojos con los que me mira. Vuelvo a abanicarme. *Acabaré con agujetas en el brazo.* Mamá me da un apretón cariñoso en el antebrazo y nos sentamos junto a la cama. Quiero

frenarla antes de que las palabras salgan de su boca, pero otra aún más fuerte quiere escucharlas.

—Desde que tuviste uso de razón, siempre ha sido un orgullo para mí ver lo valiente y fuerte que eras, pese a ser la más pequeña. Diría que tus hermanas te hacían sentir a salvo, pero también que hay un punto de locura en ti, uno que me encanta y que te hace muy especial. No puedes hacerte una idea de lo que supone para mi saber que habrá alguien cuidando de mi precioso tesoro de ahora en adelante.

—*Mamá…*

—Ya, ya, que corte el rollo. —Se ríe y yo también—. Que me hayas pedido a mí que te lleve al altar es un honor, hija.

—No querría que fuera de ninguna otra forma.

Recorremos juntas el camino que una madrugada hice con un nudo en la garganta casi tan grande como el de ahora. Qué poco sabía entonces.

Llegamos a la playa y cruzamos el arco de hibiscos, orquídeas y rosas combinadas con enredaderas verdes. Emprendemos el camino de arena también decorado y aunque mi corazón se hincha porque es mágico, no soy capaz de centrarme en los detalles. Ni siquiera oigo la música, solo le veo a él.

Dios, es irreal, injusto e irritante lo guapísimo que es. Estoy temblando, al borde del sollozo, pero cuando nuestras miradas se encuentran por fin… es devastador. *Que me parta un rayo, el mismísimo Jay-Duncan Vojak parece a punto de caer de rodillas.*

Liam, en el altar junto a sus hijos, le pone una mano en el hombro a Duncan cuando se le sacuden. *Está llorando.* Me mata. Mamá me aprieta la mano para darme fuerzas, pero no puedo resistirlo, las lágrimas me pueden también. *Estoy caminando hacia todo aquello que mi corazón rara vez se atrevía a gritar con algo más que silencio.*

Ahora martillea libre con la fuerza de mil motores.

El sol pega fuerte, pero las carpas de lino blanco sobre los bloques de sillas de los invitados deja nuestro camino en sombra. Duncan recupera su estoicismo cuando mamá me besa en la mejilla y se hace a un lado. Ni siquiera espera a que lo alcance, él llega hasta mí y yo me aferro a él con ambas manos, aplastando el ramo. Juraría que los invitados se ríen entre lágrimas de nuestra ansia.

—Eres un ángel de verdad, Amy.

—Siento la espera. *—Siento haber tardado tanto tiempo en encontrarte, me quedaré aquí hasta el final—*. Te quiero, te quiero tanto, *tantísimo*.

Endurece la mandíbula cuando le tiembla el labio, su esmeralda ruge con fuego intenso, arrebatador y dolorosamente puro.

—Yo también te quiero, Harleen.

Oigo lágrimas y sollozos "contenidos" a mi espalda y solo entonces me atrevo a mirar a mis tres brújulas, mis tres modelos a seguir. Las lágrimas de mis hermanastras caen como un torrente de emoción cruda imposible de contener y me rindo a la realidad de que voy a pasarme la ceremonia llorando. Sawyer se encarga de repartir pañuelos mientras Jasmin se hace la fuerte.

—Queridos amigos y familiares, nos reunimos hoy en este lugar tan especial…

Su mano es lo único que me mantiene en pie.

Estamos a punto de besarnos ciento cincuenta y cuatro veces, y cuando intercambiamos anillos, todavía me tiemblan las manos.

A duras penas han terminado de declararnos marido y mujer cuando Duncan se hunde en mi boca sellando esta y todas las demás promesas. Los invitados estallan en aplausos, nos llueven pétalos de rosa y empieza la fiesta.

Horas después…

Entramos en la villa devorándonos con ardiente necesidad y ansia urgente.

—La playa está llena de nuestros invitados —digo así como dato.

—Pero la novia necesita cambiarse de vestido, o eso me han dicho. —Me suelta sobre la isla de la cocina, me abre las piernas y de repente se frena.

—¿Qué ocurre? —rompo el beso.

—Esta va a ser nuestra primera vez como marido y mujer, debería ser en una cama —chista la lengua—, y deberíamos hacerlo ocho horas seguidas.

Se me escapa la risa, aunque mis ovarios se contraen con fuerza bruta. Tiro de su cinturón y lo desabrocho.

—¿En qué te crees que va a consistir nuestra luna de miel, mi amor?

—¿No querías ver Maldivas? —sonríe de esa forma melosa y *dios-santo-me-muero-me-mata-socorro-quiero-más.*

—Te quiero a ti, Duncan Vojak. Lo demás es irrelevant… *ahhh.* —El primer contacto fiero deja fuera de combate a la lógica y la razón, dejándome a mí en manos del delicioso pecado.

Iba a ser uno rápido, pero al final no ha sido ni uno, ni rápido.

—Agárrate al cabecero de la cama —ruge y el placer que me recorre de pies a cabeza es una serpiente a la que no puedo resistirme.

Lo hago y su siguiente embestida es profunda y letal, me lleva hasta el cielo y me convierte en un sismo de los grandes. Su cuerpo desnudo es una maldita fantasía, una maravilla. También se ha deshecho de mi ropa y…

—Sawyer me matará de saber que su vestido está en el suelo.

Se detiene y hace eso de aplastarme contra la cama sin llegar a dejarse caer sobre mí, una muestra de poder que me puede.

—¿Acabas de pronunciar el nombre de otro hombre mientras estoy dentro de ti? —La peligrosidad en su voz está cerca de matarme y eso que compite contra su erección palpitante que no deja de producirme calambres tan largos que conectan unos con otros.

—Suerte la tuya de que seas el único hombre en el mundo que quiero dentro de mí el resto de mi vida.

Se pone rojo, vuelve a sonreírme y empiezo a dudar si a él también se le curvan los dedos de los pies. *Es tan mono. Y me quiere a mí. Sigo flipando.*

—Me vas a volver loco, Amy Vojak.

—Yo ya estoy loca por ti.

Le muerdo un poco el labio y luego le beso.

Activo su versión aniquiladora y entonces me penetra sin piedad, ni frenos, volviéndonos un ser sincronizado que sabe cómo llevar a cabo la tarea a la perfección. Mi espalda se arquea contra la cama y mi mundo estalla en mil pedazos más pronto que tarde. El suyo llega poco después. Duncan obliga a mi orgasmo a estirarse, a convertirse en un chicle y a utilizar mi vagina como epicentro del terremoto cuyas consecuencias llegan hasta mi maldito cerebro. Quiero ver cómo se pierde dentro de mí el resto de nuestras vidas. Quiero esto siempre. *Solos Duncan y yo. Juntos.*

Justo cuando me pongo el siguiente vestido de la fiesta: uno blanco más corto y sin cola, pero ultra bonito, me miro en el espejo y me pregunto a mí misma:

—¿Cómo he dejado que me convencieras de esto? —Me toco el pelo incrédula—. ¡A ver cómo lo arreglo!

Con suma delicadeza, Duncan tira de mí hasta el asiento, coge unas micro-pinzas brillantes del tocador y en unos minutos ha solucionado mi pelo de sexo. El recogido ya no es el que era, pero es encantador. *Relajado. Playero. Ideal.*

—¿Cómo has hecho eso? —mi tono se ablanda y mis hombros caen—. ¿Hay algo que no sepas hacer?

Con la corbata deshecha, la camisa abierta revelando sus músculos y la chaqueta descolocada, Duncan alza la vista hasta el espejo y me lanza una misteriosa, confiada, sexy, atractiva y arrebatadora mirada que hace tropezar mi corazón. *El dios supremo del sexo, los arreglos de pelo, los te quiero ya no tan silenciosos y las palabras dulces. Me ha tocado la lotería.* Coge una brocha y me da en la nariz.

—Deja de mirarme así o volveré a despeinarte.

Corremos de vuelta a la fiesta sin atrevernos a mirar el reloj. *Cuarenta minutos. ¡¡No tenemos vergüenza!!* Nuestros invitados tampoco, por eso cuando volvemos nos aplauden y sueltan toda clase de comentarios que hacen que quiera que me trague la tierra. A Duncan no, a él le da igual, él está feliz por todo lo que acaba de pasar y en realidad, yo también. *No me arrepiento de nada.* Volvemos a bailar.

La noche cae en Mountville, la fiesta sigue, pero es hora de irse. *Nuestro avión nos espera, Maldivas allá vamos.*

Duncan coge la maleta sin soltarme a mí, *porque para eso sirven todos esos músculos,* pero antes de que salgamos de la villa, tres duendecillos aparecen en el jardín y se paran junto a la piscina.

—Te espero en el coche —me da un largo, sentido y profundo beso, y me pregunto si todos van a ser así a partir de ahora.

Corazón, aguanta.

—Te quiero, ¿te lo he dicho? —«a él no se lo dijeron de pequeño y ahora no puede decirlo», la voz de Erik sigue sonando en mi cabeza.

Pienso pasarme la vida enmendando ese error.

—No lo suficiente —vuelve a besarme—, y yo también te quiero.

Me doy vuelta en cuanto desaparece tras la villa y Daisy, a quien he entregado mi ramo, es la primera en saltar a mis brazos.

—Estabas tan guapa, maldita sea —el deje emotivo en su voz me hace de todo.

—Sí, en las fotos quedarán muy bien las mejillas tan encendidas —dice Lex suavizando el ambiente.

—¿Ya os vais? —pregunta Nina.

—Sí, ahora iba a bajar a buscaros para despedirme otra vez.

—Porque tres no son suficientes veces —dice Lexi desviando la mirada.

La cojo de la mano, y a Daisy también, ellas cierran el círculo con la que falta.

—¿Cómo se siente, Ms. Vojak? —pregunta Lexi Diago—. Ha encontrado la horma de su zapato pese a su incredulidad y reticencia.

—La vida te sorprende —miro a Daisy para que recuerde nuestra promesa, luego a las demás—. Sinceramente, todavía estoy flipando de que el día de hoy haya pasado de verdad. No podría haberlo hecho sin vosotras, presentes en cada paso que doy, yo… —Me tiembla el labio—. Os quiero horrores y estoy bastante segura de que no os lo digo lo suficiente. —Veo cómo vuelven a poner caras raras, hacen gestos aún más raros y carraspean—. Ya no hace falta que os aguantéis, la ceremonia ha acabado.

—Bueno, si insistes —dice Lexi mientras se le mueven los hombros.

—Has encontrado a tu alma gemela, Amy, alguien tan increíble que incluso te merece —dice Nina uniéndose al sollozo silencioso, acto seguido lo hace Daisy—. Eso sí, que se prepare para una vida de emociones fuertes al lado de la más salvaje de las Daughbeth.

Mis lágrimas se mezclan con la risa siempre presente entre nosotras. *El vínculo especial que compartimos cada día es mayor, más resistente.*

—Oye, esos niños, Erik y Dallas, son una ternura adorable —

puntualiza Daisy.

—Pasad una hora con ellos y buscaréis en google si el secuestro es ilegal en vuestro estado.

Se ríen con los ojos rojos, igual que la nariz. Les doy un abrazo bien apretado, como se merecen.

—Tengo que irme ya —retrocedo un paso con un sentimiento agridulce: nunca quiero alejarme de ellas, pero el amor de mi vida está esperándome para emprender nuestra aventura—. ¿Nos veremos pronto?

—Prontísimo —promete Nina.

—Y nos escribiremos —sigue Lexi.

—Y serán cartas súper detalladas —termina Daisy.

—Eso siempre —sonrío—. Cuidaos, ¿vale?

Me doy la vuelta antes de acabar invitándolas a mi luna de miel y acabar con mi matrimonio antes de que empiece. Bordeo la villa y le veo, apoyado contra el maletero del coche. Respiro hondo inhalando una imagen que seguirá conmigo para siempre: este es el primer capítulo. Me lanzo a sus brazos.

Estoy en casa.

Nota de la autora

LMR

💌

Bueno, bueno, bueno, tres tercios de hermanastras ya…

Mil millones de gracias por llegar hasta aquí, soy LMR (Laura Moreno Romero) y espero de corazón que hayas disfrutado de High River, Chicago y Mountville, y de la historia de Amy y ***Jay-Duncan****. Si es así, no olvides dejarme una reseña en Amazon, anima tanto como un día de trabajo sin Sylas :)*

*Una vez más, gracias a todas las que os habéis tomado el tiempo para escribirme cosas tan bonitas de Nolan-Kane y Levi-Ryan, ya sea por Instagram o Amazon, sois una fuente de motivación que no veas. Sabed que estas historias son posibles gracias a cada una de vosotras **llora en cursi****

Vale, volviendo al tema,

¿Quién será la siguiente hermanastra?

Jajajajaj, cierto, ahora solo queda Daisy. Pero habrá muchas sorpresas en esa historia… jejeje.

¿Qué más? Ah, sí…

En caso de que quieras hablar directamente conmigo

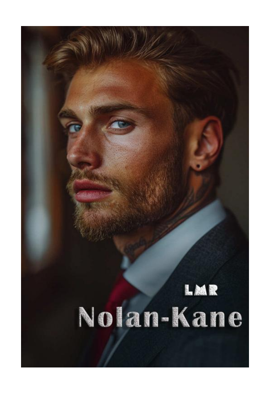
*Mi Instagram es: lmr_author_*

Eso es todo :)

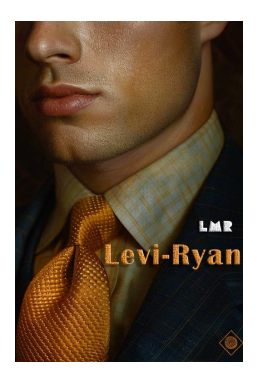
PD: Me alegra comunicarte que dispongo de ***muchas otras novelas*** *en Amazon, algunas de fantasía y otras de romance contemporáneo como* ***Jay-Duncan****. Por si quieres amenizar la espera…*

H E R M A N A S T R A S: 3/4 Disponibles en Amazon













Gracias una vez más.

Nos leemos pronto.

LMR